

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es



ISSN: 2529-9808

**nuestra
historia**

Investigaciones sobre emancipación y protesta social

Núm. 14

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 14, 2º semestre de 2022

Investigaciones sobre emancipación y protesta social



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos de esta revista para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, José Gómez Alén, Julián Sanz Hoya y Santiago Vega Sombría • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Sergio Cañas Díez, Ángel Duarte Montserrat, Francisco Erice Sebares, Carlos Fernández Rodríguez, Sergio Gálvez Biesca, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, David Ginard i Féron, José Gómez Alén, Paula González Pons, Patricia González-Posada Delgado, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mélanie Ibáñez Domingo, José Luis Martín Ramos, José Emilio Pérez Martínez, Guillem Puig Vallverdú, Xavier Ramos Díez-Astrain, Víctor Santidrián Arias, Julián Sanz Hoya, Javier Tébar Hurtado, Jorge Torres Hernández, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Detalle del grabado «Allanamiento de una fábrica por los incendiarios», *La Ilustración española y americana* (1 de agosto de 1873) • **Envío de colaboraciones:** nuestrahistoriafim@gmail.com • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • **DL:** M-3046-2017.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

14

Segundo semestre de 2022

ÍNDICE

EDITORIAL

Número 14

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 7

INVESTIGACIONES SOBRE EMANCIPACIÓN Y PROTESTA SOCIAL

La invención de los soñadores. Sobre marxistas y anarquistas en 1873

Diego L. Fernández Vilaplana 11

Alexandra Kollontai y la emancipación de las mujeres

Magdalena Garrido Caballero 33

Malos tiempos para la épica. Protesta, sororidad y represión en la huelga de obreras de la fábrica de sacos «Ríos y Compañía». Lliria (Valencia), 1943

Joan J. Adrià i Montolío, María Amparo Castillo Mas y Clarisa Enguádanos Lajara 47

Los comunistas, la educación popular y la lucha por una democracia de participación ampliada en Brasil (1945-1964)

Marcos Cesar de Oliveira Pinheiro 71

ESTUDIOS

La cara oculta de la filantropía: los legados benéficos de Joaquín Gómez Hano de la Vega en Cantabria

Martín Rodrigo y Alharilla 89

ENTREVISTA

Resistencia y fascismo. Luciano Casali, un historiador entre Italia y España

Steven Forti 109

NUESTROS CLÁSICOS**Tim Mason y el estudio del fascismo**

Ismael Saz 123

¿Qué ha pasado con el «fascismo»?

Tim Mason 126

LECTURAS**Cien años tras la bandera roja**

José Antonio Pérez Pérez 135

El comunismo en España visto desde la historiografía más actual

Xavier María Ramos Diez-Astrain 140

Un siglo de historia del PCE

Víctor Manuel Santidrián Arias 145

***Comunistas contra Franco*, de Carlos Fernández, Mauricio Valiente y Santiago Vega**

Sergio Riesco Roche 149

A ras del suelo

Roberto Pradas Sánchez-Arévalo 153

Los campos de concentración franquistas, el ejemplo de Camposancos

Miguel Paz Cabo 157

Juan Carlos Rodríguez y las lecturas de nuestra vida

María Ayete 160

De luces, sombras y brasas

José María Rozada Martínez 163

ENCUENTROS**«La crisis del comunismo español. 40 años de 1982»**

Eduardo Abad García 167

MEMORIA

Hacer sonar la historia. Sobre «Comunismo en España: voces para un siglo»

Luis Zaragoza Fernández 171

José Antonio Ramírez: la Unitarian Service Committee y la memoria de historias del exilio en Francia

Carlos Fernández Rodríguez 175

Las huérfanas, el serrín y la cruz

Francisco Navarro López 183

De «superagentes» a torturadores. La voz de las víctimas del franquismo y la Brigada Político Social

Pablo Alcántara Pérez 190

El Niño de las Juventudes Comunistas que llegó a alcalde

Antonio Segovia Ganivet 196

AUTORES (DOSSIER, ESTUDIOS Y ENTREVISTA) 203

EDITORIAL

Número 14

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

Con el número 14 que ahora presentamos, y que completa siete años de edición regular e ininterrumpida, la revista semestral *Nuestra Historia* reafirma algunos de los rasgos que forman parte de su identidad y propósitos desde sus mismos orígenes. En primer lugar, la voluntad de seguir sirviendo de plataforma para la difusión de una Historia que combine rigor académico y compromiso político e ideológico con las ideas democráticas y emancipadoras. En segundo lugar, la pretensión de acoger, dentro de ese marco general, aportaciones y perspectivas ampliamente plurales, lejos de cualquier espíritu de secta o exclusivismo doctrinario. En tercer lugar, el intento de integrar en esa tarea común, sin respetos reverenciales a las jerarquías academicistas al uso, tanto las aportaciones prometedoras de jóvenes investigadores e investigadoras como las generosas contribuciones de historiadores e historiadoras ya veteranos y consagrados. En cuarto lugar, como objetivo tal vez menos explicitado, pero siempre presente, la incorporación de textos de investigadores con formación en distintas disciplinas, pero con la voluntad común de abordar con perspectiva histórica sus objetos de trabajo e interés.

En esta ocasión, en vez del dossier estructurado, más o menos cerrado y con una coordinación previa de autores y contenidos, hemos optado por agrupar una serie



de trabajos algo más diversos, bajo el común y genérico título de «Investigaciones sobre emancipación y protesta social». Los contenidos misceláneos incluidos en esta sección se abren con el sugerente trabajo de Diego L. Fernández Vilaplana, «La invención de los soñadores. Sobre marxistas y anarquistas en 1873», que, entre otras cosas, incide en la necesidad de seguir reconsiderando, a propósito de los sucesos de Alcoi del mencionado año, la rigidez de

las divisiones establecidas, a veces con criterios más «presentistas» que propios de la época, entre «marxistas», anarquistas o republicanos de diversos tipos. Magdalena Garrido, por su parte, nos guía con mano experta a través de la vida y la obra de una revolucionaria feminista fundamental, en su trabajo «Alexandra Kollontai y la emancipación de las mujeres». Joan J. Adrià, María Amparo Castillo y Clarisa Enguñados, en un elocuente ejemplo de colaboración interdisciplinar, analizan un conflicto de mujeres obreras en Llíria (Valencia) en 1943, recurriendo a la categoría de «sororidad» y mostrando cómo la resistencia de los explotados (en este caso *las explotadas*) no dejó de producirse ni siquiera en los tiempos más difíciles. Finalmente, nuestro colega brasileño Marcos César de Oliveira Pinheiro se adentra en las preocupaciones del Partido Comunista Brasileño (PCB) por la educación popular entre los años 40 y 60 del pasado siglo.

A estos cuatro trabajos añadimos, esta vez en la sección de *Estudios*, la oportuna incursión de Martín Rodrigo y Alharilla en la figura de un personaje vinculado a la trata de esclavos y a la vez homenajeado como benefactor en su pueblo natal de Cantabria. El autor, más allá de analizar las «lógicas sociales» ocultas bajo la filantropía, apunta a la necesidad de denunciar la pervivencia de una «memoria bendecida» de quienes, como los marqueses de Coimillas o Manzanedo o el propio personaje aquí biografiado (Joaquín Gómez Hano de la Vega) se enriquecieron con la infame trata.

La sección de *Entrevistas* incluye esta vez el testimonio del importante historiador Luciano Casali, recogido por Steven Forti, que destaca sus facetas de estudioso de la Resistencia italiana y de hispanista, con sus aproximaciones al fascismo español y su impulso a la gran revista *Spagna Contemporanea*.

Nuestros Clásicos recoge un texto de Tim Mason, poco conocido en España salvo por especialistas en su campo de análisis predilecto, el nacionalsocialismo. La breve pero clarificadora introducción de Ismael Saz resalta la actualidad de sus planteamientos, su flexibilidad típica del «mejor de los marxismos» y su interpretación del fenómeno alemán dentro de la especie común de los fascismos.

Las *Lecturas* dedican en este número un espacio importante a publicaciones sobre la historia del comunismo español relacionadas con el centenario del PCE. Antonio Pérez y Xavier María Ramos reseñan respectivamente los tomos I y II de *Un siglo de comunismo en España*, obra de una cuarentena de autores bajo el patrocinio de la Fundación de Investigaciones Marxistas. Es de agradecer el recuerdo del primero al papel desempeñado desde hace dos décadas por nuestra Sección de Historia de la FIM en la renovación de los estudios sobre el comunismo español, siempre en sentido crítico y alejado de cualquier tentación hagiográfica. Las dos reseñas insisten, a la vista de los resultados recogidos en ambos volúmenes, en sus logros e insuficiencias, los avances registrados en la investigación, la incorporación de nuevos enfoques y metodologías y, a la vez, las relevantes lagunas que todavía faltan por rellenar. En el mismo bloque podemos incluir la lectura que Víctor Manuel Santidrián hace del apretado y sugerente compendio de la historia del comunismo español realizado por José Luis Martín Ramos (*Historia del PCE*), y Sergio Riesco hace lo propio con el breve y valioso libro testimonial elaborado por Carlos Fernández, Mauricio Valiente y Santiago Vega (*Comunistas contra Franco*), con uno de esos repastos, que siempre saben a poco, de las trayectorias militantes de varias generaciones de comunistas españoles.

Pese a la especial orientación monográfica que la caracteriza en este número, la sección de *Lecturas* incluye otras cuatro reseñas más, sobre temáticas diversas. Roberto Pradas analiza un estudio de caso local sobre la conflictividad en el mundo rural, a través del trabajo de Curro Rodríguez sobre sindicalismo y explotación de la tierra en Aranjuez durante la Segunda República. Miguel Paz incide en la cantera abierta del estudio de los campos de concentración del primer franquismo a través del libro de José Antonio Uris y Víctor Manuel Santidrián que, con el significativo título *A porta do inferno*, estudia el ejemplo de Camposancos, en Pontevedra. Saltando hacia otros ámbitos temáticos, María Ayete nos recuerda la extraordinaria importancia y originalidad de la obra del marxista español y estudioso de la literatura Juan Carlos Rodríguez Gómez sobre el fundador del Psicoanálisis (*Freud: la escritura, la literatura*). Por último, José María Rozada glosa el trabajo de Raimundo Cuesta Fernández sobre tres intelectuales cruciales del siglo XX español (*Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico*), subrayando la utilidad que su obra sigue conservando para ayudarnos a «pensar el presente».

En la sección de Encuentros, Eduardo Abad nos relata el celebrado los días 27 y 28 de octubre de 2022 en Barcelona, organizado por el Centre de Estudis sobre Dictadures y Democràcies (CEDID) de la UAB, con la colaboración de la FIM, sobre «La crisis del comunismo español. 40 años de 1982». En él, diversos estudiosos analizaron las circunstancias que hicieron de

esa fecha el «annus horribilis» del PCE y el PSUC, dentro de la crisis sufrida durante la Transición y que aún reclama multitud de nuevas investigaciones.

Para concluir, la sección de Memoria cuenta con cinco interesantes aportaciones. En la primera, Luis Zaragoza nos habla de los *podcast* realizados por Radio Nacional con motivo del centenario del PCE, para los que se han utilizado los fondos de Radio España Independiente, Estación Pirenaica, subrayando el interés de las grabaciones como documentos históricos y puntualizando que «la tarea de hacer sonar la historia sigue abierta». Carlos Fernández nos habla de José Antonio Ramírez, destacado periodista del PCE y su colaboración con la Unitarian Service Committee, focalizada en la ayuda a refugiados provocados por la expansión nazi. Francisco Navarro López aborda la construcción del simbolismo franquista basado en la salvación de la patria a través de la regeneración impuesta mediante la violencia, a propósito del derribo de la Cruz de los Caídos de Aguilar de la Frontera (Córdoba). La voz de las víctimas de la Brigada Político Social franquista es recogida por Pablo Alcántara, autor de la primera tesis sobre la ominosa policía política de la dictadura. Destaca el autor el provocativo paso de los torturadores franquistas a policías de la democracia sin ningún tipo de depuración. Por último, la biografía que suele aparecer en esta sección está dedicada, en esta ocasión, en un relato de Antonio Segovia, a José Antonio Ramírez Milena, *El Niño de Albolote*, localidad granadina de la que fue su primer alcalde comunista en 1979.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



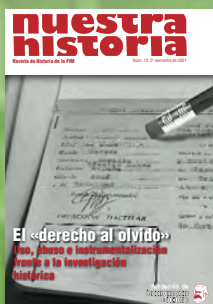
núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022

fundación de
investigaciones
marxistas



transform!
europe

La invención de los soñadores. Sobre marxistas y anarquistas en 1873

The invention of dreamers. On Marxists and Anarchists in 1873

Diego L. Fernández Vilaplana

IES Andreu Sempere

Resumen

El presente artículo parte de la invitación de Fernández Buey a repensar la relación entre anarquismo y marxismo desde una interpretación compartida de la historia. Con esta premisa, analizamos el debate imposible entre Friedrich Engels, José Mesa, Pablo Iglesias, Francisco Tomás y Anselmo Lorenzo, entre otros, a propósito de la insurrección internacionalista de 1873 en Alcoi. Una discusión que la historiografía eterniza en los mismos términos heredados y que, a la vista de los hechos, parece superada. Lo que subyace, aparentemente, es el eterno y enquistado análisis sobre la persistente hegemonía del movimiento libertario en la historia del obrerismo español.

Palabras clave: AIT, cantonalismo, Primera República española, bakuninistas, marxistas.

Abstract

This article responds to Fernández Buey's invitation to rethink the relationship between anarchism and Marxism from a shared interpretation of history. Starting on this premise, we analyse the impossible debate between Friedrich Engels, José Mesa, Pablo Iglesias, Francisco Tomás and Anselmo Lorenzo, among others, in connection with the internationalist insurrection that took place in Alcoi in 1873, a discussion that historiography eternalizes in the same inherited terms and that, in view of the facts, seems to have been surpassed. What apparently underlies is the eternal and entrenched analysis of the persistent hegemony of the libertarian movement in the history of Spanish labour movement.

Keywords: IWA, cantonalism, First Spanish Republic, Bakuninists, Marxists.

Familiarizado desde la tierna militancia con los viejos (y poco constructivos) debates sobre antiguas derrotas y supuestas traiciones, me sorprendió el título de una conferencia de Francisco Fernández Buey. *Sobre marxismo y anarquismo*^[1], al que he plagiado el título, es un texto breve de lectura fácil, pero cargado de sabiduría. Un provocador ensayo sobre la omnipresencia del pasado, de su pesada herencia, en el debate de las ideas.

En él se entrelaza la praxis del movimiento obrero del último tercio del pasado siglo, con referencias a las obras, entre otros, de Bookchin, Debord, Negri, Martínez Alier y Sacristán, pero también de Berneri y Gramsci. Pero no es la reflexión sobre la necesidad de confluir en espacios, que Fernández Buey calificó significativamente de grupos de afinidad, lo que me movió a escribir este artículo. Según la tesis del genial autor de *Marx (sin ismos)*^[2]: «Los motivos de fondo del enfrentamiento histórico entre marxismo y anarquismo han caducado». Una afirmación valiente y controvertida que buscaba, como en muchas de sus intervenciones, el debate abierto sin apriorismo.

El «marxista singular»^[3], como lo define *El Viejo Topo*, no propuso con ello olvidar, ni mucho menos, la larguísima historia de desavenencias^[4] en aras del reencuentro.

Al contrario, Fernández Buey nos invitó a «reflexionar sobre esta historia en común». Y esta es la excusa del artículo, observar los hechos para debatir con el análisis de los clásicos en sus disputas. Si se quiere, un ejercicio ventajista a la luz, y a las sombras, de la historiografía

A propósito del debate, me vino a la cabeza una obra menor de Engels, muy citada pero recurrentemente mal contextualizada. Uno de esos catecismos laicos con que se atiza al rival en debates políticos extemporáneos, para denunciar su heterodoxia o ironizar sobre sus carencias ideológicas. En realidad, *Los bakuninistas en acción*^[5] no es más que crónica de urgencia. Se trata de una herramienta de propaganda contra el competidor, en este caso, apolítico, en un momento de dura pugna.

Si aceptamos recoger el guante de Fernández Buey, parece conveniente empezar por los albores. No insinúo, ni mucho menos, que el aterrizaje de Marx y Bakunin en España determinase de una vez y para siempre su devenir. Pero, a buen seguro, en el último tercio del XIX encontraremos algunas claves de esa inicial ruptura desigual que definió una problemática relación durante prácticamente un siglo.

La difícil convivencia entre seguidores de uno y otro en el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) estalló definitivamente en el congreso de septiembre de 1872. Y mientras los anarquistas eran expulsados en el Congreso de la Haya, sus correligionarios españoles hacían lo

1.- Francisco Fernández Buey, «Sobre marxismo y anarquismo», *El Viejo Topo*, 25 de agosto de 2016 (a partir de la conferencia impartida el 24 de mayo de 2000 en el Ateneo de Barcelona), <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/sobre-marxismo-y-anarquismo/> (consulta: 8 de agosto de 2021).

2.- Francisco Fernández Buey, *Marx (sin ismos)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2009.

3.- «Francisco Fernández Buey» <https://www.elviejotopo.com/autor/francisco-fernandez-buey/> (consulta: 8 de agosto de 2021).

4.- Por citar una recopilación de obras, desde el punto de vista marxista, de los primeros tiempos: Karl Marx, Friedrich Engels y Vladimir I. Lenin, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, Moscú, Progreso, 1927.

5.- Friedrich Engels, *Los bakuninistas en acción*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968. Utilizo esta edición, traducción de la segunda edición que publicó Engels, *Internationals aus dem Volksstaat (1871-1875)*, Berlín, 1894. En ella, el revolucionario alemán incluyó algunas notas históricas muy significativas, a modo de «Advertencia preliminar». La primera versión apareció en el periódico *Der Volksstaat*, órgano de expresión del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP), en sus ediciones del 31 de octubre y del 2 y 5 de noviembre de 1873 (números 105, 106 y 107).



«Allanamiento de una fábrica por los incendiarios». Grabado sobre la insurrección, en base a los bocetos de Francisco Laporta, en *La Ilustración española y americana* (1 de agosto de 1873), donde trabajaba José Mesa (Fuente: Hemeroteca Digital de la BNE).

propio con los marxistas antes de llegar al de Córdoba, en diciembre del mismo año^[6]. Ni siquiera la llegada de Paul Lafargue^[7] a Madrid, yerno de Karl Marx, evitó que el movimiento obrero español se decantase mayoritariamente por la idea. Un predominio ideológico que arraigó y perduró en el tiempo. Hablaremos de ello.

Se daba así la aparente paradoja de que mientras la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, del revolucionario ruso, quedaba excluida de la AIT, la Federación Regional Española (FRE) echaba a la

Nueva Federación Madrileña de Pablo Iglesias^[8]. De hecho, en el Congreso alternativo de Saint-Imier, además de los españoles (Farga Pellicer, Morago, Marselau y Alerini, refugiado de la Comuna de Marsella) tan solo estaban presentes los representantes de la Federación de Bélgica y del Jura (entre ellos Bakunin, Guillaume, Fanelli y Malatesta). Sin duda, desde su nacimiento, el anarquismo español tuvo un peso sobresaliente en al ámbito internacional y hegemónico a nivel local. Fuera de este contexto las palabras de Engels no se entienden en absoluto.

6.- Para profundizar en el tema, entre muchísimos otros, se puede consultar José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976; Clara E. Lida, *Anarquismo y Revolución en la España del XIX*, Madrid, siglo XXI, 1972, o Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Barcelona, Crítica, 1977.

7.- Sobre el papel de Lafargue en España, en esta misma revista, Julián Vadillo Muñoz, «La importancia de Paul Lafargue en el obrerismo español», *Nuestra Historia*, 11 (2021), pp. 243-248.

8.- En primera persona Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, Madrid, Solidaridad Obrera, 2005. Para el debate ideológico más próximo en el tiempo, por parte del marxismo, Juan José Morato, *Historia de la Sección Española de la Internacional (1868-1874)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2010 y, por parte del anarquismo, Max Nettlau, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873)*, Madrid, La Piqueta, 1977.

Ni se comprenden al margen del enconado enfrentamiento en el seno de la Internacional, ni pueden extrapolarse cronológica ni geográficamente, aunque Engels pretendiese «prevenir con este ejemplo al mundo contemporáneo» de las «ignominiosas [hazañas] de los anarquistas bakuninianos»^[9].

«Una revolución falseada»^[10]

Los hechos transcurrieron durante la breve y turbulenta Primera República Española. Un periodo que se enmarca en el Sexenio Democrático. Un vaivén político sin parangón de tan solo seis años, en un contexto europeo y mundial igualmente alborotado. La guerra franco-prusiana, la Comuna de París, la Revolución Meiji, la conclusión de la Revolución Taiping o la posguerra civil norteamericana... son algunos ejemplos que nos demuestran que estamos ante un cambio de era: «En una fase en la que, según el planteamiento marxiano, lo viejo viene a morir en lo nuevo y lo nuevo surge desde lo viejo»^[11].

El golpe de Topete y Prim de septiembre del 68 inauguró un período convulso en el que se entrecruzan intereses contradictorios. El triunfo de la revolución fue fruto de la confluencia del pronunciamiento militar de los generales unionistas y progresistas y de la revuelta popular encabezada por los demócratas. Supuso la culminación del ciclo revolucionario liberal burgués, en su vertiente más democrática; pero también inició un nuevo tiempo en el que adquirieron protagonismo las clases populares: «El Sexenio es, a la vez, cierre e inicio, colofón y preámbulo, fin y principio»^[12].

9.- F. Engels, *Los bakuninistas*, p. 9.

10.- Josep Fontana, *Historia de España. La época del liberalismo*, vol. 6, Barcelona, Crítica, 2007, p. 354.

11.- José Antonio Lacomba, «Reflexiones sobre el Sexenio Democrático: Revolución, Regionalismo y Cantonalismo», *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 19-31.

12.- J. A. Lacomba, «Reflexiones», p. 20.

La revolución falseada, como la definió Josep Fontana, fue también el fruto de la incapacidad de políticos y militares por imponer el cambio que venían intentando desde 1866. Empujados por el malestar de la población, los progresistas lograron una amplia movilización que, sin embargo, traicionaron de inmediato. Una vez conquistado el poder y desalojada Isabel II, Prim anunció que «no habrá en España república mientras yo viva»^[13]. Y así fue, el mismo día que su candidato al trono Amadeo I llegaba a Cartagena, el general moría víctima de un atentado. El reinado del saboyano fue breve y, finalmente, el 11 de febrero de 1873, las Cortes proclamaron la República, a falta de dilucidar si había de ser unitaria o federal.

Los gobiernos que se sucedieron entre 1868 y 1874 hicieron frente a dos guerras civiles: la segunda (o tercera) guerra carlista y el conflicto de Cuba. O en realidad tres, si añadimos la sostenida contra las propias masas revolucionarias defraudadas. Las quintas de 25.000 hombres en 1869 y de 40.000 en 1870 provocaron el levantamiento de muchas ciudades. Lejos de cumplir sus promesas, las Cortes recurrieron a esta impopular medida para hacer frente a la insurrección colonial y a la reacción. Y no fue el único conflicto social.

Lo que subyace es un choque de intereses. El Sexenio es un hito en el largo proceso de la revolución burguesa española. Esta fue afianzándose, mediante la consecución de sus objetivos: libertad de trabajo, industria y comercio; transformación de la propiedad feudal de la tierra en propiedad capitalista; articulación de unas nuevas relaciones de producción y relaciones sociales^[14]. En definitiva, la consolidación del Estado liberal, acompañado indisoluble-

13.- J. Fontana, *La época del liberalismo*, p. 367.

14.- Antón Costas, *Apogeo del liberalismo en «La Gloriosa». La reforma económica en el Sexenio Liberal (1868-1874)*. Madrid. Siglo XXI, 1988, p. 42.

mente por la creciente organización de la clase obrera, camino de una mayor autonomía desprovista de tutelas burguesas.

En el Congreso de Barcelona, de 1870, quedó oficialmente constituida la FRE de la AIT, aprovechando la libertad de asociación decretada por el gobierno provisional. En sus primeros meses de vida creció exponencialmente, muchos de sus militantes provenían del federalismo republicano y una mayoría de sociedades obreras. Incluso Amadeo I aprovechó su visita a Barcelona en el verano del 71 para amnistiar a varios internacionalistas reclusos por delitos políticos. Sin embargo, el odio de las clases dirigentes ya estaba inoculado desde la insurrección de la Comuna de París, entre los meses de marzo y mayo del mismo año.

El 16 de enero de 1872, desde su recién estrenada presidencia del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta, remitió una circular a los delegados provinciales decretando el cierre y persecución de la AIT por tratarse de una secta comunista: «Una verdadera conspiración social contra todo lo existente, [...] la utopía filosófica del crimen»^[15]. A pesar de ello, en 1873, la AIT seguía siendo una organización legítima en España. Legal a pesar de los intentos de los sectores más reaccionarios del progresismo, e incluso del republicanismo conservador de Castelar. En el verano de 1873 detonó, le estalló al gobierno de Pi la aparente alianza inicial entre federalistas y proletarios.

Liquidada la dinastía italiana, las Cortes asumieron la soberanía nacional y declararon la República a propuesta de Pi i Margall por 258 votos contra 32. Estanislao Figueras asumió la Presidencia del ejecutivo y Pi se hizo cargo del Ministerio de la Gobernación, que compatibilizó más tarde con la presidencia. Tres guerras (carlista, cubana y

cantonal) y cuatro presidentes (Figueras, Pi i Margall, Salmerón y Castelar) dan cuenta de la difícil vida de la efímera república. El 10 de mayo se celebraron las elecciones constituyentes, tras las que los federales obtienen el 92% de los escaños. Una mayoría absolutísima que escondía una división difícil de conciliar.

El 11 de junio de 1873 Pi i Margall^[16] consiguió formar gobierno y fue presidente hasta el 18 de julio. En apenas un mes planteó un ambicioso plan de reformas^[17] que incluyó la separación efectiva entre Iglesia y Estado, la reorganización del ejército, la reducción de la jornada laboral, la regulación del trabajo de los menores, salario mínimo, libertad de huelga, establecimiento de jurados mixtos, educación gratuita, la descentralización del estado... y una nueva constitución. Huelga decir que apenas esbozó un proyecto que culminó con la presentación de un proyecto de Constitución Federal, apenas un día antes de dejar el cargo^[18].

16.- Para hacernos una idea del personaje en su contexto Alistair Hennessy, *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento federal, 1868-1874*, Barcelona, Catarata, 2010; Antoni Jutglar, *Pi y Margall y el Federalismo español* (2 volúmenes), Madrid, Taurus, 1875; Gumersindo Trujillo, *Introducción al federalismo español. Ideología y fórmulas constitucionales*, Madrid, Edicusa, 1967; Juan J. Trías, «Pi y Margall; entre el liberalismo social y el socialismo», *Historia y poder: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 6 (2001), pp. 91-120, y Antonio Elorza y Juan J. Trías, *Federalismo y Reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975.

17.- Carmen Pérez Roldán, «Pi y Margall en la I República», *Cuadernos republicanos*, 49 (2002), pp. 97-112.

18.- Y a pesar de la brevedad de su mandato, y del fracaso estrepitoso de su obra, Pi i Margall ha dejado una profunda huella en la historiografía, una benevolencia con la que ya le adornaron sus contemporáneos. Y aunque Azorín considerase inexplicable su actitud: «Hombre que desde el 54 venía predicando la federación y consagrando a ella todas sus energías, ¡permaneció inerte!» (José Martínez Ruiz «Azorín», *La Voluntad*, Madrid, Castalia, 1988, p. 226), Blasco Ibáñez dejó escrito que nos encontramos ante «la figura más grandiosa y venerable del republicanismo federal» (Julián Toro, *Poder político y conflictos sociales en*

15.- *La Correspondencia de España*, 17 de enero de 1872.

La cantonal

Engels reprochó severamente a los internacionalistas españoles no haber aprovechado el contexto para mejorar las condiciones de vida del proletariado, rechazando las medidas pimargallianas, que tildó de revolucionarias. De hecho, en un manifiesto al pueblo español firmado por el Comité Central de la Internacional en Ginebra, Marx ya recomendó a los trabajadores españoles tiempo atrás que hiciesen por hacer llegar la República Federal: «Única forma de gobierno que, transitoriamente y como medio de llegar a una organización social basada en la justicia, ofrece verdaderas garantías de libertad popular»^[19].

Proclamada la República, la Comisión, bakuninista, hizo pública una circular (número 8) calificando el recién estrenado régimen como «el último baluarte de la burguesía, la última trinchera de los explotadores del fruto de nuestro trabajo»^[20]. Mientras en Valencia, donde residía el Consejo federal, los marxistas mostraban su satisfacción. Los antiautoritarios se mofaron por su participación, el día de la proclamación, en «una ridícula manifestación, compuesta en su mayoría de niños y mujeres», junto a las que desfilaban «hombres avergonzados». Entre los más destacados, varios miembros de «la sucursal de la nue-

va federación madrileña en Valencia» compuesta por «lacayos de los prohombres del partido republicano cimbrio-unitario»^[21].

El debate fue mucho más rico y complejo, y aunque no pretendo profundizar en el asunto nos detendremos un instante. Engels escribía, probablemente, informado por José Mesa y Leompart, con quien mantuvo una fecunda correspondencia en francés^[22]. Antiguo republicano, tipógrafo y director del diario *La Emancipación*, a quien debemos la primera traducción española del *Manifiesto del Partido Comunista*^[23]. Mesa, además, propuso al revolucionario alemán la urgencia de divulgar la obra de Marx *La miseria de la filosofía*, para contrarrestar la influencia de Proudhon entre el movimiento obrero español^[24].

A las puertas de las elecciones constituyentes de mayo de 1873, los aliancistas celebraron dos asambleas multitudinarias para dilucidar su postura. Hasta aquí coinciden las versiones. Según el informe dictado por Mesa, resolvieron otorgar libertad a sus federados para participar en los comicios. Según las *Actas*, en Barcelona zanjaron «que la Internacional rechazaba toda participación en las cuestiones políticas, conforme a lo acordado en los Congresos»^[25] y en Alcoi se «aconsejaba la completa abstención en la política burguesa, y la organización revolucionaria del proletariado fuera de toda

la España de la Primera República: La dictadura del general Serrano, tesis doctoral, s. p. Madrid, Universidad Complutense, 2003, p. 290). Otros incluso llegaron a subirlo en los altares: «Un santo laico, pero un verdadero santo, es decir, un hombre superior en quien la bondad y el respeto a lo puro y a lo justo regía sus acciones y armonizaba toda su vida» (José Conangla, *El profundo humanitarismo de Pi y Margall*, La Habana, 1933, p. 29), aunque Pérez Galdós lo dejase en mero evangelizador: «El apóstol del federalismo, un hombre afectuoso, reposado, esclavo del método» (Benito Pérez Galdós, *La Primera República: Episodios Nacionales*, Madrid, Alianza, p. 45).

19.- Gerald Brenan, *El Laberinto español*, Barcelona, Planeta, 2008, p. 234.

20.- A. Lorenzo, *El proletariado*, p. 115.

21.- AIT, *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región española (1870-1874)*, vol. II, Barcelona, UB, 1969, p. 55.

22.- Josep Termes, «Correspondència de José Mesa a F. Engels (juliol de 1872 – març de 1873)», *Recerques*, 17 (1985), pp. 163-184.

23.- Jean-Louis Guereña, «Contribución a la biografía de José Mesa: de 'La Emancipación' a 'L'Egalité' (1873-1877)», *Estudios de Historia Social*, 8-9 (1979): pp. 129-141.

24.- Antonio Elorza, «Utopía y revolución en el movimiento anarquista español», en Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Madrid, Iberoamericana, pp. 79-108.

25.- AIT, *Actas*, vol. II, p. 93.

organización autoritaria dirigida por los burgueses»^[26], y aprovecharon para convocar una manifestación donde demostrar su fuerza.

Pero a esas alturas, como apunta Piqueras sobre hechos posteriores, probablemente «la Comisión federal no era más representativa de la conducta de la AIT española de lo que pudiera serlo cada uno de los Consejos locales»^[27]. López Estudillo ha demostrado, en su minucioso y riguroso trabajo, que el «federalismo popular presentaría candidatos obreros y socialistas para diferentes cargos públicos»^[28], muchos de ellos internacionalistas, y a pesar de las críticas de la FRE a las candidaturas obreras. Y que obtuvieron resultados significativos, al menos en Andalucía, en ayuntamientos y diputaciones provinciales. Sin embargo, les fue vetado el acceso a la Asamblea Constituyente por el republicanismo conservador. Los Castelar, Salmerón, Maisonnave... aprovecharon el retraimiento del resto de partidos para obtener una holgada mayoría, justó allí donde el federalismo tenía menos implantación y las bases difícilmente podían intervenir.

A la postre, los comicios resultaron ser un nuevo desencuentro entre el republicanismo y el internacionalismo, un peldaño más camino del apoliticismo y el antiestatismo. Elorza apunta al «rápido desgaste del liderazgo republicano en 1868-1869, utilizando a los trabajadores como base de manobra para sus intentos insurreccionales»^[29], siguiendo a Termes, quien señalaba que

en «la frecuente intervención de las autoridades en las cuestiones laborales, su actuación siempre [fue] parcial y siempre favorable a los propietarios»^[30]. Para López Estudillo, al contrario, «desde los primeros días del nuevo régimen, el obrerismo se encuadró en el voluntariado para defender a la República»^[31] y la dirección bakuninista quedó aislada. Es, exactamente, la misma tesis que defendía, muy probablemente Mesa, desde *La Emancipación*:

«logrando que muchos de nuestros compañeros, que tienen horror natural a la inacción, a la muerte política, se echen en brazos del partido republicano burgués, figurando en sus clubs, formando en sus batallones y malgastando así unas fuerzas que debieran servir para la grande obra de la emancipación del proletariado»^[32].

Según esta última tesis, el terco abstencionismo de la FRE empujó a los obreros hacia el federalismo, dejando a la dirección clamando su apoliticismo en el desierto. Error que intentaron enmendar en el verano del 73 cuando las diferencias en el seno del Partido Republicano Democrático Federal se demostraron insostenibles. Este sería pues el motivo por el cual la Comisión federal, liderada por Severino Albarracín y Francisco Tomás, decidió implicarse en los preparativos del movimiento cantonalista. Supeditados a los intereses de los republicanos federales intransigentes, los aliancistas participarían de una disputa política en condiciones muy precarias y en contra de los intereses del proletariado. Llegados a este punto, no está claro si Engels les reprochaba su acción o su tímida decisión. Si era partidario de aprovechar el contexto para

26.- AIT, *Actas*, vol. II., p. 78.

27.- José Antonio Piqueras Arenas, *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, p. 647.

28.- Antonio López Estudillo, *Republicanism y Anarquismo en Andalucía. Conflictividad Social Agraria y Crisis Finisecular (1868-1900)*, Córdoba, La Posada, 2001, p. 125.

29.- A. Elorza, «Utopía y revolución», p. 84.

30.- J. Termes, *Anarquismo*, p. 62.

31.- A. López Estudillo, *Republicanism*, p. 186.

32.- *La Emancipación*, 18 de marzo de 1873.

hacerse con el poder o si su consejo hubiese sido reforzar el gobierno de Pi i Margall.

Pero lo cierto es que la situación de los marxistas era todavía más precaria (*La Emancipación* dejó de publicarse en abril por falta de recursos), que también Pablo Iglesias y José Mesa entablaron contactos con los intransigentes federales desde el primer semestre de 1872 y que, incluso los marxistas participaron tanto en la primera como en la segunda Junta Revolucionaria del Cantón Valencia^[33].

Sin embargo, el 14 de julio, la comisión aliancista negó ninguna participación en las luchas de partidos políticos. Ni participación en luchas ajenas, ni complots, como insinuaban «esas débiles y calenturientas imaginaciones que sueñan con conspiraciones y levantamientos internacionalistas»^[34]. Que el movimiento cantonal y la insurrección internacionalista de Alcoi coincidiesen en el tiempo, según sus líderes, fue azaroso. El *Bulletin de la Fédération Jurassienne* (17 de agosto de 1873) incluso rectificaba sus primeras informaciones: «Sur deux points seulement l'Internationale y a pris une part active. C'est à Alcoi et à San Lucar de Barrameda (près Cadix)». Pero,

«en Cartagena, en Valencia, en Sevilla, en Granada, etc., la insurrección ha sido obra, no de los obreros socialistas, sino de los jefes militares o políticos que han tratado de explotar con un fin de ambición personal la idea de la autonomía del cantón o del municipio»^[35].

Aunque *La Solidarité Revolutionnaire* (4 de agosto), publicada en Barcelona por exi-

liados franceses, enumeraba compañeros involucrados en todos esos cantones y en algunos otros. Se convierte en una obsesión para la Comisión desligarse del movimiento cantonal. En una carta dirigida a la Federación de los Estados Unidos, en septiembre de 1873 y, de manera taxativa, les advierte: «El movimiento de Alcoi ha sido un movimiento puramente obrero, socialista revolucionario. El movimiento de Cartagena es puramente político y burgués»^[36].

Aun así, aunque la colaboración fue innegable, el acuerdo previo y global es más difícil de demostrar. La tesis de López Estudillo^[37] es que la lectura de Albarracín, Tomás y compañía, a posteriori, respondió a la estrategia de frenar el movimiento tras comprobar el fracaso en Alcoi, pero existía un compromiso anterior que no pudieron detener. Max Nettlau ya apuntó esta hipótesis al explicar que Puchades se desplazó desde Valencia «para convenir un plan insurreccional con la Comisión federal»^[38] y que, tras ser descartado en la capital, se trasladó a Alcoi. Las palabras del líder de la FRE, sin embargo, no dan a entender esto. Albarracín mandó una carta al Consejo local de Valencia, fechada en Alcoi el 8 de julio, para disculparse porque «esta Comisión se ve completamente imposibilitada [...] para ayudarlos [...]» dado que la federación alcoyana «acordó declarar una huelga general de todos los oficios y al efecto hoy 8 se ha iniciado con mucho entusiasmo y decididos á vencer de cualquier modo»^[39].

36.- Carlos Seco Serrano, «Los Orígenes del Movimiento Obrero Español». *Anales de Historia Contemporánea*, vol. 5 (1986), pp. 11-26.

37.- A. López Estudillo, *Republicanismismo*, p. 130.

38.- Manuel Cerdà, *Lucha de clases e industrialización. La formación de una conciencia de clase en una ciudad obrera del País Valencià (Alcoi: 1821-1873)*, Valencia, Almudín, 1980, p. 115.

39.- AIT, *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región española, V (mayo-octubre, 1873)*, Barcelona, UB, 1985, p. 134.

33.- María Victoria Goberna Valencia, «El cantonalismo en el País Valenciano», en *Primer Congreso de Historia del País Valenciano. Edad Contemporánea*, vol. 4, Valencia, UV, 1973, pp. 463-470.

34.- A. Lorenzo, *El proletariado*, p. 135.

35.- M. Nettlau, *Miguel Bakunin*, p. 76.

Este descargo parece negar la existencia de un acuerdo previo.

Todo apunta a que «el levantamiento obrero más importante del siglo XIX»^[40] tuvo una dinámica singular, derivada de una prolongada disputa con la burguesía industrial local. Por supuesto, enmarcada en un contexto más amplio que no le fue ajeno. Una insurrección donde «por primera vez, un grupo que no pertenecía ni a la Iglesia, ni al ejército, ni a la clase media, se había manifestado como revolucionario»^[41].

Precaria industrialización

También Engels otorgó a la Revolución del «Petróleo» de Alcoi, tal y como la bautizaron sus contemporáneos locales, un trato diferencial, dedicándole la mayor parte de su diatriba: «Esa fue la primera batalla callejera de la Alianza. Al frente de 5.000 hombres, se batió durante veinte horas contra 32 guardias». El filósofo y revolucionario alemán se burló de la estrategia bakuninista, calificándola de cínica al comparar a Severino Albarracín, líder de la revuelta, con el personaje shakesperiano cobarde por excelencia: «Se conoce que la Alianza inculca a sus iniciados aquella sabia sentencia de Falstaff de que ‘el mayor mérito de la valentía es la prudencia’»^[42].

Pero no adelantemos el desenlace. El coautor del *Manifiesto del Partido Comunista* describió el escenario de una ciudad de reciente industrialización, donde el movimiento socialista había aterrizado apenas un año antes. Uno de esos lugares rezagados en el que, de la noche a la mañana, se afiliaban rápidamente un gran número de obreros. La dirección de la FRE eligió para instalarse, por tanto, a un proletariado ma-

leable sobre el que influir, desprovisto de experiencias de lucha obrera.

Caprichos de la historia, el análisis marxista coincidió con las valoraciones más reaccionarias. Según esta lectura, los culpables fueron agentes ajenos a la realidad de la ciudad que engañaron a los huelguistas. Los concentrados frente al Ayuntamiento fueron embaucados por Albarracín (edetano) y Tomás (mallorquín) para hacerles creer que el alcalde, Agustín Albors, rechazaba sus demandas laborales, cuando en realidad se resistía a ceder el poder obtenido en las urnas^[43].

Pero no es cierto: «In more local contexts, we can observe the existence of ‘small industrial revolutions’ in places very far from England or Belgium»^[44]. No vamos a juzgar el desconocimiento de Engels en la época, cuando la historiografía clásica siguió desdenando estos procesos de pequeñas revoluciones industriales fuera de su irradiación geográfica inicial. Sin embargo, sería imperdonable ceñirnos a este análisis preconcebido, cuando conocemos que en poblaciones como Alcoi el origen de la manufactura se remonta al siglo XIV. Incluso tenemos noticias de la lucha de los trabajadores asalariados en busca de mejores retribuciones: «La primera huelga conocida en la manufactura alcoyana, iniciada el 11 de octubre de 1610 con la pretensión de un aumento salarial y finalizada tan solo 4 días después con éxito para las pretensiones de los tejedores»^[45].

40.- C. Lida, *Anarquismo y revolución*, p. 207.

41.- G. Brenan, *El Laberinto*, p. 236.

42.- F. Engels, *Bakuninistas*, p. 28.

43.- Rafael Coloma, *La revolución internacionalista alcoyana de 1873 («El Petróleo»)*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1959, p. 45.

44.- Lluís Torró, «Economic crises and industrialisation in Southern Europe: the Valencian cloth-making town of Alcoi (1600 and 1800)», *Revista de Historia Industrial*, 80 (2020), pp. 85-117.

45.- Lluís Torró, «Procedimientos técnicos y conflictividad gremial: el ancho de los peines de los telares alcoyanos (1590-1797)», *Revista de Historia Industrial*, 25 (2004), pp. 165-181.

Avancemos en el tiempo. El largo proceso de industrialización en Alcoi recibió el espaldarazo definitivo tras el conflicto napoleónico. Camino del sistema fabril, para superar el *putting-out system*, la Real Fábrica de Paños adquirió unas máquinas de hilar y cardar, «empezando a funcionar en enero de 1819, instalándose 28 juegos de máquinas completos desde esta fecha hasta 1823»^[46]. La decisión se justificó por los fraudes que realizaban estos trabajadores en sus casas, mediante el robo de materia prima, con la consiguiente pérdida de calidad de los productos elaborados. Un claro ejemplo del uso de la fábrica como instrumento de control social más que como elemento de innovación tecnológica: «La principal razón que impulsaría la mecanización sería la necesidad de encontrar tecnologías que permitiesen la concentración de los procesos de trabajo y, por lo tanto, su control de manera más eficiente –para el fabricante, por supuesto»^[47].

La introducción de nueva maquinaria provocó las primeras revueltas: «The machines purchased in Bilbao in June 1818 were finally deemed suitable, which is shown by the violent Luddite reaction of 1821 and its defeat»^[48]. En marzo de 1821, más de 1.200 obreros se abatieron sobre 16 máquinas situadas en el exterior de la ciudad y sólo aceptaron retirarse cuando el alcalde prometió desmontar las máquinas del interior. Los hechos tuvieron una gran repercusión y fueron debatidos en las Cortes^[49]. Esta resistencia luddita impulsó todavía más la mecanización, en un intento empresarial por

romper su dependencia de una mano de obra cada vez menos dócil. En 1823, quinientos hombres marcharon hacia Alcoi con el mismo propósito, produciéndose a la entrada de la ciudad un enfrentamiento con el ejército. Tenemos noticias de rumores y escaramuzas similares hasta 1844^[50].

El sistema de factoría quedó sólidamente establecido entre 1850 y 1860, con la sustitución del huso manual por el mecánico. La burguesía local propició la mejora de las comunicaciones, acometió el problema de la escasez de energía, se optimizó el entramado financiero y se acometieron reformas urbanísticas^[51]. Esta fase del desarrollo industrial, comportaría un cambio significativo en las formas de protesta obrera. La violencia se atenúa y se incrementa la progresiva organización de los trabajadores. La orientación de las reivindicaciones tiende a moderar las pretensiones inmediatas y a radicalizar sus objetivos últimos. Movilizaciones contra los impuestos de consumos o contra las quintas, manifestaciones y paros parciales en demanda de aumentos salariales.

Tenemos constancia de una huelga de tejedores e hiladores en noviembre de 1840, disturbios contra los impuestos de consumo en 1854, paros aislados en 1855 y de tejedores de algodón en 1856, y una importante huelga general en mayo del mismo año. El despertar de la conciencia de clase del proletariado alcoyano era ya un hecho y 1.200 obreros firmaron la «Exposición presentada por la clase obrera a las Cortes Constituyentes», redactada por Pi i Margall. El descontento no aminoró. Los alborotos prosiguieron y la casa consistorial de Alcoi fue apedreada en enero de 1870 en el momento del sorteo de las quintas^[52].

46.– Ramón Molina Ferrero, «Las chimeneas de ladrillo en la circunscripción industrial de Alcoi». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 20 (2011), pp. 217-291.

47.– Lluís Torró, «Los inicios de la mecanización de la industria lanera en Alcoi», *Revista de Historia Industrial*, 6 (1994), pp. 133-141.

48.– Ll. Torró, «Economic crises an industrialisation», p. 106.

49.– Manuel Cerdà, «Ludisme». *Debats*, 13 (1985), pp. 5-14.

50.– Antonio Revert, *Primeros pasos del maquinismo en Alcoi. Sus consecuencias sociales*, Alcoi, La Victoria, 1965.

51.– Rafael Aracil y Màrius García Bonafé, *Industrialització al País Valencià: el cas d'Alcoi*, Valencia, Tres i Quatre, 1974, págs. 16-17.

52.– Manuel Cerdà, «El Sexenio Revolucionario (1868-

La culminación de este proceso de toma de conciencia y politización, fue la afiliación masiva a la sección española de la Internacional y su adhesión a la corriente bakuninista. El 1870, miembros de la sociedad Mutua Protección de Tejedores de Alcoi, creada el año anterior, asistieron en el Congreso Obrero de Barcelona, donde entraron en contacto con representantes de la AIT. La correspondencia entre unos y otros se inició inmediatamente, inaugurándose el centro de la federación local el primer domingo de septiembre de 1872. En aquellos momentos ya eran 1.200 los trabajadores de Alcoi afiliados a la AIT y a finales de año más de 2.000. Pronto se crearon secciones en pueblos vecinos (Cocentaina, Benilloba, Muro, Bocairent, Ibi y Tibi).

Articulada alrededor del ideario de la Internacional, la clase obrera alcoyana imprimió un nuevo rumbo a sus acciones de protesta. Entre 1871 y julio del 1873, las huelgas se incrementaron considerablemente y las reivindicaciones ya no se limitaban únicamente al aumento salarial, sino que alcanzarían también las condiciones laborales y la reducción de la jornada de trabajo. De diciembre de 1872 a enero de 1873 tuvo lugar en Córdoba el III Congreso de la Federación Española de la AIT, que acordó sustituir el Consejo federal por una Comisión federal de estadística y correspondencia, con menos atribución y con sede en Alcoi (por 23 votos de 39). La segunda federación local en importancia, tras Barcelona, con 11 secciones y 2.591 afiliados; en julio de 1873 serían más de 3.000^[53].

La AIT arraigó con fuerza en la ciudad. Un proceso que no puede explicarse únicamente por la labor de proselitismo de unos

pocos. La distancia entre obreros y amos de las fábricas, lejos de menguar, se acrecentó. Años después, ante la Comisión de Reformas Sociales, el líder internacionalista José Seguí Valls, calculaba que el salario medio rondaba los 9 reales diarios y se requerían 14 para sobrevivir:

«Su vida es un conjunto de privaciones y tristeza; las fuerzas que pierde en el trabajo no pueden ser restablecidas; su sangre se empobrece; en una palabra, el obrero vive muriendo, viste mal, y aunque se le vea por lo general decente, en apariencia, pues las ropas que usa son de poco precio y sólo se sostienen a fuerza de cuidados y remiendos»^[54].

Y es que, la industrialización alcoyana se realizó en unas condiciones que acarreaba la sobreexplotación de la mano de obra. Salarios inferiores al nivel de subsistencia y jornadas laborales eternas. La competencia comercial de Cataluña y del resto de Europa; la falta de materias primas a un precio asequible y las dificultades de comunicación, por una realidad orográfica peculiar; convencieron a los empresarios que la única posibilidad de sus manufacturas pasaba por someter a los trabajadores hasta extenuarlos.

En la década de los setenta del ochocientos, tejedores, papeleros y zapateros trabajaban diariamente doce horas; diez los del metal, carpinteros y obreros de la construcción y entre dieciséis y dieciocho los obreros del textil. La mano de obra femenina era fundamental en el proceso de fabricación de la pañería y en la industria papelera (en la elaboración de libretos de fumar). Eran tareas que tanto podía realizar un hombre como una mujer, a juicio del empresario,

1873)», en Francisco Moreno (coord.), *Historia de l'Alcoià, el Comtat i la Foia de Castalla*, Alicante. Editorial Prensa Alicantina, 1996, p. 557.

53.- AIT, *III Congreso Obrero de la Región Española*, Córdoba, CNT, 2013.

54.- Reformas Sociales, *Información oral y escrita publicada entre 1889 y 1893*, tomo IV, Madrid, Ministerio de Trabajo y Servicios Sociales, 1985, p. 42.

pero con la salvedad que estas venían a ganar una tercera parte. Los niños se incorporaban al trabajo a temprana edad, a los seis años los niños y a los ocho las niñas; pero las horas de trabajo eran las mismas que las de sus mayores, puesto que su tarea era auxiliar, y su salario una cuarta o quinta parte.

El salario familiar no llegaba para cubrir las necesidades más perentorias y eso cuando cobraban. Las sequías o las crisis de producción obligaban al paro forzoso a miles de trabajadores. Lo mismo sucedía cuando enfermaban. Y había que hacer frente a los impuestos, que eran desorbitados según una memoria del Ayuntamiento: «Las contribuciones indirectas y en especial las de consumos, afligen de una manera desconsoladora a las clases obreras» porque «Alcoy paga más impuestos que Madrid o Barcelona»^[55].

En las fábricas y talleres los espacios eran muy reducidos, mal ventilados, sobre todo en la industria papelera, y con excesiva humedad. Los accidentes laborales eran frecuentes, en especial entre los niños, vencidos por el cansancio y el sueño. Y cuando la jornada laboral acababa, vuelta a un hogar que no merecía tal nombre. Las características de Alcoi determinaron su crecimiento en altura. Las antiguas casas preindustriales se convirtieron rápidamente en edificios de viviendas de alquiler por piezas, donde los trabajadores vivían hacinados y en un medio insalubre. Los barrios obreros alcanzaban densidades de 2.000 y 2.500 habitantes por hectárea, en contraste con los 800 que presentaban las calles burguesas. Para ubicar al mayor número de personas, el arrendatario compartimentaba el inmueble al máximo, cosa que implicaba que una aglomeración de 15 o 20 personas dispusiese de una única letrina:

55.– Citado en Àngel Beneito y Francesc Xavier Blay, «El procés d'industrialització a Alcoi i la revolta del Petrol», en Isabel Clara Simó, *Júlia*, Valencia, Bromera, 2004, pp. 269-281.

«Según el censo de 1868 constaba la población de 28 á 29.000 habitantes, correspondiendo á cada uno 11,71 metros de superficie, mientras que en Madrid disfruta cada persona cerca de 29 metros [...]. En los barrios extremos y entre las clases pobres se hallan hacinadas las familias, habiendo casa en que se albergan 31 más ó menos numerosas para una superficie de 160 metros»^[56].

En cuanto a la alimentación, su base la constituían el pan de maíz y los productos vegetales, a los que se añadían pequeñas cantidades de salazón, porque pasaban meses sin probar la carne, especialmente la roja. En cambio, el consumo de alcohol era elevado. No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de las dificultades de los obreros. Tantas que no tenían más remedio que empeñar las prendas mejor conservadas, colchones, sábanas, enaguas, pañales cucharas, tenedores... a usureros que cobraban unos intereses anuales de entre el 50 y el 80%.

Sólo así se explica el éxito del bakunismo que preconizaba una sociedad donde «no habrá ni papas, ni reyes, ni burgueses, ni curas, ni militares, ni abogados, ni jueces, ni escritores, ni políticos; pero sí una libre federación universal de libres asociaciones obreras, agrícolas e industriales»^[57]. No es que la propaganda operase el milagro en una población mayoritariamente analfabeta, aunque «la edición de obras de pensamiento o de contenido social encontraron un lector no muy extenso pero suficiente, fiel y renovado»^[58]. El acierto de Fombuena, Albarracín y Francisco Tomás, fue enlazar la organización y su doctrina con la expe-

56.– Real Academia de Medicina, *Anales*, Madrid, Fundación M. Tello, 1879, p. 32.

57.– A. Lorenzo, *El proletariado*, p. 115.

58.– José Antonio Piqueras, «Cultura radical y socialismo en España, 1868-1914», *Signos históricos*, 9 (2003), pp. 43-71.

riencia organizativa de unos trabajadores que acumulaban una larga historia de lucha. Desde la lejana resistencia luddita de 1821 hasta la huelga masiva de 1856, duramente reprimida por la Milicia Nacional, la toma de conciencia de clase fue ininterrumpida.

Sin embargo, estas duras condiciones de vida no explican por sí solas el «Petróleo». La insurrección internacionalista no fue un motín de subsistencia propio de una sociedad preindustrial. Tal y como sucedió en Gran Bretaña durante la primera fase de la Revolución industrial, los salarios reales y el consumo de alimentos aumentó ligeramente, pero estas mejoras no compensaron las peores condiciones labores sufridas, derivadas del modelo fabril, y las consecuencias derivadas de un urbanismo insalubre.

García Gómez ha estudiado^[59] como los salarios nominales, especialmente los industriales, crecieron significativamente entre 1869 y 1873, de 1'4 a 2,1 pesetas diarias. Incluso los precios dieron un respiro a las maltrechas economías domésticas de los obreros durante el Sexenio. Como consecuencia, los salarios reales (descontando el IPC) aumentaron e incluso ligeramente las calorías consumidas por persona, aunque lejos de las 2.000 diarias. Sin embargo, y son indicadores fundamentales, las defunciones aumentaron y la talla media en el momento del reclutamiento también menguó. La esperanza de vida apenas rebasaba los 30 años, la tasa de mortalidad infantil creció por encima del 150% y más del 50% de las muertes fueron provocadas directamente por enfermedades infecciosas fruto del mal estado de los alimentos, del agua contaminada o del aire irrespirable. La situación no era ningún secreto para

cualquier testigo de la época mínimamente sensibilizado:

«Alcoy es un país en que la industria está muy desarrollada y los talleres y fábricas son muy numerosos. La población obrera vive allí aglomerada o, por lo menos, se reúne todos los días en lugares que nadie cuida de inspeccionar para higienizarlos. Que falta aire respirable ¡y qué le importa eso a nadie! Que hay niños de diez y doce años que trabajan tantas horas al día como años tienen de vida, tanto mejor; así aumentarán el haber de la familia»^[60].

Por tanto, la sublevación no fue la respuesta a los recortes salariales, los jornales habían mejorado, incluso la capacidad adquisitiva de los obreros. Sin embargo, las transformaciones urbanas derivadas de la industrialización empeoraron significativamente sus vidas: «La densidad de población y el hacinamiento aumentaron la propagación de enfermedades y el riesgo de muerte. A esto se uniría el duro trabajo en las fábricas, que también perjudicaría la calidad y cantidad de vida de los trabajadores»^[61]. El «Petróleo» es la resistencia consciente a un modelo que engrosaba las cuentas capitalistas en detrimento de su salud. En un momento, además, que parecía propicio. Veamos.

En 1863 se introdujeron en la ciudad los primeros telares mecánicos. Hasta el momento el tisaje y el tintado habían quedado al margen del proceso de integración bajo el mismo techo que el resto de artes. Los tejedores disfrutaban de cierta flexibilidad, con trabajadores auxiliares a su cargo y al margen de los ritmos y controles de la fábrica.

59.- José Joaquín García Gómez, «El nivel de vida de los trabajadores de Alcoy: salarios, nutrición y reforma sanitaria (1836-1913)», *IV Encuentro de la Asociación Española de Historia Económica*, 2013.

60.- Ricardo Revenga, *La muerte en España: Un estudio estadístico sobre la mortalidad*, Prensa de Madrid, Madrid, 1904; citada en J. J. García Gómez, «El nivel de vida», p. 16.

61.- José Joaquín García Gómez, «'Urban penalty' en España: el caso de Alcoy (1857-1930)», *Revista de Historia Industrial*, 63 (2016), pp. 49-78.

ca. En el contexto de las duras condiciones descritas, podemos hablar de ciertos privilegios. Además, recordemos que el primer embate contra la industrialización, a principios de siglo, fue fruto del mecanizado del hilado y el cardado. Esta vez, los cambios culminarían con una mayor concentración de la propiedad. El uso de las máquinas de vapor, que remplazaron progresivamente a la energía hidráulica; la mecanización de procesos que habían quedado exentos hasta el momento; las transformaciones productivas y organizativas, y la desaparición de la atomización empresarial culminarán a principios del XX, tras doblegar las resistencias obreras^[62].

1873, por tanto, parecía un buen momento para consolidar las leves subidas salariales; arrancarle al empresariado, aún fragmentado, mejoras en las condiciones laborales, y al republicanismo en el poder progresos sociales: viviendas dignas, agua potable, alcantarillado, limitaciones al trabajo infantil, educación, sanidad...

«A dog with a bad name»^[63]

El «Petróleo» fue un ensordecedor estallido de rebeldía. Armados de nuevas espe-

ranzas, no dudaron en empuñar las armas cuando las autoridades echaron mano de la fuerza. Años atrás hubiesen huido con los primeros disparos, pero esta vez estaban bien organizados. Para Engels, uno de esos «levantamientos aislados, irreflexivos y estúpidos»^[64], o no tanto. Según el informe remitido por la FRE al Congreso de Ginebra y firmado por Miguel Pino, de septiembre de 1873, en tan solo un año se habían logrado importantes triunfos en innumerables conflictos laborales. Entre ellos, se habían impuesto en dos huelgas en Alcoi, una en Benilloba, una en Cocentaina, dos en Enguera... la comarca era un hervidero.

De hecho, desde abril, los papeleros de una población cercana sostenían un enconado enfrentamiento con el propietario, en demanda de la jornada de ocho horas, aumento salarial y modestas mejoras de las condiciones laborales^[65]. La convicción de los triunfos cosechados, la situación política, la creciente fuerza de la federación local y la solidaridad con los compañeros impulsaron la huelga general. En la asamblea del 7 de julio de 1873, en la plaza de toros, no todos estaban de acuerdo. Francisco Tomás, secretario del exterior de la Comisión federal de la FRE, consideraba «todo movimiento aislado como un movimiento prematuro que tiene pocas probabilidades de un resultado satisfactorio»^[66]. Pero la predisposición a la insurrección era mayoritaria entre los dirigentes, empezando por Albarracín, y entre los trabajadores.

El informe de la Comisión, que Engels desgrana y puntualiza, coincide incluso con la crónica de Pi i Margall: «El movimiento de Alcoy tuvo por origen una cuestión industrial, una huelga. Tomó después carácter

62.- Para una descripción detallada del proceso de mecanización industrial y concentración empresarial es imprescindible consultar la obra de Joaquim Cuevas. Encontraremos una síntesis muy acertada en «Innovación técnica y estructura empresarial en la industria textil de Alcoi, 1820-1913», *Revista de Historia Industrial*, 16 (1999), pp. 12-43.

63.- *The Times* londinense publicó una larga crónica (16/7/1873) sobre los sucesos de Alcoi donde cargó duramente contra la Internacional: «They are the outlaws of European Society, pure political brigands, ready to fight in any place, at any moment, against any constituted authorities». Al parecer, el refrán «give a dog a bad name, and hang it» era de uso corriente en el siglo XIX (no tanto en la actualidad), hasta el punto de dar nombre al capítulo 13 del tercer libro de la última novela publicada por Dickens (*Our Mutual Friend*, 1864-1865). Significa que la mala reputación precede a las dificultades y, sin duda, se acomoda a la perfección al relato de esta historia.

64.- F. Engels, *Los bakuninistas*, p. 52.

65.- Sobre este particular y sus derivadas judiciales: D. L. Fernández, «La utopía en el banquillo», pp. 66-86.

66.- M. Cerdà, *Lucha de clases*, p. 107.

político por haber querido apoderarse los jornaleros de los cargos del municipio»^[67]. Aunque el Presidente del Poder Ejecutivo de la República Española olvidó apuntar que el alcalde, Agustín Albers, conocido como Pelletes, intentó dispersar a los manifestantes a tiros^[68]. Dieciséis víctimas mortales se cobró el enfrentamiento armado, tres amotinados y trece entre los defensores del consistorio. Tras la muerte del primer edil, la lucha cesó. En su informe a Ginebra la FRE celebró el triunfo:

«Les résultats du mouvement d'Alcoy ont été très favorables aux intérêts du peuple travailleur. Les 10, 11 et 12 juillet, tous ceux qui étaient sous les armes ont reçu 2 pesetas (2 fr.) par jour et une livre de pain, et, le samedi 12, les grévistes, hommes et femmes, qui se trouvaient au nombre de 10.000, reçurent le montant de leur semaine. Ensuite, tous les métiers, à fort peu d'exceptions près, obtinrent satisfaction pour leurs demandes»^[69].

Aunque las dos pesetas y el pedazo de pan les saldrían muy caros a la postre. Por mucho que se repita, no hubo plan preconcebido. La prueba está en que una vez abatidos los defensores y tomado el poder «the Federal Commission did not seem to have a

clear idea as to what it should do next»^[70]. Además de apagar los incendios y retribuir a los obreros en huelga con lo que habían obtenido de los rehenes, la labor del comité de salud pública se limitó a mandar comisiones para parlamentar con el general Vellarde. Este, tras prometer una amnistía, entró en la ciudad sin encontrar resistencia.

Tampoco se produjo ninguna intervención extranjera, ni la manipulación de los incautos trabajadores locales por la mala fe de los líderes internacionalistas. Aunque un futuro ministro de Lerroux, nada menos que de Justicia, lo continuase creyendo a pies juntillas en 1914: «Abusando de la buena fe de los trabajadores que creían estar a las puertas del paraíso, pidieron la jornada de ocho horas y dos reales diarios de aumento»^[71]. Por el contrario, existen pruebas en el sumario de la actitud moderada y conciliadora de Albarracín, declaraciones que no parten precisamente de sus compañeros. A las puertas de la huelga general, cuando un tal Vilaplana fue violentado en la asamblea de trabajadores acusado de soplón y amenazado con ser fusilado, Albarracín se interpuso ante la posible agresión para impedir que la situación pasara a mayores. También conservamos testimonios de víctimas que fueron socorridas cuando intentaron quemar sus viviendas. Un testigo de la acusación relató que cuando salió a la calle a pedir auxilio porque ardía la puerta de su casa, fue el jefe Albarracín quien se acercó personalmente a protegerle^[72].

En realidad, en una ciudad de tamaño medio, a la fuerza debían conocerse casi todos y no es difícil encontrar alegatos sorpren-

67.- Francesc Pi i Arsuaga y Francesc Pi i Margall, *Historia de España en el siglo XIX. Sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos, acaecidos durante el mismo. Detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres*, 8 vol., Barcelona, Miguel Seguí, 1902, p. 301.

68.- Para profundizar en los hechos puede consultarse la comunicación que presenté al XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: D. L. Fernández, «El levantamiento obrero», pp. 67-80.

69.- «Informe de la Federación Regional Española en el Congreso Internacional de Ginebra (1873)» en Clara E. Lida, *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos*, Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 388.

70.- George Richard Esenwin, *Anarchist Ideology and the Working-Class Movement in Spain, 1868-1898*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1989, p. 46.

71.- Juan Botella Asensi, *Vindictoria de Albers, Alcoi, Fraternidad*, 1914, p. 41.

72.- «Ramo Principal», 1873, Proceso insurrección internacionalista de 1873: 2541, Arxiu Municipal d'Alcoi (AMA).

dentes, de padres que fueron rehenes de los internacionalistas mientras sus hijos participaban activamente en la insurrección. Un procesado reconoció en la barricada al hijo de un sujeto que Fombuena mandó conducir a la cárcel con anterioridad, el vástago también andaba en armas. O viviendas donde no requisaron dinero ni armas sencillamente porque el servicio intercedió por sus amos. Tras penetrar 10 o 12 hombres armados en la casa, la sirvienta les advirtió que su amo era bueno con los pobres y los insurrectos «se retiraron sin quitar cosa alguna ni hacer daño de otra clase»^[73].

Encontramos connivencia entre rehenes que pidieron a sus carceleros que fuesen a buscarles comida a casa o internacionalistas que procuraron la seguridad de sus vecinos ofreciéndoles un paso seguro a través de las barricadas que custodiaban. También el caso contrario, trabajadores que aprovecharon las circunstancias para atentar contra las propiedades de sus antiguos patronos, que les habían despedido. De manera distinta cabría interpretar la declaración del capitán de la guardia civil que intentó absolver al asaltante que le salvó la vida a cambio de un reloj de oro. Y más difíciles de explicar resultan las circunstancias por las que Tomás Maestre, número dos de Albors y nuevo alcalde tras la revuelta, contrató a varios de los principales acusados como guardias municipales, e incluso los mantuvo en el puesto cuando ya contaba con guardias civiles de refuerzo^[74].

Por otro lado, una proclama anarquista de 1914, firmada por «Los invencibles» y titulada «El 73 de Alcoy ACLARANDO», en respuesta a la *Vindictoria de Albors* de Bottella Asensi, aseguraba que se acordó «por los fabricantes y la autoridad en reunión

secreta, prepararse todos armados debidamente, a fin de obligar a los huelguistas por la fuerza a que volvieran al trabajo»^[75]. Sin embargo, a la hora de la verdad prefirieron no intervenir. No aclararemos este extremo con los datos disponibles, pero no parece aventurado pensar que la opinión de los amos no fue unánime, la mayoría distantes políticamente del republicanismo de Pelletes, y se retrajeron tras comprobar la actitud amenazante de unos y otros.

Imaginamos que el telegrama firmado por los industriales pidiendo al general Velarde «encarecidamente indulto para todos, en cambio de la conducta noble y humanitaria del pueblo»^[76] fue dictado por los propios revoltosos. También es muy posible que fueran coaccionados para pedir al Gobierno clemencia, cuando culpaban al alcalde de haber hecho armas contra el pueblo trabajador que pedía pacíficamente su destitución. Pero no parece que la Internacional influyese en absoluto tiempo después, cuando algunos se desplazaron hasta Madrid para hacerle el mismo planteamiento al ejecutivo central. Una vez desaparecido el alcalde, el diputado valenciano Rafael Cervera certificó la buena armonía que existía entre las diferentes clases sociales.

Pero el triunfo resultó ser efímero. Cuando el contexto lo permitió, la burguesía planificó la venganza meticulosamente. El «Petróleo» fue un parteaguas en la historia del movimiento obrero español. La Internacional resistió sin hundirse la persecución de Salmerón y la más enérgica de Castelar, pero «cayó al fin, deshecha, en 1874, a los golpes de la oligarquía militar que derribó a la República»^[77]. La dictadura de Serrano

73.- «Índice de cargos», 1873, Proceso insurrección internacionalista de 1873: 2544, AMA.

74.- «Indagatorias. Ramo 2», 1873, Proceso insurrección internacionalista de 1873: 2547, AMA.

75.- Francisco Verdú Pons, *Del ludismo a la conciencia obrera (Alcoy, 1821-1873)*, Tesis de licenciatura, Universitat de València, 1978, p. 86.

76.- *El Imparcial*, 14 de julio de 1873.

77.- Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, 1967, p. 88.

ilegalizó por decreto la Federación el 10 de enero, en abril del 74 la disolución era completa. Y aunque la estrategia legalista siguió siendo mayoritaria en el seno del movimiento, la dura represión y la clandestinidad dio pie a capítulos de represalias individuales^[78]. La experiencia, sin duda, marcó al anarquismo patrio en las décadas venideras, incluso más allá de los años de ilegalidad y su vuelta a la luz, en 1881. El esquema de acción, represión, clandestinidad y los lazos de solidaridad que ello conllevaba se repitieron cíclicamente durante toda la Restauración.

También supone la divisoria para la historia del liberalismo con la caída del gobierno de Pi i Margall y la sentencia definitiva de la República. Momentos de transición, en palabras del fugaz presidente^[79]. Castelar rompió con Pi i Margall en su búsqueda de una República «ya ‘curada de utopías’ que la llevaban ‘al desorden y a la anarquía’». La utopía federal era sinónimo de ‘anarquía’^[80]. Excede el objeto de este trabajo entrar en las disputas republicanas que convencieron a una parte de los antiguos federales en fervientes defensores del orden y el centralismo:

«Y vino otro [Castelar] que [...] puso a los tres meses atada de pies y manos la República a las plantas de un soldado. Con qué

júbilo, con qué fruición no leían aquellos gobiernos en las Cortes los telegramas en que se les daba cuenta de las victorias obtenidas sobre los pueblos insurrectos [...] sin advertir que cantaban los funerales de la República»^[81].

Pero nos interesa el devenir y el debate en el seno del movimiento obrero. Se inaugura con la represión a la insurrección alcoyana una lucha de clases que desembocará, con el tiempo, en mayores tragedias. No es que antes no se hubiesen aplacado con dureza las protestas obreras, pero en esta ocasión se fue mucho más allá. En Alcoi fueron acusados el diez por ciento de los trabajadores en huelga y encausados por sedición casi la mitad de ellos. Los salarios descendieron un veinte por ciento en diez años, los reos padecieron hasta 14 años de reclusión y, sin embargo, la sentencia fue absolutoria:

«El gobierno solo durante tres meses cumplió con su compromiso de no perseguir a ningún trabajador que hubiese tomado parte en aquellos sucesos, pero durante el mando del aristócrata Castelar, empezaron las prisiones encarcelando a más de 300 obreros, víctimas de las delaciones burguesas, siendo muchos de ellos atados codo con codo y conducidos al castillo de Alicante»^[82].

Francisco Tomás Oliver, dirigente de la FRE y lugarteniente de Albarracín, dejó escrita la primera historia del anarquis-

78.- Incluso se llegó a teorizar sobre ello. La «propaganda por el hecho» fue una estrategia aprobada en el Congreso Anarquista de Londres de 1881, que Errico Malatesta venía defendiendo desde hacía años. Hablaban de manifestaciones, motines e insurrecciones, como complemento a la organización y la difusión de las ideas. Con el tiempo, una minoría reinterpretó la propuesta como una invitación a los atentados, especialmente magnicidios y regicidios. Sin embargo, los partidarios de la dinamita siempre fueron pocos, aislados y desacreditados por el movimiento libertario en su conjunto.

79.- *El Pensamiento Español*, 12 de julio de 1873.

80.- Jorge Vilches, «Contra la utopía. El origen del republicanismo conservador en España (1870-1880)», *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 577-607.

81.- Francesc Pi i Margall, *El reinado de Amadeo de Saboya y la República de 1873*, Madrid. Seminarios y Ediciones, 1979, p. 147.

82.- Francisco Tomás, «Del nacimiento de las ideas anárquico-colectivistas en España», en Juan Pablo Calero Delso, *Anarquistas y marxistas en la primera internacional. Un debate entre Francisco Tomás y Pablo Iglesias*, Mallorca, Calumnias Edicions, 2015, pp. 79-80.

mo español: «Del nacimiento de las ideas anárquico-colectivistas en España». Texto publicado primero en *La Revista Social* (a partir del 27 de diciembre de 1883) y diez años después como folleto por la editorial Biblioteca El Corsario de A Coruña. Jaume Terrassa prologó y recuperó este texto^[83] que Josep Termes creía desaparecido y del que teníamos referencias a través de *La ideología política del anarquismo español* de José Álvarez Junco y de las obras de Max Nettlau. Recientemente, Pablo Calero ha reeditado en un interesante volumen la historia de Tomás, acompañada de la réplica de Pablo Iglesias. Pero lo cierto es que en su relato reprodujo, a grandes rasgos, el documento que redactó para publicar en la prensa anarquista doce años atrás. Eso sí, advirtió que la represión republicana fue más cruenta que la ejercida por la monarquía restaurada con la excusa de la Mano Negra: «Las últimas noticias recibidas de Alcoy son una prueba de que la burguesía que suprimió en público el Tribunal de la Inquisición, continúa sosteniéndolo secretamente»^[84].

Más allá de esta hoya valenciana, se deportó de forma masiva a grupos de militantes a colonias en las antípodas. En otras ocasiones, los mismos obreros huyeron de la represión al exilio. Por cierto, según le contó Errico Malatesta a Nettlau, en otoño de 1875 fue protagonista de una divertida anécdota cuando intentó evadir de la cárcel de Cádiz a Charles Alerini. A Errico «se le dejó entrar en la prisión tan fácilmente como en un hotel»^[85] y allí pasaba las horas en compañía de presos, también algunos de Alcoi, pero Alerini prefirió permanecer recluido. No sa-

bemos si es una invención de Malatesta, una licencia de Nettlau o realmente hubo presos alcoyanos en la cárcel de Cádiz, en la misma en la que estuvo Albors en 1867.

Había que cortar de raíz el virus de la insurrección, las culpables eran las malas doctrinas. Ninguna responsabilidad tuvo el alcalde republicano y exdiputado constituyente, que no dudó un segundo en blandir su arma para defender los privilegios de su casta, antes que mediar en las modestas demandas laborales de los obreros. La prensa de la época abundó en el tema. Los petroleros aparecen y aquí y allá, en Cartagena, en Cádiz, en Cuenca, en Albacete... cualquier fechoría que se preciase debía contar con la participación inexcusable de los alcoyanos. La entrada pacífica de las tropas en la ciudad fue una transacción vergonzosa que permitió «la huida a 500 sublevados, que ahora marchan a Cartagena»^[86].

Investido desde el día 19 de julio como ministro de Gobernación en el ejecutivo de Nicolás Salmerón, Eleuterio Maisonnave siguió con su estrategia de desacreditar a sus oponentes con Alcoi como estandarte. En Albacete, un diputado que viajaba de la mano con el jefe de los incendiarios de Alcoi «ha querido sublevar y sobornar al regimiento de Zamora al grito de ‘viva la independencia’»^[87]. En un conflicto laboral en Cádiz «300 hombres armados, procedentes la mayor parte de los petroleros de Alcoy, se posesionaron de la fábrica»^[88]. Y cuando los carlistas entraron en Cuenca a final de mes «entre los zuavos que forman el batallón predilecto de doña Blanca, iban [...] varios fugitivos de Alcoy»^[89].

Alcoi permitió a un sector del republicano, camino del conservadurismo, re-

83.- Jaume Terrassa, «Francesc Tomàs i Oliver: Apunts històrics sobre anarco-sindicalisme», *Randa*, 8 (1979), pp. 152-195.

84.- A. Lorenzo, *El proletariado*, p. 211.

85.- Max Nettlau, *Errico Malatesta. La vida de un anarquista*, Buenos Aires, La Protesta, 1923, p. 48.

86.- *El Pensamiento Español*, 15 de julio de 1873.

87.- *El Imparcial*, 23 de julio de 1873.

88.- *El Imparcial*, 28 de agosto de 1873

89.- *El Imparcial*, 26 de julio de 1873.

nunciar al federalismo sin mayores explicaciones y a los intransigentes «hacer de los internacionalistas cabeza de turco de sus propios errores»^[90]. La represión estaba totalmente justificada, también contra los cantones, porque «la insurrección se ha convertido en internacionalista, separatista y antiespañola»^[91] por lo que se veían obligados a declarar la «guerra a la internacional»^[92].

«Colonizada por Bakunin»^[93]

A la muerte de Engels (1895), y a modo de elogioso obituario, Lenin destacó su adversidad frente a los soñadores que pretendían inventar el socialismo^[94]. Una clara alusión a sus competidores ácratas, que lo eran en aquel momento, ¡y de qué manera! Aunque lo dejaron de ser pronto en la mayor parte de Europa, pero no en España. El viejo debate sobre la persistencia del movimiento libertario español también parte, como no, de aquel lejano análisis de *Los bakuninistas*:

«España es un país muy atrasado industrialmente y por lo tanto no pude hablarse aun de una emancipación inmediata y completa de la clase obrera. Antes de eso, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio toda una serie de obstáculos. La República brindaba la ocasión para acortar en lo posible estas etapas y para barrer esos obstáculos. Pero esta acción solo podía aprovecharse mediante la intervención política activa de la clase obrera española»^[95].

En el fondo, lo que trasluce el incisivo análisis de Engels es un intento por explicar el poco peso del marxismo en el movimiento obrero español de los primeros tiempos. La débil y localizada industrialización, la inexperiencia del asociacionismo o, incluso, el origen republicano y pequeñoburgués de los primeros cuadros y su debilidad teórica, definieron esta singularidad.

La historiografía, y la literatura, ha analizado muchas veces el movimiento anarquista español desde esta óptica preconcebida. Como intentando reencontrar al guerrillero romántico de la guerra napoleónica: individualista, idealista y violento. Para John Dos Passos «España es la patria clásica del anarquista», un Don Quijote moderno decidido en su cuerda locura a liberar oprimidos, aunque sea lanzando una bomba en el Liceo, para «hacer el último gesto heroico y consiguiendo sólo un inútil destrozo de vidas humanas»^[96].

Si Fanelli tuvo más fortuna que Lafargue en la carrera por captar adeptos a su causa fue, sencillamente, porque «había un tipo de revolucionario español cuyo entusiasmo no podían despertar la doctrina marxista ni la táctica gradualista»^[97]. Raymond Carr no encontró otra lógica para explicar aquella mística de la violencia y un supuesto culto del superhombre revolucionario, mezcla de Nietzsche y San Juan de la Cruz. Porque a pesar de su ateísmo, y sin saberlo ni pretenderlo, el anarquismo era una manifestación más del fanatismo religioso que caracterizaba España. Por ejemplo, Fermín Salvochea, que llegó a ser alcalde de Cádiz y presidente de su cantón, no fue más que un «apóstol de la idea», un «santo del movimiento» y un «Cristo del anarquismo»^[98].

90.- C. A. M. Hennessy, *La República*, p. 232.

91.- *La Igualdad*, 26 de agosto de 1873.

92.- *La Andalucía*, 3 de agosto de 1873.

93.- Eric Hobsbawm, *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 112.

94.- Vladimir I. Lenin, *Collected Words*, vol. 2, Moscow, Progress Publishers, 1972, p. 19.

95.- F. Engels, *Los bakuninistas*, p. 12.

96.- John Dos Passos, *Racinante vuelve al camino*, Madrid, Alfaguara, 2003, pp. 74-75.

97.- Raymond Carr, *España 1808-1975*, Madrid, Ariel, 1970, p. 421.

98.- Murray Bookchin, *Los anarquistas españoles: los años*

El antropólogo Manuel Delgado bautizó como *La ira sagrada*^[99] al movimiento anticlerical que explotó en la Guerra Civil pero que venía anunciándose desde la Semana Trágica, incluso en el siglo XIX. Una expresión tardía del movimiento protestante, dice, que no pudo ser en el siglo XVI. Y no es un análisis, ni mucho menos, aislado. Juan Avilés lo achaca a que «vivían en una atmósfera impregnada de religiosidad tradicional»^[100]. Gerald Brenan lo describió como el fervor de un «ingenuo milenarismo»^[101] secular. Un «sueño intransigente y lunático»^[102] que arraigó en España, por su aislamiento cultural, directamente con sus raíces arcaicas, decía Carr, propio de *Rebeldes primitivos*^[103], apostillaba Hobsbawm.

No es mi intención, ni mucho menos, caricaturizar estos análisis. De hecho, parece evidente que en la formación del movimiento obrero español existen razones culturales e históricas que explican la desproporción del peso del anarquismo y el marxismo con relación a otros países. Pero, en cierta manera, no hacen más que reproducir prejuicios que se aplican al conjunto de la sociedad española del ochocientos: antimodernidad, arcaísmo, fanatismo, quijotismo, hidalguía, violencia...

Aun así, convendría no exagerar. Sobre todo porque, tal y como advierte Julián Casanova, en realidad el fenómeno no fue ni

extraordinario ni excepcional^[104], al menos hasta la consolidación de la CNT. Vuelvo al relato que nos ocupa. Más allá del combate ideológico, la crítica marxista al papel de los aliancistas en el verano de 1873 partía de errores propios del desconocimiento de una realidad lejana.

En primer lugar, a estas alturas existe cierto consenso sobre la composición mayoritariamente industrial del proletariado organizado alrededor de la AIT en los primeros años. En Barcelona, sin duda, y en Alcoi, pero también en Andalucía el peso de los trabajadores urbanos era significativo. Aunque es cierto que, tras el paso por la clandestinidad, cuando se legaliza la Federación de Trabajadores de la Región Española en 1881, la masiva afluencia de trabajadores del campo, especialmente andaluz, cambiará el equilibrio inicial. Otra cosa muy distinta, que requeriría de un análisis más sosegado, sería discernir si el perfil de estos operarios industriales se correspondería con el del antiguo artesano amenazado por el sistema fabril. Tejedores, como por ejemplo en el caso de Alcoi, que gozaban de cierta independencia en los ritmos de producción e incluso cierto poder de decisión. Oficios que paulatinamente eran recluidos bajo el mismo techo que el resto de la cadena y despojados de autonomía, mecanización mediante, en perjuicio de sus salarios y su capacidad de negociación.

Del mismo modo, tampoco es baladí apuntar el fragmentado entramado empresarial propio de esa industrialización incipiente del último tercio del XIX^[105]. Tampoco parece descabellado sostener que

heroicos (1868-1936), Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 163.

99.- Manuel Delgado, *La ira sagrada: anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Humanidades, 1992.

100.- Juan Avilés, *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets, 2013, p. 346.

101.- G. Brenan, *El Laberinto*, p. 256.

102.- Eric Hobsbawm, *Bandidos*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 136.

103.- Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Crítica, 2014.

104.- Julián Casanova, «Auge y decadencia del anarcosindicalismo en España», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 13 (2000), pp. 47-72.

105.- Xavier Díez, *L'anarquisme, fet diferencial català Influència i llegat de l'anarquisme en la història i la societat catalana contemporània*, Barcelona, Virus Editorial, 2013, pp. 41-42.

la flexibilidad de colectivismo supo aclimatare mejor que el marxismo a esta realidad. Pero sea como fuere, Engels no supo ver que existía en algunas partes de España (de manera muy dispersa, eso sí) un proletariado que había madurado hasta lograr un modelo sindical útil. Que no nació de la noche a la mañana en localidades de industrialización tardía. Al contrario, las experiencias en conflictos previos les dotaron de poderosos instrumentos de intervención.

Además, era una clase obrera desengañada de la pugna política. El discurso moderado, basado en arrebatar mejoras laborales a través de las elecciones, difícilmente podía encontrar abono en la España del Sexenio. Ni el programa de reformas de Pi i Margall, ni las aventuras intransigentes, ni siquiera las promesas de un partido obrero tenían visos de prosperar ante la ofensiva conservadora que se avecinaba. Las experiencias previas les aconsejaban confiar únicamente en sus propias fuerzas. El mensaje de Engels, Iglesias y Mesa no pudo abrirse camino en semejante contexto.

Por supuesto, existieron contactos y encuentros con los intransigentes federales a las puertas de la insurrección cantonal. Pero la huelga general en Alcoi respondió a dinámicas propias. Por un lado, derivadas de un conflicto laboral persistentes, no lo olvidemos, en medio de la crisis económica y el ajuste productivo. Y, por otro, fruto de los aparentes triunfos parciales que venían reproduciéndose tras la irrupción de la AIT. En ningún lugar estaba escrito, que la huelga derivaría en rebelión. Otorgar a Severino Albarracín, a Francisco Tomás y al resto de líderes la capacidad de vislumbrar un conflicto armado es hartamente arriesgado. Las armas que usaron fueron arrebatadas a los burgueses atemorizados o provenían del voluntariado republicano, que optó en masa por la insurrección ante la obstinación del alcalde. Que esta vez estaban dispuestos a

llegar más lejos, lo hemos visto. Y que la bravuconada del alcalde republicano iba a tener una respuesta proporcionada, quizás sólo lo dudó el propio Agustín Albers.

El desenlace bien pudo ser otro. Pero la burguesía, al margen de idearios, se alineó sin titubear frente al envite: «Renunció a sus pretensiones de reforma ante el espectro de la revuelta del proletariado»^[106]. Entre los rehenes de la revuelta había carlistas, alfonsinos, radicales y republicanos, por cierto, también intransigentes. Y cuando lograron retomar el control tres meses después, *manu militari* mediante, conspiraron junto a jueces, generales, gobernadores civil y ministros de Gobernación de todo pelaje para asestar un golpe, que creyeron definitivo, al movimiento obrero. Porque la represión posterior sí fue, sin lugar a dudas, excepcional y extraordinaria.

Quizás aquí sí encontremos algunas claves. La justicia ciega, la acción policial indiscriminada, el uso de la fuerza militar contra la población, las largas condenas y las torturas explican también la inquebrantable voluntad de los militantes anónimos: «Todos y cada uno de los números de la Guardia Civil se convirtieron en promotores del anarquismo»^[107]. Y, junto a los tormentos, la solidaridad que los años de cárcel y las luchas sellaron entre ellos. Los presos recibieron siempre el apoyo, también económico, de sus compañeros. La organización, a la sombra o a la luz del día, nunca languideció. Y, más allá de debates teóricos y disputas entre sus líderes, los trabajadores identificaron a sus aliados entre quienes sufrían sus mismas privaciones. Alejados, como no podía ser de otra manera, de manejos políticos que, y más bajo la Restauración, difícilmente les serían propicios.

106.– Paul Preston, *Un pueblo traicionado. España de 1874 a nuestros días: corrupción, incompetencia política y división social*, Barcelona, Debate, 2019, p. 39.

107.– G. Brenan, *El Laberinto*, p. 156.

Vuelvo a Fernández Buey. Si pretendemos un diálogo sincero, deberíamos huir de las viejas trincheras políticas y apolíticas o, si se prefiere, autoritarias y antiautoritarias. Urge un debate, como mínimo historiográfico, desprovisto de apriorismos. Cuando aterrizó la AIT por estos lares, lo hizo cargada de disputas ajenas. Marxistas y anarquistas se enzarzaron en una dura pugna por hegemonizar un movimiento pujante, aunque territorialmente disperso, que enraizó en situaciones muy diversas. Pero los argumentos de Engels sobre el atraso industrial no se sostienen, allí donde la explotación industrial había generado un proletariado combativo, y organizado, los marxistas tampoco lograron imponerse.

Las diferencias, a la vista de las acusaciones cruzadas, poco tenían que ver con el análisis sosegado de la realidad. Y son más propias de luchas faccionales por hacerse con el control que de diferencias insalvables en los proyectos emancipatorios. La colaboración era viable, entre otras cosas, porque el margen de maniobra era muy estrecho. La creación y consolidación de un partido obrero en aquel contexto, tal y como pretendía Engels, habría encontrado barreras infranqueables. La Primera República no llegó a consolidar la democracia, la Internacional siempre estuvo bajo sospecha y su legalidad fue precaria. Los ecos de la Comuna resonaban en los tímpanos de una burguesía atemorizada, que rápidamente cambió de alianzas.

La impaciencia revolucionaria no privó a la República de bases obreras para hacer frente a la reacción. Esta tesis, en realidad, asemeja una traslación extemporánea de apasionados debates militantes posteriores, propios del siglo XX. El veto de la Comisión federal no impidió las candidaturas obreras, fueron los próceres republicanos quienes bloquearon su llegada a las Cortes. El republicanismo no atendió, ni siquiera el intran-

sigente, las modestas demandas laborales, porque su proyecto (con algunas ilustres excepciones) era otro bien distinto. La pugna entre oligarquías, y sus diferentes intereses económicos, derribó la monarquía isabelina. Pero la irrupción del movimiento obrero convenció a industriales y terratenientes; a librecambistas y proteccionistas; a alfonsinos, republicanos y carlistas, de la necesidad de aparcas sus diferencias para frenar al enemigo común. La historia social no debe «ignorar la relación entre los ritmos cambiantes de la alta política institucionalizada y los impulsos de la protesta popular»^[108], y aquí encontramos algunas de las claves.

El gobierno de Pi i Margall difícilmente era sostenible, porque fue dinamitado desde su seno. Las esperanzas de Engels en las reformas gubernamentales se vieron pronto truncadas. Pero tampoco midieron sus fuerzas los líderes internacionalistas, que alentaron una insurrección que con el tiempo sería aplastada sin piedad. La mayoría de militantes, sin duda, se mantuvo al margen del debate ideológico. Sin embargo, es indudable que los Pellicer, Lorenzo, Morago, Albarracín, Fombuena y Tomás, entre otros, lograron construir un proyecto más sólido y como mínimo tan realista, o tan utópico, como el que pretendían Mesa e Iglesias. Su rápida adaptación a la clandestinidad^[109], y la solidaridad con los represaliados, esconde algunas de las claves de la hegemonía ácrata en las últimas décadas del siglo XIX. Cabría preguntarse si también más allá.

108.– Chris Ealham, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto*, Madrid, Alianza, 2005, p. 28.

109.– Clara E. Lida, «Sobrevivir en secreto. Las conferencias comarcales y la reorganización anarquista clandestina (1874-1881)», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, número especial 2 (2015), <http://journals.openedition.org/ccec/5467> (consulta: 26 de septiembre de 2021).

Alexandra Kollontai y la emancipación de las mujeres*

Alexandra Kollontai and the Emancipation of Women

Magdalena Garrido Caballero

Universidad de Murcia

Resumen

El texto está destinado a la figura de Alexandra Kollontai (1872-1952) y la labor desempeñada a favor de la emancipación de las mujeres, que defendió a través de la praxis revolucionaria, los cargos ocupados y sus escritos, que configuran su ideario y sirven de fuente principal para este artículo. *En Bases sociales sobre la cuestión femenina, Comunismo y familia*, Kollontai analiza su tiempo, la situación de las mujeres, los logros alcanzados y los nuevos retos, y en *¡Abran paso al Eros alado!*, discurso dirigido a la juventud, marca la senda del futuro y sus aspiraciones por lograr la sociedad comunista del mañana.

Palabras clave: Rusia soviética, siglo XX, Feminismo socialista, Kollontai, exilio.

Abstract

The text is focused on the figure of Alexandra Kollontai (1872-1952) and the work she carried out for the emancipation of women, which she defended through revolutionary praxis, the positions she held and her writings, which shape her ideology and serve as the main source for this article. In The Social Basis of the Woman Question, Communism and the Family, Kollontai analyses her time, the situation of women, the achievements and what remained to be done. She also marks the path of the future in Make Way for Winged Eros! a Letter to Working Youth so that they can achieve the communist society of tomorrow.

Keywords: Soviet Russia, 20th Century History, Socialist Feminism, Kollontai, exile.

* El artículo se inserta en los proyectos HAR2017-87188-P y PID2021-122319NB-C21. Se reflejan los nombres rusos tal y como los reproducen en los escritos citados, adoptando para el caso concreto de este texto su castellanización.

«Cada nuevo objetivo de la clase trabajadora representa un paso que conduce a la humanidad hacia el reino de la libertad y la igualdad social: cada derecho que gana la mujer le acerca a la meta fijada de su emancipación total...»^[1]

Introducción

Dentro del feminismo socialista la figura de Alexandra Kollontai (1872-1952) es representativa de un ideario y una praxis acordes con la mejora la situación de los obreros y obreras a través de la Revolución de Octubre en Rusia, país desde el que proyectar un modelo de progreso al resto del mundo. Kollontai fue militante bolchevique, ocupó puestos de responsabilidad, como comisariada del pueblo y dentro del Zhenotdel (Departamento de la Mujer del Comité Central del Partido Comunista), también como diplomática, y puso en marcha iniciativas para cambiar las condiciones de vida en la Rusia soviética, sin dejar de reflexionar sobre los asuntos de su tiempo, la situación de las mujeres y la emancipación de las mismas a través de un ideario político y los logros revolucionarios, tal y como expone en sus escritos. Así, se abordan *Las bases sociales sobre la cuestión femenina* y sus explicaciones sobre la situación del momento, se dedica especial atención a *Comunismo y familia*, por sus planteamientos y las metas fijadas para su tiempo, y también a *¡Abran paso al Eros alado!* por sus esperanzas de futuro en la juventud y el mañana.

Su trayectoria vital y algunos de sus escritos sirven de base para la estructura de este texto, que también se ha nutrido de la

historiografía especializada. La andadura de Kollontai fue remarcable en los primeros años, pero el viraje emprendido en la política social durante el estalinismo y haber formado parte de la oposición obrera la relegaron a los márgenes de la acción política y de la Historia, del que este texto, como los a ella dedicados, la rescatan.

Alexandra Kollontai, perfil biográfico y activismo político

Para trazar su perfil biográfico se recoge en este texto una selección de estudios sobre ella^[2], y lo que Kollontai destacó en su *Autobiografía* (1926), según señala: «invitada a relatar los hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad»^[3]. El texto sufrió cambios ulteriores en su reedición, fruto del contexto de censura y en el que omitió pasajes como los de su pasado menchevique, suprimió comentarios personales, adoptando más distancia con su propio relato^[4].

Alexandra Domontovich nació en San Petersburgo en 1872, núcleo industrial de Rusia y centro activo político, donde opera-

1.- Alexandra Kollontai, «Los fundamentos de la cuestión femenina y otros escritos», [traducción revisada y editada por Tamara Ruiz], *En Lucha*, 2011, <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1907/001.htm> (consulta: 15 de noviembre de 2022).

2.- Entre los estudios centrados en Kollontai: Cathy Porter, *Alexandra Kollontai: A Biography*, Londres, Virago, 1980; Ana De Miguel, *Alejandra Kollontai (1872-1952)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2001 y de la misma autora, «Alejandra Kollontai: la mujer nueva», *Arenal*, vol. 7, 1 (2000), pp. 233-252; Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington, Indiana University Press, 1979; Beatrice Farnsworth, *Alexandra Kollontai: Socialism, Feminism and the Bolshevik Revolution*, Stanford, Stanford University Press, 1980; Patricia González Prado, «Alexandra Kollontai y feministas marxistas: aportaciones para genealogizar la autonomía de las mujeres», *ILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*, Vol. I, 1 (2014), pp. 149-166. Sobre su papel en México: Rina Ortiz Peralta, *Alexandra Kollontai en México. Diario y otros documentos*, Xalapa-Enríquez, Universidad Veracruzana, 2012.

3.- Alexandra Kollontai, *Autobiografía de una mujer emancipada. La juventud comunista y la moral sexual. El comunismo y la familia, Plataforma de la oposición obrera*, Barcelona, Fontamara, 1978, p. 69.

4.- *Ibidem*, p. 9.

ron grupos de oposición a la autocracia zarista. Era hija de un noble terrateniente de origen ucraniano, y su madre era de origen finlandés. La imagen que ella misma procura en su biografía es la de una infancia que, vista desde fuera, se puede calificar de feliz, era la única hija del matrimonio y la segunda hija para su madre, siendo la menor, «la más minada y acariciada». Sin embargo, brotó la rebeldía pues «hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimientos ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos»^[5]. Vivía sin lujos, pero afirma que no sabía lo que era renunciar como les pasaba a los hijos de los campesinos, sus compañeros de juegos.

Desde joven, aunque no asistiera a un centro de enseñanza, recibió formación hasta los 16 años, obtuvo el Bachiller, mostró gratitud hacia sus enseñantes y tomó conciencia de las injusticias^[6]. No obstante, el entorno no contemplaba otro camino que no fuera el del matrimonio y la crianza de hijos en una sociedad de tipo patriarcal. La aproximación a las ideas de su tiempo y la situación de «los humillados y ofendidos» influyeron en las mujeres rusas que conformarían la corriente sufragista y se integrarían en la oposición al zarismo dentro de grupos como los *narodniki* y marxistas^[7].

Contra la voluntad familiar, se casa con su primo, un ingeniero de quien toma el



Alexandra Kollontai en la 2ª Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, junio de 1921 (Fuente: russiainphoto.ru).

apellido Kollontai, en 1888. Reconoce en su autobiografía una felicidad de tres años y el nacimiento de su hijo, en cuya educación se centró, pero la maternidad no era el papel central en su vida y se sentía en una «jaula». Mostrando cada vez mayor interés por los círculos revolucionarios, trabajó en asociaciones semilegales para la educación popular. En 1896, la visita a la fábrica Kremgolmskaia en Narva le marcó y supuso una mayor implicación, pues consideraba las condiciones laborales de esclavitud.

Como ella misma relata, amor, familia y matrimonio estaban allí y se iban infiltrando en su vida, pero tomó la decisión de abandonar a su esposo: «Aunque mi corazón no aguante la pena de perder el amor de Kollontai, tengo otras tareas en la vida más importantes que la felicidad familiar. Quiero luchar por la liberación de la clase

5.- *Ibidem*, p. 75.

6.- Influyó sobre ella su maestra María Strachova, a través de la que empezó a tener contacto con las teorías *narodniki*, y el historiador Piotr Ostrogorski que la orientó hacia el periodismo. *Ibidem*, pp. 20-21.

7.- La oposición política en la Rusia zarista del siglo XIX estuvo constituida por diversos grupos: los *narodniki* partían de las ideas del populismo sobre la convicción de que el pueblo ruso llegaría al socialismo a través de un camino propio. Así se refleja en *¿Qué hacer?* de Chenichevski, destacando la capacidad de los «mir» como potencial revolucionario y el uso de la violencia. El filósofo Herzen también aspiraba al cambio desde el campesinado. Para los grupos marxistas el capitalismo ruso era un proceso irreversible y ponían sus esperanzas en el proletariado.

obrero, por los derechos de las mujeres, por el pueblo ruso»^[8].

Con la determinación de estudiar economía política marcha a Zúrich (Suiza), país de destino de muchos exiliados, donde se debatían las tesis de Berstein. Kollontai apostó por las ideas de no integración con otras agrupaciones. A su regreso a Rusia, en 1899, se afilió al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR), en la ilegalidad. Sus padres habían fallecido para 1903 y ella prosiguió sus actividades, escribiendo y mostrando especial interés sobre Finlandia, donde había estado durante su infancia con su familia materna.

Respecto al segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR), celebrado entre Ginebra y Londres, en 1903, se escenificaron dos tendencias dentro del partido: la bolchevique (mayoritaria) que defendía una organización estructurada sobre una base restringida y una vanguardia formada por revolucionarios profesionales, frente a la menchevique (minoritaria), con una visión más amplia de las bases, cuya ruptura tuvo lugar en 1912.

Kollontai, en el debate no se posiciona abiertamente, pero sí era partidaria de participar en la movilización al Palacio de Invierno de 1905 y realizó un llamamiento en ese sentido, hecho por el que se abrió un proceso que propició su salida al extranjero. A partir de entonces no vuelve a ver su casa. Su hijo queda a cargo de unos amigos y liquida sus enseres. Describe este periodo como «una época de penosos trabajos y fatiga»^[9].

Su proximidad a los mencheviques en este periodo parte de sus ideas sobre el

papel de la Duma, que podía ser utilizada como plataforma para el partido. Es más, cuando se presentó un proyecto a la Duma sobre seguridad social, participó en la elaboración de la ley sobre protección de la maternidad. Entre las distintas tendencias que se abrían paso, los «otzovistas», con Bogdanov y Krassin^[10], consideraban que debían aprovechar ser oposición, junto con los «ulimatistas», que apostaban por la clandestinidad total, abanderaron una «cultura nueva», entendida según las necesidades del proletariado^[11]. Se centraron en la formación de propagandistas a través de la escuela en Capri, en la que Kollontai participó. Y se mostró a favor de un partido unido y fuerte.

Donde proyectó su acción política fue en la organización de las mujeres. En 1907 abrió el primer club de obreras^[12]. Al año siguiente, tuvo lugar el primer Congreso de mujeres de Rusia que ayudó a organizar. Tildada de feminista, reconoce que no sabían valorar sus compañeros la capacidad de las mujeres para la lucha política. Tuvo que huir sin ver concluir el Congreso, pues estaba vigilada. Estuvo exiliada en Alemania, donde se afilió al Partido Socialdemócrata Alemán. Fue detenida junto con su hijo, porque sus documentos no estaban en

10.- Sobre Bogdanov, véase Olga Novikova, «Rusia, 1917. La revolución del pensamiento y la cultura de las emociones», *Nuestra Historia*, 4 (2017), pp. 21-42.

11.- Alexandra Kollontai, *Autobiografía*, p. 42 Véase para más información sobre cuestiones culturales, Magdalena Garrido, «De la Revolución de Octubre al estalinismo: Vanguardias, cultura proletaria y 'realismo socialista'», en Ricardo Escavy, Eulalia Hernández y María del Carmen Sánchez (eds.), *Cien años de lingüística rusa*, Murcia, Editum, 2018, pp. 55-76.

12.- El tercer Club de Mujeres de Moscú llegó a agrupar a 900 miembros durante los 13 meses de su existencia, hasta que fue clausurado por la policía en noviembre de 1913. Para más información, véase Cintia Frencia y Daniel Guido, *Feminismo y movimientos de mujeres socialistas en la Revolución rusa*, Santiago de Chile, Edición Ariadna, 2018, p. 55.

8.- Josefina Martínez, «Alejandra Kollontai, el amor camaradería», *Contexto y Acción*, 22 de noviembre de 2017, <https://ctxt.es/es/20171122/Politica/16249/Alejandra-Kollontai-feminismo-revolucion-Rusia-CTXT.htm> (consultado el 15 de noviembre de 2022).

9.- A. Kollontai, *Autobiografía*, p. 81.

regla, pero en el registro encontraron una orden del partido como delegada, pues ya había participado como tal en la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas (constituida en 1907).

En este periodo escribió *Bases sociales sobre la cuestión femenina*, un texto elaborado para el congreso de Mujeres de toda Rusia de 1908^[13], que se caracterizó por ser una exhortación al partido para desarrollar el movimiento de mujeres de Rusia, aparte de una crítica al movimiento sufragista burgués. Además, publicó otros escritos e impartió conferencias.

De Alemania partió a Suecia, donde siguió mostrándose contra la I Guerra Mundial, fue detenida y expulsada a Dinamarca, y ya en Noruega, sirvió de enlace entre Suiza, donde se encontraba el Comité Central, y Rusia. Su actitud contraria a la Gran Guerra se vio materializada en la conferencia celebrada en Berna en 1915. Año en que se afilió al partido bolchevique.

Frente al movimiento sufragista que se apartaba de sus objetivos en un contexto bélico para trabajar junto a sus gobiernos, su acción frente a la guerra le llevó a dar conferencias en distintos países, entre otros, EE. UU, donde estuvo en dos ocasiones y, según la prensa, daba el perfil de espía del Káiser o agente de la Entente. Regresó a Noruega, donde le sorprendió la Revolución de febrero de 1917 y la caída de la autocracia zarista. Aprovechó la amnis-

tía concedida por el Gobierno provisional para regresar a Rusia. En sus palabras:

«Naturalmente yo estaba en la lista de refugiados políticos que, por orden del Consejo de trabajadores y soldados, podían entrar libremente. El joven oficial me ayudó a bajar del trineo y me besó la mano casi con veneración. ¡Ya me encontraba en el suelo republicano de la Rusia liberada! ¿Era posible? Este fue uno de los momentos más felices de mi vida. Cuatro meses después, por orden del gobierno de Kerenski [Gobierno Provisional], el mismo joven y amable oficial me detendría como bolchevique peligrosa en la misma frontera de Tronö... Son ironías de la vida»^[14].

Meses previos a la Revolución, frente a la tendencia de colaboración moderada con el gobierno provisional, se posicionó en contra. Sus ideas estaban más próximas a Lenin, quien regresó del exilio y defendió desde la estación Finlandia de San Petersburgo la insurrección armada. Kollontai apoyó. En mayo, tomó parte activa de la huelga de las lavanderas. Y en junio, los bolcheviques eran perseguidos acusados de alta traición. Fue detenida y liberada por mediación del soviét. Después, como ella relata:

«Vinieron los días importantes de la Revolución de octubre. El histórico Smolny. Las noches sin dormir y las continuas reuniones. Y finalmente la conmovedora proclama: «Los soviets toman el poder». «Los soviets dirigen un llamamiento a los pueblos del mundo para poner fin a la guerra». «El campo queda socializado y bajo el poder de los campesinos»^[15].

El protagonismo de Kollontai aumentó,

13.- *Ibidem*, pp.25-51 El Comité Organizador del Congreso reflejaba toda la gama de grupos feministas, incluyendo a representantes de la Sociedad de Ayuda Mutua (Anna Shabanova, Anna Filosofova, Olga Shapir, Evgeniia Chebysheva-Dmitrievna y Evgeniia Avilova), activistas de la Unión de Mujeres como Liudmila von Ruttsen, María Chejova, Ekaterina Shchepkina y María Blandova, y la Dra. María Pokrovskaja del Partido Progresista. El Congreso se llevó a cabo bajo supervisión policial (en cada sesión hubo al menos un policía, y a veces varios) con el lema «el movimiento de mujeres no debe ser ni burgués ni proletario, sino un movimiento de todas las mujeres».

14.- A. Kollontai, *Autobiografía*, p. 96.

15.- *Ibidem*, p. 103.

integrante en el Comité Central del Partido, fue elegida para el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y después como miembro del Comité Ejecutivo Panruso. Fue la primera mujer en ocupar un cargo en el Comisariado del Pueblo para la prevención social de invierno de 1917 a marzo de 1918. Señala que la boicoteaban en el ministerio, pero debía funcionar para atender a numerosos soldados inválidos, prestar servicio en asilos, orfanatos, hospitales, clínicas de ginecología, formando para ello una comisión de ayuda.

Entre las medidas adoptadas, se eliminó la enseñanza de la religión; convirtieron el claustro de Aleksandr Nevski en residencia de inválidos de guerra, por lo que fue llamada hereje. También se acometió la transformación de orfanatos en centros estatales, y se elaboró un sistema de sanatorios públicos, así como la protección legal de la madre y el recién nacido, en enero de 1918. Por decreto, se transformaron las maternidades en residencias gratuitas.

La salida de Rusia de la Gran Guerra se formalizó a través de la firma del tratado de Brest Litovsk de 1918, que implicó pérdida territorial. Por discrepancias, Kollontai renunció a su cargo en el Comité Central y previamente a su cargo como comisaria del pueblo. Pero prosiguió su labor para lograr la emancipación real de la mujer, aunque ya se había obtenido legalmente. La «oposición de izquierda» de la que formaba parte era favorable al control obrero de los sindicatos, frente a la posición de Lenin que defendía su permanencia bajo control estatal. No obstante, aunaron esfuerzos durante la guerra civil rusa.

En diciembre de 1918, la Cheka actuó para contrarrestar la oposición y el sabotaje. Fue el tiempo del «comunismo de guerra», la requisita de trigo y el abastecimiento de los frentes, de una industria nacionalizada, pero no desarrollada, de la pérdida

de heterogeneidad en la composición de los soviets y de mayor control de estos por parte del partido comunista. Fue el contexto del que emanó la «oposición obrera» a la que perteneció Kollontai en la posguerra civil, rechazando la Nueva Política Económica (NEP), un viraje que suponía eliminar la requisita por un impuesto en especie, poder comerciar con el excedente, desarrollar la producción en cooperativas y alejarse de los principios de la Revolución.

Kollontai hizo una defensa de la independencia de los sindicatos en el X Congreso del Partido de 1921. Aunque la «oposición obrera» no formuló un programa concreto, mostró los efectos de la burocratización y de quienes se incorporaban a las filas del partido sin convicciones marxistas. Se trató de un momento complicado, pues la posición defendida quedó en minoría, se intentó excluirles del Comité Central, y aunque escribieron a la Internacional Comunista sobre la pérdida de presencia obrera dentro de la composición del partido y su política dictatorial, el informe emitido en respuesta admitía las dificultades que debía afrontar Rusia y no tuvo mayor trascendencia. La «oposición obrera» fue objeto de purgas durante la etapa estalinista, aunque no afectó a Kollontai. Finalmente, los sindicatos siguieron siendo formalmente independientes, pero quedaron controlados los cargos por el partido.

Paulatinamente el protagonismo de Kollontai se va eclipsando, su voz se va silenciando y no se significa en los debates del partido, pues podía ser acusada de desviacionismo y represaliada. Se dedica a su labor diplomática^[16], y a la escritura, hasta su fallecimiento en 1952. Acabó mostrando adhesión a Stalin, lo que resulta con-

16.- Noruega de 1923 a 1925, México de 1925 a 1927, de nuevo Noruega de 1927 a 1930 y Suecia de 1930 a 1945.

tradictorio con su etapa anterior^[17]. Si ella consideraba la constitución de 1918 en lo que respecta a la mujer poco progresista, difícilmente podía entenderse un posicionamiento favorable hacia una etapa en la que se constriñen derechos que habían sido alcanzados, si no es fruto de su adaptación a un medio hostil con la vieja guardia bolchevique. Estos cambios en la URSS han sido referidos como «revolución traicionada» y se ha valorado la lucha feminista como un fracaso por la deriva histórica^[18]. Sin embargo, los principios defendidos entonces por Kollontai sobre la igualdad real revisten actualidad.

La emancipación de las mujeres a través de sus escritos

Este apartado se ha estructurado tomando como referencia sus reflexiones sobre la situación de las mujeres y cuestiones como la igualdad que emanan de sus aspiraciones para su tiempo y sus anhelos de una futura sociedad comunista^[19]. Algunas de sus ideas se materializaron y codificaron; otras no llegaron a realizarse, porque resultaron

más trasgresoras y tuvieron difícil anclaje con el férreo control, represión y censura durante la etapa estalinista. En estas páginas se realiza un breve recorrido de síntesis de los aspectos representativos de sus textos: *Bases sociales sobre la cuestión femenina* (1907), antes de la Revolución de Octubre; *El comunismo y la familia* (1920), en el contexto de la Rusia soviética y formando parte de la oposición de izquierda y el texto *¡Abran paso al eros alado! Carta a la juventud obrera* (c. 1923), en el que expresa sus deseos de futuro^[20].

Los fundamentos de «la cuestión femenina»

Para Alexandra Kollontai la «cuestión femenina»^[21] se subsume a la consecución de metas por parte del proletariado, señala que al igual que el grupo de los hombres está dividido en burgueses y proletarios ocurre con las mujeres. De ahí que no haya un único y cohesionado movimiento de mujeres.

Kollontai realiza una síntesis sobre los avances de las mujeres en el siglo XIX en el terreno educativo, allanando el camino, pero no sin dificultades. Define el «feminismo» como el intento de las mujeres burguesas de permanecer unidas y medir su fuerza común contra el enemigo, contra los hombres. Cuando estas mujeres entraron en el mundo laboral, se referían a sí mismas con orgullo como la «vanguardia del movimiento de las mujeres». Se olvidaron de que, en este asunto de la conquista de la independencia económica, como en otros ámbitos, fueron recorriendo los pasos de sus hermanas menores y recogiendo los frutos de los esfuerzos de sus manos llenas

17.– Beatrice Farnsworth, «Conversing with Stalin, Surviving the Terror: The Diaries of Aleksandra Kollontai and the Internal Life of Politics», *Slavic Review*, 69/4 (2010), pp. 944–970 y Alexandra Kollontai, *Feminismo socialista y Revolución*, México, RLS, 2020, p. 17.

18.– Ana Isabel Álvarez, «El fracaso de la lucha político-feminista: los casos de Clara Zetkin y Alexandra Kollontai», en Cristina Segura y Ana Isabel Cerrada (coords.), *Las mujeres y el poder: representaciones y prácticas de vida*, Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM), 2000, pp. 195–206; Meritxell Benedí Altés, «La revolución traicionada: dones russes durant els primers anys de la unió soviètica», en Mary Nash y Susana Tavera (eds), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Barcelona, Ícaria, 2003, pp. 287–300.

19.– Este trabajo se nutre especialmente de las obras, depositadas en la Biblioteca Nacional, leídas durante la estancia de investigación realizada en Madrid de 2018 y archivos digitales.

20.– Alexandra Kollontai, «Дорогу крылатому Эросу! (Письмо к трудящейся молодежи)», *Молодая гвардия* [*Molodaia Gvardiia*], 3 (1923), С. 111–124.

21.– A. Kollontai, *Los fundamentos*.

de ampollas^[22].

Respecto a las causas de los problemas de las mujeres y su situación marginal, las explicó conforme a: «las condiciones y formas de producción han subyugado a las mujeres durante toda la historia de la humanidad, y las han relegado gradualmente a la posición de opresión y dependencia en la que la mayoría de ellas ha permanecido hasta ahora»^[23]. De ahí que Kollontai señale la doble explotación de las mujeres por ser mujeres y por obreras y que fuese preciso un cataclismo para que las condiciones cambiasen. Antes de la I Guerra Mundial, el salario promedio de un obrero en la fábrica era de 1 rublo con 41 kopeks, mientras que para una mujer era de 72 kopeks^[24]. Esta argumentación es propia del feminismo socialista que representa: «Una mujer puede tener igualdad de derechos y ser verdaderamente libre sólo en un mundo de trabajo socializado, de armonía y justicia»^[25]. La liberación procederá, conforme a su ideario, de la lucha frente a la opresión económica y el triunfo de la revolución.

Aunque desde la socialdemocracia se habían vistos incluidos en sus programas mejoras para la igualdad de mujer, se hacía desde presupuestos burgueses y la mujer aspiraba a contar con los privilegios del varón como el voto:

«Las feministas buscan la igualdad en el marco de la sociedad de clases existente, de ninguna manera atacan la base de esta sociedad. Luchan por privilegios para ellas mismas, sin poner en entredicho las prerrogativas y privilegios existentes. No acusa-

mos a las representantes del movimiento de mujeres burgués de no entender el asunto, su visión de las cosas mana inevitablemente de su posición de clase...»^[26]

La socialdemocracia alemana contemplaba el sufragio universal femenino en Gotha (1875) y Erfurt (1891). Fruto del activismo de Clara Zetkin también se editó la revista quincenal *Die Gleichheit (La Igualdad)*. A partir de 1900 se establecieron reuniones bianuales, se promovió la sindicación femenina, se instituyó el Movimiento Internacional de Mujeres Socialistas que se reunió por primera vez en Stuttgart en 1907 y, en 1910, en Copenhague, tuvo lugar su segunda conferencia, en la que se organizó el Día Internacional de la Mujer. Aún en el extranjero, Kollontai guardaba contacto con lo que sucedía en su país. En 1913, se celebró el día internacional de la mujer en Rusia^[27].

Respecto al acceso a derechos políticos para las mujeres, como el voto en Rusia habría que esperar a la coyuntura de 1917^[28].

26.- *Ibidem*, p. 2.

27.- Cintia Frencia y Daniel Gaido, «The Socialist Origins of International Women's Day», *Jacobin Magazine: A Magazine of Culture and Polemic*, March 8 (2017); Siegfried Scholze, *Der Internationale Frauentag einst und heute. Geschichtlicher Abriss und weltweite Tradition vom Entstehen bis zur Gegenwart*, Berlin, Trafo, 2001; Ana Isabel Álvarez González, *Los orígenes y la celebración del Día internacional de la Mujer, 1910-1945*, Oviedo, KRK Ediciones, 1999.

28.- Véase para más información: Barbara Alpern Engel, *Women in Russia, 1700-2000*, Cambridge, CUP, 2004; Laura Branciforte, «La polifacética imagen de las mujeres en la Unión Soviética en los años veinte y treinta», en Montse Huguet y Carmen González (eds.), *Historia y Pensamiento en torno al género*, Madrid, Kóre/Dykinson, 2010, pp. 21-47; Wendy Z. Goldman, «Del pasado hay que hacer añicos: la liberación de las mujeres y la Revolución rusa», en Juan Andrade y Fernando Hernández (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Madrid, Akal, 2017, pp. 133-152; Demitrina Jivkova Semova, «Las mujeres de la Revolución Rusa: la otra gran revolución», *Historia y Comunicación social*, 23/1 (2018), pp. 5-22; Mª Teresa Largo, *La Revolución rusa. La fábrica de una nueva sociedad*, Madrid, Catarata,

22.- Alexandra Kollontai, *Mujer y Lucha de clases*, Barcelona, El Viejo Topo, 2016, p. 6.

23.- *Ibidem*, p. 5.

24.- Ralph Carter Elwood, *Inessa Armand: Revolutionary and Feminist*, Cambridge and New York, Cambridge University Press, 1992, pp. 102-103.

25.- A. Kollontai, *Mujer y Lucha de clases*, p. 4.

En la Revolución de Febrero de ese mismo año hubo un protagonismo de las mujeres, movilizadas por las dificultades, ante la pérdida de muchos familiares por los estragos de la Gran Guerra, las duras condiciones de subsistencia, trabajos míseros y la carestía en el abastecimiento de productos de primera necesidad. De ahí los anhelos puestos en el final de la guerra y la bajada del precio de productos básicos. Una vez derrocada la autocracia zarista con la Revolución de febrero de 1917 y establecido el gobierno provisional, sus medidas, entre las que se encontraban mantener el compromiso internacional en la Gran Guerra, amnistía y mantener los precios del trigo, no incluía el sufragio femenino. Las demandas se canalizaron a través de la Liga Rusa para la Igualdad de las Mujeres, que a su vez incluía a otras asociaciones. La petición no fue contemplada. Ante la negativa, el 19 de marzo, miles de mujeres se manifestaron por Petrogrado. Encabezaban la manifestación mujeres a caballo seguidas por dos orquestas, y Vera Figner iba en coche en medio de la marcha^[29]. Las mujeres llegaron a la Duma de Estado y exigieron reunirse con los diputados y, no sin dificultades, finalmente se reconoció el derecho.

Recibieron el apoyo de otras sufragistas

y muchas mujeres llegaron a asociar la victoria aliada en la Gran Guerra con la consecución de plenos derechos^[30], mientras que para Kollontai la lucha por el sufragio universal femenino pasaba por continuar la revolución y por elegir un nuevo parlamento soberano que representara al pueblo, rechazando siempre la permanencia en la guerra. Cuando tuvieron las mujeres rusas la oportunidad de ejercer el derecho a voto en las elecciones a la Duma del Estado y la Zemstva, órganos locales, ese mismo año, se produjeron incidentes, sobre todo en el ámbito rural, negando la posibilidad de participación de las mujeres^[31]. Es con el triunfo de la Revolución de Octubre cuando se implementa el derecho al voto y de ahí que en el imaginario queden desdibujados los hechos previos.

El comunismo y la familia: avances en la situación de las mujeres

El papel de Kollontai en la mejora de la situación de las mujeres dio lugar a una serie de propuestas que se reflejaron en su libro *Maternidad y Sociedad* y en la legislación de protección a la maternidad, que se materializó, en 1917, con la medida aprobada por los bolcheviques para la creación de un departamento centrado en la protección de madres y niños, y el seguro de maternidad. También en su implicación en las fun-

2017; Karen Offen, *Feminismos europeos, 1700-1950. Una historia política*, Madrid, Akal, 2015; Sheila Rowbotham, *Mujeres, resistencia y revolución. Una historia de las mujeres y la revolución en el mundo moderno*, Tafalla, Txalaparta, 2020; Elena Hernández Sandoica, «Tiempo de paradojas. La irrupción radical de las mujeres en el espacio público, cien años después de 1917», *Pasajes*, 59 (2019), pp. 6-22; Aida Sánchez Martínez, «Mujer y revolución», en Jaume Camps (coord.), *La Revolución que había de cambiar el mon. Cent anys del 1917*, Tarragona, UVR Publicacions, 2018, pp. 49-67; Elizabeth A. Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Revolutionary Russia*, Bloomington, Indiana University Press, 2001.

29.- Revolucionaria nihilista. Para más información, véase: *Cinco mujeres contra el zar. Vera Figner, Vera Zasúlich, Praskovia Inanóvskaya, Olga Liubatovich. Elzaveta Koválskaya*, Barcelona, Dirección Única, 2016.

30.- Las mujeres participaron activamente en la guerra con «los batallones de la Muerte», véase para más información María Bochkareva, Isaac Don Levin, Yashka: *My Life as Peasant, Officer and Exile*, New York, Frederick A. Stokes Co., 1919. María Bochkareva fue comandante del Batallón de la muerte de mujeres rusas, ante su tentativa de pasar al Ejército blanco, fue apresada, acusada de traición y ejecutada.

31.- Anastasia Vitiazeva, «Lucha por la igualdad de derechos: historia del sufragio femenino en Rusia», *Russia Beyond*, 3 de septiembre de 2015, https://es.rbth.com/pol%C3%ADtica-y-sociedad/sociedad/2015/09/03/lucha-por-la-igualdad-de-derechos-historia-del-sufragio-femenino-en-rusia_394343 (consulta: 15 de noviembre de 2022).

ciones desempeñadas en el Comisariado de Prevención Social y dentro del Zhenotdel.

El código de familia de 1918 establecía la igualdad jurídica, legitimó el matrimonio civil, extendiendo derechos a los hijos nacidos fuera del matrimonio, y la conservación de ambos cónyuges de su patrimonio. Además, prohibía la adopción, pues los huérfanos debían quedar bajo la protección del Estado.

En 1918 aparece «La mujer nueva», texto publicado en 1918 en su obra *La nueva moral y la clase obrera*, en donde fruto de los cambios que se están implementado, Kollontai muestra su optimismo y señala que ya existe:

«Ya la conocéis, estáis acostumbrados a encontrarla a todos los niveles de la escala social: desde la obrera a la científica, desde la modesta oficinista a la artista brillante. Y, lo que aún es más sorprendente: cada día la encontráis más a menudo en la vida normal, pero sólo desde los últimos años empezáis a reconocer sus rasgos en los de las heroínas literarias. [...] Se trata de un nuevo, de un 'quinto' tipo de heroínas, desconocido hasta la fecha, un tipo de heroínas que trae sus propias exigencias en relación con la vida, que afirma su personalidad, que protesta contra la múltiple esclavitud de la mujer bajo el Estado, la familia, la sociedad, una clase de mujer que lucha por sus derechos y que representa a su propio sexo»^[32].

Esos rasgos suponen un cambio respecto al pasado, la «mujer contemporánea se está volviendo difícil: quiere y pide que se respete su personalidad, su alma, que su 'yo' sea considerado. No soporta el despotismo»^[33].

Kollontai responde a este ideario de «mujer nueva» y participa como organiza-

dora del Primer Congreso de trabajadoras y campesinas de Rusia en plena guerra civil, contó con el apoyo de Sverdlov, primer presidente del Soviet. Se celebró en noviembre de 1918, presentándose 1.147 delegadas, sentando las bases para un trabajo planificado, abogando por la formación, el trabajo de las mujeres en puestos del partido y el Estado, combatiendo la prostitución, pero también atendiendo a la maternidad y la infancia. Durante la guerra civil estuvo realizando un papel en Ucrania para trabajos de reconocimiento y propaganda. Apartada por enfermedad, regresó a Moscú y nuevamente se dedica al Zhenotdel, en la que se destacaban Inessa Armand y Samojlova. Organizó conferencias y congresos mundiales y fruto de la labor de este organismo específico para asuntos sobre la mujer, se despenalizó el aborto en 1920.

Presentó al VIII Congreso, celebrado en 1919, una moción para igualar a las mujeres y que éstas ocuparan trabajos para el Estado y la comunidad^[34]. No obstante, en su autobiografía es crítica con la legislación soviética, pues no la consideraba suficientemente avanzada en cuestiones como el divorcio y los hijos naturales.

El texto *El comunismo y la familia* aparece en un contexto donde se dan pasos para la construcción de la sociedad comunista del mañana^[35], y Kollontai seguía teniendo expectativas para una igualdad real. Recuerda

34.- El VIII Congreso del PC(b) de Rusia se reunió en Moscú del 13 al 23 de marzo de 1919. En el mismo se fundó la Internacional Comunista.

35.- Se trató inicialmente de un discurso pronunciado por Kollontai en el Primer Congreso de Mujeres Trabajadoras de toda Rusia. Hay diversas traducciones del folleto titulado *El comunismo y la familia*, publicado en Londres por la Workers' Socialist Federation entre 1918 y 1920, como se señala en la *Web International Communist League*, <https://www.icl-fi.org/english/wv/1086/kollontai.html> (consulta: 15 de noviembre de 2022). La oralidad inicial de los textos hace que una vez publicados aparezcan con distintas dataciones en las referencias utilizadas, aunque la mayor parte de las mismas se ciñen a 1920 y 1921.

32.- A. De Miguel, «Alejandra Kollontai», p. 235.

33.- *Ibidem*, p. 240.



Alexandra Kollontai en la 2ª Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, junio de 1921
(Fuente: russiainphoto.ru).

logros como el divorcio, el 18 de diciembre de 1917, dejando de ser privilegio para los ricos, de tal manera que la mujer obrera podía divorciarse y señala explícitamente de «un marido borracho o brutal acostumbrado a golpearla»^[36], lo que suponía una liberación, mientras otras mujeres seguían las ataduras por considerar al hombre el proveedor. Afirma Kollontai que no debían buscar sostén en él sino en el Estado. El problema radicaba, según explica, en que la mujer no tenía ni voluntad, ni dinero, ni tiempo propios. Pero con el nuevo tipo de familia que defiende, el matrimonio sería unión de afectos y camaradería, de seres iguales, libres e independientes. Para ello

36.- A. Kollontai, *El Comunismo y la familia*, p. 159. También reproducido en *Asparkia: Investigación feminista*, 20 (2009), pp. 215-230. Máximo Gorki en *La Madre* hace referencia al ambiente de violencia.

debían ser transformadas las condiciones de trabajo, garantizar la seguridad material de las mujeres, de tal manera que el matrimonio dejase de ser una cadena.

Kollontai realiza el recorrido por las formas de familia, la genésica, que gira alrededor de la anciana madre y la patriarcal, en torno al hombre como proveedor de sustento, que seguía persistiendo en áreas rurales de Rusia. Rememora que: «en tiempos de nuestras abuelas y bisabuelas, el trabajo no era evaluado en dinero. Pero no había ningún hombre fuera campesino u obrero que no buscara una mujer con ‘manos de oro’ frase todavía proverbial en el pueblo»^[37]. No era suficiente con el trabajo del hombre, y las mujeres contribuían, pero lo que realizaban en el ámbito doméstico

37.- A. Kollontai, *El Comunismo y la familia*, p. 168.

pasó a ser producido en talleres y fábricas. El trabajo asalariado de las mujeres, incrementado en el periodo de guerra, era lo que más había contribuido al cambio en la estructura familiar. No obstante, subraya la carga de las mujeres, atendiendo su trabajo, hogar e hijos. Considerando que, en la sociedad comunista del mañana, las mujeres no tendrían que ocuparse de la atención del hogar, pues habría quien se dedique a ello, eliminándose el yugo doméstico^[38].

El código de familia de 1927 procuró mayor protección, estableció la propiedad conjunta de bienes de la unión matrimonial, reconocimiento del matrimonio de hecho, pero había problemas para el pago de manutenciones de los hijos tras el divorcio. Respecto a los hijos, para Kollontai las tareas debían recaer en el Estado y no en los padres, pues señala que a duras penas una familia de obreros podía cubrir las necesidades de la prole, y no era extraño que con diez años trabajasen y se rompiera el vínculo con sus progenitores. De ahí la puesta en valor de lo logrado por el Estado soviético, en concreto por el Comisariado de Educación Pública y Bienestar social, para proveer de jardines de infancia, casas para niños lactantes, libros educativos gratuitos, etc. También el Estado debía auxiliar a las madres en la crianza de sus hijos, estuvieran o no legalmente casadas. Pero no se trataba de separar a hijos de padres, sino asumir desde el Estado la responsabilidad, al tiempo que garantizar la educación para el «hombre nuevo», moldeado por las organizaciones socialistas^[39].

Otra cuestión incluida en este texto que suscitó su interés fue la prostitución^[40], que identificaba con el reflejo de una situación

de dependencia de las mujeres y producto del sistema económico y la propiedad privada, en tiempos de la NEP. De ahí su oposición frontal y la defensa del abolicionismo.

Previamente, el congreso de 1910 decidió por unanimidad apoyar la demanda de exigir al gobierno el cierre de los burdeles. Esta decisión, sin embargo, no se implementó. Alexandra Kollontai, Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, en 1921, en ocasión de la tercera conferencia de dirigentes de los Departamentos Regionales de la Mujer de toda Rusia, pronunció el discurso titulado «La prostitución y las formas de combatirla», en el que afirmaba que, en el marco del comunismo de guerra, las prostitutas debían ser consideradas como «desertoras del trabajo» y ser objeto de la obligación universal del trabajo como todos los otros ciudadanos soviéticos^[41]. Sin embargo, habida cuenta de la situación de pobreza y los estragos de la hambruna de 1921 era más una fórmula de subsistencia. Aunque el gobierno soviético abolió la política regulatoria zarista hacia la prostitución, se opuso tanto a la regulación como a la criminalización. Por lo tanto, la prostitución no fue considerada un delito, pero se prohibió el proxenetismo o regentar un prostíbulo (artículos 171 y 172 del Código Penal de 1922)^[42].

En el marco del control de las masas trabajadoras soviéticas por la burocracia y el papel central del partido, se adoptaron medidas más restrictivas durante la etapa estalinista hacia los derechos alcanzados por las mujeres, dificultándose el divorcio

38.- *Ibidem*, p. 171.

39.- *Ibidem*, p. 175.

40.- Eva Palomo Cermeño, «La prostitución y la nueva moral sexual en Alejandra Kollontai», *Nuestra Bandera*, 232 (2012), pp. 169-173.

41.- Alexandra Kollontai, «Prostitution and ways of fighting it», en *Selected Writings of Alexandra Kollontai*, translated with an introduction and commentaries by Alix Holt, Lawrence Hill Co. Publishers, Inc; Westport, Conn., 1978, pp. 261-275.

42.- John Quigley, «The Dilemma of Prostitution Law Reform. Lessons from the Soviet Russian Experiment», 29 *American Criminal Law Review*, 1197 (1991-1992), p. 1211.

y prohibiendo el aborto en la década de los años treinta. Un viraje hacia un modelo más tradicional, en el que la mujer aparecía como productora y madre, se reemplazaron los debates abiertos sobre la prostitución por la negación oficial de su existencia. Tales medidas pusieron en evidencia una ruptura entre la etapa estalinista y la previa^[43].

Hacia la sociedad del mañana y la «nueva moralidad»: ¡Abran paso al Eros alado!

En su discurso a la juventud obrera, que se plasmó, en el escrito *¡Abran paso al Eros alado!*, su mirada está puesta en las metas a alcanzar para la sociedad comunista del futuro. En el texto ocupa un lugar destacado el papel del amor a lo largo del tiempo^[44], haciendo un balance crítico:

«La Humanidad del patriarcado se presentó el amor como el cariño entre los miembros de una familia (amor entre hermanos y hermanas, entre los hijos y los padres). El mundo antiguo anteponía el amor-amistad a todo otro sentimiento. El mundo feudal hacía su ideal de amor al amor «espiritual» del caballero, amor independiente del matrimonio y que no llevaba consigo la satisfacción de la carne. El ideal de amor de la sociedad burguesa era el amor de una pareja unida con un sentimiento legítimo.

El ideal de amor de la clase obrera está basado en la solidaridad de espíritu y de la voluntad de todos los miembros, hombres y mujeres, en la colaboración en el trabajo, y por lo tanto, se distingue de un modo absoluto de la noción que del amor tenían las otras épocas de civilización. [...]»^[45].

Por tanto, rechaza las concepciones sobre el amor previas, criticando al amor burgués, caracterizado por un amor conyugal exclusivo y absorbente, que solo tenía cabida sobre una base legal, es decir, no reconoce al «Eros sin alas», fuera del matrimonio. Si el matrimonio burgués se basaba en el principio de concurrencia y egoísmo. Por el contrario, ella hacía una defensa del «eros de alas desplegadas», basado en el ideal de amor-camaradería, forjado por la ideología proletaria, fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad del otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones.

Sostiene que ese amor-camaradería es el «ideal necesario» en tiempos difíciles de grandes responsabilidades, como el de su época, caracterizada por la transición entre la moral burguesa a la proletaria, en un contexto de fortalecimiento de la dictadura del proletariado. Y para cuando el proletariado haya triunfado y sea un hecho la aspiración de una sociedad comunista, ese amor revestirá de un aspecto diferente y entre los miembros de la «nueva sociedad»^[46], se ha-

43.- Elizabeth Walters, «Victim or Villain: Prostitution in Post-Revolutionary Russia», en Linda Edmondson, *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 161.

44.- Los ensayos en los que Kollontai desarrolló sus ideas sobre el amor y las relaciones de pareja, que la acercaban al «amor libre» del anarquismo, se titulan *Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales* (1921) y *¡Abran paso al Eros alado! (Una carta a la juventud obrera)* (1923). También en el texto *La bolchevique enamorada* (1927), cuyo personaje, Vassilissa, encarna a miles de mujeres «nuevas», de revolucionarias anónimas que lucharon por un ideal.

45.- Alexandra Kollontai, *¡Abran paso al Eros alado! (Una carta a la juventud obrera)*, 1923, <https://www.marxists.org/espanol/kollontai/1923/0001.htm> (consulta: 21 de octubre de 2021).

46.- Virginia Fusco, «Comizi d'amore. L'amore e il femminismo materialista», *Revista de historiografía*, 31 (2019), pp. 145-162. Analiza escritos de Aleksandra Kollontai y Shulamith Firestone, ambas vinculadas a las tradiciones materialistas, que identifican el papel que el amor -como un sentimiento político- juega en la lucha de las mujeres por la libertad. En el caso de Kollontai, afirma Fusco, el amor

brán desarrollado y fortalecido los «lazos de simpatía», en donde el colectivismo del espíritu y la voluntad triunfará sobre el individualismo que se bastaba a sí mismo^[47].

Kollontai postula para la «nueva moralidad»:

«1º Igualdad en las relaciones mutuas.

2º Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado.

3º Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa».

Aunque proclame los derechos del «Eros de alas desplegadas», subordina al mismo tiempo el amor a un sentimiento de deber con la colectividad. Por muy grande que sea el amor, el lema «todo para la colectividad» determina la moral proletaria.

En síntesis, comprende la igualdad como unión entre iguales, la desaparición del servilismo, la eliminación del sentimiento de propiedad y de la exclusividad de la mujer respecto a la consideración hacia el otro, pero «la nueva moralidad» es una aspiración de futuro, evidenciando que no ha visto cumplido sus objetivos en su tiempo. Las barreras persistían.

A modo de conclusión

La lucha de Kollontai por mejorar la situación de las mujeres en Rusia tuvo un correlato en los primeros años al frente de organismos del Estado, promoviendo medidas, que tuvieron su reflejo legal, en la labor realizada en el Zhenotdel, así como

a través de sus discursos, escritos y praxis personal. Posteriormente cumplió una función diplomática, abriendo camino en ese ámbito a otras mujeres.

La igualdad de género real y sus sueños sobre el futuro de socialización del trabajo doméstico y el cuidado de la infancia no se materializaron, pues, a pesar de la propaganda soviética, las mujeres tuvieron que afrontar la doble carga, tanto la laboral como la que atañe al hogar y los cuidados en la esfera doméstica, dado que eran más difíciles los cambios en las mentalidades. También las aspiraciones de las mujeres, aunque permitidas sobre la base legal, eran difíciles de vislumbrar en la realidad y la etapa estalinista implicó más dificultades y regresión. Lo que se traduce en un coste personal con menos exposición pública, la readecuación de su discurso, incluida su autobiografía, por una adaptación al contexto.

No obstante, la concentración y suma de esfuerzos de mujeres como Kollontai en aras a la emancipación de las mujeres es un legado de los procesos revolucionarios contemporáneos como la Revolución rusa. A pesar de los límites, su lucha por la emancipación de las mujeres y construir una sociedad mejor sobre las bases de sus discursos y escritos fue una constante, pues, como ella misma expresó en su autobiografía: «Estoy convencida de que el objetivo más importante de mi trabajo y mi vida, en cualquier trabajo que siga desempeñando, seguirá siendo la emancipación de la mujer trabajadora y la creación de las bases para una moral nueva»^[48].

también tiene que entenderse como un sentimiento psicosocial con un gran potencial para promover relaciones emancipadoras para las mujeres.

47.- *Ibidem*, p. 196.

48.- A. Kollontai, *Autobiografía*, p. 117.

Malos tiempos para la épica. Protesta, sororidad y represión en la huelga de obreras de la fábrica de sacos «Ríos y compañía». Lliria (Valencia), 1943

Bad Times for the Epic: protest, sorority and repression in the strike of women workers at the sack factory «Ríos y Compañía». Lliria (Valencia), 1943

Joan J. Adrià i Montolíó

Doctor en Historia

María Amparo Castillo Mas

Socióloga y Politóloga

Clarisa Enguñados Lajara

Abogada

Resumen

En 1943, unas ochenta y cinco obreras de una fábrica textil valenciana protagonizaron una jornada de huelga, algo insólito en aquel tiempo de postguerra. El artículo analiza los motivos de la protesta, su desarrollo, la demostración de sororidad que supuso y las actuaciones del jerarca sindical local y de las autoridades laborales provinciales encaminadas a neutralizarla. Asimismo se detallan las sanciones impuestas a las consideradas «cabecillas». Y todo ello se contextualiza en el marco de una conflictividad laboral que, pese a su negación ideológica por el régimen «nacional-sindicalista», ni siquiera en unos años tan duros dejó de aflorar.

Palabras clave: huelga, obreras, sororidad, franquismo, posguerra.

Abstract

In 1943 some 85 women workers from a Valencian textile factory went on a one-day strike, something unusual at those post-war times. The present article analyzes the reasons for the protest, its development, the demonstration of sisterhood that it entailed and the actions of the local union leader and the provincial labour authorities in order to neutralize it. Likewise, the sanctions imposed on those considered «leaders» are detailed. The aspects mentioned are contextualized within the framework of a labour conflict that, despite being denied by the «national-syndicalist» regime, kept on emerging even in such difficult years.

Keywords: strike, women workers, sorority, Francoism, postwar.

El 2 de junio de 1943, unas ochenta y cinco trabajadoras no acudieron a su trabajo en una gran fábrica de sacos de yute y esparto localizada en una población de cierta importancia de la provincia de Valencia. Con ello comenzaron una huelga que obligó a intervenir tanto a los funcionarios locales del sindicato vertical como a las máximas autoridades del Ministerio de Trabajo en la ciudad del Turia. Si la persona que nos lee lo ha hecho con cuidado, es probable que ya se haya sorprendido de dos características del acontecimiento referido que lo hacen tan interesante como anómalo: la fecha, en lo más duro de la postguerra y con las huelgas terminantemente prohibidas por el régimen del general Franco, y las protagonistas, en su totalidad mujeres, un rasgo que acaso se hace más relevante cuando añadimos que aproximadamente la mitad de la plantilla de la fábrica eran hombres.

Si además advertimos que la localidad en que estaba ubicada, Lliria, a 25 kilómetros de Valencia, no era un núcleo con gran tradición industrial, sino más bien una población de predominio agrario, la anomalía deja de ser doble para convertirse en triple: una huelga solo de mujeres, en 1943, y en una fábrica instalada en un entorno rural valenciano.

El insólito episodio, por tanto, reúne los ingredientes necesarios para merecer una aproximación monográfica. Tal vez una golondrina no hace verano, pero eso no debe disuadir de preguntarnos por los qué, los cómo y los porqués del estallido, desarrollo y balance de una huelga sucedida cuando y donde la investigación histórica acaso nunca lo habría esperado. Los casos excepcionales ayudan a entender el pasado no solo por atraernos con su fulgor, sino por iluminar con intensidad los contornos más grises de la normalidad (sea eso lo que sea), que queda así en cierto modo, y hasta cierto punto, desvelada.

¿Cuál fue la chispa que inició la protesta de aquellas obreras de pueblo cuando España era aún una inmensa prisión? ¿Qué podemos saber de ellas? ¿Cómo reaccionaron los órganos del estado llamados a controlar y reprimir tan indeseables (para ellos) e incómodos actos? ¿Con qué consecuencias a corto y largo plazo? ¿Y qué hicieron, mientras tanto, si es que hicieron algo, los obreros varones? ¿Qué huellas dejó en la memoria local el singular acontecimiento?

La última cuestión es la más fácil de responder. El recuerdo dejado a largo plazo fue tan escaso como escueto. Muy débil. Hace tres décadas, cuando se publicaron los primeros trabajos en que la fábrica donde ocurrieron los hechos, propiedad de la empresa Ríos y Compañía, apareció como objeto digno de atención para la investigación histórica, la existencia de la aludida huelga brilló por su ausencia^[1]. Ni en los archivos consultados ni en las fuentes orales reunidas asomó el menor rastro. Solo en un trabajo académico mucho más reciente, elaborado desde la perspectiva de los estudios de género en 2017, el recuerdo irrumpió apenas como un fantasma por obra de algún testimonio oral muy aislado^[2].

El entuerto comenzó a enderezarse un poco después, en 2018, cuando tuvo lugar entre abril y julio la exposición conmemorativa de los cincuenta años de existencia de CCOO del País Valenciano en el Centre Cultural La Nau de la Universitat de València, en una de cuyas vitrinas se recogía documentación relativa a la huelga en Ríos exhumada del Archivo General de la Admi-

1.- Ángeles Adrià Montagut, «Una industria vista por sus trabajadores: la fábrica de hilados de yute y esparto de Ríos y Cía., de Lliria (1929-1974)», *Lauro, quaderns d'història i societat*, 4 (1989), pp. 129-140. Joan J. Adrià i Montolió, *La postguerra en un poble valencià: Lliria 1939-1953*, Tesis Doctoral, Universitat de València, 1990.

2.- María Amparo Castillo Mas, *La fábrica Ríos: un espacio de mujeres*, Trabajo Fin de Máster, Máster en Género y Políticas de Igualdad, Universitat de València, 2017.

nistración en Alcalá de Henares³. Gracias a la buena disposición de Alberto Gómez Roda, del Archivo Histórico de CCOO PV, copias digitales de esos escritos engrosaron el material que dos de los firmantes de este artículo reunían por aquellos días a fin de montar una exposición sobre dicha fábrica que se realizó en Llíria en diciembre de 2018 y enero de 2019 por iniciativa municipal. Una exposición que tuvo como hijuela un grueso libro monográfico publicado en ese mismo 2019⁴.

Ahora bien, en el proceso de investigación desarrollado a tal fin, nos preguntamos si no sería posible encontrar los originales de los informes de los que el material custodiado en Alcalá de Henares no era sino copia remitida al Gobierno Civil de Valencia por el funcionario sindical actuante en el conflicto. En el Archivo Municipal de Llíria se conserva abundante cantidad de documentación producida por la delegación comarcal de la Central Nacional-Sindicalista, que había acabado por recalar allí de manera bastante azarosa. Hubo suerte. Aunque tal fondo estaba a la espera de una adecuada ordenación, no solo conseguimos localizar los originales mencionados, sino además algunos otros documentos sobre el acontecimiento que no figuraban en el legajo de Alcalá de Henares. A la vez, nos ocupamos de aumentar un poco el acervo

de referencias procedentes de fuentes orales. El resultado fue la somera narración del episodio que se encuentra en el citado libro acorde con lo averiguado⁵.

Pero era sin duda deseable profundizar más. Gracias al conocimiento así adquirido se abrió la puerta a recabar los testimonios de algunas de las personas descendientes de las principales protagonistas —las cabezillas, diría cualquier empresario o jerarca franquista— de la huelga reencontrada, convenientemente localizadas y escuchadas⁶. La historia convocó, pues, a la memoria, y cabe decir que con cierto éxito. Por ello, este artículo es el producto de maridar las huellas dejadas por el conflicto en los escritos de unos funcionarios del régimen que hubieron de gestionar lo casi impensable, con los recuerdos difusos, deshilachados y no necesariamente coherentes de unos familiares que, dado el tiempo transcurrido, solo pueden hablar de oídas, y con las muy débiles marcas alojadas en la memoria de otras gentes.

Nace, a fin de cuentas, de un compromiso entre la desnudez descarnada de una documentación escrita que se halla sesgada por su origen y las inseguridades de unas evidencias orales de segunda o tercera mano. Y de la confianza de que el resultado de la indagación ha de arrojar luz sobre un ayer lleno de sombras, una clase obrera tan cautiva y desarmada como el derrotado ejército rojo y un régimen que aún se quería fascista y consideraba abominables las huelgas.

3.– El catálogo de la exposición se encuentra publicado en el libro AAVV, *Construïm drets: mirant cap al futur. 50 anys de CCOOPV*, València, PUV, 2018. La localización del expediente en el Archivo General de la Administración, como supimos después, ya tenía en esa fecha algunos años. De hecho, había permitido una primera referencia, muy escueta, a la huelga de la fábrica de Ríos en la literatura especializada en fecha anterior, en concreto en el artículo de Vicenta Verdugo Martí, «¡Compañera! ¡Trabajadora! Las mujeres en las CCOO del País Valenciano: de la dictadura franquista a la transición demográfica», *Historia, Trabajo y Sociedad*, 3 (2012), pp. 11-34, en particular en la p. 19.

4.– Joan J. Adrià i Montolio y María Amparo Castillo Mas, *La fàbrica dels sacs de Ríos: una indústria del passat llerià (1929-1974)*, Llíria, Ajuntament, 2019.

5.– J.J. Adrià y M.A. Castillo, *La fàbrica dels sacs de Ríos*, pp. 172-175.

6.– Se trata de María Amparo Sancho Veses, hija de Dolores Veses Castellano; de Consuelo Silvestre Vinaixa, hija de Remedio Vinaixa Fabra; de Dolores Escrig Villar, hija de Dolores Villar Fombuena; y de Miguel Sancho Pérez, nieto de Carmen Bayarri Peñarrocha.

Un lugar en el tiempo

Dicen que historiar es, en buena medida, contextualizar, situar lo acontecido en un espacio y un tiempo. Contextualicemos, por tanto, antes de pasar a mayores. La huelga de obreras de 1943 se produjo en la mayor fábrica de una población todavía marcada a fuego por la guerra civil y sus consecuencias (porque eran sus consecuencias lo que aherrojaba la vida cotidiana). Lliria tenía, por aquel entonces, poco más de 9300 habitantes (9344 de derecho en el censo de 1940). La fábrica de sacos, ubicada a escasa distancia del casco urbano, en la zona del Pla de l'Arc, daba empleo a casi un millar de personas, en su mayoría de la propia localidad, aunque un tercio de ellas, más o menos, acudía cada día desde pueblos cercanos, desde Benissanó en especial. Aproximadamente la mitad de la plantilla eran hombres; la otra mitad, mujeres.

Y, pese a ciertos altibajos nacidos de la coyuntura económica de la postguerra, parece que no atravesó muy malos momentos en aquella postguerra tan infeliz y famélica: iniciada su construcción en 1929, y en funcionamiento pleno desde 1931, la factoría estaba inmersa en un proceso de ampliación que culminaría en la segunda mitad de los años cuarenta, aumentando tanto la superficie del recinto como el número de naves. También incrementó en paralelo la cantidad de mano de obra empleada, que llegó a su culmen en 1951, cuando se situó entre 1200 y 1500 efectivos distribuidos en tres turnos. En 1943, sin embargo, el trabajo se realizaba todavía a turno único: ocho horas durante seis días a la semana, parando a mediodía sesenta minutos para comer. Ello implica que el personal empleado debía estar en esa fecha entre los 600 y los 800 productores y productoras, siguiendo la propia terminología de la dictadura.

Sin duda, el impulso de la empresa para

crecer derivó de su capacidad para adaptarse a las exigencias de la enrarecida economía de la postguerra. Por un lado, Ríos se benefició de la inexistencia de competencia exterior en un momento en que la política económica del estado, copiada de las potencias fascistas, apostaba por la autarquía, por la autosuficiencia. Por otro lado, acertó a substituir una parte de la materia prima utilizada, el yute, tradicionalmente importada desde la India, cuya llegada fue entorpecida por la Segunda Guerra Mundial y por el cierre al exterior de la economía española, por una fibra más basta, aunque procedente de los montes españoles, el esparto. La productividad de la mano de obra, por lo demás, se veía fomentada a causa de la aplicación de principios tayloristas, de manera que se asignaba un cupo mínimo de producción a cada tipo de puesto de trabajo y se incentivaba su superación mediante el establecimiento de una tabla de pluses salariales.

De hecho, los sueldos base eran bastante raquíticos y solo el esfuerzo realizado para percibir estos pluses aseguraba a los trabajadores y las trabajadoras unos emolumentos más dignos. Ello afectaba singularmente a las mujeres, que tendían a percibir cantidades notoriamente inferiores a las recibidas por sus equivalentes masculinos. En 1945, por ejemplo, el salario mínimo fijado para los operarios —varones— de la industria yutera de la provincia de Valencia era de 13 pesetas diarias, mientras que para ellas era de 7,50, una brecha salarial de dimensiones casi oceánicas.

Las primas —premios a la eficiencia, en expresión usada en una etapa algo posterior por la propia compañía— podían suponer un aumento muy significativo de los ingresos, quizá, en los casos de mayor productividad, acercarse a doblar el salario mínimo. Y para calcular esa productividad, claro está, la empresa había de proceder a



Vista parcial del interior la fábrica de Ríos en 1970 (Fuente: Archivo Municipal de Lliria. Fondo Vicente Bori. Fotógrafo Miguel Bori).

medir las cantidades de producto elaborado por cada obrero u obrera por unidad de tiempo, algo que en buena parte de las operaciones se conseguía mediante el uso de contadores incorporados a la maquinaria.

El proceso productivo se desarrollaba en una serie de secciones al frente de cada una de las cuales se encontraba un encargado (siempre hombre, y que cobraba casi el doble que un obrero varón común), que disponía de atribuciones en materia de disciplina del trabajo sobre el personal a su cargo. Las más numerosas en mano de obra eran las de preparado (donde todos los operarios eran de sexo masculino), hilado, tejido y acabado (estas tres con predominio de obreras). Al frente de la fábrica figuraba una dirección técnica compuesta por un número reducido de ingenieros (no más de dos o tres, según épocas), a cuya cabeza estaba un ciudadano alemán, Alfredo Portig Mehnert, los cuales podían supervisar, corregir o confirmar las propuestas

de los encargados en materia disciplinaria. El personal de oficina tenía su propio jefe, este español, Jaime Torres, e igualmente dotado de importantes poderes. Y por encima de todos ellos se hallaban, por supuesto, los empresarios, Santiago y Vicente Ríos Seguí.

En realidad, la empresa era una sociedad en comandita formada en 1923 por tres hermanos y tres hermanas cada uno de los cuales aportaba la sexta parte del capital social. Los socios colectivos eran los dos varones de más edad, los citados Santiago y Vicente, que eran los únicos facultados para gestionar y administrar la empresa con una responsabilidad personal e ilimitada y percibían unos emolumentos como directivos. El resto, Asunción, Manuela, Manuel y Josefa, ejercían como socios comanditarios, lo que les daba derecho a recibir, al igual que a los dos anteriores, la parte correspondiente de los beneficios y, además, a conocer el balance anual de la sociedad.

Todos ellos formaban parte de la alta burguesía valenciana. Santiago, el mayor, estaba muy bien relacionado. Su ligazón amistosa con los Trénor, los Serratosa, los Ridaura o los Vila, o más allá, con el conde de Godó (que es quien estaba a la cabeza de la mayor empresa yutera española, ubicada en Cataluña) está plenamente acreditada. Y era él quien se encargaba de todo lo que afectaba a los aspectos comerciales y la logística de la empresa, que primero tuvo su sede social (coloquialmente, el despacho) en València, y tras la guerra, y solo nominalmente, en Madrid, donde Santiago fijó su domicilio sin duda para estar más cerca de las instancias de poder que, en una economía tan intervenida como la española de postguerra, fijaban las condiciones que podían enriquecer o hundir a una empresa. Vicente, de cuya personalidad nos dice mucho el hecho de que durante los años de la República obtuviera el título de piloto de aviación y se comprara una avioneta Messerschmitt, era quien acudía a diario en su coche a la fábrica de Lliria y ejercía como auténtico jefe de cara a la plantilla.

Cuando Ríos y Compañía se constituyó tenía su planta fabril en València capital, en la zona sur de Ruzafa exactamente. Fue la muerte prematura de los padres de los socios/hermanos la que los obligó a dar el paso de transformar una empresa familiar de larga tradición en sociedad comanditaria. La fábrica era, pues, el resultado de una herencia paterna, aunque ya fue decisión de Santiago y Vicente su traslado a Lliria. En 1929, guiados sin duda tanto por el deseo de ampliar el negocio (algo difícil en el emplazamiento original, afectado por los planes de ensanche de la ciudad de València) como por la conveniencia de hallar un lugar no muy lejano con una mano de obra abundante y menos conflictiva que la urbana, resolvieron la mudanza. La amistad de Santiago Ríos con el alcalde primorriverista

de Lliria, José Pérez Cotanda, hizo el resto: fue este quien desde su despacho oficial catalizó la operación, convenciendo incluso a los propietarios de los campos sobre los que se construyó la factoría para que los vendieran a la empresa textil.

La reubicación, mirada desde València, constituía una deslocalización, pero para Lliria significó la irrupción de la gran industria con inmensas consecuencias. De hecho, en el momento del arribo de la fábrica yutera el pueblo se encontraba en una aguda fase de decadencia demográfica y económica. Los 9565 habitantes de derecho de 1920 habían caído a 8340 en 1930 (una reducción, pues, del 12,80 %) y la agricultura tradicional de secano vivía una larga crisis que se remontaba a las últimas décadas del siglo XIX, pero que la llegada de la filoxera en 1912 había acentuado.

Esta crisis no pudo ser suficientemente compensada por la buena acogida que los hortalizas del regadío comarcal, con la cebolla como producto estrella, recibían en los mercados nacionales y europeos: las huertas de Lliria y Benissanó, irrigadas por las aguas de un manantial potente —la Font de Sant Vicent— pero sometido a cambios de caudal muy acusados (y no como las de los pueblos vecinos, por las más seguras del río Turia) no alcanzaban mucha extensión y la segunda mitad de los años veinte se vieron castigadas por la sequía. La llegada de Ríos paró, así, la sangría demográfica y creó una sólida y duradera alternativa a los trabajos del campo.

La fábrica producía sacos de diversas dimensiones para almacenar y transportar cualquier clase de contenido que se adaptara al continente, en especial los insumos y productos agrícolas y el cemento. Durante los años de la República la afiliación a la CNT (que era ya una presencia fuerte entre los jornaleros del campo locales) comenzó a extenderse entre la plantilla e incluso

hubo un intento de creación de un sindicato vinculado a Izquierda Republicana.

Con la guerra los sindicatos —a la CNT se sumó la UGT, que creció extraordinariamente entre la mano de obra de la fábrica cuando el Comité Ejecutivo Popular de Lliria decidió que para trabajar en ella había que estar sindicado— tomaron el control de la planta incautada. Alfredo Portig abandonó el país y un Consejo Obrero pasó a ejercer la dirección. La permanencia de dos ingenieros españoles, sin embargo, permitió que se mantuviera la producción sobre bases racionales, una parte de la cual se orientó hacia los sacos terreros, imprescindibles en la coyuntura bélica.

La familia Ríos se dispersó. Vicente y Josefa Ríos (con otros familiares) se refugiaron en Suiza. Asunta Ríos y su marido, tenidos por derechistas destacados, fueron asesinados en Godella en 1937 por un grupo anarquista. Manuela Ríos, casada con un dirigente valenciano de Izquierda Republicana, también dejó España con su familia en plena guerra, instalándose en Argentina y no retornando del exilio hasta 1947.

En 1939 la sociedad Ríos y Compañía recuperó la fábrica. El ejército de Franco ocupó Lliria cuando marzo y la contienda acababan. Regresó Vicente Ríos a su despacho de jefe y volvió Alfredo Portig, al que la prensa obrera durante la guerra tildaba de nazi, a la dirección técnica. Y los sindicatos de clase fueron prohibidos y extirpados, de manera que empezaron a montarse a escala local las estructuras del sindicalismo vertical, artificio de origen falangista que pretendía lograr la armonía entre las clases sociales. Una ilusión con la que se quería, a fin de cuentas, disimular una estrategia de sumisión y control desde arriba de la derrotada clase obrera. Como principal funcionario —así hay que llamarlo: los sindicatos oficiales eran parte sustancial del nuevo modelo de estado— de la Central

Nacional-Sindicalista local se instaló José Salas Marqués, delegado sindical comarcal, un andaluz de Cuevas de Vera a quien enseguida veremos actuar como dique que no pudo contener la huelga de obreras.

Antes de llegar ahí, y para completar nuestro ejercicio de contextualización, hay que señalar que tras la victoria franquista tanto la represión del amplísimo segmento del vecindario identificado con la causa republicana como la instauración de un clima de violencia ambiental fueron en Lliria el pan de cada día. Convertida la población en sede de consejos permanentes de guerra, durante meses se mantuvo ocupada por unidades del ejército formadas por soldados marroquíes. En el cementerio municipal fueron fusiladas cerca de ciento veinte personas de diversas procedencias geográficas de abril a noviembre de 1939, aunque la mayoría eran vecinas de la comarca y el total de ejecutados residentes en la propia localidad, sumando los pasados por las armas en Paterna, fueron veintiocho, todos varones.

Las sacas se efectuaban por la tarde, con los condenados desfilando entre los marroquíes, que entonaban sus cánticos guerreros —unos cánticos que había personas que recordaban con pavor aún cincuenta años después— en un cortejo que tenía claros objetivos desmoralizadores e intimidatorios sobre la gente que no estuviera por completo identificada con la causa victoriosa, y que dentro del recinto mortuario culminaba en la ejecución. Se paraba a los labradores que volvían de las huertas y se les hacía contemplar los fusilamientos.

Una serie de edificios fueron acondicionados —es un decir— como cárceles, unificados administrativamente en la Prisión Provisional de Nuestra Señora del Remedio. En el padrón de 1940 figuran inscritos en ella 1561 personas presas (55 de ellas habitantes de Lliria). No sabemos a ciencia

cierta cuántos lirianos y cuántas lirianas pasaron por los diversos establecimientos penitenciarios franquistas en aquel entonces, pero perfectamente documentados hay al menos 139 hombres y 17 mujeres (sin duda fueron más), a los que cabe añadir una veintena de sometidos a proceso por responsabilidad política que no habían sido encausados por la jurisdicción militar, o al menos ello no está acreditado (16 hombres y cuatro mujeres, también como cifra mínima) y varias docenas de jóvenes castigados a formar parte de batallones disciplinarios de trabajadores.

Hubo asimismo, como por doquier, colectivos sometidos a depuración tanto por trabajar en instancias públicas como en empresas privadas (en Llíria la sufrieron en especial los ferroviarios), y mucha gente que se vio multada por los más peregrinos motivos, aunque el trasfondo de persecución y venganza suele asomar al texto de las sanciones. Y, no menos importante, varias decenas de habitantes de la localidad o naturales de ella partieron al exilio: entre ellos se hallaba la cúpula local de Izquierda Republicana, varios anarquistas, algunos hombres que habían sido jefes u oficiales del Ejército Popular de la República o actuado como policías, un par de maestras particularmente odiadas por la derecha católica....

El dominio de las gentes cobijadas bajo las armas del bando vencedor operó, como en el resto de España, pero quizá de manera más acentuada debido a la tardía ocupación de la zona por las tropas franquistas, sobre la base de imponer y mantener una atmósfera de miedo a cualquiera que no lo fuera. La violencia ambiental, indisoluble de ese estado de excepción permanente que fue el régimen de Franco, se mantuvo durante todo el tiempo que este duró, pero sin duda alcanzó mucha mayor intensidad al principio. Tal clima de violencia cotidiana se nutrió de delaciones, amenazas, vigi-

lancia policial y social, sospechas, cautelas, estigmas, ley del embudo, doble moral, discrecionalidad, cinismo, propaganda, arengas, exhibición de símbolos y uniformes... También de penuria económica, cartillas de racionamiento, colas en el comedor del Auxilio Social y omnipresencia del estraperlo: corrían los años del hambre.

Las represalias directas, obviamente, también alcanzaron a algunos obreros varones de Ríos, pero no parece que en conjunto éstos fueran especialmente perseguidos, lo que no implica que hayamos de olvidar que el miedo ambiental mencionado afectaba, claro está, a toda la plantilla de la fábrica. Los ingenieros que aseguraron el mantenimiento de las tareas productivas durante la guerra siguieron en ella sin que dé la impresión de que eso les pasara factura. Algún componente del Consejo Obrero, o de su entorno, sí que está documentado que acabó en la cárcel⁷. En las listas nominales de fusilados y presos y presas locales, muy parciales, que se ha conseguido elaborar aparecen pocos nombres que tengan como profesión textil. Hay, por ejemplo, más presencia de ferroviarios y un predominio absoluto (la mitad del total, grosso modo) de los trabajadores del campo. Ello no significa que con el fin de la guerra no pudiera haber despidos por motivos políticos de la fábrica de Ríos, pero ignoramos su volumen.

En 1939 también acabó la posibilidad de usar la huelga como medio de presión obrera en los conflictos y negociaciones que sur-

7- Es el caso, por ejemplo, de Roque Joli Navarrete, que cuando la fábrica estuvo incautada desarrollaba tareas administrativas y en 1940 estaba encerrado, según el padrón municipal de habitantes, en la prisión del Remedio (tenía 39 años de edad y figuraba inscrito como «empleado»), donde aún permanecía en octubre de 1941. J. J. Adrià y M. A. Castillo, *La fàbrica dels sacs de Ríos*, p. 141 (ilustración) y J. J. Adrià, *La postguerra en un poble valencià*, pp. 678 y 682. El padrón, en el Archivo Municipal de Llíria (AMLL), libro 1595.

gieran entre empleadores y mano de obra. En efecto, como es bien sabido el franquismo prohibió las huelgas⁸. El Fuero del Trabajo, la primera de las denominadas leyes fundamentales promulgadas por Franco, ya estableció en 1938 como «delitos de lesa patria» los «actos individuales o colectivos que de algún modo turben la normalidad de la producción o atenten contra ella». La regulación precisa del antipatriótico crimen llegó con el Código Penal de 1944, que consideró «las huelgas de obreros» como «sedición» (artículo 222) y contempló para los reos de tal delito tanto fuertes condenas de privación de libertad (prisión mayor para los cabecillas, menor para el resto) como sanciones económicas adicionales de 5.000 a 50.000 pesetas, quedando la cuantía exacta a criterio del tribunal (artículo 223).

En 1943, por tanto, cuando nuestras mujeres protagonizaron el «delito de lesa patria» que nos ocupa, estaba vigente la prohibición derivada del Fuero, pero no la tipificación específica del Código, lo que dejaba, como en tantos otros aspectos de la vida política del país, un amplio margen de discrecionalidad a las autoridades gubernativas a la hora de gestionar y reprimir tan insólito acto subversivo.

8.- La literatura sobre las huelgas en el franquismo es copiosa, aunque tradicionalmente ha tendido a descuidar, sin duda por su escasez y por las dificultades para documentarlas, las que ocurrieron en la postguerra, mientras que se ha centrado sobre todo en la conflictividad acontecida en los años cincuenta y posteriores. Ver, por citar solo algunas aproximaciones clásicas, Pere Ysàs, «Huelga laboral y huelga política. España 1939-75», *Ayer*, 4 (1991), pp. 193-211; Pere Ysàs, «La imposible «paz social». El movimiento obrero y la dictadura franquista», *Historia del Presente*, 9 (2007), pp. 8-25; y Álvaro Soto Carmona, «Huelgas en el franquismo: causas laborales-consecuencias políticas», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 39-61. Un tratamiento más específico de la conflictividad social de postguerra se ofrece en otro clásico, Carme Molinero y Pere Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 1-43.

La chispa que prende el fuego

No es fácil saber cómo comenzó todo. Sí que en el inicio hubo una sanción impuesta por la empresa a una trabajadora que actuó como desencadenante de lo que vino después. Pero en el informe que el delegado sindical José Salas elaboró la misma tarde del día en que estalló el conflicto, la causa y la magnitud de esa sanción individual quedaron sin especificar, pendientes de «una información del caso» que el funcionario dejaba para el futuro y de la que no hemos encontrado huella alguna. Según explicaba, «a las 8 horas del día de hoy» se presentaron en su casa (todavía era pronto para que abrieran las oficinas de la CNS) tres «productoras» que «en nombre y representación de unas 85 obreras» de la fábrica de Ríos le comunicaron que no iban a entrar al trabajo por entender que una compañera «había sido sancionada injustamente». Y ya está⁹.

Los testimonios orales —ni los familiares ni el resto— no ayudan mucho. Hay quien habla de que la empleada no llegaba a tejer la cantidad de metros por jornada exigida para cobrar una prima sustanciosa a causa de las continuas restricciones de energía eléctrica, que impedían trabajar en ocasiones, y que sería castigada por quejarse de ello (y así, según podemos intuir, por agitar unas aguas que se querían tranquilas). Hay quien dice, por el contrario, que la obrera intentó manipular de algún modo (¿cómo?) el contador que medía su productividad, y de ahí la sanción. Otras voces aseguran haber oído que ella había escondido el contador en una caja de hilado y que cuando el

9.- Todos los documentos sobre la huelga que utilizamos provienen de una carpeta contenida en un archivador sin signatura conservado en el Fondo de la Cámara Agraria del AMLL. Solo de una parte de ellos —los más importantes, eso sí— se remitió copia a Gobierno Civil de Valencia: esas copias son las que han acabado en el Archivo General de la Administración.



Trabajadoras de la fábrica de Ríos hacia 1950 (Fuente: Archivo Municipal de Llíria. Fondo Francisca Adrià Máñez. Fotógrafo desconocido).

encargado le preguntó qué había ocurrido respondió que debía haberse caído... Es difícil navegar por una maraña de imágenes y opiniones contradictorias que además no proceden nunca de testimonios con conocimiento directo de los hechos.

Tampoco queda claro en qué consistía la sanción, más allá de ambiguas referencias a una suspensión de empleo y sueldo de duración desconocida, pero seguramente corta (¿un día?, ¿dos?), que solía ser la medida disciplinaria aplicada habitualmente en la fábrica de Ríos. El mismo desarrollo del conflicto y la manera en que se resolvió parecen apuntar en tal sentido. De todo lo conservado no parece deducirse que se hubiera producido un despido.

Las versiones que vienen a decir que la conducta de la obrera había sido inadecuada y, por tanto, que el castigo de alguna manera era merecido, han de ser puestas en cuarentena ante la gran muestra de solidaridad —o, mejor, de sororidad, ya que la solidari-

dad la mostraron solo mujeres— que provocó y que se tradujo en algo tan peligroso en aquel entonces como una huelga. ¿Podían ser las huelguistas unas rebeldes sin causa? No hay motivos para creerlo. ¿Eran tan inconscientes cómo para no saber que se metían en la boca de un lobo? La respuesta a esta pregunta, como veremos enseguida, solo puede ser negativa. ¿Fue la sanción una especie de gota que colmó el vaso de la paciencia de unas obreras sometidas a la pérdida de derechos laborales? No parece improbable. ¿Fue la versión que inculpaba a la trabajadora sancionada un relato fabricado y divulgado después por la empresa y/o los burócratas sindicales en un intento de deslegitimar el paro de mujeres? No cabe descartarlo. Pero tampoco asegurarlo.

En todo caso, lo que parece vislumbrarse bajo el barullo de las fuentes orales es que en el origen existía una sorda disputa sobre la productividad entendida en sentido taylorista, sobre la manera en que se medía

esa productividad y, acaso (aquí hay que tomar más precauciones), sobre el poder sin cortapisas de los encargados de controlar la disciplina laboral, siempre capaces de ejercerlo de manera caprichosa sobre una mano de obra *de facto* indefensa ante los requerimientos y las exigencias de los que estaban por encima de ellas.

Y que las trabajadoras de la sección afectada, la de tejido, se sintieron impelidas a protestar, asumiendo un alto riesgo (recordemos, cometían un delito de «lesa patria»), ante lo que juzgaron como una injusticia recaída en la cabeza de una compañera, quizá porque todas ellas estaban disconformes con la mecánica de las mediciones efectuadas, de las cuales dependía buena parte de sus emolumentos. Se trataría, por tanto, de una huelga «defensiva», nacida del malestar generado por una sanción que se consideró arbitraria, abusiva^[10].

José Salas identificaba en su escrito a cuatro mujeres. Y lo hacía con los nombres y apellidos mecanografiados por completo en mayúsculas, con un énfasis que recuerda el estilo de los informes policiales. La que había sido objeto de la sanción que motivó la protesta era Remedio (el escribía Remedios) Vinaixa Fabra. Las tres que habían acudido a la casa del jerarca sindical, y que a partir de ese momento fueron consideradas tácitamente como las cabecillas, se llamaban Dolores Veses Castellano, Carmen Bayarri Peñarrocha y Dolores Villar Fombuena. Sobre las cuatro, el padrón municipal de habitantes de 1940 nos ofrece algunos datos relevantes para nuestro análisis.

Remedio Vinaixa Fabra tenía en 22 años en 1940; 24 o 25, pues, cuando estalló la huelga. Al confeccionarse el padrón era soltera y vivía con sus padres en la calle de Timoneda, número 7, una calle estrecha de

una barriada de la localidad, el Pic, habitada por gente de clase obrera, humilde y nada acomodada. Se trata de una zona bastante escarpada, de fuertes pendientes y casas pequeñas, encaramada a las laderas de los cerros que, en forma de anfiteatro, cierran Llíria por el sur. En concreto ocupa la parte más oriental de dicho anfiteatro, donde por aquel entonces todavía quedaban algunas viviendas en cuevas. Nada que ver, por tanto, con la plaza Mayor y las calles elegantes donde residía la acaudalada burguesía local.

El padre de Remedio, Miguel Vinaixa Pla, de 62 años, aparecía empadronado como «labrador», lo que significaba tan solo, en aquel lugar y en aquel tiempo, que trabajaba prioritariamente en la agricultura, no que poseyera (o no poseyera) tierra, ni que no pudiera simultanear las tareas agrarias con cualquier actividad eventual que supusiera algún ingreso; lo más probable es que fuera esencialmente un jornalero del campo. Su madre, Inocencia Fabra Carbonell, de 59 años, tenía como profesión «sus labores», una dedicación que también se adjudicó a Remedio en el citado padrón (aún no trabajaba, por tanto, en la fábrica) y que llevaba implícita la negación del valor productivo de las tareas realizadas en el hogar o dentro del ámbito familiar, una denominación, «sus labores», que sustituyó precisamente en el censo de 1940 a cualesquiera referencias anteriores al «trabajo doméstico»^[11].

Si miramos otros registros del padrón concluimos que Remedio era la hija menor de una familia numerosa. Hemos localizado al menos a dos hermanos varones, Miguel, «ferroviario» (y que según algún testimonio oral había sido herido en la guerra), y

10.- La calificación de «defensiva» la hacemos de acuerdo a lo expuesto por A. Soto Carmona, «Huelgas en el franquismo», p. 46.

11.- Cristina Borderías, «El trabajo de las mujeres: discursos y prácticas», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Volumen III: Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 353-379, en especial pp. 357-358.



Tejedoras de la fábrica de Ríos hacia 1963 (Fuente: Archivo Municipal de Llíria. Fondo Amparo Alamà. Fotografía Miguel Bori).

Vicente, «labrador», y a dos hermanas, Inocencia y Carmen, ambas ocupadas en «sus labores», que moraban con sus respectivas familias en las proximidades de la casa de sus padres: la calle del Pic, la calle de Cisneros y la misma calle de Timoneda (pero en domicilios diferentes), siempre en la barriada ya mencionada.

También Dolores Veses Castellano vivía en una de las zonas en pendiente alejadas del centro urbano y próxima a cuevas habitadas, en este caso al final de la calle de la Purísima, en el número 112, donde esta larga arteria se convierte, ya en la parte más alta de la barriada del Raval, en un camino que pasa entre los cerros de San Miguel y Santa Bárbara por un collado. En esa casa residía con sus padres, Francisco Veses Palacios, de 49 años, «labrador», y Delfina Castellano Zurriaga, de 48 y «sus labores».

Dolores era la mayor de entre la descendencia que allí cohabitaba. Tenía 23 años, lo que significa que en junio de 1943 tendría 25 o 26 años, y estaba inscrita como de profesión «textil», lo que indica que ya trabajaba en Ríos. Tras ella figuran empadronados dos hermanos, Francisco y Vicente, de 20 y 18 años y ambos «labradores», y tres hermanas, Delfina, de 15 y «sus labores», y Concepción, de 11, y Encarnación, de 9, anotadas como escolares.

De igual modo Carmen Bayarri Peñarrocha era vecina de otro barrio humilde, la Vila Vella, es decir, el intrincado y abrupto caserío de origen medieval que constituye el núcleo histórico a partir del cual la población se expandió en épocas más modernas, pero que por sus notables desniveles, sus calles tortuosas y la estrechez de sus viviendas (una villa-castillo) había sido

abandonada siglos atrás por los vecinos ricos, que construyeron sus casonas en zonas más llanas a medida que los habitantes crecieron. Carmen aparece registrada en la calle del Cura Roca, en una casa con numeración dudosa (las fuentes orales indican que vivía en realidad junto a la iglesia del Buen Pastor), y estaba casada. En 1940 tenía 26 años (que serían 28 o 29 en el momento de la huelga) y fue registrada con la ocupación de «sus labores». Su marido, José Sancho Murciano, era ferroviario, y el matrimonio tenía dos hijos, José, de 5 años, y Miguel, de 11 meses. Después volveremos con esta familia.

Dolores Villar Fombuena, finalmente, residía en la calle de San Pascual, número 1, a tiro de piedra del antiguo convento de San Francisco. Se trataba de una calle estrecha de la zona baja del Raval, más llana y con algunos vecinos de mayores recursos, pero que tampoco se puede confundir con las calles acomodadas y céntricas donde, insistimos, residía la burguesía local. En ese domicilio convivía con sus padres, Antonio Villar Torres, de 53 años y profesión «textil» (las fuentes orales informan que trabajaba en la fábrica de Ríos, de portero), y Dolores Fombuena Arastey, «sus labores», y sus hermanas Asunción, de 24 años, y Carmen, de 21, ambas inscritas con la ocupación de «textil»: ya trabajaban, pues, haciendo sacos. Dolores tenía 15 años en 1940 (17 o 18 durante la huelga) y aparece empadronada como dedicada a «sus labores». Sin embargo, sus descendientes aseguran que desde los 13 años trabajaba en la fábrica, a la que habría accedido cuando aún no alcanzaba la edad requerida gracias a la posición de su padre y la vista gorda del empleador (debía haberse incorporado, por tanto, en plena Guerra Civil).

¿Qué tenemos? Cuatro mujeres que compartían, además del trabajo, un mismo origen social y el hecho de residir en barrios

modestos de Llíria, es decir, en aquellos —el Pic, la Vila Vella, la zona alta del Raval— en que la militancia en los sindicatos de clase, la CNT en particular, antes y durante la guerra había sido elevada, o, como en la zona baja del Raval, existía una hegemonía de Izquierda Republicana^[12], y sobre cuyos vecinos se habían cebado las represalias franquistas: no parece inadecuado llamarlos los barrios derrotados. ¿Podíamos esperar otra cosa? Parece innegable, pues, que el ambiente de violencia y represión antes referido no era en absoluto ajeno a ninguna de las cuatro, sino cotidiano.

Además, sin duda tenían en sus círculos próximos personas que habían sufrido en sus carnes alguna modalidad de la persecución política desplegada por los vencedores. Es más, hemos dicho que Carmen Bayarri estaba casada con un ferroviario llamado José Sancho... Qué anomalía, ¿no?, en un tiempo en que el régimen entorpecía y desincentivaba el trabajo extra hogareño de las mujeres casadas... Bien, la explicación es simple: en 1940, José Sancho Murciano estaba encarcelado en la prisión del Remedio^[13]. En fin, lo que se puede concluir sin temor a equivocarnos es que las cabecillas de la huelga no vivían aisladas en una burbuja de cristal y debían saber a qué se arriesgaban con su acto de rebeldía.

La violencia ambiental era también notoria en el interior de la fábrica. Obviemos los encontronazos verbales entre obreros —varones— tenidos por rojos y mandamases de la empresa a los que aluden a veces los testimonios orales, o las diversas formas en que operaban sobre la plantilla los aparatos de propaganda del régimen (en las jambas de la puerta de acceso a la factoría había sido rotulados dos efigies de «¡FRANCO!»

12.– J. Daniel Simeón, «Partidos políticos y bases sociales en la Llíria republicana», *Lauro, quaderns d'història i societat*, 2 (1986), pp. 143-165, en especial mapa de la p. 147.

13.– J. J. Adrià, *La postguerra en un poble valencià*, p. 683.

que recibían y despedían a la gente cada día).

Veamos algo concreto que ha dejado huella escrita: en noviembre de 1940 el gobernador civil de Valencia, Francisco Javier Planas de Tovar, decidió multar con 25 pesetas por cabeza a 14 obreros y 18 obreras de Ríos «por haber aparecido en dependencias de la citada fábrica letreros de carácter subversivo sin que haya podido descubrirse a sus autores». Además adjuntó un serio aviso: si el caso que motivaba la sanción se repitiera, «ordenaría la expulsión de todos ellos de esa localidad»^[14].

Productoras indisciplinadas y funcionarios antisubversivos

Cuando las tres mujeres acudieron aquella mañana de junio a la casa de la máxima jerarquía sindical de la localidad sabían, cabe deducir de lo dicho, donde se metían. Su irritación, y las del casi centenar de compañeras a las que representaban, había de ser en consecuencia enorme. Sabían asimismo qué querían: que se levantara la sanción impuesta a la cuarta. Acudir ante el funcionario para advertir qué pasará, una huelga, si el castigo se mantiene, ha de ser visto como un intento de negociación que toma a este como mediador ante la empresa, algo que difiere bastante de las tradiciones sindicales de anteguerra, pero que debieron imaginar que era la única alternativa practicable. La interlocución entre empresarios y trabajadores pasaba ahora por la burocracia de Falange.

14.- La multa ha sido reproducida y estudiada en J.J. Adrià y M.A. Castillo, *La fàbrica dels sacs de Ríos*, pp. 170-172; J.J. Adrià, *La postguerra en un poble valencià*, pp. 246-248; y J.J. Adrià, «Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos liranos corrientes», en Ismael Saz y Alberto Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 117-158, en concreto en la p. 136.

Sin embargo, las tres portavoces se encontraron, por lo que podemos colegir de los oficios conservados, con que José Salas las amenazó más que las escuchó: él era consciente de que se le estaba anunciando un acto que subvertía no solo el orden laboral, sino la esencia de un Nuevo Estado que negaba, entre otros, el derecho de huelga. En su informe recoge que ellas le denuncian una sanción injusta y la decisión de unas 85 obreras de «no incorporarse al trabajo» y que él lo primero que hace, «considerando la gravedad del caso», es exponerles «en términos claros para hacerme comprender» (obsérvese el antipático tono condescendiente), «las disposiciones vigentes, las cuales prohíben terminantemente todo conato de huelga o manifestación», así como señalarles «la responsabilidad en que incurrieran adoptando la determinación antes citada, rogándoles que se incorporaran inmediatamente al trabajo».

Solo tras este supuesto ruego (en realidad, y dada la violencia ambiental omnipresente, podemos suponer que las obreras lo debieron percibir como orden o amenaza) les dijo que ya «haría» en un futuro indeterminado «una información del caso» que comunicaría por teléfono a la Delegación Provincial de Trabajo, «la cual obraría en consecuencia». Formulado así, este compromiso les debió sonar a hueco.

Sus ruegos «y consejos», se lamentaba el delegado sindical, no fueron atendidos y las obreras decidieron «unánimemente no reincorporarse al trabajo». Es decir, que las promesas de recabar datos sobre la sanción por parte del funcionario y de remitir la decisión final a las autoridades provinciales del ministerio de Trabajo (al fin y al cabo una estrategia dilatoria), cayeron en saco roto. Las mujeres no otorgaron suficiente credibilidad al jerarca azul ni se achantaron, sino que iniciaron la huelga anunciada. El sindicalismo vertical mostraba así sus lí-

mites a la hora de convencer de su bondad a unas obreras indignadas y sorpresivamente movilizadas que estaban dispuestas a llegar tan lejos como fuera necesario pese a admoniciones y riesgos.

La CNS, a partir de la negación ideológica —falangista, fascista...— de la lucha de clases, estaba concebida como el organismo de encuadramiento y control de las denominadas productoras y los productores, de manera que había de ser el instrumento tanto para disuadir a las personas de la clase obrera de expresar protestas y reivindicaciones como para reprimirlas si la función disuasoria fracasaba^[15]. Esto, el fracaso de la disuasión, es lo que había ocurrido, y se abrió así el camino de la represión.

La falta de credibilidad encajada por el jefe local de la CNS y el hecho de que las operarias implicadas, pese a los esfuerzos de aquel, no entraran a trabajar provocaron que José Salas se moviera desde entonces en dos direcciones interconectadas. Por un lado, intentó desactivar la huelga iniciada. Por el otro, intentó cubrirse las espaldas ante «la superioridad» pidiendo instrucciones y dando detallada cuenta de sus pasos, esto es, procediendo a una representación del «no es culpa mía» y «decida usted» que el de abajo endosa al de arriba cuando surge un problema peliagudo y que es tan habitual en las estructuras burocráticas jerarquizadas.

Así, a las diez y cuarto Salas se puso en contacto telefónico con la Inspección Provincial del Trabajo —una instancia gubernativa, no sindical— «comunicando el caso al camarada Curiel, que era el que me atendía», el cual le ordenó «que tomase todas las medidas de difusión necesarias» destinadas a que a las dos de la tarde «se reintegrasen al trabajo las operarias del turno que lo ha-

bían abandonado en la mañana del día de hoy». Ello se tradujo en un bando que fue leído en las calles de Llíria y de Benissanó y difundido asimismo por el «servicio perifónico de esta CNS» y que rezaba así:

«Atención a los trabajadores de la fábrica de Ríos.

El Delegado Provincial del Trabajo me ordena tome todas las medidas necesarias para que el personal femenino que en el día de hoy ha abandonado el trabajo se incorpore a él a las catorce horas. Por tanto se ordena se reintegren al trabajo todo el personal femenino, de no hacerlo el Delegado Provincial del Trabajo tomará las medidas necesarias él mismo en persona en la visita que efectuará esta tarde. Esta delegación vuelve a advertir como ya lo ha hecho en la mañana de hoy, la prohibición absoluta de abandono del trabajo, siendo responsables los promotores ante la autoridad gubernativa».

La orden taxativa contenida en el mensaje —de no muy buena redacción, por cierto— no sirvió de nada. A las dos y cuarto Salas llamó a Ríos y la dirección de la fábrica le comunicó que las obreras no habían reanudado el trabajo. El jerarca sindical local, a la espera de la llegada de la autoridad provincial anunciada, optó entonces por acudir a la fábrica, «poniéndome al habla nuevamente con las productoras que habían adoptado la actitud de no reincorporarse al trabajo». Es decir, inferimos que las obreras sí que estaban en la factoría o en sus inmediaciones, pero sin ocuparse de sus tareas. En el encuentro Salas repitió sus conocidas amenazas que él llamaba conse-

jos, «advirtiéndoles nuevamente de la responsabilidad en que estaban incurriendo y ordenándoles y aconsejándoles al mismo tiempo que depusiesen su actitud, obede-

15.- C. Molinero y P. Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas*, p. 10.



Tejedoras de la fábrica de Ríos hacia 1965 (Fuente: Archivo Municipal de Lliria. Fondo Petronila Blanco Sáez. Fotografía Miguel Bori).

ciendo las órdenes de la superioridad, no aceptando mi requerimiento si con ellas no se incorporaba también la productora sancionada».

Solidaridad femenina, sororidad, frente a un ejercicio autoritario del ordeno y mando. Una resistencia de las huelguistas que ha de ser más valorada aún si consideramos que no consta que se hubiera movido ningún hombre para secundarlas ni que la acción reivindicativa se hubiera extendido a mujeres de otras secciones. Y que, dado el ambiente sofocante de postguerra, las tejedoras en huelga debían de estar recibiendo fuertes presiones de su entorno para que abandonaran una lucha que sus familiares y sus amistades quizá percibían como una demostración de tozudez en un combate perdido de antemano.

A las cuatro y media de la tarde llegó desde València, por fin, la todopoderosa «superioridad», encarnada no por uno sino por dos altos cargos oficiales, el delegado provincial y el inspector provincial de Trabajo, es decir, las máximas autoridades laborales de la provincia. Junto con Salas acudieron a la factoría y el delegado provincial citó «a su presencia» a Remedio Vinaixa, que hubo de comparecer ante él (y a la que imaginamos intimidada ante un hombre poderoso y su séquito de hombres igualmente poderosos, pero dando la cara).

El informe no detalla con quién más hablaron los jerarcas llegados de València, aunque cabe suponer que se reunieran con la dirección de la fábrica (ignoramos si estaba presente Vicente Ríos, aunque es probable; es más segura la presencia de Alfredo Portig) y cabe dudar por el contrario que

se entrevistaran con las tres cabecillas. A continuación, el delegado provincial firmó un escrito que contenía las cinco medidas que habrían de acabar con el conflicto, y que eran inapelables según dictaba el espíritu de aquel tiempo.

La primera ordenaba «la reintegración al puesto de trabajo de cuantos elementos hayan dejado de entrar a él en el día de hoy». Tratar de «elementos», y no de trabajadoras o, si se quiere con el lenguaje franquista, productoras, a las mujeres que protestaban ya puede ser visto en sí mismo un acto inamistoso. Elemento, establece la RAE, es el «componente de una agrupación humana». Es cierto. Pero también dice que es el «individuo valorado positiva o negativamente para una acción conjunta». Usar la palabra elemento en sentido despectivo para referirse a una persona era y es algo habitual en el habla cotidiana. El delegado no hilaba aquí muy fino. O sí, según su manera de ver el mundo...

La segunda medida consistía en «la privación del jornal correspondiente a esta fecha por no haberse producido rendimiento útil en el trabajo». Eso era obvio. Las obreras no cobrarían el día que no habían trabajado. No es razonable creer que esperaran otra cosa.

La tercera tenía nombres y apellidos:

«Suspensión de empleo y sueldo de la productora Remedios Vinaixa Fabra la que podrá reclamar de la sanción de carácter leve que conforme al Reglamento de régimen interno le ha sido impuesta por la Empresa ante mi autoridad».

Hay que leerla bien. La sanción que está en el origen de todo no se analiza ni detalla, sino que se declara recurrible ante el delegado de Trabajo, pero se le añade una suspensión de empleo y sueldo indefinida (lo que implica, si nuestra interpretación es

correcta, que la duración de la misma quedaba en manos de la empresa), un hecho que no podía animar la obrera a iniciar ese recurso, ya que, de un modo u otro, pondría en riesgo su puesto de trabajo.

La cuarta era otra decisión contra personas concretas, ya que se suspendía de empleo y sueldo, de nuevo con carácter indefinido, a «las productoras Dolores Vesses Castellano, Carmen Bayarri Peñarocha y Dolores Villar Fombuena», las que «serán puestas a disposición de la autoridad gubernativa». Es decir, al ser consideradas las cabecillas de un hecho delictivo, de un «delito de lesa patria» recordemos, su situación futura ha de quedar en manos de la autoridad gubernativa —el delegado de Trabajo solo es una autoridad gubernativa, la competente en temas laborales— que no es otra, claro está, que el gobernador civil y sus consabidos agentes (esto es, policías). Una amenaza muy seria, es evidente, pero que queda en cierto modo compensada por el hecho de que el delegado no propone ni ordena el despido de las afectadas, algo que acaso podría haber planteado y argumentado si hubiera querido, dado el poder que le confería su cargo y la situación de precariedad legislativa existente en aquel momento.

La quinta medida, en fin, afectaba a las decenas de mujeres que habían participado en la huelga, ya que les ordenaba «la entrada al trabajo el próximo viernes día 4», lo que implicaba que el día 3 habrían de quedarse sin trabajar y sin cobrar en casa, una incorporación que había de efectuarse

«[...] a la hora exacta indicada en los cuadros horarios de trabajo, quedando sancionada con inmediata suspensión de empleo y sueldo la que no lo hiciese puntualmente sin causa justificada».

Es decir, para el conjunto de huelguistas, si se plegaban a lo decidido por «la superioridad», el castigo era bastante suave: perdían el sueldo del día del paro y el del día siguiente, en que, de hecho, se les impedía trabajar. El delegado parece hombre inteligente que conocía eso de la mano de hierro y guante de terciopelo. Y que para combatir lo que él también había de mirar como subversión no era imprescindible recurrir a la artillería pesada. La suavidad con la que trataba a la masa si claudicaba y se sometía contrastaba con la dureza futura que podía adivinarse en la apelación a la autoridad gubernativa que había realizado en la medida anterior. Además, la oportunidad de no ser tratadas en ese trance como las mujeres reconocidas y castigadas como cabecillas, algo que solo ocurriría si persistían en su conducta, debía ser una consideración que podría desactivar a las tratadas como simples secuaces.

Y por si fuera poco, ese día que las obreras habrían de pasar en casa, ociosas y sin aporte de jornal en un contexto de estrecheces económicas, significaba conceder un tiempo precioso para que las presiones de sus familias y otros componentes de su entorno operaran sobre ellas y las hicieran recapacitar, de manera que se enfriara la situación y se agostara así su rebeldía.

La orden dictada por el delegado de Trabajo finalizaba con una coletilla amenazante y que remachaba el clavo, ya que este añadía que tales «determinaciones son adoptadas por mi autoridad con independencia de las que acordase como pertinentes la autoridad gubernativa». Es decir, si el gobernador civil quería, la represión podía subir de nivel.

Desconocemos si la autoridad gubernativa aludida tomó nuevas medidas que sumar a las dispuestas por la autoridad laboral. El gobernador civil, Ramón Laporta Girón, era un camisa vieja de Falange que

no llevaba ni dos meses en el cargo, y que tendió a diferenciarse en estos temas de su antecesor Planas de Tovar, un militar puro y muy duro. Cinco años después, por cierto, Laporta visitó oficialmente la fábrica de Ríos. Los falangistas como él solían presumir de poseer cierto tipo de sensibilidad social y no ser unos simples reaccionarios al viejo estilo, y quizá eso evitara una más contundente respuesta. Es posible que desde su despacho se pidiera algún informe a la Guardia Civil y no es descartable que se impusiera alguna multa. Pero también improbable: tal posibilidad no ha dejado rastro ni en las fuentes orales ni en la documentación escrita consultada, aunque estas es, recordémoslo, de origen sindical, no gubernativo.

En todo caso, las determinaciones del delegado provincial de Trabajo acabaron con la huelga, ya que las obreras se incorporaron a sus puestos de trabajo el día 4 como este había ordenado, y quizá ello creó las condiciones para que ni el gobernador ni la empresa quisieran llegar más lejos. La acción subversiva había quedado desactivada en un solo día y probablemente con eso se conformaron. El fracaso inicial del jerarca local en su intento de impedir la protesta había sido enjuagado por el éxito final del jerarca provincial, que devolvió las aguas a su cauce (el deslucido cauce de cemento del nacional-sindicalismo rampante). No sabemos cuánto duró la suspensión de empleo y sueldo de las cabecillas, pero sí que acabaron volviendo a los telares de la fábrica muy poco después.

De consecuencias, ausencias y silencios

En fin, las autoridades enseñaron las uñas, pero el zarpazo represivo no fue, dadas las condiciones vigentes en aquella dictadura que aún se quería fascista, tan brutal como pudiera haber sido. ¿Control de

daños por parte de estas para que la cosa no se desbocara y pasara a mayores? ¿Condescendencia patriarcal de los viriles jerarcas falangistas ante una protesta protagonizada solo por mujeres? ¿Deseo de evitar que el conflicto localizado en una sección específica (una localización que puede entenderse acaso como protesta contra un encargado en concreto) contamine el resto de la fábrica? ¿Estrategia para impedir que las noticias del suceso superen los marcos angostos de Lliria y Benissanó y alcancen otros lugares con concentraciones obreras más numerosas?

Todo puede ser. O nada... De lo que no se puede hablar hay que callar, establecía en un famoso aforismo Ludwig Wittgenstein. O de lo que no se puede hablar hay que investigar, según corregía Norbert Elias^[16]. Pero de momento, hay que reconocerlo, no tenemos bases documentales u orales sobre las que sustentar una indagación al respecto que permita aventurar una respuesta a tales preguntas, de manera que será mejor hacer caso al filósofo vienés que al sociólogo silesiano.

Lo que sí que está más claro y permite un mejor pronunciamiento es que las obreras de Ríos, y también los obreros, parece ser que aprendieron algo de esta experiencia: las quejas individuales a través de la maquinaria burocrática sindical podían tener cierto recorrido; las colectivas, no, ya que en su camino solo encontrarían represión, aunque fuera tan mesurada como en este caso. De este modo, durante los años siguientes las protestas que siguieron la vía legal (es decir, presentadas mediante reclamaciones separadas, al menos hasta 1962, y que solo podían referirse a violaciones de la ley por parte del empresario, sin que

hubiera lugar a las demandas de mejoras salariales o de las condiciones de trabajo) se hicieron corrientes. Estas quejas, como es bien sabido, habían de formularse ante la organización sindical, que actuaba como una mezcla de juez y mediador, ya que representaba tanto al trabajador o trabajadora demandante como al patrón demandado.

La burocracia sindical gozaba de unas prerrogativas que le permitían fijar las condiciones del acuerdo. Si alguna de las dos partes mostraba su disconformidad con el pronunciamiento que esta realizaba en el acto de conciliación, podía recurrir a la Magistratura de Trabajo. Y eso raramente acontecía, ya que los empresarios, por razones de prestigio, por evitar complicaciones o porque a menudo salían beneficiados en ese tejemaneje pese a ser la parte demandada, solían aceptar la resolución. Y los trabajadores y trabajadoras tampoco solían ir más allá, bien por puro temor, bien por sentirse desdeñados o desasistidos en su demanda si quien había de defenderlos en instancias superiores era el mismo aparato sindical que no había satisfecho su queja^[17].

Las prospecciones efectuadas en la documentación conservada dejan bien claro que las reclamaciones individuales realizadas por el personal de la plantilla de Ríos que siguieron ese curso legal no constituyeron ninguna rareza, sino algo habitual, y que se solían despachar en una reunión entre el obrero u obrera demandante, un representante de la empresa, que solía ser el jefe de la oficina, Jaime Torres, y un funcionario sindical, normalmente el mismo José Salas, y en presencia de un segundo funcionario, subalterno del primero, encargado de levantar acta. Y que el jerarca sindical ejercía de mediador, intentando

16.- Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 132. Norbert Elias, *Mozart. Sociología de un genio*, Barcelona, Península, 2002, p. 206.

17.- Ramiro Reig, «Repertorios de la protesta. Una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo», en I. Saz y J. A. Gómez Roda, *El franquismo en Valencia*, pp. 37-76, especialmente p. 59.



Visita del gobernador civil Ramón Laporta Girón a la fábrica de Ríos en 1948. De derecha a izquierda se puede identificar al jefe de la oficina y al director de la fábrica, Jaime Torres y Alfredo Portig, al gobernador (con gabardina clara), al cura párroco, al alcalde de la población, al jefe local de Falange y, en primer plano y con el sombrero en la mano, al delegado sindical José Salas. (Fuente: Archivo Municipal de Lliria, Fondo Sagrario Redondo Villoria, fotógrafo desconocido).

aproximar a las partes de manera que el acto de conciliación se solía cerrar con algún tipo de compensación económica, generalmente de poca cuantía, que ofrecía la empresa y aceptaba quien había presentado la demanda, tras lo cual esta decaía. Leyendo esos viejos papeles se tiene la impresión de que cada demandante no acudía a la instancia sindical en busca de justicia, que seguramente no pensaba encontrar, sino: «a ver si puedo sacar algo»^[18]. También que la fábrica no fue jamás una balsa de aceite.

Y, en efecto, una serie de sacudidas epistémicas que se sucedieron a lo largo del tiempo demuestra con creces que la conflictividad, por más sorda que se mantuviera usualmente, nunca dejó de impregnar el espacio de la fábrica de Ríos. En 1953, por

ejemplo, un anónimo mandado al gobernador civil detallaba una serie de abusos que, a juicio del o de los autores (la autoría masculina es plausible), acontecían en la factoría. Y lo hacía con tanta sensación de verosimilitud que desde la Delegación Provincial de Trabajo se ordenó a la Delegación Sindical de Lliria que elabora un informe sobre los hechos denunciados.

Lo curioso de este informe es que su autor no niega buena parte de éstos, aunque los reinterpreta de acuerdo a su peculiar manera —nacionalsindicalista, por supuesto— de ver el mundo, distorsionando lo acontecido cuando le conviene... Pero lo que nos interesa aquí es que reconoce que existe un «descontento general de los productores de dicha Empresa», los cuales, ante las nuevas condiciones impuestas por esta para percibir las primas de productividad, habían disminuido enormemente su

18.- En J.J. Adrià y M.A. Castillo, *La fábrica del sacs de Ríos*, pp. 157-159, las quejas individuales son estudiadas con mayor amplitud.

rendimiento. Es decir, podríamos hablar de una especie de huelga de brazos caídos que el autor del informe resume con claridad meridiana:

«los obreros, viendo que tenían que trabajar más para sacar menos prima, prefirieron trabajar lo mínimo, con lo que se llegó a veces a no alcanzar el tope mínimo que intentó Ríos y C^a S. en C. para obtener el jornal».

Explicar cómo se resolvió este peliagudo asunto por las autoridades laborales de la provincia, cabe decir que de una manera que se quiso salomónica, excede el espacio que podemos dedicarle aquí y ahora.

Como excede asimismo la narración de otro interesante episodio un poco posterior. En 1958 se lanzaron en la puerta de la fábrica unas octavillas que convocaban a manifestarse el 5 de mayo, pacíficamente, en la:

«Gran Jornada de Reconciliación Nacional, boicoteando el transporte y los espectáculos y declarando la huelga pacífica de una hora en las empresas, de medio día o un día entero si es posible».

Se trataba, obviamente, de animar a la mano de obra de Ríos a participar en la famosa jornada —al menos para las personas que nos interesamos por este período de la historia— que había organizado el Partido Comunista de España y que, como es conocido, acabó teniendo en el territorio valenciano una incidencia bastante limitada. Pues bien, el lanzamiento de las citadas octavillas motivó, meses después, en diciembre, la detención por la Guardia Civil de seis vecinos de Lliria y tres de Benissanó acusados de pertenecer al citado partido, que fueron velozmente encarcelados en Valencia y puestos a disposición de la muy poco esperanzadora jurisdicción militar.

Sin embargo, tuvieron suerte, ya que tan

solo pasaron unas semanas entre rejas y su caso fue sobreesido y archivado de una manera que hay que calificar de sumamente sorprendente. De los nueve, ocho eran trabajadores de la fábrica de Ríos, y la documentación existente sobre el asunto permite concluir que formaban una célula del partido, un poco bisoña, eso sí; una célula que, con su detención, quedó neutralizada^[19].

Los conflictos se recrudecieron adaptando nuevas formas y reapareciendo de manera reiterativa en los años sesenta, sobre todo cuando había que negociar el convenio colectivo de la empresa (la legislación que regulaba las relaciones laborales se modificó a principios de esa década), y en los setenta, cuando la crisis del sector yutero llevó al cierre de la fábrica en 1974.

Durante todo ese tiempo en la factoría acontecieron episodios similares a los vividos en otras grandes fábricas españolas: elección de algunos enlaces sindicales que cabe colorear de rojos (algunos de ellos, por cierto, habían formado parte de la célula comunista antes mencionada; otros acabaron siendo personas conocidas en CCOO) junto a algún otro claramente azul; uso de la parroquia que la iglesia ubicó en el barrio surgido junto a la fábrica como lugar de reunión alternativo a los locales sindicales con el beneplácito del párroco; tensión de los mecanismos legales de la organización sindical hasta extremos que demostraban sus límites e intervención consiguiente y poco amistosa de la Guardia Civil... Pero, hay que insistir, no es este el lugar ni el momento adecuados para explicar todo ello.

19.- La detención de los nueve militantes comunistas ha sido novelada, usando para ello un excelente acopio de materiales documentales, por Vicent Ros, *La lluvia en el muro*, Madrid, Chiado, 2016. También está explicada con detalle, así como los conflictos que se citan en el párrafo posterior, en J.J. Adrià y M.A. Castillo, *La fábrica dels sacs de Ríos*, pp. 176-195.

Cabe cerrar nuestro artículo volviendo a la huelga de mujeres de 1943 para señalar tres ausencias, tres clamorosos silencios, que se desprenden de la información recopilada sobre tan singular episodio. El primero es el mutismo que muestra el informe del delegado sindical José Salas sobre posibles inspiradores o inspiradoras —los responsables intelectuales que necesita toda teoría conspiranoide— del estallido del conflicto. Acostumbrados como estamos a que los jefes franquistas vieran tras cualquier protesta a malvados agentes pagados por Moscú o a taimados participantes del contubernio judeo-masónico del comunismo internacional, la inexistencia completa de referencias a la subversión y sus adalides por parte de los funcionarios que actuaron en este caso es muy interesante porque nos lleva a introducir dos consideraciones nada antagónicas.

Por un lado, sugiere una minusvaloración de la protesta por el simple hecho de ser exclusivamente femenina, de manera que al ser cosa de mujeres no se llega a sospechar —o a manifestar esa sospecha— que pudiera hallarse alguna mano oculta detrás de aquella huelga (en seguida volveremos sobre esto). Por el otro, se puede interpretar como una prueba hasta cierto punto fehaciente de realismo: pese a que una de las cabecillas era la esposa de un preso político, ni José Salas ni sus superiores se perdieron en espejismos. Algo que no ocurriría, por ejemplo, en el caso de la información realizada tras el anónimo mandado al gobernador civil en 1953 antes citado, y donde el autor explica que la Guardia Civil había llamado

«la atención a unos cinco productores, no por los daños causados o escaso rendimiento, sino por si estuviesen en relación con elementos extraños o subversivos que se aprovecharan de tal situación».

El segundo silencio es el que encontramos en las gargantas varoniles. Los trabajadores de Ríos no participaron en la huelga de obreras de ningún modo. O al menos de ningún modo que haya dejado constancia. ¿Por qué esa ausencia? ¿Una manifestación más de la falta de empatía y solidaridad de los trabajadores varones respecto a sus compañeras féminas que parece constituir un rasgo constante del trabajo fabril^[20]? ¿Otra vez condescendencia ante una cosa de mujeres que se mira como menos seria o ajena? ¿O mejor cautela ante unos hechos que se sabe cómo empiezan pero no cómo terminan? De nuevo podríamos recurrir a Wittgenstein y a Elias. Pero en este caso parece sensato plantear una hipótesis contrafactual, que sirve además de apoyo a lo planteado en el párrafo anterior. Imaginemos que la huelga hubiera estado protagonizada por el personal masculino.

Dada la fecha —Alemania estaba muy lejos aún de perder la guerra y el franquismo de aflojar el puño— y dada la naturaleza represiva del régimen, ¿se hubieran comportado las autoridades con tanta mesura a la hora de neutralizarla si aquello hubiera sido cosa de hombres? ¿Sería absurdo caer en la tentación de pensar que hubiera sido considerada más peligrosa y que los considerados cabecillas en ese caso hubieran sido detenidos y, quizá encarcelados? El patriarcado también es eso, imaginar —por parte de las autoridades— que una huelga masculina conlleva mayor carga subversiva, y suponer —por parte de los obreros— que las reivindicaciones de las obreras han de ser menos serias ya que al fin y al cabo su trabajo es menos importante, una ayuda familiar como mucho. Y la cautela, la condescendencia y la falta de empatía no son explicaciones incompatibles, sino todo lo contrario.

20.— Ver al respecto Pilar Díaz Sánchez, «El trabajo de las mujeres en la industria fabril: la confección-textil en España», *Nuestra Historia*, 10, 2020, pp. 105-126, en especial pp. 107-108.

El tercer silencio es el de la posterioridad. Una mudez extensa que cubrió los hechos hasta el punto de que prácticamente quedó olvidado hasta nuestros días, como ya explicamos más arriba. Y que conlleva una invisibilidad que se trasluce en lo escasamente fértiles que son los testimonios orales sobre el asunto, incluso aquellos que provienen de los familiares directos de las protagonistas más significadas, caracterizados siempre por la pobreza de datos, la escasez de concreción e incluso la aparición de algunas confusiones bastante elocuentes. El nieto de una de las cuatro mujeres sancionadas señalaba que a estas les cortaron el pelo y llegaron a ser mal vistas e incluso insultadas por sus compañeras.

Sin embargo, el resto de testimonios obtenidos no dejan asomar nunca la más mínima sombra de estigmatización, y no parece que la perfecta inserción de las cuatro cabecillas en la sociedad de su tiempo abone esa sospecha. Las únicas palabras negativas recogidas al respecto son las que se refieren a la posible alteración de los instrumentos de medición de la producción de la obrera sancionada inicialmente, y ya hemos advertido que no hay que descartar que esas opiniones deriven de una especie de intoxicación propagandística salida de la propia empresa o sus aledaños. Y lo del pelo rapado ha de ser visto, a nuestro parecer, como una contaminación de imágenes respecto a lo que sí que ocurrió a algunas mujeres a la llegada del Ejército de Ocupación franquista, en 1939.

Ese tupido manto de silencio ha debido esperar para ser rasgado por completo a las investigaciones recientes a las que aludimos también al principio de este artículo. La exposición sobre la fábrica de Ríos realizada a caballo de los años 2018 y 2019 y la publicación del libro sobre la historia de esta en 2019 lograron un impacto sufi-

ciente como para convertir aquella remota huelga en noticia casi ochenta años después. Los medios de información locales y comarcales —*La Veu de Lliria*, *Infotúria*...— se hicieron amplio eco del hallazgo y lo difundieron.

Y tras ello, el testigo pasó a las autoridades. El 2021 las cuatro mujeres sancionadas en 1943 fueron galardonadas a título póstumo —todas habían fallecido ya— con el premio Grattia Maximilla, una distinción que el Ayuntamiento de Lliria concede anualmente con ocasión del día 8 de marzo «para reconocer la trayectoria de una mujer en distintos ámbitos de la sociedad». En este caso se quiso ensalzar «la valentía de estas mujeres que reivindicaron la igualdad de derechos y responsabilidades en plena represión de posguerra»^[21].

La entrega se realizó en una ceremonia pública presidida por el alcalde y la concejala de igualdad, que se llevó a cabo con las salvaguardas debidas a la situación pandémica provocada por el COVID-19. El reconocimiento institucional a las premiadas se efectuó en presencia de sus descendientes, que recogieron con orgullo el galardón y pronunciaron emotivas palabras. De alguna manera, el acto de reparación, de desagravio a aquellas mujeres que plantaron cara a lo que consideraron injusto, llegó muy tarde, pero llegó. Y lo hizo, por una vez, gracias a los trabajos de la historia, no a las exigencias previas de la memoria.

Al llegar al final de este texto se impone, como colofón, recordar que el nuevo orden que implantaron los vencedores de la Guerra Civil era incompatible, como explicó muy bien el profesor Pere Ysàs, con la noción de conflicto social. El Estado se asignó «la tarea de asegurar la armonía» de la «comunidad nacional española». Es decir, aña-

21.- Ajuntament de Lliria, nota de prensa publicada en la página web municipal el 11/03/2021.

dimos, de pasar por encima de la diabólica lucha de clases marxista, que quedaba negada de principio a fin. Pero pronto se hizo evidente que el «conjunto de instrumentos que incluía normas, instituciones, organizaciones y políticas sectoriales que efectivamente se elaboraron y desplegaron en los primeros años de vida del franquismo» tropezaba con notables dificultades para alcanzar «la absoluta y definitiva ausencia de conflictos rompedores» de la ansiada «armonía social»^[22].

Ni en los momentos más opresivos de la postguerra esos indeseados conflictos dejaron totalmente de enseñar las orejas. Y por ello, si la huelga de mujeres de la fábrica de Ríos de 1943 demuestra algo es, una vez más, que esa idea de paz social tan cara al régimen, ese deseo de armonía, no era más que un sueño imposible, una alucinación alejada de la realidad. Y que, como en el célebre relato del dinosaurio de Augusto Monterroso, cada vez que el franquismo despertaba, el conflicto todavía estaba allí.

22.- Pere Ysàs, «La imposible 'paz social'», pp. 7-25, en concreto p. 7.

Los comunistas, la educación popular y la lucha por una democracia de participación ampliada en Brasil (1945-1964)*

The communists, popular education and the struggle for an extended participatory democracy in Brazil (1945-1964)

Marcos Cesar de Oliveira Pinheiro

Universidade do Estado de Rio de Janeiro. Brasil

Resumen

Con ocasión de la celebración en el año 2022, del centenario del Partido Comunista Brasileño (PCB), el presente artículo tiene como objetivo abordar la trayectoria del PCB entre los años 1945 y 1964, en lo referente al esfuerzo de organización popular, los intentos de educación política de las clases trabajadoras y su presencia en los debates y luchas en el campo educacional del periodo. A pesar de varios estudios historiográficos o de sociología política sobre la trayectoria del PCB en el periodo en cuestión, incluso priorizando las diferencias locales y coyunturales de la historia del partido, analizando su presencia en las fábricas, sindicatos, ciudades y barrios, todavía carecemos de un abordaje más sistematizado en relación con las cuestiones que trata el presente texto.

Palabras: Partido Comunista Brasileiro; educación popular; democracia de participación ampliada; lucha por la hegemonía, organización popular.

Abstract

On the occasion of the 100th anniversary of the Brazilian Communist Party (PCB) in 2022, the present article aims to approach the trajectory of the PCB between 1945 and 1964, in what regards the effort of popular organization, the attempts at the political education of the working classes and their presence in the debates and struggles in the educational field of the period. Despite several historiographical or political sociology studies on the trajectory of the PCB in this period, even giving priority to local and conjunctural differences in the party's history and analyzing its presence in factories, unions, cities, and neighborhoods, we still need a more systematized approach to the issues dealt with in this text.

Keywords: Brazilian Communist Party; popular education; expanded participatory democracy; struggle for hegemony, popular organization.

* «Os comunistas. A educação popular e a luta por uma democracia de participação ampliada no Brasil (1945-1964)», traducción de Emilio de Gregorio Fernández

Introducción

En Brasil existe un conjunto de tradiciones diversas en el campo de la izquierda: anarquistas, socialistas, trotskistas y otros varios movimientos de izquierda. No se puede negar, sin embargo, la hegemonía de la que disfrutó el Partido Comunista Brasileiro (PCB) en la representación de los trabajadores y en los sectores de la izquierda, a lo largo de buena parte del siglo XX^[1]. De ahí el énfasis desmesurado que se le da al partido en los estudios sobre la izquierda brasileira. Libros, artículos y análisis sobre el partido, contienen, en gran medida, defensas apoloéticas o críticas corrosivas. El tema es controvertido y altamente politizado^[2].

El PCB, fundado en 1922, tuvo una actuación significativa en varios momentos de la historia del país. Por citar unos ejemplos, el Bloque Obrero y Campesino (BOC, Bloco Operário e Camponês) en 1928/30, el movimiento antifascista y la Alianza Nacional Libertadora en 1934/35, la política de la Unión Nacional (União Nacional) en 1938/45, la lucha por la creación de la Petrobrás y la defensa de las riquezas nacionales de la avidez imperialista en los años cincuenta y en el combate por la democracia y contra la dictadura militar, implantada en 1964. En otras palabras, lo que destaca principalmente en la historia del PCB, con ocasión del centenario de su fundación en este año de 2022, es el que participó y estuvo siempre al frente de todas las causas justas del pueblo brasileño, como la lucha

por la justicia social y la reforma agraria, por la que fue el primer partido político en levantar tal bandera allá por los años 1920.

Los comunistas brasileños no se transformaron en héroes todopoderosos, mucho menos en víctimas de las circunstancias. Con su acción en que la consciencia y la voluntad aparecen como factores decisivos en la transformación de lo real, actuaron en las condiciones existentes en el momento en que les tocó vivir. Al margen de éxitos y fracasos, como recuerda el poeta Ferreira Gullar, «quien cuente la historia de nuestro pueblo y sus héroes tiene que hablar de él (el PCB) o estará mintiendo».

A pesar de varios estudios historiográficos o de sociología política sobre la trayectoria del PCB entre 1945 y 1964, incluso priorizando las diferencias locales y coyunturales de la historia del partido, siguiendo su presencia en las fábricas, sindicatos, ciudades y barrios, todavía carecemos de un acercamiento más sistematizado, en cuanto al esfuerzo de organización popular, de las tentativas de educación política de las clases trabajadoras y a su presencia, en los debates y luchas en el campo de la educación en ese período. En parte, eso puede explicarse si tenemos en cuenta que la Historia Oficial es una construcción de las clases sociales que detentan el poder y los medios de comunicación. El legado comunista provoca —y siempre provocó— el odio de las clases dominantes y de sus «intelectuales orgánicos». De ahí la necesidad, como señala la historiadora Anita Prestes, de que quien se proponga comprender y explicar los fenómenos que se producen en las sociedades humanas necesite ser un cuestionador:

«¿Cual ha de ser, pues, la posición del Historiador ante la Historia Oficial —aquella elaboración histórica que conviene a los grupos dominantes en la sociedad, consagrada y difundida principalmente en los

1.- El PCB recibió inicialmente el nombre de Partido Comunista, Sección Brasileira de la Internacional Comunista, pasando poco después a ser llamado Partido Comunista do Brasil y solo adopta la denominación de Partido Comunista Brasileiro en 1961.

2.- Para un balance sobre las diferentes vertientes e interpretaciones sobre la historia del PCB, ver Marcos del Roio y Lucas Andreto, «Historiografía y lucha por la memoria en el Partido Comunista Brasileiro», *Nuestra Historia*, 11, 2021, pp. 43-64.

libros escolares y en los media—? Tanto el historiador como el profesor de Historia, en el mundo de hoy, y particularmente en Brasil, delante de cada versión o construcción concreta que presente la Historia Oficial, tiene que posicionarse, tiene que definirse ideológica y políticamente. Si no lo hace conscientemente, estará aceptando, en la práctica de manera acrítica los postulados de esa Historia Oficial, que nos imponen los dueños del poder»^[3].

La lucha ideológica es una de las principales formas de lucha de clases. Las clases dominantes buscan la hegemonía a través del consenso. «Esta es la razón por la que la elaboración de la Historia Oficial adquiere una importancia creciente en las sociedades contemporáneas. Se trata de proclamar y difundir las victorias y los éxitos alcanzados por los dueños del poder, de hoy y del pasado, en los permanentes conflictos sociales presentes en la historia mundial». De manera que, de acuerdo con la lógica de la Historia Oficial, los ideales y las luchas de los sectores, que no obtuvieron éxito en sus propósitos revolucionarios y transformadores y muchas veces, habiendo sufrido duras derrotas, son «olvidados, desfigurados y combatidos»^[4].

De ahí la importancia de emprender la «Batalla de las Ideas», como adelantó Fidel Castro^[5]. De la necesidad de contraponer las innumerables deformaciones históri-

cas, innumerables mentiras históricas y el silencio sobre numerosos acontecimientos que no interesa a los sectores dominantes que sean del conocimiento de la mayoría de las personas y, en particular de las nuevas generaciones. Rescatar la lucha del Partido Comunista por la hegemonía en los sectores populares, a través de su esfuerzo de organización popular, que va desde la creación de los Comités Populares Democráticos (1945-1947) hasta su participación en los llamados Movimientos de Educación y Cultura Popular (1958-1964), es contribuir a la construcción de otra Historia, una Historia comprometida con la evidencia^[6], una Historia que pueda de esta forma ayudar a la construcción de una *contra hegemonía*. Como destaca Anita Prestes, es «importante rescatar la memoria de quienes lucharon por la justicia social, pero no consiguieron alcanzar la victoria, dejando, entre tanto un legado importante para las generaciones siguientes»^[7].

Más adelante en el presente trabajo, se destaca el papel relevante de los comunistas en la movilización y organización de los sectores populares en aquel momento histórico, con el objetivo de hacer avanzar el progreso de la democratización en curso, en la sociedad brasileña, buscando dar voz a los sectores, en aquel entonces, marginados de la vida política^[8].

3.– Anita Leocadia Prestes, «O historiador perante a história oficial», *Germinal: Marxismo e Educação em debate*, v. 2, n. 1, enero, 2010, p. 92. Disponible en: https://potalseer.ufba.br/index.php/revista_germinal/article/view.

4.– *Ibidem*, p. 94, cursivas de la autora.

5.– Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro en la clausura del VIII Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas, Palacio de Convenciones, Ciudad de La Habana, 5 de diciembre de 2004», Fidel-Soldado de las Ideas, Discursos e intervenciones. Disponible en: <https://www.fidelcastro.cu/es/discursos/clausura-delviii-congreso-de-la-union-de-jovenes-comunistas-palacio-de-convenciones>.

6.– La Historia Oficial, frecuentemente, no cumple el compromiso del historiador con la evidencia de las palabras de E. Hobsbawm, al criticar el irracionalismo «pos-moderno»: «[...] es esencial que los historiadores defiendan el fundamento de su disciplina: la supremacía de la evidencia [...]. Si la historia es un arte imaginativo, es un arte que no inventa, sino que organiza objetos encontrados» en Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, São Paulo, Companhia das Letras, 1998, pp.286-287.

7.– Anita Leocadia Prestes, «O historiador perante a história oficial», p. 95

8.– A lo largo de los años 1945-1964, el PCB vivió diversas modificaciones en su orientación política, condicionada no solo por el desarrollo del proceso político brasileño, sino también por la dinámica del movimiento comunista



Acto del PCB en el estadio São Januário, primera vez que Luiz Carlos Prestes, entonces secretario general, se dirigió directamente al pueblo brasileño. Participación masiva de los Comités Democráticos Populares. Río de Janeiro, 23 de mayo de 1945 (Foto facilitada por el autor).

El período que aquí se trata, de 1945 a 1964, está marcado por intensas luchas sociales, abarcando diferentes niveles de aquella realidad histórico-social. Tanto en la esfera de la sociedad civil como en el interior del aparato del Estado, enfrentamientos y alianzas contextuales están presentes en los escenarios nacional, estatales y municipal, mostrando la correlación de fuerzas entre las clases y las fracciones de clase, así como los proyectos de modernización para Brasil. En relación con la limitación temporal referida, el sociólogo Florestán Fernández hace la siguiente observación:

«¿Hemos tenido realmente, un Estado de derecho en lo que se refiere a la práctica política? Nunca lo hemos tenido, porque la primera vez en que se dio la posibilidad de pasar de una democracia limitada a una de participación ampliada, entre 1945 y 1964, tuvo lugar el proceso contrarrevolucionario más violento de la histórica (sic) de la República⁹. En ese periodo, casi se produjo la aparición y la implantación de una democracia de participación ampliada en el País. Sin embargo, los llamados «dueños del poder», minorías localizadas estratégicamente en las varias estructuras de la sociedad brasileña, impidieron la consolidación del Estado de derecho. Por tanto, el Estado de derecho en

internacional. Ver Anita Leocadia Prestes, *Luiz Carlos Prestes: um comunista brasileiro*, São Paulo, Boitempo, 2015, capítulos X al XIV.

9.- Haciendo referencia al golpe civil-militar del 1º de abril de 1964, que implantó una dictadura de 21 años.

Brasil siempre fue un mito, una entidad ficticia, que funcionaba para aquellas minorías y como una entidad de «idealismo político»^[10].

A través de la trayectoria del trabajo educativo desarrollado por los comunistas brasileños y las posiciones asumidas en los debates y enfrentamientos educacionales, se hace evidente el campo de disputa entre varias propuestas de sociedad, entre diferentes concepciones del mundo, y las limitaciones impuestas por la sociedad de clases engendrada por el capitalismo en la periferia, que desemboca en una democracia limitada o en un Estado autocrático burgués para contraponerse a cualquier posibilidad de paso a una democracia de participación ampliada, que se configura como una lucha prolongada por la ciudadanía por parte de las clases subalternas.

Existe una práctica social acumulada en la historia de las luchas de los movimientos populares en Brasil. Las experiencias de educación popular de los Comités Populares Democráticos y de los Movimientos de Educación y Cultura Popular presentan puntos de contacto relevantes con relación a la naturaleza esencialmente política en lo referente a la movilización y organización popular, pese a la intensidad y las características que las distinguen. Como señala Oscar Jara, es «la dinámica del ascenso del movimiento popular lo que impulsará la creación de programas, procesos y formas de educación popular, con el objetivo de comprender y orientar las acciones de las masas ante el momento histórico que se vive»^[11].

10.- Florestan Fernandes, *Brasil: em compasso de espera: pequenos escritos políticos*, Río de Janeiro, Editora UFRJ, 2011, p. 327.

11.- Oscar Jara, «El reto de teorizar sobre la práctica para transformarla» en Moacir Gadotti y Carlos Alberto Torres, *Educação Popular: utopia latino-americana*, São Paulo, Cortez, EDUSP, 1994.

Los Comités Populares Democráticos y la educación popular

La primera experiencia a destacar del PCB en su esfuerzo de organización popular y de educación popular es la de los Comités Populares Democráticos, que comprende el momento histórico marcado por un clima de euforia democrática que se extiende por diversas partes del mundo^[12] y, en Brasil, se inicia con el proceso de «redemocratización» de 1945^[13] y que llega a 1947, cuando se produce el desarrollo de la Guerra Fría con todas sus consecuencias, entre las cuales una violenta ola represiva contra el movimiento democrático y popular, en particular los comunistas. En ese contexto de la inmediata postguerra, surgen y se extienden por diversas ciudades brasileñas, con mayor intensidad en Río de Janeiro y en São Paulo, los Comités Populares Democráticos. Comandados por el PCB, desempeñan un papel de considerable relevancia en la movilización y organización de sectores populares de aquel momento, en que la cultura y la educación pasan a integrarse con más fuerza en el conjunto de preocupaciones de los movimientos populares.

Ellos representaron el principal medio de conexión entre el PCB y las masas proletarias. Concebidos como instrumentos de lucha y defensa por los derechos inmediatos de los trabajadores y del pueblo en

12.- Resultado directo de la derrota del nazifascismo por los países aliados en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), que contó con el papel decisivo de la Unión Soviética en la conquista de esa victoria.

13.- Forzado por la presión interna de la opinión pública nacional y por la marcha de los acontecimientos en la arena internacional, el régimen dictatorial de Getúlio Vargas, llamado del Estado Novo (1937-1945) tomaría medidas de carácter cada vez más democratizantes. En aquel momento, esas medidas ofrecerían las mejores perspectivas desde el punto de vista del movimiento obrero y con respecto a la garantía de los espacios para la existencia y actuación legal del PCB.

general, se valían de la idea-fuerza de los derechos para conquistar en la lucha cotidiana la hegemonía junto a la clase trabajadora y asegurar las alianzas necesarias, entre las «clases nacionales progresistas» del país (el proletariado, el campesinado, las clases medias y la burguesía nacional progresista) para hacer avanzar la lucha por la «Unión Nacional», entendida como el proceso de democratización del país¹⁴.

La organización de los Comités Populares se daba principalmente en dos frentes: aquellos que se comprometían en los problemas de los barrios y los comités profesionales, cuya función era actuar en los sindicatos, principalmente en aquellos en los que el Partido Comunista no formaba parte de la dirección, destacándose también como representantes por categoría atentos a los problemas en los lugares de trabajo. Ahora bien, los comités no se constituían sólo por criterios habitacionales (barrios) o de categorías profesionales. Existió también la organización por criterio de asociación para fines diversos. Entre algunos ejemplos: el Comité Democrático Afro-Brasileiro, el Comité Democrático de los Evangelios, Comité de Enseñanza laica y Comité de Mujeres Pro-Democracia.

Organizados con base territorial en los barrios, suburbios, favelas y morros de las diversas ciudades brasileñas, los Comités Populares Democráticos se implicaban en los problemas de las localidades. Desarrollaban una serie de actividades «viables» que proporcionasen la posibilidad de pequeñas victorias para incitar a una mayor participación de los habitantes de la localidad. Más allá de las reivindicaciones inmediatas, la otra finalidad de los comités era

crear interés entre la gente en los temas de la alta política, dejando a un lado la acción aislada y dirigida estrictamente a lo local y haciendo que el espacio de la acción colectiva del barrio pasase a ser, de esa manera, el espacio público o la esfera pública, transformando los comités en canales de participación, de representación y de negociación de la gente con las esferas sistémicas de la sociedad civil y de la sociedad política.

Se buscaba dar voz a los sectores hasta entonces marginalizados en el escenario político (los trabajadores, los desempleados, los jóvenes y especialmente las amas de casa). A partir de las reivindicaciones que afectaban a todos, que fuesen sentidas por todos, los Comités Populares emprendían la «educación democrática del proletariado». La posición de los Comités, en lo referente a «educar al pueblo», era convencer y concienciar de que existía una política justa para alcanzar el fin deseado y que, por tanto, era preciso cerrar filas y obedecer exactamente a aquel que utilizaba tales métodos para alcanzar el fin, porque solamente quien ambicionaba el fin, deseaba también los medios adecuados para alcanzar tal propósito. La importancia de ese esfuerzo de movilización y organización de los trabajadores sería destacada en el discurso de Luiz Carlos Prestes, Secretario General del PCB, en el mitin del Estadio de San Januario, en fecha 23 de mayo de 1945.

«[Organizar el pueblo] en organismos que le sean propios, en amplios comités o comisiones en los lugares de trabajo, en las calles y barrios, Comités Populares Democráticos que, unidos, poco a poco, de abajo hacia arriba, constituirán, en un futuro más o menos próximo, las organizaciones democráticas populares de las ciudades, de la región y del Estado, hasta la gran unión nacional, alianza de todas las fuerzas, corrientes, grupos y partidos políticos que acepten el pro-

14.- Marcos Cesar de Oliveira Pinheiro, *Dos Comitês Populares Democráticos (1945-1947) aos Movimentos de Educação e Cultura Popular (1958-1964): uma história comparada*, Tesis de Doctorado en Historia Comparada, Rio de Janeiro, UFRJ, 2014, pp. 42-53.

grama mínimo de unificación nacional [...] Los comunistas participarán activamente en la organización y propagación de los comités populares democráticos dentro de los cuales se sentirán contentos al lado de todos los demócratas no comunistas, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, filosóficas y religiosas [...] Es evidente desde luego, que tales organismos populares escogerán como sus candidatos para los cargos electivos a los hombres que les parezcan capaces de defender aquel programa»^[15].

Los Comités Populares Democráticos realizaron actividades culturales y educativas varias. De acuerdo con sus posibilidades y limitaciones, produjeron teatro aficionado, sesiones de cine, exposiciones, programa para principiantes, entre otras actividades. Sin embargo, la idea central de esas actividades fue la campaña de alfabetización de adultos. Los cursos de alfabetización tenían lugar en las sedes de los Comités o, en una buena parte en los apartamentos o en las casas cedidas, voluntariamente, por los residentes de aquellas localidades.

El programa educacional del PCB, y, en consecuencia, el de los Comités Populares Democráticos tuvo como referente el estudio «La situación de la enseñanza en Brasil» (1945), de la autoría de Paschoal Lemme, trabajado redactado por petición de Luiz Carlos Prestes^[16]. El autor presentó, en él, un panorama general de la situación de la enseñanza en la época, destacando el problema del analfabetismo en Brasil. El énfasis puesto en la cuestión de la alfabetización de adultos por los Comités Populares advino de la constatación de la existencia de un 54,68% de analfabetos en la pobla-

ción adulta brasileña, «a partir justamente de la edad en la que los individuos deben participar activamente de la vida económica y política del País»^[17].

La campaña de alfabetización de los Comités Populares tenía la preocupación de formar electores, dada la proximidad de las elecciones de diciembre de 1945, ya que los analfabetos no tenían derecho al voto. Entre las tareas electorales atribuidas a los Comités Populares estaban: 1) Organizar cursos rápidos de alfabetización —para ambos sexos— de futuros electores, sin ninguna preocupación en cuanto a los candidatos que habrían de escoger; 2) Censar el mayor número posible de mujeres; 3) Demostrar por todos los medios —conferencias, folletos, octavillas, asambleas, propaganda individual, etc.— la naturaleza secreta del voto. Demostrar prácticamente que sería imposible saber a quién votó el elector^[18].

Había una preocupación en formar este electorado, capacitarlo para identificar entre los candidatos a los puestos a elegir «representantes del pueblo, hombres de todas las clases sociales, comunistas o no, merecedores de la confianza popular», esto es, garantizar la «politización del pueblo a través de los Comités Populares, única base seria para nuestra política de unión nacio-

17.- *Ibidem*.

18.- *Tribuna Popular*, 3/7/1945, p.5. La sorprendente votación del PCB en la contienda electoral del 2 de diciembre de 1945, en apenas 15 días de campaña, fue en gran medida resultado del aparato montado por los Comités Populares Democráticos. El Partido Comunista conquistó importantes victorias electorales, convirtiéndose en la cuarta fuerza política de la Asamblea Constituyente de 1946, consiguiendo un asiento de senador (Luiz Carlos Prestes) y 14 diputados de un total de 338 constituyentes. En las elecciones realizadas el 19 de enero de 1947, el PCB obtuvo nuevamente un expresivo resultado en las asambleas legislativas de varios estados y conquistando el mayor graderío de la Cámara Municipal de Rio de Janeiro, entonces capital de la República, 18 de un total de 50 consejeros.

15.- Luiz Carlos Prestes, *Problemas actuais da democracia*, Rio de Janeiro, Vitoria, s/d., p.90.

16.- Paschoal Lemme, *Memorias de um educador*, volume, 4 2ª ed. Brasília, Inep, 2004, p. 33.

nal y de democratización y progreso»^[19]. El trabajo educativo emprendido por los Comités se articulaba con el propósito de hacer avanzar el proceso de democratización de la sociedad brasileña, que se había iniciado con el alineamiento de Brasil con los Estados Unidos frente a las potencias del Eje, y esa tentativa incomodaba demasiado a los sectores más conservadores, como también a los liberales agrupados en torno a la Unión Democrática Nacional (UDN). Lo que se había observado en el informe «Problemas de educación en el Distrito Federal», redactado por Paschoal Lemme, entre julio y agosto de 1945, en el que afirmaba que un:

«régimen democrático sólo puede ser aquel que se organiza de abajo arriba, 'del pueblo, para el pueblo, por el pueblo', en la síntesis magnífica de sus grandes propulsores. Así, no es de extrañar que los Comités Democráticos Populares ya estén causando graves preocupaciones a los que, dentro de los viejos moldes, desean continuar sirviéndose del pueblo y no servir al pueblo, presentándose como candidatos a representantes, al contrario de ser presentados por él; tampoco debe causar sorpresa la campaña que se viene haciendo en relación con los Comités, por ciertos sectores bien conocidos, con la reedición de ciertas fórmulas ya caducas de que los Comités son solamente disfraces de células comunistas»^[20].

Las fórmulas reeditadas que menciona el texto anterior aparecen en las páginas de la prensa importante de la época. Evidentemente cualquier tentativa de organizar las clases populares sobre nuevas bases, o sea, en un sistema democrático fundado en la

soberanía popular (democracia como forma política de dominación de la mayoría) y en la plena expansión de la ciudadanía, fue duramente combatida por las clases dominantes en Brasil. Tanto en el campo ideológico, en el que los órganos de la prensa desempeñaron un importante papel en la propagación de las representaciones anti-comunistas, como por medio de la represión, aplicada de diferentes maneras, con mayor o menor sutileza, procurando reprimir los más combativos y mostrar a los inconformistas pasivos los riesgos presentes en cualquier ensayo para conspirar contra el orden establecido.

Las actividades educativas, desarrolladas por los Comités Populares Democráticos no se restringían a las cuestiones electorales, tanto así que la campaña de alfabetización se mantuvo activa después de la contienda de diciembre de 1945, y más intensa aún, así como otras iniciativas educativas.

A pesar de las adversidades, los Comités Populares Democráticos proseguían su tarea de desenvolver la «educación democrática del proletariado y del pueblo en general». Conforme afirmaba Pedro Motta Lima, en el artículo «Una campaña meritoria de los Comités Populares», la campaña de alfabetización buscaba ampliar el listado de electores, pero también abría «el camino para la cultura, que nunca es demasiado tarde»^[21]. O como decía uno de los eslóganes de la campaña de alfabetización de los Comités Populares, impreso en las páginas del periódico *Tribuna Popular*, «el progreso de Brasil depende del grado de cultura de sus hijos». En entrevista al diario *Folha da Manhã* de São Paulo, sobre el problema brasileño de la educación, Luiz Carlos Prestes afirmaba que «el progreso está dependiendo, en gran parte, de la elevación del nivel cultural de las grandes masas», destacando

19.-Comunicación de Luiz Carlos Prestes en la constitución del Comité Nacional del PCB, *Tribuna Popular*, 9/8/1945, p. 6.

20.- Paschoal Lemme, «Memorias de un educador», p. 52.

21.- *Tribuna Popular*, 20/6/1945, p.3.

la importancia de la escuela primaria para alcanzar ese objetivo, «sin olvidar el campo, porque la enseñanza en el rural merece un profundo interés»^[22].

Los objetivos educacionales de los cursos de alfabetización emprendidos por los Comités Populares pueden verse en las palabras de Moisés Xavier de Araujo, autor de la Cartilla «Clave de lectura (para adultos)», adoptada por los Comités de Distrito Federal:

«Antes de nada, debo aclarar que los encargados de los cursos de alfabetización están dando a su actividad el más amplio sentido educativo. Cada profesor es un verdadero amigo y consejero de los alumnos, los orienta y les aclara cuando es necesario, con el propósito de aumentarles la capacidad de apreciación de las cosas y de los hechos y de hacerlos cada vez más libres y conscientes. En todas las ocasiones hay siempre, por tanto, la más cordial aproximación entre alumnos y profesores, de modo que el trabajo de estos no tenga el carácter de «obra de beneficencia» si no de «cooperación» entre brasileños que, por una parte enseñan y por otra, aprenden. Se trata de un trabajo verdaderamente popular, democrático, humano.

[...] En los Comités Populares, los jóvenes y adultos no aprenden solamente a 'escribir su nombre' y no se les conduce a la alfabetización pura y simple. En los Comités Populares, como ya indicamos, los profesores dan a su actividad un amplio sentido educativo. En última instancia, en la fuerza del pueblo, pacíficamente organizado, es dónde reside el éxito de la campaña de alfabetización en masa, que en este momento se lleva adelante en el Distrito Federal. O mejor, en todo el país»^[23].

Había también un programa de conferencias y charlas realizadas en los Comités Populares Democráticos. Tal programa tenía como objetivo interesar a la población en general en las cuestiones de orden política, social y económica, tanto de ámbito nacional como internacional. El trabajo de «educar al pueblo» desarrollado por los Comités comprendía también movilizaciones de connotación política. Además de las reivindicaciones prácticas e inmediatas para mejorar las condiciones de vida de la población local, aparecían, en las actividades de los Comités, aquellas otras relacionadas con las políticas generales. Por diversos medios, abajo firmantes, memoriales, telegramas, reuniones, eventos de apoyo, los Comités Populares se manifestaban en defensa de la política de «Unión Nacional», por la garantía efectiva de las libertades, de opinión, de conciencia, de reunión, de asociación, incluso política, de manifestación de pensamiento, etc., por la amnistía para los presos políticos, por la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente, por la autonomía política municipal —incluso del Distrito Federal—, por la salida de las tropas americanas de las bases militares del Nordeste, por campañas de solidaridad con los pueblos de la Península Ibérica y con los presos y perseguidos políticos en distintas partes del mundo, por el derecho al voto de los analfabetos, soldados y marineros, en solidaridad con los trabajadores presos en las huelgas, contra las arbitrariedades de la policía, etc. No era sin más que la dirección del PCB reconocía los Comités Populares como «centros de experiencia de trabajo práctico»^[24].

Pese a los percances y errores cometidos, el PCB emprendía una lucha ardua para organizar el movimiento de los trabajadores en torno a su liderazgo, pero tampoco huía

22.- *Ibidem*, 6/9/1945, p. 5.

23.- *Ibidem*, 8/9/1945, p.6.

24.- *Boletín Interno*, 23/10/1945. Secretariado Nacional del Partido Comunista do Brasil, Rio de Janeiro, RJ. Arquivo de Memoria Operária do rio de Janeiro (AMORJ).



Luiz Carlos Prestes, durante una visita a una favela en Rio de Janeiro, 1945
(Foto facilitada por el autor).

de participar de las luchas por las conquistas de los derechos sociales, civiles y políticos de los trabajadores y de otros sectores populares.

El activismo de la militancia comunista en los medios sindicales y en los Comités Democráticos Populares y el impresionante resultado electoral del PCB en las elecciones de 1945 y 1947 transformaron el PCB en una fuerza política en potencia, asustando a las clases dominantes, siempre temerosas de la participación popular en la vida política del país. Ante tal amenaza y con el avance de la Guerra Fría, el siete de mayo de 1947, el Tribunal Superior Electoral anuló el registro del PCB, bajo la acusación de ser un organismo al servicio de Stalin y de la Unión Soviética. En octubre del mismo año, el gobierno

brasileño rompió las relaciones diplomáticas con el Estado Soviético, definiendo su alineamiento con la política exterior norteamericana. En enero de 1948, los parlamentarios comunistas, en los ámbitos federal, estatal y municipal, vieron anulados sus mandatos, y arrojados a la clandestinidad. El gobierno desencadenó una violenta onda represiva contra el movimiento democrático y popular, particularmente contra los comunistas. Una vez declarado ilegal el PCB, sus sedes fueron precintadas, sus bienes y documentos aprehendidos, los periódicos ligados al partido fueron cerrados y las entidades de algún modo ligadas a los comunistas fueron eliminadas o perseguidas.

Cuanto más lucha la gente, más nos educa la lucha

A pesar del reflujo del movimiento democrático y popular durante el gobierno de Eurico Gaspar Dutra, marcado por la práctica del «terrorismo de Estado»^[25], y de los estrechos límites de la democracia brasileña, los intereses contrapuestos, el germen de la lucha de clases, no fueron extirpados. Varias organizaciones contrapuestas, en el ámbito de la sociedad civil, actuaban en conflicto abierto en la lucha por la hegemonía, en la conquista de una correlación de fuerzas favorable a los respectivos proyectos societarios y en la cristalización en el ámbito estatal de esa correlación de fuerzas —esto es, la cuestión de la toma del poder o de «hacerse Estado» para usar una expresión gramsciana—.

Los comunistas brasileños tuvieron una actuación significativa en varios momentos de los embates emprendidos en los años posteriores a la fase ascendente de las jornadas de luchas populares de 1945 y 1946 y a su limitación por la represión. A lo largo del período que se cerró con el golpe del 1º de Abril de 1964 y la implantación de una dictadura militar, el PCB a través de los «soldados del partido», expresión muy utilizada por Gregorio Bezerra, destacado líder comunista, para referirse a la militancia de base, se destacó, por ejemplo, en la campaña «El Petróleo es nuestro» y en las llamadas campañas «por la Paz», buscando la prohibición de las armas atómicas y contra el envío de soldados brasileños a la Guerra de Corea. En la primera mitad de la década de 1950, los comunistas tuvieron una presencia destacada en las huelgas por todo el país. La de mayor repercusión fue la llama-

da huelga de los 300.000 en São Paulo, en 1953. En esta «actuaron de forma efectiva en la organización y consolidación de los organismos de base, de las comisiones de fábricas y comisiones de salarios, que engendraron y mantuvieron la huelga», participando también «en organismos de dirección que articulasen las diversas luchas y demandas»^[26].

Aunque en la ilegalidad, el PCB ampliaba significativamente sus áreas de actuación, participando activamente en todos los movimientos que agitaban la vida social y política en los años 1958-1964, dándose una nueva fase ascendente de jornadas de luchas populares. Se vivía, en ese período, una limitada «apertura» democrática, resultado de los avances alcanzados por los sectores nacionalistas y por las luchas populares, debiendo destacarse los éxitos alcanzados por el movimiento obrero y sindical^[27]. En aquel contexto, para el PCB, interesaba la alianza del proletariado con la burguesía, pues, aunque explotado por ella, sufría más con el atraso del país y la explotación imperialista que con el desarrollo capitalista. Pero también quería incorporar los sectores populares en el «camino pacífico de la revolución brasileña», es decir, dentro de una perspectiva nacionalista y reformista^[28], considerando esa participación popular como una condición *sine qua*

26.- Marco Aurelio Santana, *Homens partidos: comunistas e sindicatos no Brasil*, São Paulo, Boitempo, 2001, p. 84.

27.- Según Anita Prestes, los comunistas conquistaron el derecho a actuar legalmente, después de la revocación (el 19/3/1958) de la orden de prisión preventiva contra los dirigentes del PCB, pero les fue vedado, por el artículo nº 58 de la Ley Electoral, el permiso para organizar el Partido Comunista, taxativamente prohibido por esa legislación en vigor, que consideraba tal intento un delito susceptible de condena por la Justicia del país. Por eso, se cuidaban de no organizar públicamente cualquier actividad que pudiese ser considerada como un intento de organizar el Partido. Anita Leocadia Prestes, *Luiz Carlos Prestes: el combate por um partido revolucionario (1958-1990)*, Buenos Aires, Luxemburg, 2015, pp. 37-40.

28.- *Ibidem*, p.p. 33-36.

25.- Pedro Estevam da Rocha Pomar, *A democracia intolérante: Dutra, Adhemar e a repressão do Partido Comunista (1946-1950)*, São Paulo, Arquivo do Estado/ Imprensa Oficial do Estado, 2002, p. 20.

non para el desarrollo del país. Para entonces, como señalaba la «Declaración de Marzo de 1958», los comunistas no podrían descuidar el tema de la organización popular. Ejerciendo «una función eminentemente constructiva», los comunistas deberían participar «de las luchas de masas en los movimientos reivindicativos, en las campañas políticas, en las elecciones» siendo el objetivo «hacer victoriosas las aspiraciones de las masas, aprender con ellas y educarlas a partir del nivel de consciencia que hubieran alcanzado». Los comunistas debían ser en todas partes combatientes exentos de exclusivismo, abnegados y consecuentes, para la construcción del frente único nacionalista y democrático^[29].

El corto periodo de 1958 a 1964 en Brasil es un nuevo momento de incremento de las luchas populares, escenario de innumerables movimientos sociales, algunos de ellos ligados a la cuestión del analfabetismo y de la alfabetización, vinculados, en consecuencia, a otra cuestión que es la del incremento del nivel cultural de la población brasileña y de la valoración de la cultura popular. Se trata del más denso período histórico de la educación popular en el país. Es entonces cuando surgen varios movimientos de educación y cultura popular, destacándose entre los más significativos: Movimiento de Cultura Popular (MCP), creado inicialmente en Recife, en 1960, extendiéndose también a otras varias ciudades del interior de Pernambuco, cuando Miguel Arraes era alcalde de la capital y después gobernador del estado; Campaña «De pie en el suelo también se aprende a leer», creada en Natal (RN), en el año de 1961, en la gestión de Djalma Maranhão en la Prefectura Municipal y Moacyr de Goês en la Secretaría de Educación; Movimien-

to de Educación de Base (MEB) creado por la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB) en 1961, con el apoyo de la Presidencia de la República, cuando Jânio Quadros fue elegido presidente; Centro Popular de Cultura (CPC), creado en 1961 por la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y difundido por todo Brasil por las UNEs itinerantes de 1962 y 1963.

La historia del MCP y de los otros movimientos de educación y cultura popular no comienzan de cero. Hay en este país una herencia de lucha popular, aunque, como ya hemos mencionado en el inicio de este texto, los ideales y las luchas de los sectores, que no obtuvieron éxito en sus propósitos revolucionarios y transformadores y, muchas veces, sufrieron duras derrotas sean, «según la lógica de la Historia Oficial, *olvidados, silenciados, desfigurados y combatidos*»^[30]. Hay también una herencia cultural, una verdadera pedagogía de lucha de los movimientos populares vivenciada a lo largo de la historia del pueblo brasileño.

Las experiencias de educación popular en Brasil, de los Comités Populares Democráticos a los Movimientos de Educación y Cultura Popular, son fruto, directa o indirectamente, de las batallas hegemónicas trabadas en el período referido. Esto es, claramente vinculadas a la lucha de clases presente en aquella realidad histórico-social. En alguna medida, los Movimientos de Educación y Cultura Popular son tributarios de las luchas de los movimientos anteriores —por lo menos, en lo referente al substrato de ideas que se engarzan y se enfrentan en aquella coyuntura—. En palabras de Carlos Rodrigues Brandão, «la educación popular fue y sigue siendo la secuencia de ideas y de propuestas de un estilo de educación en que tales vínculos son restablecidos en di-

29.- «Declaração sobre a política do PCB (março) de 1958» Edgard Carone, *O PCB*, v. 2, 1943-1964, São Paulo, Difel, 1982, p. 196.

30.- Anita Leocadia Prestes, «O historiador perante a história oficial», p. 94 cursivas de la autora.

ferentes momentos de la historia», una vez que «el foco de su vocación es un compromiso de ida y vuelta en las relaciones pedagógicas de carácter político, realizadas a través de un trabajo cultural dirigido a los sujetos de las clases populares, que son entendidos no como beneficiarios tardíos de un servicio, sino como protagonistas emergentes de un proceso»^[31].

En aquel período de los Comités Populares Democráticos (1945-1947) ya se planteaba la cuestión de la creación del espacio político por medio del que las masas trabajadoras de la ciudad y del campo se pudiesen organizar políticamente y luchar ellas mismas por sus intereses, buscando la intensificación de las luchas del pueblo brasileño por la liberación nacional y por las reivindicaciones populares. Ya se presentaba aquí, en términos concretos, la demanda de una consciencia popular, que deseara la transformación de la realidad, aunque en una perspectiva reformista, o sea, en la dirección de una democracia de participación ampliada, orientada en el sentido de los intereses económicos, sociales y políticos de las capas populares. En consecuencia, la educación popular figuraba entre las diversas formas de acción colectiva puestas en práctica en aquel momento. Le cabía a ella ejercer un importante papel en la concienciación de las masas espoliadas, como ocurriría en los años de 1958 a 1964, con los Movimientos de Educación y Cultura Popular.

Entre tanto, lo que predomina en la historiografía de la educación popular en Brasil es una postura que «remite a la educación popular como un fenómeno situado y datado en la historia de algunos países

de América Latina, teniendo a Brasil como foco original, tomando como referencia a los años 1960 y, de manera más general, lo que aconteció después de ese período^[32]. Predomina una visión de la historia marcada por la idea de ruptura, no solamente una distinción entre las partes. En gran medida, tal visión está comprometida con la valorización de una de las partes en que se separa la historia, arrojando la otra inmediatamente para el espacio de lo negativo o lo irrelevante^[33]. A partir de los trabajos de sistematización de la memoria de los Movimientos de Educación y Cultura Popular de los años 1960 en Brasil se crea el mito fundador de la educación popular en la América Latina.

Los trabajos de mayor relevancia académica hasta ese momento, de un modo u otro, van unidos a los individuos partícipes directos de las experiencias de educación popular en los años 1960, y pasaron a los programas de posgraduación en Educación en los años 1970 y 1980. Se trata de una generación de académicos vinculada al pensamiento católico progresista (condensado en la fórmula de la «opción por los pobres», nueva predicación de la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II), a un referente teórico-marxista, con base inicialmente en Althusser y después en Gramsci, y en la implicación política en la lucha contra la dictadura militar (1964-1985).

Los análisis de esa historiografía enfocan la diferencia cualitativa de la educación popular de los años 1960 en relación con las acciones de movimientos educativos

32.- *Ibidem*, p. 22.

33.- A pesar de no negar que algunas características que se destacaban en el período 1958/64 estuvieron presentes en movimientos de coyunturas anteriores, Aida Bezerra afirma que nunca tuvieron el peso y el énfasis que asumieron «en ese nuevo momento histórico», en Aida Bezerra, «As atividades em educação popular» en CR. Brandão (org.) *A questão política da educação popular*, 7 ed., São Paulo, Brasiliense, 1987, p. 26.

31.- Carlos Rodrigues Brandão, «A educação popular e a educação de jovens e adultos: antes e agora» en M.M. Machado (org.), *Formação de educadores de Jovens e Adultos: II Seminário Nacional*, Brasília, Secad/MEC, UNESCO, 2008, p. 24.

precedentes^[34]. Indiscutiblemente la educación popular de ese período merece no sólo un lugar en cuanto que momento realizado en la historia, sino además un lugar pedagógicamente visible y culturalmente legítimo por las innovaciones propuestas en el campo de la educación. Además, esos enfoques tuvieron un peso importante en la consolidación de algunas visiones que se hicieron hegemónicas y están presentes, en gran parte, en la producción académica sobre las experiencias de la década de 1960.

La historia de la educación popular en Brasil está condicionada en demasía por la memoria y por la historia construida por los protagonistas del movimiento en ese tiempo. Eso permite en la existencia de cierta «historia oficial» de la educación popular en Brasil, una versión consagrada en las producciones que tratan sobre la temática, tales como artículos, revistas y periódicos de carácter científico o institucional, disertaciones y tesis de postgrado, o también, en movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales. En el ámbito del conocimiento histórico, eso ocasiona que muchas historias, particularmente anteriores al período en cuestión, no sean contadas, sean olvidadas, silenciadas, ignoradas, esperando una voz que las rescate. Busca también eclipsar la participación de los comunistas en los Movimientos de Educación y Cultura Popular, ya bastante experimentados y probados en largos años de actividades político-culturales.

Otro tratamiento de la educación popular, propuesto por Carlos Rodrigues Brandão, que parece más acertado en términos historiográficos, pues abre la posibilidad para la elaboración de una His-

toria comprometida con la evidencia^[35], es el atribuir «a la educación popular una historia más larga, más fecunda, más polémica y bastante diversificada», en que, los acontecimientos de 1960 a 1970 constituyen apenas el momento más notable hasta entonces^[36]. Así pues, hay «situaciones importantes en nuestra historia que deben considerarse como una alternativa de proyecto cultural a través de la educación popular, o por lo menos se aproxima a ella»^[37].

Evidentemente contraponerse al sentido común historiográfico, es una tarea ardua y delicada, una vez que, tomando prestadas las palabras de José Ricardo Ramalho, «está en juego una contumaz disputa de interpretaciones, que se expresan tanto en la producción intelectual como en las reelaboraciones construidas por los propios actores implicados, en la expectativa, muchas veces, de confirmar versiones más coherentes sobre sus actuaciones»^[38]. Aun así, el desafío debe ser asumido por los historiadores comprometidos con los intereses populares para contribuir a la elaboración de una alternativa de emancipación social del pueblo. Al respecto, me gustaría citar algunos extractos de las tesis de Walter Benjamin, de su obra «Sobre el concepto de historia»:

35.- Sobre los presupuestos teóricos y metodológicos para una producción historiográfica basada en el materialismo histórico, ver Anita Leocadia Prestes, «Sobre os desafios de um historiador marxista frente à escrita da História» en Gracilda Alves e Raquel Hoffmann (org.) *Memória: questões historiográficas e metodológicas*, Rio de Janeiro, Autografia, 2019. El texto está disponible en: <https://www.ilcp.org.br/prestes/images/stories/desafios.pdf>.

36.- Carlos Rodrigues Brandão, «A educação popular e a educação de jovens e adultos: antes e agora», p.24.

37.- *Ibidem*, p. 25.

38.- José Ricardo Ramalho, «Prefacio» en Marco Aurélio Santana, *Homens partidos: Comunistas e sindicatos no Brasil*, p.11.

34.- Se trata de iniciativas del poder público entre los años 1947 y 1954, como la Campanha de Educação de Adolescentes e Adultos (CEAA) e a Campanha Nacional de Educação Rural (CNER).

«El don de atizar al pasado la centella de la esperanza pertenece solamente a aquel historiador que está atravesado por la convicción de que también los muertos no estarán seguros delante del enemigo si este sale victorioso. Y ese enemigo no ha cesado de vencer

[...] La tradición de los oprimidos nos enseña que el 'estado de excepción' en el que vivimos es la regla. Necesitamos llegar a un concepto de historia que dé cuenta de esto. Entonces surgirá delante de nosotros nuestra tarea, la de instaurar el real estado de excepción»^[39].

Delante del desafío de escribir la historia de aquellos que lucharon por la justicia social, pero no consiguieron alcanzar la victoria, en el caso tratado en este texto, los comunistas, una cuestión importante fue la sugerida por Vanilda Paiva, en el libro *Educación Popular y Educación de Adultos*, publicado, originalmente, en 1973, y que el autor de este tomó como punto de partida de su tesis de doctorado^[40], de que la actuación de los Comités Populares Democráticos es una anticipación de movimientos de cultura popular del inicio de los años 1960^[41].

Las organizaciones populares tuvieron un papel decisivo en la implantación de

las experiencias de la educación popular en los dos momentos históricos aquí tratados (1945-1947 y 1958-1964). Sin embargo, a ellas siempre se les reservó un papel coadyuvante, a veces silenciado o mismo ausente, en la historiografía de los Movimientos de Educación y Cultura Popular. Toda la historia de esos movimientos giró en torno a la actuación de sus principales dirigentes, especialmente de aquellos procedentes del llamado «grupo católico», en el que su principal figura fue Paulo Freire. Sobre eso, Vanilda Paiva observó que la pedagogía de Paulo Freire, en Brasil, pareció haber dominado la escena del periodo de nostalgia en relación al inicio de los años 1960, provocando hasta el olvido mismo de que ella fue apenas una de las pedagogías populares surgidas en el fertilísimo periodo que va desde 1958 a 1964^[42].

Se habló mucho de la ida al pueblo de los educadores e intelectuales, oyendo su palabra y aprendiendo con él (valorización del saber popular), se enunció la probabilidad de una pedagogía de participación popular, pero faltó —y falta— hacer una historia «desde de abajo» —en el sentido thompsonian y gramsciano—^[43] de los Movimientos y de Educación y Cultura Popular, poniendo a debate el «pueblo organizado» como sujeto de su propia historia, dentro de las condiciones materiales e históricas en que este se hace presente. De igual forma está mereciendo un tratamiento más singularizado, la participación de los comunistas en el MCP y en otras experiencias del mismo carácter. La razón para eso, según Clemente Rosas, en referencia al MCP consiste en lo siguiente:

39.- Michael Löwy, *Walter Benjamin: aviso de incendio -uma leitura das teses 'sobre o conceito de história'*, São Paulo, Boitempo, 2005, p. 65; p. 83.

40.- Marcos Cesar de Oliveira Pinheiro, «Dos Comitês Populares Democráticos (1945-1947) aos movimentos de Educação e Cultura Popular (1958-1964)». Trata de iluminar un objeto —Los Comités Populares Democráticos— a partir de otro más conocido —los Movimientos de Educación y Cultura Popular— dispuesto para realizar analogías, identificar semejanzas y diferencias entre dos realidades, para comprender las variaciones de un mismo modelo —la educación popular comprometida con los sectores populares—.

41.- Vanilda Paiva, *História da Educação Popular no Brasil: educação popular e educação de adultos*, 6ª ed., São Paulo, Loyola, 2003, p. 202.

42.- *Ibidem*, p. 20

43.- Es decir, de énfasis en la historia de las clases subalternas.

«Nadie se implicó más a fondo en el ideario y en las actuaciones del MCP que la juventud comunista de la época, tanto si hablamos de valores individuales como en el número de colaboradores. El gesto emblemático de ese compromiso como refiere el propio Germano, fue la puesta en escena del Auto de Navidad, en el que jóvenes comunistas daban vida a José y María.

En verdad, todo el grupo de teatro del MCP era del 'Partidón'. Y lo mismo también la mayor parte de los monitores de las escuelas radiofónicas y del grupo de alfabetización que se desplazó al interior del Estado»^[44].

En ese sentido, son interesantes las anotaciones hechas por Luiz Carlos Prestes durante la reunión del Comité Estatal del PCB de Pernambuco, en la que participó, el 24 de noviembre de 1962. Prestes anotó la siguiente intervención de Abelardo da Hora, dirigente comunista de ese comité, escultor y uno de los ideadores del MCP:

«Cultura popular — resultado de todo un trabajo realizado por los comunistas. En 1954, creamos una Casa de las Artes — co-

rales, exposiciones. Juntamos todo y creamos el movimiento de cultura popular»^[45].

En conversación con el autor de este trabajo, en 22/7/2010, Abelardo da Hora, en su famosa «casa-museo» en el barrio de Boa Vista, en Recife, hizo algunas afirmaciones referidas al MCP. Entre otras: su nombre fue una sugerencia del entonces alcalde Miguel Arraes, inspirado en la experiencia que Germano Coelho traía del movimiento francés «Peuple et Culture»; su sostén eran las Asociaciones de Barrio, que ya había inaugurado escuelas por iniciativa propia (como se puede constatar consultando la prensa popular de la época); su trabajo de base era, en su mayoría, realizado por los comunistas, que además ocupaban los principales puestos de los sectores culturales del MCP; la experiencia de las Asociaciones de Barrio arrancaba de una tradición asociativa en los barrios populares propiciada por los Comités Populares Democráticos; ya se estaba gestando un movimiento de cultura popular, enfatizando la experiencia del Atelié Coletivo como una iniciativa cultural enlazada y en estrecha relación con las organizaciones populares.

Observando el proceso organizativo de los segmentos populares, a lo largo de los años 1945 a 1964, se verifica una conexión histórica muy fuerte entre los dos momentos de la educación popular en Brasil, tratados aquí. Especialmente, en el caso de la región metropolitana de Recife, en Pernambuco, entre los Comités Populares Democráticos y el Movimiento de Cultura Popular (MCP).

44.- El texto de Clemente Rosas, «A saga do Movimento de Cultura Popular», es un comentario elogioso, pero con reservas, del libro *MCP: a história do Movimento de Cultura Popular*, lanzado en 2012 por Germano Coelho. En aquella época Rosas era militante comunista; como universitario integró el grupo de poetas conocido como «Geração 59», fue uno de los vice-presidentes de la alcaldía de Aldo Arantes (1961-1962), en la que fue lanzado el proyecto del CPC de la UNE, y después de formado trabajo directamente en la SUDENE (Superintendência do Desenvolvimento do Nordeste), siendo cesado, por razones políticas, como consecuencia del golpe de 1964. En su texto, Rosas afirma «Nunca estuve ligado al MCP, pero lo acompañe de cerca: esposa, hermano, cuñada, amigos, compañero de Partido estaban por allí [...], pero puedo dar testimonio de la profunda admiración que los estudiantes, de secundaria y universitarios, comunistas y cristianos, atraídos para el MCP, sentían por él (Germano) y por su extraordinario poder de liderazgo y movilización». Disponible en: <https://www.umacoisaoutra.com.br/cultura/MCP.HTM>,

45.- Esa nota está en el cuaderno nº 2, pp. 24-25, de los célebres Cuadernos confiscados en la residencia de Prestes en São Paulo, después del golpe del 1º de abril de 1964. Los cuadernos están digitalizados en 2 DVDs producidos por el Arquivo Público do Rio de Janeiro, (APERJ).



Acto del PCB durante una visita de Luiz Carlos Prestes a Pernambuco. Recife, julio de 1959
(Foto facilitada por el autor).

Consideraciones finales

Parafraseando a Marx, los movimientos populares hicieron su propia historia, pero no pudieron escoger bajo que circunstancias y si bajo aquellas con que se enfrentaron directamente, legadas y transmitidas por el pasado. En una lectura gramsciana podría decirse que actuaron tomando como base la «realidad efectiva», una relación de fuerzas en continuo movimiento y alteración de equilibrio^[46]. Moviéndose en la realidad efectiva de su tiempo, en el terreno de la lucha de clases, los movimientos de educación popular defendieron, dentro de los límites relativamente modestos, una propuesta de democracia de participación ampliada y su actuación fue en ese sentido:

organización y concienciación de los sectores populares. Por eso, despertaron la reacción «demofóbica» de las clases dominantes, temerosas ante cualquier posibilidad, hasta la más remota, de ampliación de las esferas públicas a las capas populares.

Como ya se dijo anteriormente, según Florestan Fernandes, entre 1945 y 1964, «casi se dio la aparición e implantación de una democracia de participación ampliada en el País». Sin embargo, «los llamados dueños del poder», minorías localizadas estratégicamente en las varias estructuras de la sociedad brasileña, impidieron la consolidación del Estado de derecho, haciendo surgir «el proceso contrarrevolucionario más violento de la historia [sic] de la República». En conclusión, que «de hecho, nunca hemos superado la fase de una democracia limitada»^[47].

46.- Antonio Gramsci, *Cadernos do cárcere*, v.3, 2ªed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002, p. 35.

47.- Florestan Fernandes, «Brasil: em compasso de espe-

Florestan llama también la atención para lo siguiente:

«Es indispensable considerar, no obstante, que 1964 no nace sólo del miedo a las masas. Nace, principalmente, de la necesidad de crear condiciones dentro del País para la transición al capitalismo monopolista y para un nuevo tipo de alianza con el imperialismo. Existía el miedo a la presión popular, pero también existía la necesidad de establecer un nuevo tipo de alianza con un aliado muy fuerte y peligroso. Era preciso crear un Estado capaz de concentrar el poder para disociar el desarrollo económico de la revolución nacional. Para acelerar el desarrollo económico e introducir, al mismo tiempo, una nueva tasa de explotación de la totalidad de la plusvalía relativa. Fue por eso que se hizo necesario llamar a la contrarrevolución, a la creación de un régimen dictatorial y, al tiempo, cambiar no sólo estructura sino también las funciones del Estado»^[48].

Si, por un lado, es correcto y necesario señalar el papel del reformismo como freno para la formación de un partido, efectivamente, revolucionario y como uno de los principales factores para explicar las derrotas sufridas por el PCB, como apunta, acertadamente, la historiadora Anita Prestes al estudiar la estrategia y los sucesivos virajes tácticos de los comunistas brasileños a lo largo del siglo XX^[49]. Son enseñanzas que abren posibilidades para pensar y construir un proceso transformador revolucionario, cuyo objetivo final no puede ser otro que el socialismo, por tanto, en palabras del revolucionario latino-americano José Carlos

Mariátegui, un socialismo que no sea «ni copia, ni calco, y sí una creación heroica» del pueblo^[50].

Por otro lado, es correcto y necesario, tener presente la historia de las experiencias de las luchas populares en Brasil. Convertir la Historia en un legado de luchas populares, destacando las experiencias de lucha, las vivencias de lucha, la continuidad de la lucha. El legado de los comunistas, con sus aciertos y errores, forma parte de la historia de las luchas del pueblo brasileño. En este sentido, aún son pertinentes y relevantes las palabras de orden de la revista italiana *L'Ordine Nuovo*, fundada por Antonio Gramsci y otros jóvenes intelectuales socialistas de Turín: «Instruiros, porque precisamos de vuestra inteligencia. Agitaros, porque necesitamos de vuestro entusiasmo. Organizaros, porque carecemos de toda vuestra fuerza». La emancipación económica, social y política de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos. Para que eso se haga posible, es necesario contribuir a la movilización, organización y concienciación de los diferentes sectores populares, así como para la aparición de nuevos liderazgos y nuevas organizaciones partidarias comprometidas efectivamente con la solución radical de los graves antagonismos estructurales de nuestra sociedad. Si no se avanza para superar el capitalismo, se llega a la barbarie, algo que ya estamos viviendo actualmente, intensificado con la pandemia y el recrudescimiento desmedido de las contradicciones, de la actual fase de desenvolvimiento del capitalismo, y que es urgente revertir a través del único camino viable —la organización popular—.

ra», p. 327.

48.– *Ibidem*, p. 341.

49.– Anita Leocadia Prestes, «A que herança devem os comunistas renunciar?», *Oitenta*, 4, Porto Alegre, LP&M, 1980.

50.– Anita Leocadia Prestes, «O historiador perante a história oficial», p. 95.

La cara oculta de la filantropía: los legados benéficos de Joaquín Gómez Hano de la Vega en Cantabria*

The hidden face of philanthropy: Joaquín Gómez Hano's bequests to charities in Cantabria

Martín Rodrigo y Alharilla
Universitat Pompeu Fabra

Resumen

A partir de un detallado estudio de caso en torno al comerciante negrero y filántropo Joaquín Gómez Hano, el autor vincula las obras benéficas desarrolladas en Cantabria, gracias a los cuantiosos legados testamentarios establecidos por dicho hombre de negocios, con el origen de su fortuna, una fortuna plenamente vinculada al tráfico transatlántico de africanos esclavizados así como al mundo de la esclavitud colonial, en Cuba. Apunta también otros ejemplos similares de empresarios filántropos, cántabros en este caso, quienes acumularon su fortuna en la trata negrera. Y plantea al final, en línea con los acuerdos y llamamientos de la UNESCO y de la ONU, la necesidad de abordar en España políticas públicas de memoria sobre la implicación española en el tráfico de esclavos y la esclavitud.

Memoria, esclavitud, comercio de esclavos, filantropía, España, Cuba.

Abstract

On the basis of a detailed case study of the slave trader and philanthropist Joaquín Gómez Hano, the author associates this businessman's substantial testamentary bequests to charities in Cantabria to the origin of his fortune, which was fully linked both to the transatlantic traffic of enslaved Africans and to the world of colonial slavery in Cuba. He also points out further similar examples of philanthropist Cantabrian businessmen who made their large fortunes in the Atlantic slave trade. Finally, in line with the agreements and appeals of UNESCO and the UN, he raises the need for Spain to tackle public memory policies about the Spanish involvement in the slave trade and slavery.

Keywords: Memory, slavery, slave trade, philanthropy, Spain, Cuba.

*Este artículo forma parte del proyecto de investigación PID2019-105204GB-I00, financiado por el MICINN. Quiero agradecer la ayuda prestada, en Cantabria, por Miguel Ángel Aramburu-Zabala Higuera y por Íñigo Aguilar Sánchez.

Dice un refrán castellano: «Es de bien nacidos ser agradecidos». Para quienes no conozcan su sentido, el Centro Virtual Cervantes (dependiente del Instituto Cervantes) define así su significado: «Las personas que se han criado en una buena familia saben reconocer y agradecer a quienes les prestaron ayuda». Dejando aparte qué entiende el Instituto Cervantes por criarse «en una buena familia» (se supone que debe ser lo contrario a criarse «en una mala familia»), está claro que la sabiduría popular, transmitida de forma oral mediante el refranero, considera un rasgo positivo expresar agradecimiento a quienes nos han prestado ayuda. Por esa razón, los agradecidos feligreses de la parroquia católica de Santa María, en el pueblo cántabro de Hazas de Cesto colocaron, probablemente en 1880, una placa en la torre del templo parroquial, con la siguiente inscripción:

«El Excmo. Sr. Dn. Joaquín Gómez Hano
nació en este pueblo el 20 de septiembre
de 1776

murió en La Habana el 2 de febrero de
1860.

Su piadosa generosidad elevó esta torre
y sufragó los gastos de reparación de la
Yglesia.

Bendigamos su memoria.
Hazas 1880».

Tal como recogió la prensa española cuatro meses después de su muerte, aquel empresario cántabro llamado Joaquín Gómez había legado una buena cantidad de dinero para llevar adelante diferentes obras benéficas. Sus caritativos legados sumaron un total de 303.000 pesos fuertes (o duros), es decir, más de un millón y medio de pesetas del momento. Es cierto que casi la mitad de aquella cifra se dedicó a obras benéficas y asistenciales en La Habana, la ciudad donde Gómez había residido la mayor parte

de su vida, pero no es menos cierto que su localidad y su provincia natales, Hazas de Cesto y Santander, recibieron legados por un valor nada despreciable: Sumaron un total de 155.300 duros. Así, según dejó ordenado a sus fideicomisarios, Gómez quiso donar graciosamente a sus paisanos:

«Para reparar, adornar y si necesario fuese aumentar la iglesia del pueblo de Hazas, provincia de Santander, donde nació el difunto, y para proveerla de los vasos sagrados y ornamentos que necesite, 15.000 pesos.

A la junta provincial de Caridad de Santander, para que los distribuya entre los establecimientos de misericordia que crea más necesitados de aquella provincia, 7.000 pesos.

Para construir en el pueblo de Hazas, de la misma provincia, un edificio holgado y decente donde puedan establecerse con separación completa dos escuelas para enseñar gratuitamente a cuantos niños y niñas se presenten en ella con el fin de aprender, 10.000 pesos.

Para dotar al maestro y a las maestras de las mismas escuelas; para atender a las reparaciones que vaya necesitando el edificio, y para comprar libros, tinteros, papel y otros utensilios que necesitan en las mismas se impondrán, 20.000 pesos.

Para sufragar los gastos que irán ocasionando en lo sucesivo en Santander o Bilbao tres jóvenes pobres del pueblo de Hazas, o de cualquiera otra parroquia del obispado de Santander, si no hubiese en Hazas quien quisiera dedicarse al estudio de la náutica y ramos anexos, que necesita un buen piloto, se impondrán, 12.000 pesos.

Para construir dos fuentes donde se surtan de agua los vecinos del mismo pueblo y demás que la necesiten, 1.000 pesos.



Placa inserta en la torre de la iglesia parroquial de Hazas de Cesto (Cantabria), colocada en 1880 (Fotografía de María Santos de la Bodega).

Para reparar los dos puentes y componer el camino o caminos vecinales que sean más ventajosos a la citada población, 5.000 pesos.

Para dotar un médico, que tanto se necesita en aquellas aldeas, que residirá precisamente en el referido pueblo, que asistirá gratuitamente a los enfermos vecinos de aquella parroquia, y que será doctor o licenciado cuando menos en medicina y cirugía, se impondrán 18.000 pesos.

A cuatro primos en segundo grado residentes en aquellos lugares, y que están escasos de bienes de fortuna, 10.600 pesos.

Para repartir entre los otros parientes necesitados que no pasen de cuarto grado y demás gente pobre del expresado pueblo de Hazas, 6.000 pesos.

A varias otras personas muy escasas de recursos residentes en otros pueblos de la costa de Cantabria, 10.700 pesos.

Para dotar una cátedra de gramática latina, otra de filosofía y otra de estudios sagrados en el Seminario conciliar de Santander, con la obligación, por parte del mismo, de dar habitación, de mantener y de enseñar gratuita y perpetuamente todas las enseñanzas que en él se cursen, a tres jóvenes pobres de buenas costumbres del referido pueblo de Hazas, y si en él no los hubiese, de cualquiera otra parroquia del Obispado, se impondrán 30.000 pesos»^[1].

La torre de la iglesia de Hazas de Cesto

Uno de aquellos legados (por un valor inicial de 15.000 pesos fuertes o duros) tuvo por objeto la iglesia de Hazas de Cesto, pueblo natal de Joaquín Gómez. Vale la pena señalar que López falleció, en La Habana, sin haber otorgado testamento válido ante notario alguno^[2]. Un mes antes de mo-

1.- *El Pensamiento Español*, 5 de julio de 1860, p. 3.

2.- Un documentado y sintético repaso a la trayectoria

rir hubo otorgado, eso sí, ante un escribano de la capital cubana un poder para testar, y allí hizo declaración de sus tres «herederos de confianza» o fideicomisarios, quienes fueron: Manuel Gómez Marañón, José Brusón y su sobrino Rafael de Toca y Gómez. El primero ejercía como deán de la Catedral de La Habana, el segundo como magistrado en la propia capital cubana y el tercero como Regidor de su Ayuntamiento. Fue a aquellos tres individuos a los que correspondió distribuir «la herencia en la forma que les comunicara o con arreglo a sus conciencias y conocimiento de la voluntad del Excmo. Sr. poderdante, nombrándolos asimismo cumplidores de su referida voluntad»^[3]. Fueron, por lo tanto, Gómez Marañón, Brusón y Toca quienes se encargaron de materializar los legados filantrópicos establecidos por el difunto. Sabemos que obraron con cierta celeridad. La propia administración de justicia pronto se encargó de buscar, en Santander, a los familiares del difunto empresario para repartir sus legados, apenas nueve meses después de su fallecimiento^[4].

Los tres fideicomisarios de Joaquín Gómez actuaron también con rapidez en lo que respecta a las obras de mejora de la Iglesia de Hazas de Cesto. La *Memoria descriptiva y pliegos de presupuestos y condiciones facultativas y económicas para la construcción de la Torre y paso del Oeste de la iglesia parroquial del pueblo de Hazas*, firmada por el arquitecto Manuel Gutiérrez, está fechada el 9 de diciembre de 1862. Allí se describen

las obras de la citada torre, unas obras que fueron finalmente dirigidas por el maestro de obras Lino de Ajo Sierra y que se terminaron en 1880. Se trató, como bien señalan Miguel Ángel Aramburu-Zabala y Consuelo Soldevilla, de un proyecto tan singular como clásico y monumental, el cual mantenía una cierta continuidad estilística con el palacete que Gómez había mandado construir en La Habana. Según ambos autores: «La torre de la iglesia es prácticamente un monumento conmemorativo dedicado a Joaquín Gómez Hano, señalándose de modelo llamativo la inscripción en su memoria. La gran arquitectura en piedra, en grandes sillares bien escuadrados, asociada al clasicismo romano, ya se había manifestado en el palacio de Gómez Hano en La Habana, y es algo que se continúa en las obras que promovió en Cantabria. La forma de la torre es muy singular, sin precedentes ni ecos en la arquitectura de Cantabria. Su composición depende directamente de monumentos conmemorativos», entre los que señalan la columna de Trajano, en Roma, así como las columnas conmemorativas recién levantadas en Madrid en honor del ejército español que había triunfado recientemente, en 1860, en la llamada Guerra de África. Y continúan: «Al aplicar esta forma de fuste poligonal, no circular, se aludía también a la única forma de torre manifestada en el tratado de Vitruvio, la Torre de los Vientos de Atenas, de planta octogonal, de forma que introducía un mayor purismo clásico que en las comunes torres de planta cuadrada, aunque en esta torre los lados no sean iguales. El carácter clásico estaba manifiesto en el proyecto también por la presencia de acróteras de tipo griego, pero también se incluyeron óculos de tipo neorrománico y el conjunto fue rematado como si fuera un templete, con cúpula gallona-

vital de Joaquín Gómez Hano de la Vega y de sus descendientes, los Cagigal, en: Consuelo Soldevilla: «Los Cagigal y su vinculación con Cuba» en el «Estudio preliminar» de Miguel Ángel Aramburu-Zabala, Consuelo Soldevilla e Isabel Ordieres Díez a la monografía de Joaquín F. Quintanilla, *La saga de los Quintanilla*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2007, pp. 30-36.

3.- Archivo Nacional de Cuba, fondo Escribanías, Varios, legajo 652, número 10532.

4.- *Boletín Oficial de la Provincia de Santander*, 4 de noviembre de 1860, p. 4.



Iglesia católica parroquial de Santa María, en Hazas de Cesto, Cantabria (Fotografía del autor).

da^[5]. Al acabar aquella monumental torre se colocó una placa en una pared exterior del mismo templo parroquial. Una placa que se mantiene hoy día, más de 160 años después de la muerte de Joaquín Gómez, y que concluye con la imperativa frase: «Bendigamos su memoria»^[6].

En los años inmediatamente posteriores a su fallecimiento, la dimensión caritativa de Joaquín Gómez fue publicitada por diferentes medios escritos, también en España. Medios escritos de diferente orientación ideológica. Dos ejemplos diferentes los tenemos en el diario *La Corona* (que se auto-definía como *periódico liberal* y se hallaba ideológicamente cerca del líder progresista Víctor Balaguer) y con la barcelonesa *Revista Católica*, cuyo subtítulo era «Histo-

ria contemporánea de los padecimientos y triunfos de la Iglesia de Jesucristo»^[7]. Al hacerlo, dichos medios contribuían no sólo a la difusión de la labor filantrópica de Gómez sino a seguir bendiciendo, además, su memoria, por utilizar los mismos términos que usaron sus paisanos. Con otros dos de sus legados testamentarios, por ejemplo, aquel empresario enriquecido en la gran Antilla

7.- *La Corona*, 9 de julio de 1860, p. 3: «El doctor D. Manuel Gómez Marañón, deán de esta santa iglesia catedral [de La Habana], D. José Bruzon y D. Rafael de Toca, fideicomisarios del escellentísimo señor D. Joaquín Gómez han terminado estos días la delicada obra que les fue encomendada en enero último, y con la cual se comprenden importantes legados para objetos piadosos de beneficencia o instrucción pública [sic]»; *La Corona*, 13 de julio de 1860, p. 1: «Ya dijimos que el Sr. D. Joaquín Gómez, muerto en La Habana hace algunos meses, había dejado más de trescientos mil duros para objetos piadosos. Muchas de las mandas corresponden a corporaciones o sujetos existentes en la península», y a continuación relacionaba uno a uno cada legado destinado a la España peninsular (aunque no los destinados a Cuba) con su importe correspondiente. Esa última nota apareció también publicada en *El Correo de Mallorca*, 13 de julio de 1860, p. 2; y *El Diario de Menorca*, 19 de julio de 1860, p. 1;

5.- Miguel Ángel Aramburu-Zabala Higuera y Consuelo Soldevilla Oria, *Arquitectura de los indios en Cantabria (siglos XVI-XX)*, Santander, Gobierno de Cantabria, 2007, tomo I, p. 338.

6.- Véase también: *Boletín Oficial de la Provincia de Santander*, 21 de noviembre de 1862, p. 560.

quiso donar 30.000 pesos para la construcción de un nuevo hospital de beneficencia en la capital cubana así como 20.000 pesos «para construir en esta catedral [de La Habana] un órgano de la primera iglesia de la diócesi, y que pueda contribuir a dar mayor esplendor al decoro y magestad del culto que se tributa a Dios Nuestro Señor en la misma [sic]». El corresponsal habanero de la *Revista Católica* destacó cómo la generosidad y «liberalidad» del empresario cántabro, así como la de «la opulenta Sra. D^a Josefa Santa Cruz de Oviedo (q.e.p.d.)», permitieron construir, en efecto, un nuevo y «magnífico hospital civil [en La Habana] que se titulará de Santa Isabel», en honor a la reina Isabel II. Reclamaba igualmente la bendición de ambos caritativos difuntos: «Gracias mil sean dadas, y el Dios de las misericordias otorgue la eterna bienaventuranza a las piadosas y caritativas personas que, con sus donativos, permiten llevar a cabo una obra que tantos beneficios ha de reportar a la clase más necesitada de esta capital». En la misma crónica, aquel colaborador de la citada revista editada en Barcelona quiso destacar cómo el generoso donativo de Gómez había permitido llevar desde Francia hasta Cuba un órgano que «ha llamado en Europa [decía] la atención de las personas más competentes». Y para certificarlo transcribía una nota publicada por *La Gazette de Bruxelles*, elogiando las virtudes de un instrumento que tardó tres meses en montarse, en el interior de la iglesia catedral de La Habana, a caballo de los años 1862 y 1863^[8].

Cabe señalar que en Hazas de Cesto no sólo recuerdan a Joaquín Gómez por su espléndido donativo al templo parroquial de Santa María sino que también lo recuerdan por sus dos legados (por un importe total de

ciento cincuenta mil pesetas) que permitieron construir y mantener una escuela de primeras letras dirigida a los niños y niñas del municipio. Cuatro años después de la muerte de aquel empresario filántropo, en septiembre de 1864, nuevamente la prensa española daba cuenta de su generosidad: «Se ha autorizado a D. Genaro Cagigal [publicaba el diario progresista madrileño *La Nación*] para establecer una escuela de niños y otra de niñas en el pueblo de Hazas, provincia de Santander, dotándolas a sus expensas con el capital de 650.000 rs. nominales en títulos de la Deuda del 3 por ciento consolidado español, que se convertirá en una inscripción intransferible a favor de la fundación»^[9]. Tomaba entonces cuerpo material «la Fundación ‘Escuela de primeras letras de niños y niñas’, instituida en Hazas de Cesto por el excelentísimo señor don Joaquín Gómez», una fundación que fue clasificada y reconocida como benéfico-docente en octubre de 1926^[10]. Aquella institución creada con una porción de la fortuna acumulada por el difunto benefactor local tuvo una larga vida (con momentos turbulentos en la primera década del siglo XX) y supo resistir los intentos, llevados a cabo en 1957 por la Junta Provincial de Beneficencia de Santander por absorberla y hacerla desaparecer^[11].

Los otros legados establecidos por Joaquín Gómez en su testamento, en favor de sus paisanos, tuvieron asimismo larga vida: más de ochenta años después de su fallecimiento, la Junta Provincial de Bene-

8.– *Revista Católica*, octubre de 1862, núm. 16, p. 458 y pp. 512-513.

9.– *La Nación*, 1 de septiembre de 1864, p. 3. Exactamente la misma nota se publicó en *La Correspondencia de España*, 1 de septiembre de 1864, p. 1; y en el órgano del partido moderado *La Libertad*, 1 de septiembre de 1864, p. 3, ambos de Madrid. También se reprodujo en el periódico de Santander *La Abeja Montañesa*, 2 de septiembre de 1864, p. 3.

10.– Suplemento a *La Escuela Moderna*, 17 de noviembre de 1926, núm. 3116, p. 96.

11.– *Gaceta de Madrid*, 2 de octubre de 1957, pp. 5415-5419.



Escuela de Hazas de Cesto (Cantabria), construida con el legado instituido en La Habana por Joaquín Gómez Hano (1860) (Fotografía del autor).

ficencia de Santander seguía adjudicando pensiones de la llamada «Fundación para estudios de Náutica, instituida por Joaquín Gómez Hano en el pueblo de Hazas en Cesto [sic]»^[12]. Lo mismo podemos decir con la plaza de médico local, cuyo sueldo siguió financiando la Obra Pía fundada por Gómez hasta bien entrado el siglo XX^[13]. Tal longevidad significa que ambos legados fueron lo suficientemente cuantiosos como para que los efectos de su obra benéfica alcanzasen a varias generaciones de cántabros, superando en algún caso los ochenta años de vigencia, tal vez incluso más. Todas y cada una de las veces que los boletines oficiales o la prensa periódica publicaban alguna nota relativa a alguna de las fundaciones u obras

pías creadas a partir de sus legados testamentarios, su nombre aparecía citado una y otra vez, conservándose así un recuerdo positivo de su figura. Una memoria en positivo que se ha seguido repitiendo y reproduciendo muchos años después de su defunción, y que ha llegado hasta el presente por diferentes vías, como muestra la placa fijada en la iglesia.

Llegados a este punto tiene sentido preguntarse: ¿Quién fue aquel benefactor llamado Joaquín Gómez Hano de la Vega que tanto dinero dio, a su muerte, en obras piadosas, benéficas y educativas a favor de sus paisanos cántabros? Y, sobre todo, ¿cómo acumuló su fortuna, una parte de la cual quiso dedicar a financiar unas obras filantrópicas que han perpetuado su nombre y su recuerdo generación tras generación entre sus paisanos y hasta hoy día?

12.- *La Atalaya*, 17 de diciembre de 1911, p. 2; *El Cantábrico*, 28 de febrero de 1912, p. 1; Boletín Oficial de la Provincia de Santander, 15 de septiembre de 1926, p. 4, y 18 de junio de 1948, p. 2.

13.- *El Cantábrico*, 8 de octubre de 1918, p. 2.

Apuntes sobre la trayectoria empresarial de Joaquín Gómez

De entrada y prescindiendo de otro tipo de consideraciones metalingüísticas, no cabe duda de que a Joaquín Gómez lo podemos calificar como *negrero*. Tal y como veremos a continuación, le encajan, de hecho, las dos acepciones recogidas por el Diccionario de la Real Academia Española para dicha palabra: Gómez fue una persona «que se dedicaba al comercio ilegal de esclavos negros» y que, además, «explota[ba] a sus subordinados o los trata[ba] de forma cruel e inhumana». Sabemos que en su condición de hombre de negocios, Joaquín Gómez se dedicó a diferentes actividades pero sabemos también que la trata y la explotación de mano de obra esclavizada fueron, sin duda, las dos más relevantes. Más aún, el trasmerano fue con toda probabilidad el armador de expediciones a la costa de África que se dedicó durante más años a tal actividad, en Cuba. Hay que añadir, por otro lado, que Gómez participó también en el oscuro negocio de los emancipados, una actividad que le proporcionó asimismo destacadas ganancias y sobre todo mucho poder. Y también hay que agregar, por último, que fue un hombre rico, muy rico. En tanto que empresario radicado en La Habana, el trasmerano fue capaz de ir acumulando en vida una gran fortuna, convirtiéndose en uno de los hombres más ricos de Cuba en su generación. Un verdadero hombre-hecho-a-sí-mismo que consiguió hacer las Américas. La mayor de las Antillas fue el lugar donde superó su pobreza natal para enriquecerse.

Joaquín Gómez empezó a dedicarse a la trata africana en el lustro de 1815-1820. La explícita condena del tráfico de esclavos por el Congreso de Viena, primero, y la noticia de que España estaba negociando con Gran Bretaña la próxima ilegalización del comercio transatlántico de esclavos, des-

pués, provocaron un notable incremento en el número de expediciones organizadas en La Habana y despachadas desde allí a las costas de África. Sirva, a modo de muestra, un dato: Si en los seis años comprendidos entre 1809 y 1814 llegaron a Cuba un total de 32.288 cautivos, directamente desde el continente africano, entre 1815 y 1820 dicha cifra ascendió hasta 148.787 individuos^[14]. Un espectacular incremento que superó ampliamente el 400 por 100. Uno de los muchos partícipes de aquel singular proceso fue precisamente Joaquín Gómez, quien entró en el negocio de la trata de la mano del vasco Francisco de Layseca. Instalado también en La Habana, Layseca había nacido en el pueblo alavés de Llanteno y era yerno, para más señas, del también vasco Sebastián de Lasa. Es decir, yerno del armador de la primera expedición directa registrada entre Cuba y África, despachada en La Habana en 1792.

Consta que Joaquín Gómez participó como socio capitalista financiando las expediciones del bergantín *Gran Turco*, en su primer viaje a África, y de la fragata *María*. Ambos buques zarparon de La Habana el 29 de abril de 1816 y regresaron al mismo puerto, aunque por separado: el *Gran Turco*, su capitán Antonio Echevarría, arribó el 28 de noviembre de 1816 con 351 cautivos vivos a bordo mientras que la fragata *María*, su capitán Julián Canela, llegó el 1 de febrero de 1817 con 347 cautivos^[15]. En octubre de 1817 el armador principal de aquellas dos expediciones, Francisco de Layseca, le envió una nota a Gómez, donde le decía:

14.- Jorge Felipe-González, «Reassessing the Slave Trade to Cuba, 1790-1820», en Alex Borucki, David Eltis y David Wheat, *From the Galleons to the Highlands. Slave Trade routes in the Spanish Americas*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2020 pp. 223-248.

15.- Archivo General de Indias, Santo Domingo, legajo 2207: «Audiencia de Sto. Domingo. Cuba. Extractos de los negros introducidos en la Habana. Años 1789 a 1820». Véase también slavevoyages.org núm. 14714 y 14739.

«Quedan pendientes por cobrar, de la fragata *María* 53.210 pesos. De lo cobrado, corresponden a vd. 12.981 ps y de lo percibido en el [*Gran*] *Turco* en su primer viaje 8.140 ps, quedan pendientes 6.670 ps. »^[16].

Disponemos de algunos datos, lamentablemente pocos y fragmentarios, que dan cuenta de los beneficios que Gómez obtuvo al participar en aquel peculiar negocio. La primera referencia que he encontrado está fechada el 17 de octubre de 1817: aquel día Francisco de Layseca presentó la liquidación de la segunda expedición del bergantín *Gran Turco*, buque que unas semanas atrás había desembarcado en la capital cubana 428 cautivos africanos vivos. Gómez había contribuido a financiar aquella expedición invirtiendo 5.000 pesos fuertes y cuando ésta culminó no sólo recuperó su aportación inicial sino, además, otros 3.793 pesos como ganancias netas (un 75'9 por ciento sobre su inversión). Gómez también invirtió otros 4.500 pesos fuertes en la expedición del bergantín *Saranac*, buque que desembarcó su humana mercancía en Matanzas. Al liquidar las cuentas de aquella expedición el empresario cántabro no sólo recuperó su inversión inicial sino que obtuvo, además, unos beneficios netos de 7.342 pesos, lo que significa una tasa de ganancia del 163 por ciento. Gómez invirtió, por otro lado, 5.000 pesos en el fondo de expedición del bergantín *Buena Fortuna*, un buque que arribó a La Habana en noviembre de 1819 con 312 cautivos africanos a bordo. La rentabilidad para Gómez en aquella otra expedición fue del 81,36 por 100, y sus ganancias líquidas de 4.068 pesos. Sabemos también que Gómez aportó 10.000 pesos fuertes en el fondo de expedición de la fragata *Atalanta*, un buque que en marzo de 1820 desembarcó 613 cautivos africanos

en La Habana. Los beneficios líquidos que obtuvo en este caso el empresario cántabro fueron, de 11.329 pesos, es decir, una rentabilidad del 112,4 por ciento sobre su inversión inicial^[17].

José Antonio Piqueras recoge la participación de Gómez en otras cuatro expediciones, también en aquellos años: en su bergantín *Nuevo Pájaro* (en 1818), en las fragatas *Cantabria* (en 1819) y *Piedad* (en 1820) y en la goleta *Pájaro* (también en 1820). Aquellos cuatro buques desembarcaron un total de 1.494 cautivos africanos vivos en las Antillas españolas^[18]. Sabemos, en definitiva, que en aquellos años, entre 1816 y 1820, Joaquín Gómez tuvo una destacada participación en la trata esclavista y que dicha implicación le dio pingües beneficios, con altísimas tasas de ganancia (del 75,9, del 81,3, del 112,4 e incluso del 163,1 por ciento). Aun así, en la búsqueda de aumentar todavía más sus notables ganancias, Gómez fue uno de los quince firmantes de una petición elevada a la Hacienda cubana en junio de 1819 solicitando que se diera en la Isla el mismo trato fiscal que disfrutaban la expediciones de buques esclavistas despachadas desde la España peninsular. Los doce individuos y las tres casas de comercio que firmaron aquella petición lo hicieron en su calidad de «comerciantes de esta plaza [La Habana] que hacen expediciones a las costas de África»^[19].

La ilegalización de dicha actividad, a partir de 1821, no implicó el abandono de

17.- Ibidem.

18.- José Antonio Piqueras, *Negreros. Españoles en el tráfico y en los capitales esclavistas*, Madrid, Catarata, 2021, p. 207.

19.- Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Archivo Histórico, legajo 642 (1819). Los otros firmantes fueron los catalanes Isidro Inglada y Jaime Vilardebó Ferrer así como la firma Miró Pié y Cía; también Gabriel Lombillo, Francisco de Bengoechea, Martín de Zavala, Manuel Entralgo, Victorino Sandoval, José Fernández, Nicolás de Frías, Miguel Bonilla y Juan Madraz además de las firmas Zangroniz Hermano y Cía., y Cuesta Manzanal y Toro.

16.- Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Archivo Histórico, L 508, E 18: «Expediciones desde La Habana a las costas de África».

aquel rentable negocio por parte de Joaquín Gómez. Más bien al contrario. Según Manuel Moreno Fragonals, los comerciantes Gabriel Lombillo, José Suárez Argudín y Joaquín Gómez conformaban «el más importante triunvirato del contrabando de negros en [la isla de Cuba durante] la década de 1820»^[20]. El historiador cubano Enrique Sosa escribió, por su parte, un librito titulado *Negreros catalanes y gaditanos en la trata cubana*. Dibujó en dicha monografía un triángulo con tres vértices, situado uno en Cuba (en La Habana) y los otros dos en la Península (en Barcelona y en Cádiz). Y en cada una de esas tres ciudades portuarias Sosa señala y estudia la actividad de varios comerciantes asociados en el despacho de buques de esclavos, destacando las figuras de Joaquín Gómez Hano de la Vega (en la capital cubana), de su primo Joaquín Hano Sierra (en Cádiz) y de Jaime Tintó Miralles (en Barcelona). Sosa basó en buena medida su libro en la consulta de más de ochenta cartas cruzadas entre Barcelona y La Habana entre octubre de 1827 y el mismo mes de 1836. Gracias a la información contenida en dichas cartas, Sosa afirma que aquella sociedad entre Joaquín Gómez, su primo Joaquín Hano y el catalán Jaime Tintó dispuso de «un total de quince barcos navegando, sobre todo, entre 1829 y 1831, algunos de ellos vinculados, al menos, con dos viajes a África» y recoge sus nombres: la fragata *Veloz Pasajera*, los bergantines *Reina Amalia*, *Nueva Amalia*, *Águila* y *Reemplazo*, los bergantines-goleta *Catalana* y *Manzanarres*, la goleta *Ninfa* y los laúdes *Fortuna* y *Fernando VII*, además de los también veleros *Semiramis*, *Dichosa*, *San Fernando* y *Moctezuma* y del buque *Andaluz*, propiedad del gaditano Francisco Antonio de la Con-

cha^[21]. Dicho autor ha podido reconstruir, al menos, dieciocho expediciones armadas por el clan Gómez-Tintó en apenas seis años: una primera en 1827 (*Dichosa*), seis en 1828 (¿*Nueva*? *Amalia*, *San Fernando*, *Veloz Pasajera*, *Fernando VII* y *Dichosa*), otras cuatro en 1829 (*Nueva Amalia*, *Catalana*, *Semiramis* y *Ninfa*), cinco más en 1830 (*Veloz Pasajera*, *Manzanarres*, *Fortuna*, *Nueva Amalia* y *Águila*), dos más en 1831 (*Reina Amalia* y *Águila*) y una última expedición en 1833 (*Reemplazo*)^[22]. A pesar de la persecución en alta mar ejercida por la armada británica (y, en menor medida, por la española), la mayor parte de aquellos buques pudieron desembarcar en Cuba su humana mercancía sin demasiados problemas. Así, el socio catalán de Joaquín Gómez, Jaime Tintó, se jactaba en octubre de 1832 de haber despachado trece buques a las costas de África y de que ninguno de ellos había sido capturado por los cruceros británicos^[23].

Más allá de su alianza con su primo Joaquín Hano Sierra y con su socio Jaime Tintó, Gómez siguió despachando buques después de 1834. Aquel año, el militar ayacucho Miguel Tacón asumió la Capitanía General de Cuba, en la cual se mantuvo durante cuatro años, hasta 1838. Tacón y Gómez trabaron, entonces, una profunda amistad y el cántabro se convirtió en uno de los miembros más destacados de la célebre Camarilla de Tacón. Fue precisamente en aquellos años cuando el nombre de Joaquín Gómez empezó a aparecer en la correspondencia cruzada entre los funcionarios británicos instalados en la capital cubana para perseguir el ilegal tráfico de esclavos. Gómez

20.- Manuel Moreno Fragonals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, vol. 1, pp. 267-268.

21.- Enrique Sosa Rodríguez, *Catalanes y gaditanos en la trata negrera cubana, 1827-1833*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1998, p. 2 y 43.

22.- *Ibidem*, pp. 43-44.

23.- Martín Rodrigo y Alharilla, «Comerciendo con esclavos africanos desde Barcelona. Jaime Tintó Miralles, 1776-1839», *Hispania*, vol. 81, núm. 267, 2021, pp. 73-100.

fue identificado, por ejemplo, como uno de los armadores del *Volador*, un bergantín español capturado el 29 de junio de 1835 por un crucero británico con 487 africanos esclavizados a bordo, cargados todos en Río Bonny^[24]. Y dos años después, en junio de 1837, en una nota enviada al Foreign Office, el cónsul británico en La Habana R. R. Madden se refería expresamente a Gómez como un individuo «conocido desde hace tiempo como un notorio traficante de esclavos, que ha amasado una considerable riqueza en estas abominables especulaciones»^[25].

A aquellas alturas de su vida Joaquín Gómez no sólo era conocido por su dedicación al tráfico de africanos esclavizados sino también por su considerable riqueza. Así, en palabras de Manuel Moreno Friginals, «Al finalizar el período legal de la trata [en 1821, Gómez] es el octavo negrero de Cuba. En 1836 es la sexta fortuna»^[26]. Más allá de aquella fecha, el empresario cántabro siguió dedicándose a la trata ilegal. Un repaso, de hecho, a los Parliamentary Papers (es decir, a la documentación recibida por el Parlamento Británico en relación a la represión de la trata africana) permite conocer algunos datos más de su dedicación al comercio ilegal de africanos esclavizados. En un informe fechado el 17 de julio de 1838, el Juez Británico del Tribunal mixto establecido en

La Habana para la represión y condena de los traficantes de esclavos citaba a Joaquín Gómez como uno de los responsables del reciente incremento de la actividad negrera registrada en la capital cubana. Afirmaba que había sido el responsable del desembarco de 1.300 africanos en la zona de Matanzas, en su mayor parte niños, niñas y jóvenes menores de 20 años. Al hacerlo, aquel juez llamaba la atención de que Gómez hubiera recibido poco antes la Gran Cruz de Carlos III, lo que obligaba a tratarle como *Su Excelencia*. Y cuatro meses antes, el 12 de marzo de 1838, los Comisionados Británicos en La Habana habían denunciado ante el Capitán General el desembarco, en el mismo puerto de La Habana, de 150 africanos transportados en el bergantín *Tres Febreiro* y también consignados a Joaquín Gómez^[27].

Unos meses después empezó a circular en la Isla un anónimo folleto (fechado el 1 de julio de 1838 en la capital cubana aunque publicado, al parecer, en Marsella) titulado *Bosquejo de la conducta del Teniente General D. Miguel Tacón en la isla de Cuba*. Su informado redactor ofrecía una visión muy crítica respecto al mando de Tacón como Gobernador General de la gran Antilla. Señalaba, por ejemplo, su enriquecimiento gracias a los sobornos recibidos gracias a su permisividad con el ilegal tráfico de esclavos: «El caballero Tacón vendió su connivencia en diez duros por cada negro de introducción clandestina. Recibíalos una persona de toda su confianza que le acompañó desde España, y le ha seguido a Burdeos [...] Esta gabela ganada sin más trabajo que cerrar sus ojos sobre su deber,

24.- House of Commons Parliamentary Papers, Slave Trade, Class A, *Correspondence with the British Commissioners at Sierra Leone, the Havana, Rio de Janeiro and Surinam relating to the Slave Trade*, London, 1836: «Her Majesty's Commissioners to Viscount Palmerston, Sierra Leone, 31st August 1835».

25.- Palabras de Edward W. H. Schenley y R. R. Madden como post-scriptum de una nota enviada al Foreign Office desde La Habana el 2 de junio de 1837; cfr. House of Commons Parliamentary Papers, Slave Trade, Class A, *Correspondence with the British Commissioners at Sierra Leone, the Havana, Rio de Janeiro and Surinam relating to the Slave Trade*, London, 1837.

26.- Manuel Moreno Friginals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, vol. 1, p. 267.

27.- House of Commons Parliamentary Papers, Slave Trade, Class A, *Correspondence with the British Commissioners at Sierra Leone, the Havana, Rio de Janeiro and Surinam relating to the Slave Trade, from May 1st 1838, to February 2nd, 1839, inclusive*, London, 1839: «Her Majesty's Commissioners to the Captain General, Havana, 12th March 1838» y «Her Majesty's Judge to Viscount Palmerston, Havana, 17th July 1838».

la divulgaban los comerciantes para cargar a los compradores, sobre el valor intrínseco de los negros, la propina de hacer la vista gorda la superior autoridad». Tras reconocer que resultaba imposible demostrar documentalmente esa afirmación, concluía: «Pero es indudable la captación de diez pesos; y que por las entradas de africanos en los tres años y diez meses del más infausto gobierno, ha producido la contribución por negra carnaza 500.000 pesos por lo menos, y todo para el señor»^[28].

Denunciaba también su anónimo autor los cambios que Tacón introdujo en relación a los africanos emancipados, es decir, aquellos cautivos africanos liberados por la acción del Tribunal Mixto hispano-británico con sede en La Habana. En aquel folleto se explica que mientras que sus antecesores, los capitanes generales Dionisio Vives y Mariano Ricafort, cedían gratuitamente dichos emancipados a quienes lo solicitaran, siempre y cuando trabajasen exclusivamente en el servicio doméstico, Tacón cambió el sistema: «Impuso a la adjudicación de emancipados unos precios, que medidos por la calidad, abundancia y escasez del género, corrieron desde cincuenta y uno a ciento dos pesos por las hembras, y desde ciento dos a ciento setenta pesos por los varones, allanando la restricción de servicio doméstico y ampliándolo a los más rudos del campo». Los cambios no se quedaron ahí. Según se denunciara en dicho folleto: «Lo que ha de estremecer más al género humano es la horrenda superfetación en el ya muy sanguinario negocio, y es que se presentó un joven [José María Cagigal] (ahijado del mayor comerciante negrero, que era también el primer amigo y el comodín de Tacón) proponiendo comprar por mayor los emancipados, para revenderlos él de su

cuenta y riesgo, lo que se admitió, para que haya visto La Habana establecido un monopolio de carne humana; y tan lucrativo, como que siendo el revendedor único almacenero de la nefanda mercancía, tuvo el arbitrio de vender los emancipados a doscientos cincuenta y aun a trescientos pesos»^[29].

Al hablar del «mayor comerciante negrero» de Cuba, de quien decía que «era también el primer amigo y el comodín de Tacón» se estaba refiriendo, sin duda, a Joaquín Gómez. Así lo anotó el anónimo traductor de una carta remitida al cónsul británico en La Habana, James Kennedy, en la que repetía y resumía, en inglés, el contenido de aquel folleto^[30]. No cabe dudar de la veracidad de las afirmaciones recogidas en el susodicho folleto. En lo que respecta a los emancipados, Inés Roldán de Montaud ha llegado a las mismas conclusiones que su anónimo redactor. Así, en su estudio sobre el colectivo de los africanos emancipados en Cuba dicha autora afirma que fue «poco después de la llegada del general Tacón a Cuba [...] cuando el reparto de emancipados comenzó a realizarse a cambio de considerables sumas, capaces de enriquecer a funcionarios venales». Y añade, más adelante: «Además de consignarse por sumas de consideración, desde la llegada de Tacón los emancipados comenzaron a entregarse a los plantadores del interior. La permanencia de los negros en la capital, si no era una garantía, les brindaba al menos alguna posibilidad de llegar a ser hombres libres; enviados a los ingenios, morían

29.- *Ibidem*, pp. 18-19.

30.- House of Commons Parliamentary Papers, *Slave Trade, Class A, Correspondence with the British Commissioners at Sierra Leone, the Havana, Rio de Janeiro and Surinam relating to the Slave Trade, from January 1st to May 10th, 1840, inclusive*, London, 1840: «Translation of an Anonymous Letter addressed to Mr. Kennedy, Havana, november 30, 1839».

28.- *Bosquejo de la conducta del Teniente General D. Miguel Tacón en la isla de Cuba*, Marsella, Imprimerie des Bouchez Freres, 1838, pp. 15 y 16.

para la libertad»^[31]. También Gómez tuvo, en este caso, una responsabilidad directa al contribuir a esclavizar a unos individuos que eran jurídicamente libres.

Está igualmente claro, por otro lado, que Joaquín Gómez formó parte de la célebre camarilla que rodeó al capitán general Miguel Tacón. Un grupo cercano al futuro Duque de la Unión de Cuba tal como denunciaba también el informado autor de aquel anónimo opúsculo. Hablaba, en concreto, de: «la ciega servil sumisión de una docena de prosélitos que ganó medrándolos con profusión militar, civil y mercantil, con cuyo cebo pudo atraer cofrades de la misma estofa». Y en otro lugar insistía en esa cuestión, al señalar que Tacón «reclutó cierto número de europeos de nueva fortuna, que enorgullecidos se irrita[ba]n» contra los ricos criollos a la vez que daban apoyo a Tacón en el ejercicio despótico de su cargo^[32]. Apuntó en su día Juan Pérez de la Riva que, antes de la llegada de Tacón a La Habana, Gómez había formado parte del núcleo más cercano de consejeros (o sea, de la camarilla) de los dos capitanes generales de Cuba que habían ejercido dicha responsabilidad antes que Tacón: Dionisio Vives (1823-1832) y Mariano Ricafort (1832-1834). Lo que hizo Tacón fue desplazar de dicha esfera de poder a los antiguos consejeros criollos, reemplazándolos por peninsulares. Así, la cercanía de Gómez a la persona que concentraba todo el poder, en Cuba, cobró una mayor dimensión. Le acompañaron entonces, según recoge Pérez de la Riva, en la célebre camarilla del ayacucho Tacón otros comerciantes

nacidos en la España peninsular como el gaditano Manuel Pastor, futuro Conde de Bagaes, o como los catalanes Pancho Martí y Miguel Biada Buñol (identificado por el historiador cubano como *Viada*)^[33]. Más aún, en una breve nota biográfica dedicada a Joaquín Gómez, Juan Pérez de la Riva le identifica como «uno de los más influyentes miembros de la camarilla de Tacón y aun de sus sucesores. Durante veinte y cinco [sic] años fue el representante de la colonia española en La Habana, como después de él lo sería Julián Zulueta. La base de la influencia política de que ambos gozaron fue la gran fortuna acumulada en el comercio clandestino de negros».^[34] En su valoración sobre Joaquín Gómez y en tiempos más recientes, José Antonio Piqueras ha coincidido con dicho autor. Lo ha hecho tanto al enunciar el epígrafe que dedica a su persona con el título *El gran traficante* como al destacar que «una de las características de Gómez fue su cercanía al poder»^[35].

Quién se escandalizó por la concesión de la Gran Cruz de la orden de Isabel la Católica a Joaquín Gómez, a sugerencia precisamente de Tacón, fue el médico británico Richard Madden, el cual había llegado a La Habana el 28 de julio de 1836 para ejercer como Superintendente de Emancipados. Madden estuvo tres años en Cuba, hasta el otoño de 1839, cuando regresó a Londres pasando por los EEUU. En la Isla y tal como señala María del Carmen Barcia, «su principal informante fue Domingo del Monte, al cual le hizo 73 preguntas sobre el comercio negrero». En un libro reciente, dicha historiadora cubana reproduce tanto las preguntas de Richard Madden

31.- Inés Roldán de Montaud, «En los borrosos confines de la libertad: el caso de los negros emancipados en Cuba, 1817-1870», *Revista de Indias*, 2011, vol. LXXI, núm. 251, pp. 159-192. Las citas literales aparecen en las páginas 165 y 170, respectivamente.

32.- *Bosquejo de la conducta del Teniente General D. Miguel Tacón en la isla de Cuba*, Marsella, Imprimerie des Bouchez Freres, 1838, p. VI y p. 4.

33.- Juan Pérez de la Riva, *Correspondencia reservada del capitán general don Miguel Tacón, con el gobierno de Madrid, 1834-1836*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1963, p. 38-39.

34.- *Ibidem*, p. 317.

35.- José Antonio Piqueras, *Negreros. Españoles en el tráfico y en los capitales esclavistas*, Madrid, Catarata, 2021, p. 208.

como las respuestas de Domingo del Monte, fechadas en La Habana el 17 de septiembre de 1839. Vale la pena transcribir aquí las que hacen directa referencia a Joaquín Gómez:

«46. ¿Por qué servicio se concedió el tratamiento de excelencia al opulento traficante de África D.....?

Lo ignoramos.

47. ¿Era este excelentísimo señor consejero del general Tacón?

Creemos que sí.

48. ¿Fue esta persona nombrado por Tacón para desempeñar el empleo de Protector de emancipados?

Ignoramos que haya aquí tal empleo oficial de Protector, lo que sí es cierto, es que fue encargado por Tacón para entender en el repartimiento de emancipados y recaudación de los fondos que producía.

49. ¿Hubo aquí otra persona agregada a aquella para el desempeño del mismo empleo?

Para el empleo de Protector no; para el de repartidores y recaudadores fueron también nombrados el Excmo. Sr. Conde de la Reunión y el regidor Don Francisco Rodríguez Cabrera.

50. ¿Es traficante de negros aquella persona? Sí, como la mayor parte de los capitalistas de la isla de Cuba»^[36].

La estrecha cercanía a la Capitanía General de Cuba que Joaquín Gómez había cultivado con Miguel Tacón (y aun antes con Dionisio Vives y con Mariano Ricafort) volvió a reproducirse con Leopoldo O'Donnell, quien ejerció el mando militar y civil en Cuba entre octubre de 1843 y fe-

brero de 1848. Gómez fue, por ejemplo, el segundo de los muy numerosos firmantes de una carta dirigida a Isabel II, fechada en La Habana el 5 de mayo de 1844, para felicitar públicamente a O'Donnell por su firmeza en la represión de la Conspiración de la Escalera. Allí pedían también a la reina «la gracia de conservar de capitán general de esta isla al mencionado D. Leopoldo O'Donnell» durante más tiempo^[37]. Un año después, en junio de 1845, hubo un gran incendio en Matanzas. El fuego destruyó prácticamente un barrio entero de aquella populosa ciudad cubana. O'Donnell abrió enseguida una suscripción pública para aliviar los problemas de los afectados, nombrando precisamente a Joaquín Gómez como único depositario de la misma «seguro de su eficiencia en un asunto en que la humanidad se interesa», decía para explicar su decisión^[38].

La relación entre Gómez y O'Donnell (y, antes, entre Gómez y Tacón, y, más adelante, entre Gómez y Cañedo) merece ser calificada como simbiótica, es decir, como beneficiosa tanto para uno (el empresario) como para los otros (los militares). Sabemos que Leopoldo O'Donnell fue, como Miguel Tacón, un capitán general muy permisivo con la trata ilegal de africanos esclavizados. De hecho, en una aproximación biográfica a su figura Carmen García asume que hubo una relación directa entre «los cuatro o cinco millones de reales que el general se trajo de vuelta a la península», después de su mandato de cinco años en Cuba, «con su proverbial tolerancia hacia los traficantes de africanos». Gracias, en parte, a las remuneraciones obtenidas de esos mismos traficantes por su permisiva política con la trata, el espadón español consiguió, sin duda, uno de los grandes

36.- María del Carmen Barcia Zequeira, *Intereses en pugna: España, Gran Bretaña y Cuba ante la trata ilegal de africanos, 1835-1845*, Madrid, Doce Calles, 2021, pp. 153-154.

37.- *El Herald*, 30 de julio de 1844, p. 4.

38.- *El Español*, 13 de agosto de 1845, p. 1.

objetivos personales que se había marcado al aceptar el mando en Cuba: enriquecerse. Tal como había escrito, de hecho, el propio O'Donnell en marzo de 1846, al presidente del gobierno, Ramón Narváez, ante los rumores de su posible destitución:

«No puede estar en mis intereses y deseos el dejar el puesto que ocupo [...] Pues de otro modo mi viaje no me daría el objeto que me havia [sic] propuesto que es asegurar honrosamente una medianía de fortuna independiente»^[39].

A Leopoldo O'Donnell le sustituyó en la capitanía general de Cuba Federico Roncali, marqués de Alcoy, quien zarpó de Cádiz, en enero de 1848, rumbo a La Habana. Muy poco antes, Antonio Parejo había recibido en la capital cubana una carta escrita en París por Fernando Muñoz, esposo de la reina madre y primer duque de Riansares. Ambos, Muñoz y Parejo, conformaban entonces la sociedad Agustín Sánchez y Cía., una empresa dedicada fundamentalmente a financiar expediciones negreras a las costas de África. En dicha carta, el padrastro de Isabel II le decía a Parejo, su hombre en La Habana, sobre Roncali: «Necesita unos cuartos pues es pobre y tiene mucha familia»^[40]. Dicho de otra manera, los opulentos capitalistas que operaban en la trata ilegal cubana (tal que Fernando Muñoz, Antonio Parejo o Joaquín Gómez) conocían y se aprovechaban de la voluntad de muchos funcionarios españoles destinados en la Isla, empezando por la mayoría de sus capitanes generales, quienes supieron aprovechar su cargo en la gran Antilla para

intentar enriquecerse, aunque fuera practicando una conducta claramente delictiva.

A Federico Roncali le sustituiría, en 1850, José Gutiérrez de la Concha y éste, a su vez, sería sustituido, en 1852, por Valentín Cañedo. También con Cañedo supo Joaquín Gómez tejer una relación de complicidad. Así la describía, en enero de 1853, Joshua T. Crawford, Cónsul británico en La Habana, en un informe a sus superiores:

«Creo necesario informar a vuestra señoría que desde la llegada de su excelencia el general Cañedo, ha mantenido una estrecha intimidad con don Joaquín Gómez, cuyas enormes riquezas han sido casi todas fruto del tráfico de esclavos, y que desde un tiempo razonable después de que se pudieron hacer arreglos para llevar a cabo el abominable tráfico, dando tiempo para el viaje a la costa también. No menos de cuatro cargamentos de negros han sido desembarcados en o cerca de las fincas de Gómez sobre Bahía Honda, Ortigosa y Cabañas, con la más perfecta seguridad e impunidad, salvo 25 negros de un cargamento denunciado por mí, que fueron incautados simplemente para salvar las apariencias»^[41].

Tal como apunta Crawford, Joaquín Gómez había invertido una parte de las ganancias acumuladas gracias a su dedicación a la trata africana en la compra y fomento de diversas fincas agrarias. Se acabó convirtiendo, de hecho, en el propietario de los ingenios San Ignacio, Santa Teresa (o Perla) y Redención (o San Juan de Dios).^[42]

39.- Carmen García García, «Relaciones y vínculos de poder de un general isabelino: O'Donnell y los antecedentes de la Unión Liberal», *Ayer*, 2017, 105, pp. 51-75.

40.- Arturo Annalte: «Riansares y María Cristina de Borbón. Una merienda de negros», *La Aventura de la Historia*, 2020, núm. 265, pp. 54-63.

41.- House of Commons Parliamentary Papers, *Slave Trade, Class B, Correspondence with British Ministers and Agents in Foreign Countries, and with Foreign Ministers in England relating to the Slave Trade, from April 1, 1852, to March 31, 1853*, London, 1853: «Consul-General Crawford to the Earl of Malmesbury, Havana, January 20, 1853».

42.- José Antonio Piqueras, *Negreros. Españoles en el tráfico y en los capitales esclavistas*, Madrid, Catarata, 2021, p. 211.

Aquellas tres fincas se ubicaban en el partido de San Diego Núñez, en la jurisdicción de Bahía Honda, a unos cien kilómetros al oeste de La Habana^[43]. Tres fincas que sumaban más de 1.275 hectáreas de terreno, en las que vivieron, trabajaron y murieron centenares de mujeres y sobre todo hombres, africanos o afrodescendientes, esclavizados. Más aún, la propiedad de aquellas tres fincas, cerca de la costa norte de Cuba, facilitó a Gómez y a sus socios el desembarco de diferentes buques de esclavos que llegaban cargados desde África, como bien apuntaba Crawford.

En esa época, sin embargo, quien se encargaba de gestionar los negocios de Joaquín Gómez en la Isla era su sobrino Rafael de Toca, tal y como había recogido otro de los capitanes generales de Cuba, José Gutiérrez de la Concha, en un informe que elevó al ministro español de Estado, marqués de Miraflores, y que firmó en La Habana en mayo de 1851. Allí se decía, con acierto, que Gómez estaba «enteramente retirado de los negocios» desde hacía, al menos, tres años.^[44] Dicha retirada estuvo probablemente relacionada con el ataque que el empresario cántabro había recibido, el 14 de marzo de 1847, mientras rezaba en la habanera iglesia de San Felipe Neri. Aquella mañana y antes de suicidarse, el médico catalán Josep Verdaguer vertió ácido sulfúrico sobre la cara de Joaquín Gómez, provocándole una ceguera completa e irreversible. Según la prensa, Verdaguer acusaba a Gómez de haber provocado su ruina económica, aunque no quedaba muy claro de qué manera.^[45]

43.- Carlos Rebello, *Estados relativos a la producción azucarera de la isla de Cuba*, La Habana, 1860.

44.- House of Commons Parliamentary Papers, Slave Trade, Class B, *Correspondence with British Ministers and Agents in Foreign Countries, and with Foreign Ministers in England relating to the Slave Trade, from April 1, 1851, to March 31, 1851*, London, 1852: «The Captain-General of Cuba to the Marquis of Miraflores, Havana, May 29, 1851».

45.- *El Español*, 6 de mayo de 1847, p. 1; 8 de mayo de 1847, pp. 2-3.



Retrato post-mortem de Joaquín Gómez Hano, fallecido en La Habana en 1860 (Propiedad particular).

Tiempo después fue Antonio de Barras y Prado, un alto empleado de la importante casa de comercio habanera Noriega Olmo y Cía., quien describió, con detalle, el motivo de la venganza de aquel médico catalán. Una ruina y una venganza relacionadas precisamente con el tráfico ilegal de africanos esclavizados. Cabe tener presente que Barras debía conocer bien el manejo de la trata ilegal de esclavos pues la firma Noriega Olmo y Cía. también la practicó en los años que él residió en Cuba. He aquí su larga e interesante descripción:

«Aquí [en La Habana], lo mismo que en todas partes, hay muchos aficionados a todos aquellos negocios que aunque arriesgados producen en un caso feliz pingües utilidades, y de ahí nace el que haya también personas dispuestas a interesarse en el tráfico

de esclavos [...] El negocio es bastante incitante para atraer incautos, como que puede producir doce o quince por uno [...] Para hacer más comprensibles los procedimientos que se emplean en esta clase de negocios voy a valerme de un ejemplo. Supongamos un sujeto que goza de crédito en ciertos círculos aficionados a las cosas del azar, el cual se presenta un día, invitando a sus amigos con promesas halagüeñas. Les dice que ésta no costará más que veinticinco o treinta mil pesos, y que el buque, que tiene preparado, podrá traer con comodidad de setecientos a ochocientos negros, que vendidos a cuarenta onzas y deducidos los gastos puede dar un resultado de diez por uno [...] Cuando regrese a la Isla, tiene un punto segurísimo donde hacer el desembarco; cuenta con las autoridades y con toda clase de medios para poner en tierra la negrada a poca costa. Ante proposición tan tentadora, todos se apresuran a entrar, el armador percibe en metálico la parte de cada uno y luego que el armamento está hecho les notifica el coste de la expedición, presentando o no presentando cuenta, pues como negocio prohibido, no se dan recibos ni documentos de ninguna clase; todo se hace bajo palabra, y se han dado casos de quedarse con el dinero y no realizar la expedición; contra esto no queda más recurso que una vez descubierto el fraude, la venganza personal^[46].

Una de esta clase debió ser la ejecutada por don J.G. [Joaquín Gómez] acaudalado propietario que vivía en una hermosa casa de la calle del Olimpo.

Dicho *señor*, cuyo capital se había ido formando, según voz pública, con los productos de la trata, y quizás también con los de otras industrias por el estilo, era como es frecuente en hombres poco escrupulosos, muy hipócrita y afectaba una gran religiosidad; era lo que se llama vulgarmente un *beato*. Un día estando arrodillado en una iglesia, quizás acosado por los remordimientos, acaso pidiendo a Dios por la difícil salvación de su alma, no sintió que se le acercaba por detrás un sujeto el cual le derramó en la cabeza un líquido, que se le corrió hasta los ojos dejándole ciego. El sujeto era un médico catalán a quien había negado una cantidad que le tenía confiada. El médico se suicidó en la misma iglesia. El tal D. J. G. [Don Joaquín Gómez] pasaba en la sociedad por hombre *respetable*. Así son muchos, aquí y en todas partes, de los que se consideran como tales^[47].

La filantropía educativa en Cantabria más allá de Joaquín Gómez

No fue Joaquín Gómez especialmente original con la fundación de una escuela primaria en su pueblo natal, a sus expensas. Hubo, como él, muchos otros notables cántabros que dedicaron parte de su fortuna a promover la educación elemental entre sus paisanos, y lo hicieron a través de fundaciones diversas que gestionaron numerosas escuelas locales. En una nota dedicada a «las fundaciones escolares en la provincia de Santander», publicada por el diario *La Libertad* en el verano de 1930, se afirmaba, con razón:

«Seguramente ninguna provincia de España posee edificios tan soberbios dedicados a la enseñanza de los niños como la de San-

46.- Archivo Histórico Provincial de Matanzas, fondo Esclavos (bozales), legajo 21, documentos 93 y 107: «Comunicaciones sobre desembarco de bozales organizado por la Sociedad Noriega Olmo y Compañía, frustrado por las autoridades (1857)»; y «Comunicaciones sobre desembarco de importante expedición de bozales por Puerto Escondido, introducidos por Noriega Olmo y Cía (1859)», respectivamente.

47.- Antonio de las Barras y Prado, *La Habana a mediados del siglo XIX*, Madrid, Imprenta de Ciudad Lineal, 1925, pp. 125-129.

tander, y tal vez ninguna otra región cuente como ésta con un núcleo tan entusiastas de su profesión. Y hay todavía otro excelente sector que labora con entusiasmo y decisión en esta democrática cruzada de la cultura: los 'indianos', estos hombres trabajadores y buenos que en tierras lejanas formaron y capital y que, al volver a la patria, con la esperanza de la vida, conocedores de que la instrucción es el mejor instrumento para el trabajo, ayudan al maestro y sustituyen en muchos casos la acción oficial con un legado para dotar al pueblo de edificios escolares, de material pedagógico, de premios para los alumnos aplicados, etc. »^[48].

Y, para rematar su nota, el anónimo cronista añadía: «Pasan de doscientas las fundaciones de enseñanza, con un capital de varios millones de pesetas, las de esta provincia». La tesis doctoral de Carmen del Río Diestro pone precisamente de relieve la magnitud del fenómeno que resumía aquel periodista santanderino hace noventa años. Bajo el título *Las fundaciones benéfico-docentes en Cantabria, siglos XIX-XX* dicha autora ha estudiado un fenómeno que empezó a languidecer justamente a partir de 1930. Tras resaltar «la generosidad de los donantes» los cuales «probablemente mitificaron el poder regenerador de la educación», ha señalado que no habría que hablar sólo de indianos, en particular, sino de notables de la vida local, en general^[49]. Eso sí, siguiendo las ideas expresadas hace años por Tomás Pérez Vejo, Carmen del Río reconoce que entre dichos notables locales hubo bastantes indianos, cuya labor destaca^[50].

48.- *La Libertad*, 14 de agosto de 1930, p. 8.

49.- Carmen del Río Riostro, *Las fundaciones benéfico-docentes en Cantabria, siglos XIX-XX*, Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, 2010, pp. 93-94.

50.- Tomás Pérez Vejo, «Indianos en Cantabria», en *Indianos, Cuadernos del Norte*, Caja de Ahorros de Asturias, 1984: «Lo cierto es que sin su aportación la educación en

Unos indianos, enriquecidos en América, quienes a través de «la magnificencia de [sus] fundaciones» conseguían «manifestar su poderío» ante sus paisanos y convecinos. Aquellas fundaciones docentes promovidas por notables locales, como el propio Joaquín Gómez, «fueron un factor de modernización social y pedagógica en las áreas rurales», lo cual sucedió «a pesar del carácter conservador de los principios que las cuestionaron». Afirma Del Río que «conservadurismo en lo moral y en las normas sociales, no implicaba una enseñanza tradicional y obsoleta»^[51]. Cabe señalar que al describir los nombres, y las trayectorias, de algunos de aquellos filántropos cántabros, Carmen del Río cita explícitamente a Joaquín Gómez y a Juan Manuel Manzanedo, primer marqués de Manzanedo y primer duque de Santoña. Y habla, también, del Seminario Pontificio de Comillas, levantado gracias a la generosidad de Antonio López y López, primer marqués de Comillas. Cabría añadir que en la primavera de 1869, trece años antes de comprometerse a financiar el nuevo Seminario Pontificio, Antonio López había creado «una fundación privada en favor de los pobres de la villa de Comillas». Quiso dotar entonces, a tal fin, a dicha fundación con una renta anual de 3.750 pesetas. López estableció que las donaciones o limosnas de su fundación debían atender «con preferencia en sus socorros a los pobres vergonzantes de la población y a aquellos que de una posición desahogada han descendido desgraciadamente a la miseria», si bien otorgó paralelamente un trato

Cantabria, alejada y aislada de los centros de cultura de la época, hubiera sido catastrófica». En esa misma línea, Carmen del Río cita también a Benito Castillo Sagredo, *El aporte de los «indianos» a la instrucción pública, a la beneficencia y al progreso general de España y su historia, hecha en «La Prensa» de Buenos Aires por*, Oviedo, 1926.

51.- Carmen del Río Riostro, *Las fundaciones benéfico-docentes en Cantabria, siglos XIX-XX*, Tesis Doctoral, Universidad de Cantabria, 2010, pp. 98 y 105.

especial para con sus familiares pobres de Comillas y pueblos vecinos^[52].

Vale la pena recordar que tanto el marqués de Manzanedo como el de Comillas estuvieron directamente implicados en la compra-venta de africanos esclavizados, en Cuba, y que el segundo fue, además propietario de varios cientos de esclavos en sus cafetales e ingenios ubicados en el Departamento Oriental de la Isla^[53]. Ahora bien, la cuestión de la esclavitud en la tesis doctoral de Carmen del Río sólo aparece cuando se refiere a Juan Manuel Manzanedo y no cuando habla de Joaquín Gómez o del marqués de Comillas. La autora trata, además, dicha cuestión de forma marginal y, en todo caso, a partir de una cierta disculpa moral de Manzanedo y del resto de victimarios de la trata y de la esclavitud colonial. No parece, sin embargo, que pueda explicarse el proceso de enriquecimiento y de ascenso social (llegando incluso al ennoblecimiento, en varios casos) de aquellos indios cántabros que vivieron durante años en sin tener en cuenta el complejo esclavista que sustentaba la economía de aquella colonia española. Ellos mismos participaron en el fomento de dicha economía esclavista y alimentaron su crecimiento y reproduc-

ción. Dicho en otras palabras: Sin su participación en la trata africana o sin el trabajo de los hombres y mujeres esclavizados que emplearon en sus plantaciones de caña, o en sus cafetales, ni Gómez, ni Manzanedo, ni López habrían acumulado las notables fortunas que más adelante les permitieron fungir como filántropos, en la España peninsular, financiando diferentes iniciativas benéficas en favor de sus paisanos. El tráfico de esclavos o la esclavitud colonial (o ambas cosas a la vez) representan así la cara oscura y oculta de su labor caritativa, benéfica o filantrópica.

La cuestión que quiero plantear aquí para terminar, una pregunta que sirve también para enlazar con el principio del artículo, es si aún tiene sentido seguir bendiciendo la memoria (como reza explícitamente y en tono imperativo en la placa que recuerda a Joaquín Gómez en su pueblo natal), de todos aquellos individuos que hoy día sabemos que fueron esclavistas. O sea, bendecir la memoria de unos individuos que contribuyeron a la violenta esclavización de sus congéneres (hombres, mujeres, niñas y niños), provocando el desarraigo y el sufrimiento (e incluso la muerte) de miles de personas, y que se enriquecieron con ello, en tiempos no tan lejanos.

52.- Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona, Miguel Martí Sagristá, manual de 1869, escrituras de 2 de mayo y 3 de junio de 1869.

53.- Sobre la implicación de López en la compra-venta de personas esclavizadas, cfr. Martín Rodrigo y Alharilla, *Un hombre, mil negocios. La controvertida historia de Antonio López, marqués de Comillas*, Ariel Barcelona, 2021, pp. 63-90.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022

fundación de
investigaciones
marxistas



transform!
europe

ENTREVISTA

Resistencia y fascismo. Luciano Casali, un historiador entre Italia y España

Introducción, entrevista y notas a cargo de Steven Forti

Universitat Autònoma de Barcelona

Cuando Luciano Casali nació, Italia encarába el año XIX de la era fascista. Era noviembre de 1940. El país había entrado unos cinco meses antes en la Segunda Guerra Mundial al lado de la Alemania hitleriana y, justo aquellas semanas, el ejército italiano estaba intentando invadir a Grecia, mostrando todos los límites de la que Mussolini había definido pomposamente la «guerra paralela». Menos de tres años después, el régimen fascista caía bajo el peso de las derrotas militares y el bienio siguiente, entre el 8 de septiembre de 1943 y el 25 de abril de 1945, estaría marcado por la experiencia de la guerra partisana. Luciano Casali nació en Russi, en la provincia de Rávena. Nos encontramos en el corazón de la Romaña, tierra históricamente republicana y socialista que vivió en sus carnes tanto las violencias de las escuadras fascistas a principios de los años veinte y luego la represión de un régimen cuyo Duce era hijo de esa misma tierra —Mussolini nació en Predappio, en la cercana provincia de Forlì— así como la lucha partisana, la Resistencia, tras ese fatídico 8 de septiembre de 1943. Posiblemente sea una interpretación forzada de quién escribe estas líneas, pero quizás todo lo que vivió en su infancia influyó en las lí-



neas de investigación que Casali desarrolló en las décadas siguientes como historiador.

Entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, la historia contemporánea en Italia movía sus primeros pasos. De hecho, la formación de Casali,

como él mismo nos explica en esta entrevista, fue «rica y compleja»: más que con la historia contemporánea, tuvo que ver con la historia medieval y moderna gracias a figuras como el medievalista Eugenio Dupré Theseider, el historiador de la literatura Francesco Flora y el modernista Lino Marini. Fue gracias a Flora que, casi por casualidad, Casali se acercó al estudio de la historia de la Resistencia en su tierra de origen y fue gracias a Marini que llevó a cabo la primera catalogación de los documentos del Comité de Liberación Nacional (CLN) de Rávena^[1]. De ahí verán la luz sus primeros estudios sobre la Resistencia en la Romaña, vinculados a las investigaciones para su tesis de final de carrera^[2].

En los primeros años sesenta, estudiar la Resistencia era algo absolutamente innovador tanto por la cercanía de esos acontecimientos —habían pasado menos de dos décadas— así como porque hasta aquel entonces habían sido casi únicamente los expartisanos los que habían relatado la historia de aquellos veinte meses. La figura de Marini fue crucial para impulsar esa renovación de la cual Casali fue uno de los protagonistas junto a un grupo de jóvenes historiadores —y no solo historiadores, en realidad— de la Universidad de Bolonia^[3]. No se trataba tan solo de renovar, o

más bien comenzar, los estudios académicos sobre la Resistencia, es decir de dar a esos estudios una científicidad superando la retórica política y las memorias personales, sino, a fin de cuentas, de poner los cimientos de una disciplina, la historia contemporánea, haciendo propias las enseñanzas de la Escuela de los Annales. En esto jugaron un papel crucial el enfoque de historia económico-social y la perspectiva de *long durée* propuestas y defendidas por Bloch y compañía, pero también la centralidad otorgada a los archivos, así como el pensar el oficio de historiador de una forma colectiva, es decir como el resultado de un proceso continuo de debate y discusión.

La experiencia al lado de Marini en la *Deputazione Emilia-Romagna per la Storia della Resistenza e della Guerra di Liberazione* (Diputación Emilia-Romaña para la Historia de la Resistencia y la Guerra de Liberación), que en 1979 pasó a llamarse *Istituto Regionale per la storia della Resistenza e della guerra di Liberazione in Emilia-Romagna* (Instituto Regional para la historia de la Resistencia y la guerra de Liberación en Emilia-Romaña), es la prueba fehaciente de todo ello. Crear una biblioteca de la Resistencia —de la cual Casali fue director a partir de 1977—, crear un archivo, publicar una revista concebida como esfuerzo colectivo... en suma, defender y aplicar otra manera de hacer historia para la época contemporánea y, en definitiva, el mismo tiempo presente fue el objetivo de Casali y toda una nueva generación de historiadores contemporaneístas^[4]. Asimismo, no po-

1.- Luciano Casali, *Il Movimento di Liberazione a Ravenna, Documenti, Catalogo n. 1*, Ravenna, Istituto storico della Resistenza, 1964.

2.- Véase, entre otros, Luciano Casali, «Appunti sull'antifascismo e la Resistenza armata nel Ravennate», *Il movimento di liberazione in Italia*, 77 (1964), pp. 56-85; id. «Diario dell'attività partigiana nel Ravennate dal luglio 1943 alla Liberazione del capoluogo», en *La Resistenza in Emilia-Romagna*, Numero unico della Deputazione Emilia-Romagna per la Storia della Resistenza e del movimento di Liberazione, Galeati, Imola, 1966; Id. y Luigi Arbizzani, «Contributo allo studio delle lotte sociali nella Resistenza emiliano-romagnola», en *Aspetti sociali ed economici della Resistenza in Europa*, Milán, Istituto Editoriale Cisalpino, 1967, pp. 345-353.

3.- Sobre la figura de Lino Marini, véase Luciano Casali y

Giovanni Ivan Tocci (eds.), *Per Lino Marini storico dell'età moderna*, Roma, Carocci, 2009.

4.- Véase, entre otros estudios de Casali en estos años: Luciano Casali, «Le Giunte popolari nel Ravennate dalla liberazione alla crisi dell'unità antifascista 1944-1946», *Italia contemporanea*, 114 (1974), pp. 69-94; Id., «I contadini dell'Appennino tosco-emiliano nella Resistenza: Casola Valsenio. Ipotesi e metodologia per una ricerca storico-politica», *Ricerche storiche*, 1 (1974), pp. 1-20; Id.

demos perder de vista el compromiso social que como historiador y ciudadano Casali ha siempre mantenido, sin por eso, *ça va sans dire*, dejar jamás en segundo plano la deontología profesional. Valgan, como ejemplos, las muchísimas actividades organizadas por la misma *Deputazione* y dirigidas a la sociedad civil de la Emilia-Romaña en aquellos años, como los centenares de conferencias y seminarios impartidos también por Casali sobre la historia del fascismo en los ayuntamientos y localidades de la que se conocía como la *regione rossa* por la hegemonía política ejercida por el Partido Comunista desde la segunda mitad de los años cuarenta. Se trató de «la más importante (y compleja) operación cultural de masas que la *Deputazione* haya organizado», en palabras del mismo Casali^[5].

A lo largo de los años setenta, Bolonia se convirtió en un centro de estudio y reflexión de primer orden para los contemporaneístas italianos e incluso extranjeros. Esto llevó Casali a interesarse no solo al fascismo italiano —cuyo estudio se encuentra *in nuce* ya en sus primeras investigaciones sobre la Resistencia, concebida como un fenómeno que debe interpretarse más allá de los veinte meses de guerra partisana^[6]—, sino también del fascismo a escala europea. En el nuevo Grado de Historia de la Universidad de Bolonia, im-

pulsado por el ya citado Marini, Casali trabajó al lado de especialistas del fascismo italiano, alemán y francés que le llevaron a interesarse paulatinamente por el caso español, por aquel entonces muy poco estudiado debajo de los Alpes. A diferencia del mundo anglosajón o francés, en Italia no existía en la práctica una escuela hispanista propiamente dicha para el ámbito de la historia contemporánea. Como mucho, los estudios se circunscribían a publicaciones más bien memorialísticas vinculadas a la Guerra Civil española. Una vez más, como había pasado, salvando todas las distancias, con los estudios sobre la Resistencia, se trataba, en síntesis, de un terreno fértil y virgen el que Casali quiso explorar.

En los años ochenta, pues, Casali siguió profundizando en la que fue su primera línea de investigación —la Resistencia y el antifascismo en la Emilia-Romaña—^[7], de la que se había convertido en una referencia imprescindible, pero empezó también a aventurarse en este nuevo ámbito de estudios, entablando relaciones con los historiadores españoles y participando en encuentros científicos debajo de los Pirineos. El primer importante resultado de todo aquello fue en 1987 la organización en Bolonia del congreso titulado «Per una definizione della dittatura franchista», cuyas actas, publicadas tres años más tarde, siguen siendo una lectura obligada para

y Dianella Gagliani, «Presenza comunista, lotta armata e lotta sociale nelle relazioni degli 'ispettori'», en Luigi Arbizani (ed.), *L'Emilia-Romagna nella guerra di liberazione*, vol. III, Bari, De Donato, 1976, pp. 499-594; Id. y Gianfranco Casadio (eds.), *Le campagne ravennati e la resistenza: mezzo secolo di rivendicazioni e lotte contadine. Atti del Convegno di Massa Lombarda del 10-12 dicembre 1976*, Ravenna, Il Girasole, 1977.

5.- L. Casali y G. I. Tocci (eds.), *Per Lino Marini storico dell'età moderna*, p. 111.

6.- Véase, entre otros, Luciano Casali, «Fascisti, repubblicani e socialisti in Romagna nel 1922. La "conquista" di Ravenna», *Il Movimento di Liberazione in Italia*, 93 (1968), pp. 12-36

7.- Entre otros, véase Luciano Casali (ed.), *Lotte sociali e lotta armata. La Resistenza nelle zone montane delle province di Bologna, Modena e Pistoia*, Bolonia, Tip. Moderna, 1980; Id., «Le origini del Pcd'I in Romagna: Il dibattito, l'organizzazione, la sezione militare», en Gastone Sozzi e il partito comunista in Romagna, Roma, Editori Riuniti, 1980, pp. 73-120; Id., *Storia della Resistenza a Modena. Il rifiuto del fascismo*, Modena, Anpi, 1980; Id. y Dianella Gagliani, «Una storia da scrivere. Contadini e resistenza in Emilia-Romagna», en Franco Cazzola (ed.), *I contadini emiliani dal Medioevo ad oggi. Indagini e problemi storiografici*, Bologna, Il Mulino, 1986, pp. 241-275.

quién trabaja esta temática^[8]. Fue en aquel contexto que se formó un grupo activo de hispanistas italianos, alrededor justamente de Casali, Alfonso Botti y Claudio Venza: poco después vio la luz la revista *Spagna Contemporanea*, cuyo primer número se publicó en 1992. *Spagna Contemporanea* se convirtió desde aquel entonces en uno de los principales espacios de debate y discusión para Casali; espacios que, como se ha apuntado, el historiador de Russi consideraba como la sal imprescindible del oficio del historiador. En los años siguientes, muchas de sus nuevas investigaciones sobre la dictadura franquista y los caracteres del fascismo español vieron la luz en las páginas de la revista de los hispanistas italianos, junto a un sinfín de reseñas de libros que permitieron que también en Italia se conociesen los avances y los debates que se estaban dando en España. Entre los años noventa y dos mil, Casali publicó las que se han convertido en sus tres obras principales en esta nueva línea de investigación. La perspectiva de historia comparada y la centralidad de los documentos le llevaron a entrar en el interminable debate sobre la naturaleza del franquismo, presentando el régimen de Franco como una declinación de los fascismos europeos y no como una

dictadura autoritaria sin más^[9]. En segundo lugar, la ausencia de estudios sobre una de las figuras clave del fascismo español le llevó a escribir una biografía de Ramiro Ledesma Ramos^[10]. Y, finalmente, tres años más tarde, en 2005, se publicó la que podemos considerar su obra definitiva sobre el franquismo que, como ha venido siendo costumbre en sus obras, incluye un amplio apartado de documentos, muchos de los cuales se presentaban por primera vez en italiano a los lectores del país transalpino^[11].

No podemos olvidar, en estas breves líneas introductorias, todo el trabajo que Casali ha llevado a cabo durante medio siglo como docente en la Universidad de Bolonia, formando millares y millares de estudiantes en sus asignaturas de Historia Contemporánea, Historia de la Segunda Guerra Mundial y los movimientos partisanos o Historia de España contemporánea, así como de doctorandos, como, entre las decenas y decenas, también quién escribe estas líneas. Evidentemente, una breve introducción biográfica como esta no puede hacer justicia del trabajo de una vida, así que muchas, demasiadas cosas quedan en el tintero, aunque algunas de ellas, como el lector podrá apreciar, van apareciendo en la siguiente entrevista.

8.- Luciano Casali (ed.), *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, FrancoAngeli, 1990.

9.- Luciano Casali, *Fascismi. Partito, società e stato nei documenti del fascismo, del nazionalsocialismo e del franchismo*, Bolonia, CLUEB, 1995.

10.- Luciano Casali, *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Bolonia, CLUEB, 2002.

11.- Luciano Casali, *Franchismo. Sui caratteri del fascismo spagnolo*, Bolonia, CLUEB, 2005

Entrevista

[Steven Forti:] *Volvamos atrás en el tiempo y empecemos, como se suele decir, por el principio. ¿Cómo te has acercado a la historia contemporánea? ¿Quiénes fueron tus maestros? ¿Y qué te han transmitido?*

[Luciano Casali] Aunque mis estudios, mis publicaciones y mis clases en la universidad se han centrado sin duda en la historia contemporánea —es decir, en los siglos XIX y XX—, mi formación tuvo raíces mucho más lejanas y, si tengo que señalar quién fue mi maestro, sólo puedo decir que fue Eugenio Dupré Theseider (1898-1975), sin duda uno de los mayores medievalistas italianos y quizá europeos del siglo XX. De hecho, fue Dupré quien, a través de un seminario al que asistieron entre cinco y seis estudiantes, me enseñó a utilizar las fuentes y, sobre todo, que las fuentes no son sólo las de papel. Todo es una fuente para la historia, pero sobre todo hay que tener en cuenta que las fuentes no documentan la verdad: hay que analizarlas, desmontarlas, interpretarlas y, a menudo, comprobar cuidadosamente la falsedad que contienen. Fue con Dupré con quien realicé mi primera investigación histórica, en 1961, reconstruyendo —o más bien intentando reconstruir— la población que vivía en Florencia en los siglos XIII-XIV. Todavía estaba trabajando desesperadamente las contradictorias fuentes florentinas cuando me embarqué en un segundo seminario y en una segunda investigación. Una vez más, éramos muy pocos (tres, si no recuerdo mal, pero en aquellos años no había muchos universitarios...; en mi curso sólo había un centenar de alumnos de primer año) y, una vez más, el seminario estaba dirigido por otro erudito de gran calidad, Francesco Flo-

ra (1891-1962), profesor de literatura italiana, que me hizo trabajar sobre las cartas de la cárcel de Antonio Gramsci. Se publicaron por primera vez en 1947, pero no fue hasta los años sesenta cuando se convirtieron en un importante referente cultural. Mi tarea consistía en comprobar cómo Gramsci había leído e interpretado a las figuras históricas, empezando por Dante... De nuevo, no se trataba de fuentes tradicionales...

Este trabajo inicial sobre las fuentes, todavía como estudiante, te llevó a los primeros estudios sobre la Resistencia en la provincia de Rávena. ¿Por qué elegiste este tema? ¿Qué dificultades existían entonces para llevar a cabo dicha investigación?

La investigación que tuve que realizar sobre Gramsci me hizo descubrir la Biblioteca Oriani de Rávena, una biblioteca de historia política fundada en 1927, pero muy poco visitada, ya que se consideraba una biblioteca fascista. Y de alguna manera lo era en cuanto biblioteca nacional de cultura fascista. Allí, gracias al director, Francesco Zaccherini, que empezó a interesarse por mí, ya que era casi el único cliente de la biblioteca, se me ofreció la posibilidad de consultar los archivos del Comité de Liberación Nacional (CLN) de Rávena que habían sido abandonados allí, donde se habían celebrado muchas de sus reuniones. Los reorganicé gracias a los consejos del nuevo profesor de historia moderna que acababa de llegar a Bolonia, Lino Marini (1924-2005). Duprè había sido trasladado a Roma y Flora había fallecido, así que me encomendé a Marini, a quien había redescubierto porque, casualmente, había sido mi profesor de historia y filo-



Casali durante la defensa de su tesis de fin de carrera con Lino Marini noviembre 1966 (Fotografía facilitada por el autor).

sofía en el Liceo Clásico de Rávena, antes de ganar las oposiciones universitarias y trasladarse primero a Urbino y luego a Bolonia. Pero, sobre todo, hay que recordar que Marini había sido un partisano garibaldino en el Piamonte (había nacido en Cuneo) y que, independientemente de la disciplina que enseñaba, era aficionado a la historia contemporánea, asignatura que aún no existía en la Universidad de Bolonia. Así fue mi descubrimiento de la historia de la Resistencia, pero fue un descubrimiento que se produjo a través de la gestión de un archivo, el del CLN de Rávena, cuyo catálogo publiqué en 1964^[1], desarrollando un método de gestión de los archivos de la Resistencia, que luego fue adoptado por los Istituti per la storia del Movimento di Liberazione in Italia (Institutos de Historia del Movimiento de Liberación en Italia). En resumen: mi formación fue rica y compleja, pero toda ella se llevó a cabo a través del estudio y la gestión de los archivos, y los archivos siempre han seguido siendo para mí el punto de referencia fundamental para todas mis actividades posteriores de estudio e investigación.

1.- L. Casali, *Il Movimento di Liberazione a Ravenna*.

Este descubrimiento hizo que dedicaras tu Tesis de Final de Carrera a la historia de la Resistencia en Rávena...

Sí, y fue casi automático que eligiera a Marini como director de mi tesis, también porque Marini estaba de acuerdo en que me ocupara de la historia contemporánea, pero sobre todo — gracias a largas discusiones — estaba de acuerdo conmigo en situar las raíces de la Resistencia al final de la Gran Guerra. El título que se depositó fue sobre la Resistencia en la zona de Rávena desde 1918 hasta 1945, y en su centro debía estar la historia social, siguiendo en cierto modo las enseñanzas de la historiografía francesa que encabezaba Marc Bloch y su historia socioeconómica, que en aquellos años era muy discutida en Italia en un intento de superar los viejos esquemas de historización de la historia, ligados al positivismo. Fue un largo proyecto de investigación que, sin embargo, no vio la luz en la tesis, pero que constituyó la base de mis estudios posteriores. De hecho, la redacción de la tesis terminó en 1924, cuando ya había superado las mil páginas mecanografiadas, ya que Marini se negó a seguir leyendo lo que yo estaba escribiendo. Sin embargo, la nota de mi graduación se limitó a 110, sin ninguna distinción: la Comisión debatió encarnizadamente durante más de una hora, mientras yo esperaba, muy nervioso..., fuera del aula. Nunca había sucedido que se necesitara tanto tiempo para decidir la nota de la licenciatura, pero no había nada que hacer: aunque me presenté con una enorme tesis y la publicación de dos libros, seguía teniendo el récord de la Facultad de fracasos en la prueba escrita de latín (siete) y la mía seguía siendo una licenciatura en Literatura... No se me podía premiar con el cum laude y en la comisión, aparte de Marini, por supuesto, estaban los profesores de literatura latina y griega.

Me gustaría que nos hablaras de la figura de Marini. Fue también gracias a él que Bolonia se convirtió en un centro de importancia nacional para el estudio de la historia contemporánea y el fascismo.

Efectivamente, la presencia de Marini en Bolonia fue de gran importancia. En primer lugar, consiguió que la Universidad creara un Grado de Historia Contemporánea y que contratara como profesores a Enzo Collotti (1929-2021), sin duda el mayor experto de Italia en historia de Alemania, a Massimo Legnani (1933-1998), estudioso de la historia de Italia en el siglo XX y director del Istituto nazionale per la storia del movimento di Liberazione (Instituto Nacional para la Historia del Movimiento de Liberación), y a Mariuccia Salvati, que creó la asignatura de Historia de Francia. Se trata de tres estudiosos que hicieron posible que la enseñanza y los debates sobre los acontecimientos de los fascismos europeos fueran centrales en Bolonia. Evidentemente faltaba España... y yo —Marini me había confiado la enseñanza de la Historia de la Segunda Guerra Mundial y de los movimientos partisanos— empecé a interesarme por ella poco a poco. El cuadro quedó prácticamente completo y las reflexiones sobre los fascismos europeos tuvieron en Bolonia su principal punto de discusión y profundización, en Italia y fuera de ella.

Además del impulso que dio a nivel universitario con la creación del Grado de Historia Contemporánea, el papel de Marini también es importante por otra cuestión. En 1973 fue nombrado director de la entonces llamada Deputazione Emilia-Romagna per la Storia della Resistenza e della Guerra di Liberazione. ¿Cómo renovasteis los estudios sobre la Resistencia en Italia? ¿Cuáles fueron las dificultades y los obstáculos que encontrasteis en su momento?

Gracias a las elecciones que hizo Marini, la Deputazione se alejó del estrecho alcance de los estudios sobre la Resistencia, confinados a los veinte meses de la lucha armada, dando al fenómeno un alcance a más largo plazo muy necesario, como la historiografía había sugerido durante mucho tiempo. Y no sólo eso. Hasta entonces, los estudios sobre el antifascismo se habían encomendado casi exclusivamente a viejos luchadores convertidos en historiadores: sobre todo Luigi Arbizzani y Luciano Bergonzini. Marini abrió espacio a las nuevas generaciones y, por tanto, a una nueva forma de estudiar y escribir: Dalla Casa, Casonato, Scagliarini, así como yo mismo y Gagliani. Y no sólo eso: a instancias mías, se abrió un espacio en la Deputazione para organizar la colección de material de archivo relativo a ese periodo, que hasta entonces había quedado confinado en los domicilios de los protagonistas, y se empezó a crear una biblioteca que, en poco tiempo, se convirtió en un punto de referencia de importancia regional, y más allá de la sola región Emilia-Romana, para el estudio del fascismo y el antifascismo. La multidisciplinariedad y la interdisciplinariedad se convirtieron en un punto de referencia que caracterizó a la Deputazione y a sus debates con la colaboración de, entre otros, Lucio Gambi, Ezio Raimondi, Marzio Barbagli, Ettore Rotelli, Carlo Poni, Andrea Battistini, Giorgio Rochat, Roberto Ruffilli... En resumen: nos reuníamos a menudo y discutíamos mucho. La Deputazione se convirtió cada vez más en un lugar de referencia, incluso a nivel nacional. Aquí se celebraron las reuniones que congregaron a todos los estudiosos italianos de la historia de España y aquí prácticamente nació la revista *Spagna Contemporanea*, aunque fue patrocinada por el Instituto Salvemini de Turín. En definitiva, el Departamento de Historia de la Universidad y la Deputa-



Casali y Carme Molinero en 2003 (Fotografía facilitada por el autor).

zione consiguieron que Bolonia y la Emilia se convirtieran en un centro de discusión y profundización, pero sobre todo que la historia comparada fuera el centro de mi/nuestra atención.

Me gustaría detenerme un momento en los estudios sobre la Resistencia. Como has mencionado, en aquellos años te centraste principalmente en dos cuestiones. Por un lado, superar la visión restringida, cronológicamente hablando, de la Resistencia al periodo 1943-1945. Por otro, la necesidad de mostrar la importancia de la contribución campesina. ¿Qué significado tenía profundizar en estos dos temas? ¿Qué resistencias encontraste?

Yo diría que lo más importante fue desplazar el foco del estudio al campo. El operariado había sido el punto de referencia básico para el pensamiento y la actividad política de la izquierda italiana, incluso para una región —como la Emilia Roma-

ña— en la que no había fábricas: fueron los obreros los que dictaron las líneas de la resistencia al fascismo y los campesinos simplemente siguieron su ejemplo. Si se observan los acontecimientos, lo que aparece en cambio es una profunda autonomía de comportamiento por parte de los jornaleros y aparceros; estas categorías se habían comprometido en la lucha antifascista para superar los contratos feudales y conquistar el liderazgo político y social. No habían copiado el carácter de la lucha de los obreros. Al contrario. Poner el campo en el centro de los estudios significó también cambiar profundamente el pensamiento político y la dirección de la vida política regional (y de otros lugares). Y como se puede comprender, no era algo fácil de hacer, también porque poner el campo en el centro del pensamiento significaba también poner las raíces de la resistencia en aquellos años posteriores a la Primera Guerra Mundial en los que el campo había estado en el centro de las lu-

chas políticas y los nuevos contratos que se habían firmado entonces podían ser reivindicados veinte años después como momentos avanzados de la vida política y social. En resumen: poner el campo en el centro de los estudios de la Resistencia significó cambiar profundamente la actividad política de los partidos regionales de izquierda...

Volviendo a la experiencia de la Deputazione, hay una cuestión que me parece central: el compromiso cívico y social de esta experiencia. Y, en definitiva, de tu trayectoria como historiador. Algo que hoy en día, según algunos, sería inconcebible porque desvirtuaría la objetividad de la investigación. ¿Qué ha supuesto todo esto para ti? ¿Qué peso ha tenido el compromiso cívico, social y político en tu carrera como historiador?

Como ya he dicho, estudiar la Resistencia de una manera nueva significaba también cambiar el centro del pensamiento político de la izquierda, leyendo e interpretando cuidadosamente el pensamiento de Gramsci y, en cierta medida, de Togliatti. De este modo, y no por casualidad, muchos de los jóvenes historiadores no podíamos eximirnos de la actividad política directa. Yo, por ejemplo, fui durante muchos años concejal en Russi y estuve entre los dirigentes del propio Partido Comunista regional, como miembro de la Comisión de Cultura. Durante algún tiempo también fui miembro del Comité Científico del Istituto Gramsci a nivel nacional.

Me gustaría abrir un paréntesis pensando en los años venideros. ¿Habrías pensado entonces que desde los años noventa, con el fin de la Primera República y el advenimiento del berlusconismo, la pregiudiziale antifascista, pilar de la República Italiana, y el significado de la Resistencia serían tan duramente cuestionados?

Sin duda, ese culto al antifascismo y a la Resistencia que sentó las bases de nuestra Carta Constitucional y que estuvo en el centro de los estudios de los años ochenta y noventa del siglo pasado —de los estudios que realizamos entonces en Bolonia y en otros lugares— no parece tener hoy el espacio adecuado. Pero aquí el discurso se volvería mucho más complejo... y sobre todo, además de preguntarse por qué renacen hoy partidos y movimientos que la política define como fascismos, convendría tratar de entender por qué el neofascismo encuentra tanto consenso electoral.

Al respecto, como sabes, hay un gran debate sobre cómo definir la nueva extrema derecha. Has dedicado tantos años de tu investigación a los fascismos europeos de entreguerras. ¿Cómo analizas el fenómeno actual? ¿Estamos ante unas nuevas formas de fascismo?

En la actualidad, el debate político ha llevado a hablar de un nuevo fascismo y ha vuelto a poner en circulación el término fascismo, atribuyéndolo no sólo a los partidos italianos de Giorgia Meloni y Matteo Salvini, sino también a otros numerosos partidos y movimientos europeos: en Francia, Polonia, Hungría y España. Estoy convencido de que, si políticamente podemos utilizar ese término, históricamente sólo podemos hablar de fascismo en relación con los años veinte y treinta. Como tú mismo escribiste, «la Liga, Alternativa para Alemania, el Partido de la Libertad holandés, la Agrupación Nacional o Fidesz no son el partido milicia fascista de la época de entreguerras. No quieren encuadrar a la sociedad, instaurar un régimen autoritario unipartidista, construir un ‘hombre nuevo’ o crear una religión política. No tienen un pro-

yecto imperialista en política exterior»^[2]. Sobre todo, hay que considerar que estos nuevos fascismos no se oponen explícita y declaradamente a la democracia, como era el caso de los fascismos del siglo pasado: atacan a la llamada democracia liberal, acusándola de no ser democrática, es decir, de estar separada y alejada de la voluntad del pueblo. Esto también significa que no podemos llamarlos simplemente fascismos.

Volvamos atrás en el tiempo. Las lecturas e investigaciones que realizaste en los años setenta sobre el fascismo italiano y europeo, así como sobre la Resistencia, te llevaron a reflexionar sobre la cuestión del consenso. Los estudios de Renzo De Felice pusieron la cuestión en primer plano en aquellos años. Un artículo tuyo de 1981 dio un vuelco completo a la cuestión. Más que de consenso, propusiste con cierta provocación, ¿deberíamos hablar entonces de disidencia masiva, aunque no siempre explícita?

Ese artículo era deliberadamente provocador: sin duda hubo consenso para el fascismo y en esto De Felice tenía razón. Pero no se podían pasar por alto elementos profundos de disidencia y, sobre todo, no se podía olvidar que —a pesar de la aceptación de las normas del régimen— las conquistas obtenidas tras la Gran Guerra no se habían borrado de la memoria colectiva. Del fascismo se aceptaba sobre todo el potencial de mejora de la sociedad, y cuando, con el estallido de las guerras a mediados de los años treinta, se impuso una dirección de la sociedad en la que no aparecían mejoras, el consenso se convirtió rápidamente en una disidencia explícita.

Antes has explicado cómo te interesaste por el estudio de la historia de España. En aquella época era difícil, o quizás directamente imposible, hablar de una escuela hispanista italiana. Además, en Italia el interés por la historia de España, un país tan cercano y a la vez tan lejano, se centraba esencialmente en la Guerra Civil. ¿Por qué costaba tanto mirar más allá de ese acontecimiento?

En Italia, el estudio de la historia de los siglos XIX y XX se reservaba con demasiada frecuencia a la historia nacional, en parte porque los archivos no ofrecían ningún material después de la unificación nacional. En otras palabras, los estudiosos buscaban ahondar en las razones de nuestra historia y por ello, en lo que respecta a España, se limitaron a comprobar la presencia de italianos en la península ibérica. Basta con repasar la lista de publicaciones de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial para darse cuenta de que se publicó muy poco sobre los países cercanos a nosotros y con los cuales mantuvimos fuertes relaciones. ¿Qué sabíamos de Francia, de Portugal, de Yugoslavia o de la propia Alemania? Abrirnos a la historia comparada como hicimos en Bolonia significó que, por fin, empezamos a conocer, ¡y a enseñar!, la historia del mundo, y los Erasmus nos ayudaron en ello al permitirnos enviar estudiantes a otras universidades europeas durante un año. Pudimos firmar casi un centenar de acuerdos con otras universidades, lo que significó no sólo que nuestros estudiantes viajaran por Europa y más allá, sino que otros tantos vinieran a Bolonia. En resumen: se empezó a estudiar realmente la historia.

Tras organizar en 1987 el congreso «Per una definizione della dittatura franchista», en los años noventa y dos mil continuaste tus investigaciones sobre el franquismo. Primero

2.- Steven Forti, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatir*, Madrid, Siglo XXI de España, 2021, p. 81.



Casali durante uno de los cursos de Historia Contemporánea en la Academia Militar de Módena (Fuente: fotografía proporcionada por el autor).

mostrando la utilidad de una visión comparativa con los casos italiano y alemán, y después profundizando en el estudio del caso ibérico. En 2002 dedicaste una monografía a la figura de Ramiro Ledesma Ramos y en 2005 un estudio, que yo calificaría de definitivo, sobre las características del fascismo español. ¿Cuál era tu objetivo, si podemos llamarlo así? ¿Intentar demostrar, superando la interpretación de Linz y otros, muy en boga en la época, que el franquismo era la declinación española del fascismo europeo?

No se trataba simplemente de superar la interpretación de Linz, y de muchos estudiosos españoles. Lo que me interesa, e interesaba a mis colegas boloñeses, era hacer una historia comparada, y bastó con comparar las distintas historias nacionales para darse cuenta de que existían relaciones muy profundas entre los distintos países, mucho más de lo que se había hecho hasta aquel entonces en los estudios. Leyendo los

escritos de Ledesma Ramos, por ejemplo, era imposible no darse cuenta de que Ramiro había conocido y estudiado las raíces del fascismo italiano y alemán; José Antonio no había llegado por casualidad a Italia y se había puesto en contacto con Mussolini, e incluso había sido financiado por el Duce.... En resumen: para entender mejor el fascismo italiano era necesario estudiar todos los fascismos de forma comparativa.

Por cierto, hablando de fascismo e historia de Italia: a principio de los años noventa, impartiste durante un lustro unos cursos de historia contemporánea en la Academia Militar de Módena. ¿Podrías hablarnos de esa experiencia?

La verdad es que se trata de algo realmente interesante, también para entender el giro político-cultural de nuestras fuerzas armadas en aquellos años. Me llamaron —y esto es interesante!— para impartir

cursos de historia contemporánea sobre el fascismo (60 horas) con un examen final, para que los futuros oficiales del ejército italiano estuvieran bien preparados en la materia. La disciplina se convirtió en fundamental: bastaba con suspender el examen de Historia Contemporánea (¡precisamente sobre el fascismo impartido por mí!) para ser excluido de la Academia Militar y, por tanto, de la carrera militar. Fue un punto de inflexión muy importante para la preparación de los futuros oficiales del Ejército. Creo que algunos de mis alumnos de entonces son ahora coroneles o quizás ya generales. Puede ser divertido saber que cuando el comandante general de la Academia me pidió que enseñara, le dije que no, que la cosa, sin duda aburrida, no me interesaba. Y el general me dijo: «¿Cómo? El ejército italiano pide a un comunista que enseñe historia a los futuros oficiales, ¿y tú dices que no?» ¡Tuve que aceptar!

Aunque el fascismo ha sido el centro de tus intereses desde principios de los años ochenta, nunca has abandonado las investigaciones sobre la Resistencia. Pienso, por ejemplo, en tus estudios sobre la familia Cervi³. Ya han pasado más de cincuenta años desde que diste tus primeros pasos en ese campo de investigación. ¿Qué ha cambiado en este medio siglo? ¿Cómo se estudia hoy la Resistencia? ¿En qué dirección hay que ir?

Al leer lo que he escrito sobre los hermanos Cervi, queda claro, al menos eso espero, que se trata de una historia global, de la familia, de la mentalidad, de la vida cotidiana. Ciertamente los siete hermanos eran campesinos, pero no se trata de una historia de simples hombres del campo y

agricultores que actuaron como antifascistas. Me parece que la mayoría de las historias que se escriben hoy en día son reconstrucciones del comportamiento, de la mentalidad, de la vida cotidiana. No cabe duda de que se ha construido un mito sobre esos personajes, se les ha representado como héroes. Pero me parece que lo que estamos escribiendo hoy consigue sobre todo hacernos comprender la cotidianidad de la existencia y los siete hermanos Cervi, como los he contado, o como me hubiera gustado contarlos —espero haberlo conseguido—, son gente corriente y es su cotidianidad la que les convierte en líderes y protagonistas de la Resistencia. Esta —me parece— es la nueva forma de estudiar y escribir hoy en día. O al menos es la que debería hacerse...

Pensando en el pasado y mirando al futuro, me gustaría concluir esta entrevista con dos últimas preguntas. En primer lugar, ¿qué ha cambiado en tantos años? ¿Qué crees que falta actualmente en nuestro ámbito de estudios?

Lo que me parece importante sobre todo es que los lugares de los debates y las comparaciones entre estudiosos se han reducido, que los nuevos estudiosos dedican menos espacio a la historia comparada e internacional. Creo que incluso una revista como *Spagna Contemporanea* debería abrir espacios de investigación que tuvieran más en cuenta tanto la long durée como la comparación entre los acontecimientos ibéricos y europeos e incluso no europeos. Al fin y al cabo, deberíamos reunirnos más a menudo y reflexionar no sólo sobre cómo componer los números de la revista, sino también sobre cómo estudiar de forma diferente los acontecimientos que, de alguna manera, tienen que ver con el hispanismo.

3.- Luciano Casali, «Il trattore e il mappamondo. Storia e mito dei fratelli Cervi», *Storia e problemi contemporanei*, 47 (2008), pp. 125-138 e Id., «Introduzione», en Alcide Cervi, *I miei sette figli*, Turin, Einaudi, 2010, pp. V-XXXII.

En segundo lugar, ¿cuál es para ti la función del historiador hoy en día? En un mundo marcado por la posverdad y la bulimia informativa, por la difusión de fake news y teorías conspirativas, por un peligroso revisionismo cada vez más generalizado, ¿qué función tiene o debería tener la historia?

Sería un discurso muy largo... Tengo la clara impresión de que los políticos y los medios de comunicación no leen a los historiadores y no parten de un conocimiento histórico de los acontecimientos. Si observamos, por ejemplo, los recientes aconteci-

mientos relacionados con Ucrania, la invasión rusa, el comportamiento de los países vecinos, tengo la convicción de que nuestros medios de comunicación no conocen en absoluto lo que se ha publicado sobre la historia en el siglo XX de Ucrania, Polonia, Hungría, Rumanía, Turquía, y el porqué de determinados comportamientos. La información que se ofrece a los oyentes de radio y televisión no se basa en el conocimiento de los porqués, sino simplemente en una crónica superficial de los acontecimientos. No es sólo revisionismo lo que circula: es ignorancia absoluta...

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



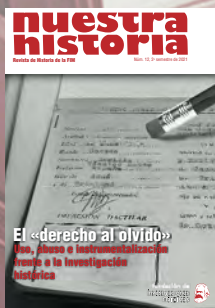
núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022

fundación de
investigaciones
marxistas



transform!
europe

Tim Mason y el estudio del fascismo

Ismael Saz

Universitat de València

Reeditar ahora un trabajo casi póstumo del historiador marxista británico Tim Mason (1940-1990)^[1], como es el que aquí se reproduce, podría parecer un poco fuera de tiempo, fuera de contexto, aunque como veremos se podría afirmar justamente lo contrario para reivindicar la capacidad clarificadora de este, como de otros entre los más conocidos ensayos de Mason.

Son muchas las razones para que podamos considerarlo así. Y la primera de ellas se refiere al propio Mason y al calado de sus contribuciones fundamentales para el conocimiento de la Alemania nazi, en sus estructuras de poder y en sus derivas políticas e ideológicas, en las dialécticas entre las dinámicas económicas y las contradicciones sociales, en el encadenamiento de todos los factores que condujeron a la radicalización de la política exterior nazi hasta la segunda guerra mundial y el sucesivo genocidio.

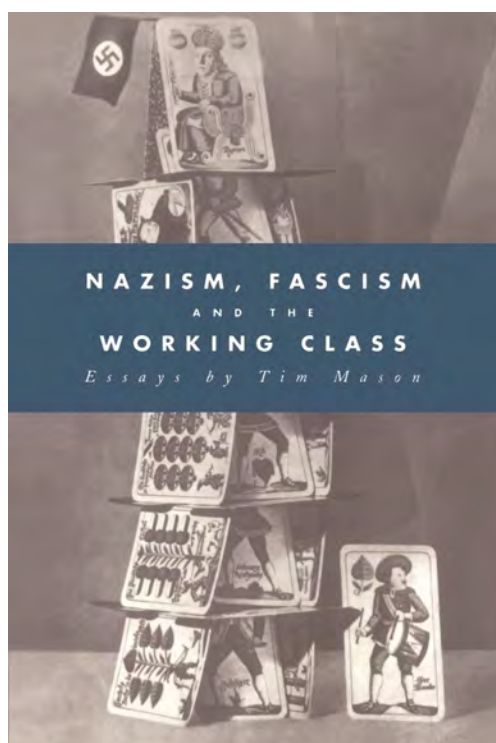
Todo lo anterior está presidido en la obra de Mason por dos aspectos que van de la mano, cuales son la honestidad des-

de el punto de vista historiográfico y una profunda conciencia del inalienable compromiso moral con las gentes que sufrieron y lucharon en aquellas décadas, con esas gentes que hicieron y padecieron su propia historia. En este sentido, vale la pena recordar la explícitamente asumida influencia de E. P. Thompson. Como también la de Franz Neumann en su pionero análisis sobre las estructuras de poder en la Alemania nazi. Se trata de dos referentes del mejor, más innovador y menos dogmático de los marxismos.

Muchas son las contribuciones de Mason al conocimiento de la Alemania nazi, y no faltan entre ellas algunas especialmente polémicas, como las relativas al modo en que establece una vinculación directa entre una tal vez sobrevaluada crisis política interior y la deriva hacia la guerra. Pero incluso en estos casos sus tesis se convirtieron en un poderoso estímulo para la investigación y los avances de la historiografía sobre la Alemania nazi.

Sobre la Alemania nazi, en efecto, porque este era objeto de la preocupación y la subsiguiente investigación de nuestro autor, sin que aparentemente el fascismo en su sentido más amplio encontrase eco

1.- Para un análisis más detallado de las aportaciones y la trayectoria de Mason es muy útil Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 162-176.



en sus estudios. No era el caso en absoluto. Sus conocimientos y preocupación por lo que hoy llamaríamos *fascismo genérico* estaban bien presentes en su formación y en la base de sus estudios, por más que un prurito de prudencia pudiera aconsejarlo no desarrollarlas explícitamente.

Pero es por esa misma razón, precisamente, por la que los estudios de Mason sobre la Alemania nazi adquirieron unas dimensiones que trascendían ampliamente el caso alemán para proyectarse como contribuciones fundamentales para el conocimiento del fascismo mismo. En primer lugar, su temprano trabajo (1966), «The primacy of politics. Politics and economics in National Socialist Germany»^[2], en el cual

2.- Tim Mason, «The primacy of politics. Politics and economics in National Socialist Germany», en Stuart J. Woolf (ed.), *The Nature of Fascism*, 1968 (existe versión en castellano: «La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista», en S. J. Woolf (ed.), *La na-*

se recupera y desarrolla la mejor tradición marxista, empezando por el propio Marx en su *18 Brumario de Luis Bonaparte*, para constatar que la atención a las bases económicas y a la lucha de clases no excluyen, más bien al contrario, la autonomía, o, por decirlo con Mason, «el primado de la política» en determinadas circunstancias y condiciones.

Si, como decimos, esta perspectiva del primado de la política trasciende, más allá de lo que el propio Mason pudiera pensar en ese momento, la experiencia alemana, lo mismo puede decirse del segundo trabajo al que nos referimos, su «Intention and explanation. A current controversy about the interpretation of National Socialism»^[3], una auténtica e imprescindible guía para conocer uno de los debates más importantes y de mayor calado en la historiografía alemana. Examinar como lo hace el problema de la articulación de las bases ideológicas (*intencionalistas*) y las estructuras de poder (*funcionalistas*) vuelve a suponer una aproximación abierta y flexible en línea, una vez más, con el mejor de los marxismos.

El tercero de los trabajos a que nos referimos, el que aquí se reproduce, constituye en cierto modo una culminación de su propia andadura historiográfica, así como una profunda reflexión acerca de la evolución de los estudios sobre el fascismo^[4]. Aquí sí,

turaliza del fascismo, México, 1974, pp. 171-197). Una versión previa había sido publicada en alemán en 1966. Más adelante la versión inglesa ha sido publicada asimismo en la recopilación de textos de Mason editada por Jane Caplan (ed), *Tim Mason, Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge University Press, 1995.

3.- Tim Mason, «Intention and explanation. A current controversy about the interpretation of National Socialism», en Gerhard Hirschfeld, Lothar Kettenacker, (eds.), *The «Führer State». Myth and Reality, Studies on the Structure and Politics of the Third Reich*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1981, pp. 23-40.

4.- El texto «¿Qué ha pasado con el fascismo?» se publicó originalmente como Tim Mason, «Whatever happened to fascism?», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holmes and Meier, 1993.

en el que iba a ser un trabajo póstumo, el problema del fascismo ocupa el lugar central. Lo hace para lamentar lo que él considera un debilitamiento, una postergación, del concepto mismo de fascismo o de los enfoques teóricos al respecto. Lo hace también para preguntarse por las causas de este retroceso y para apuntar en fin las posibles vías de salida.

Podría decirse que un trabajo publicado en 1991, un año después del fallecimiento del autor, podría estar superado dada la amplia eclosión de los estudios sobre el fascismo, generales o específicos desde la década de los 90 del pasado siglo hasta el presente. Pero sería una percepción errónea. Primero, porque muchas de las reflexiones que acompañan a esta constatación de Mason mantienen toda su validez. Y, segundo, porque las alternativas que plantea siguen siendo plenamente válidas.

En efecto, lo que constataba es que los cambios culturales y políticos de los años sesenta, el desarrollo de los estudios feministas y, sobre todo la creciente importancia de las aproximaciones en términos raciales y biológicos, habrían terminada por relegar a un segundo plano las perspectivas generales sobre el fascismo. Pero esto no implicaba, o, mejor, no tenía por qué implicar, dicho retroceso, aunque sí demostraría las carencias y rigideces de las propias teorías sobre el fascismo a la hora de incorporar aquellos aspectos que los nuevos estudios permitían sacar a la luz. En breve, los estudios feministas podían mostrar las insuficiencias de la teoría, pero podían constituir al mismo tiempo una palanca formidable para su renovación.

Con todo, lo que parece estar en el centro de las reflexiones y las preocupaciones de nuestro autor es una vez más el caso alemán. Y por aquí constata como la cuestión racial y eugenésica se erige en una especie

de muro que separa de modo poco menos que absoluto el nazismo del fascismo. Es verdad que, como decimos, esto no ha impedido que se hayan desarrollado los estudios sobre el fascismo genérico, pero no está tan claro que esta superación se haya dado en la misma medida en la propia Alemania. Y, aun así, no hay que olvidar que el paradigma del totalitarismo sigue funcionando como una especie de paraguas que con la extrapolación del racismo biológico desliga la experiencia nazi de la del fascismo... para reincidir en la vieja y manoseada compañía del comunismo.

Las respuestas de Mason vienen a mostrar, como decimos, vías de salida fundamentales. La primera de ellas, de clara aplicación para el presente, es que la teoría sobre el fascismo es necesaria, que el concepto es imprescindible y que, tal vez, los críticos actuales del «fascismo genérico», confunden el tiro cuando quieren ver esencialismo idealista en todas –y no solo en algunas– las aproximaciones en clave general y conceptual. La segunda, tiene también un gran calado, precisamente por tratarse de un especialista casi exclusivo de la Alemania nazi. Tal es que la comparación entre las experiencias italiana y alemana –una comparación que, nos recuerda, no es lo mismo que la homologación– es absolutamente imprescindible para el conocimiento del fascismo, en general, y del propio nacionalsocialismo en particular. De ahí, en fin, su llamada a huir de todo provincialismo (alemán) y de hacerlo con la contundencia que lo hace: hace bien lo mejor de la historiografía y de las ciencias sociales alemanas cuando se oponen radicalmente a las identificaciones del nazismo con Stalin o Pol Pot, pero no tanto cuando una sombra de provincialismo les lleva a olvidar que el nazismo forma parte de algo más amplio: el fascismo.

¿Qué ha pasado con el «fascismo»?*

Tim Mason

Me gustaría argumentar en las notas que siguen que, a finales de los años ochenta del siglo XX, intentar «reevaluar» el Tercer Reich requiere una perspectiva historiográfica algo más amplia que la presentada por la mayoría de las ponencias y discusiones en el congreso de Filadelfia. Se podrían plantear muchas y diferentes cuestiones en este sentido, pero quiero limitarme solo a una, porque me parece la más difícil y problemática. Se trata de la desaparición de las teorías, o de los conceptos articulados, sobre el fascismo en la investigación y en la bibliografía sobre el Tercer Reich en los últimos doce años más o menos. En la nueva bibliografía (fuera de la RDA), el término, si se utiliza, aparece con un sentido vagamente descriptivo, desprovisto de bagaje teórico^[1].

*Este breve ensayo se basa en los comentarios realizados por Mason en la sesión final del Congreso «Reevaluating the Third Reich», celebrado en la Universidad de Pensilvania en abril de 1988. El texto final fue redactado por Mason y las notas a pie de página se han completado, en la medida de lo posible, a partir de las referencias abreviadas de ese texto. Las ponencias del congreso se han publicado en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holmes and Meier, 1993. [N. E. NH: Esta traducción al castellano ha sido realizada por Mónica Granell Toledo a partir de la versión antes citada, con apoyo del proyecto PGC2018-099956-B-I00, financiado por MCI/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER Una manera de hacer Europa. El texto de Mason había sido publicado por primera vez en *Radical History Review* (49), 1991].

Creo que esto supone un cambio enorme, tanto en la conceptualización del nacionalsocialismo como en la dirección de las nuevas investigaciones. Este cambio no debe pasarse por alto, como si la teoría del fascismo se hubiera desvanecido, sino que exige algún tipo de balance, para el que estas observaciones constituyen una primera y fragmentada contribución. Mi postura sobre las cuestiones implicadas es lo suficientemente confusa como para intentar escribir sobre ellas sin actuar de manera interesada. Aunque consideraba que los debates sobre el fascismo de los años sesenta y setenta habían favorecido el análisis del nazismo (véase más adelante), nunca he participado activamente en ellos; nunca he podido librarme de las dudas conceptuales básicas ni de la confusión en torno al *capital*, y siempre he pensado que faltaba una dimensión comparada en las obras que trataban el fascismo alemán. Por esta razón, he preferido utilizar en general los términos nacionalsocialismo o Tercer Reich. Esto es así incluso para la idea de la «primacía de la política», que constituye en sí misma un instrumento muy contundente para un análisis teórico del fascismo^[2].

1.- Véase, por ejemplo, Lutz Niethammer (ed.), *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1980*, Berlín, Dietz, 1983, 3 vols.

2.- Tim Mason, «The Primacy of Politics. Politics and Economics in National Socialist Germany», en J. Caplan (ed.):

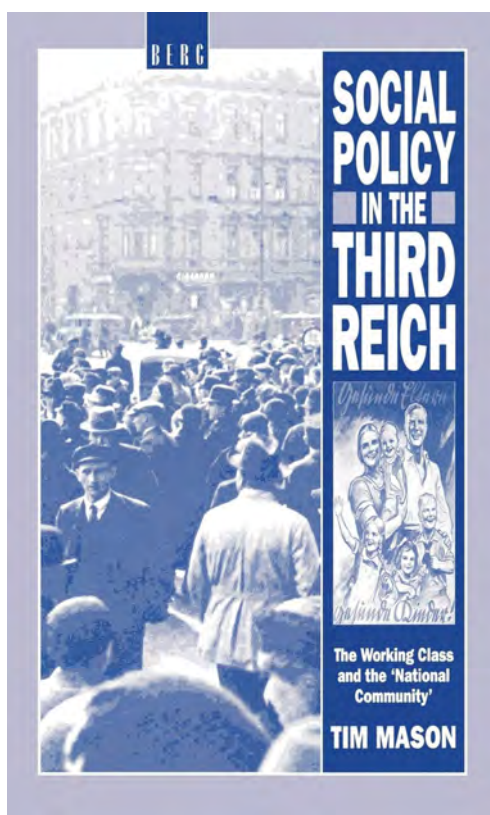
La idea de que las teorías del fascismo eran posibles y esenciales gozó, en otra época, de un amplio consenso. Un examen completo de la bibliografía estaría aquí fuera de lugar, pero los especialistas liberales y «apolíticos» estuvieron durante un tiempo ampliamente representados en los debates. Estos debates parecen estar ahora estrechamente vinculados a los escritos de tendencia marxista de Kühnl, Kitchen y el círculo de *Das Argument*^[3], pero hay que recordar que quienes editaron y contribuyeron en la *Reader's Guide to Fascism* y en el impresionante *Who were the Fascists?*^[4] también tenían un fuerte compromiso con este tipo de enfoque, aunque tuvieran poco ver, intelectual y políticamente, con los estudiosos marxistas de estos problemas. *The Nature of Fascism*^[5], por recurrir a otro libro ecléctico, ofrece una prueba más, en caso de que fuera necesario, del atractivo que el concepto tuvo entonces. Sin embargo, a finales de los años ochenta, estas certezas (y mis viejas incertidumbres) parecen obsoletas: la mayor parte de las interesantes aportaciones que se han hecho últimamente se refieren de manera específica a Alemania,

Nazism, Fascism and the Working Class, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 53-76.

3.- Reinhard Kühnl: *Formen burgerlicher Herrschaft. Liberalismus-Faschismus*, Reinbek, Rowohlt, 1971; *Idem* (ed.): *Texte zur Faschismussdiscussion. Positionen und Kontroversen*, Reinbek, Rowohlt, 1974; *Idem*: «Probleme einer Theorie über den internationalen Faschismus», *Politische Vierteljahresschrift*, 16 (1975), pp. 89-121; Martin Kitchen: *Fascism*, Londres, MacMillan, 1976; *Das Argument*, revista marxista publicada en Berlín occidental desde los años sesenta; para los debates de los años sesenta sobre el fascismo, véanse especialmente los números 30, 32, 33, 41, 43 (1964-1967).

4.- Walter Laqueur (ed.): *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth, Wildwood House, 1976; S. U. Larsen, B. Hagtvet y J. P. Myklebust (eds.): *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980.

5.- S. J. Woolf (ed.): *The Nature of Fascism*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968 [Trad. esp.: *La naturaleza del fascismo*, México, Grijalbo, 1974].



el nazismo y el Tercer Reich, y se centran, por una parte, en la relación entre las estructuras institucionales y el diseño de políticas, y, por otra, en la política biológica (racismo y eugenesia). Así, las peculiaridades más extremas del nazismo alemán han llegado a dominar lenta y silenciosamente nuestras preocupaciones morales, políticas y profesionales. Cuando se hacía referencia al fascismo en el congreso de Filadelfia, parecía tratarse de un asunto muy anticuado. Esto no supone un desarrollo orgánico de una línea de investigación histórica, sino más bien un cambio fundamental de paradigma.

En primer lugar, me gustaría considerar qué elementos del debate del fascismo merecen ser recuperados y mantenidos en circulación y en constante vida intelectual. A continuación, me parece oportuno especu-

lar sobre las razones por las que este debate se ha ido desvaneciendo. Por último, es necesario señalar cómo podemos avivarlo o, mejor dicho, cómo podemos relanzarlo de una forma totalmente nueva.

1. El primer éxito importante del debate sobre el fascismo fue la recuperación de una gran cantidad de obras contemporáneas (años veinte y treinta), marxistas y neomarxistas, sobre el tema. Tanto si ahora nos interesamos por los movimientos y los regímenes, como si lo hacemos por la resistencia de izquierdas hacia ellos, las obras a las que hacemos referencia son demasiado importantes como para que pasen de moda. En segundo lugar, el debate situó las relaciones de clase y las relaciones entre clase y Estado en el centro de la escena. Muchos historiadores nunca han considerado pertinentes estas cuestiones, por lo que se han visto obligados a escribir largas y fructíferas monografías en defensa de sus tesis; y algunos antiguos teóricos del fascismo han llegado a dudar de que el centro de la escena sea el lugar adecuado para estos asuntos. Sin embargo, yo diría con toda rotundidad que estas cuestiones no deberían ser marginadas cuando se buscan nuevos temas de investigación. Un ejemplo destacado de las formas en que el viejo aparato conceptual puede vincularse de manera fructífera y discreta con la nueva investigación empírica de la historia de la sociedad y de las ideologías es el libro de Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter*^[6]. Las relaciones de clase y entre clase y Estado también exigen ser incluidas constantemente y desde un punto de vista crítico en los estudios en los que no pare-

cen ser cruciales, donde no son el motor de la historia —estudios de género, estudios de casos en el ámbito local, etcétera—. La actual oleada de dudas sobre el marxismo, y dentro de él, tiene muchas justificaciones, pero ninguna debería llevar a un abandono total de las *cuestiones* básicas. Sin embargo, muchas de las respuestas fascistas necesitarían ser radialmente revisadas o abandonadas.

2. El declive del paradigma fascista no es fácil de trazar. Veo pocos indicios explícitos que sugieran que los ataques perpetrados de manera prolongada, aguda y exhaustiva contra este paradigma por parte de estudiosos liberales y conservadores como H. A. Winkler, H. A. Turner y K. D. Bracher hayan tenido un efecto persuasivo considerable —quizá el debate fue demasiado conflictivo como para que pudieran darse «conversiones»^[7]—. A nivel puramente intelectual, me parece, más bien, que la teoría del fascismo se encontró en tres callejones sin salida dentro de su propio marco conceptual con respecto al progreso de la investigación empírica. El primer callejón sin salida fue autoinfligido, en el sentido de que los teóricos del fascismo realizaron un trabajo empírico poco sólido en su propio campo de estudio, es decir, en la economía política del periodo 1928-1945; el territorio que se consideraba crucial se dejó, mayoritariamente, a la investigación de otros estudiosos, mientras que cuestiones secundarias, como la estética fascista y la «fascistische Öffentlichkeit» (la esfera pública

6.- Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlin, Dietz, 1985. Véase también el amplio estudio de este mismo autor sobre la mano de obra extranjera. *Idem: A History of Foreign Labor in Germany 1880-1950*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1990.

7.- Véanse especialmente H. A. Winkler, *Revolution, Staat, Faschismus. Zur Revision des historischen Materialismus*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1978; Henry A. Turner Jr. (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, New Viewpoints, 1975; Karl Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen. Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, München, Piper, 1976; e *Idem, The Age of Ideologies*, Londres, Methuen, 1985 [Trad. esp. *La era de las ideologías*, Buenos Aires, Belgrano, 1989].

fascista), suscitaron un interés paralelo, al menos, en la izquierda. El segundo callejón sin salida fue el racismo nazi, que no se estudió de forma sistemática; esta cuestión siempre ha amenazado con destruir los conceptos genéricos del fascismo y su tratamiento, bastante incierto, explica en buena medida por qué los trabajos alemanes sobre el fascismo recibieron tan poca atención por parte de la izquierda en Italia. Esto nos lleva al tercer callejón sin salida: la debilidad global del debate en términos de trabajo empírico comparado. Un debate sobre estos temas, que no se refiriera continuamente a Italia, Francia, Rumania o incluso Gran Bretaña, estaba destinado a dar vueltas sobre sí mismo en círculos concéntricos cada vez más reducidos.

Estas restricciones y limitaciones intelectuales no eran, en absoluto, triviales, pero tampoco tenían un carácter terminal —los trabajos *podrían* haber ampliado gradualmente su base y haber seguido desarrollándose—. Por lo tanto, me inclino a pensar que las razones decisivas del declive del paradigma del fascismo se encuentran en otra parte, es decir, en cambios más amplios de la cultura política. Lo primero que hay que señalar aquí es el lento declive y la fragmentación de los movimientos de 1968. El fascismo era un concepto muy presente en estos movimientos, especialmente en Alemania, donde la gente joven se enfrentaba a la generación de sus padres, ahora en el poder, que no se había resistido a los nazis y que no había hablado abiertamente con sus hijos sobre el Tercer Reich^[8]. Se considera que el 1968 alemán fue un movimiento antifascista trágicamente tardío (y, por tanto, hasta cierto punto, mal concebido), no solo a la hora de oponerse a la generación de los padres, sino también respecto

a aprender de sus terribles errores políticos y extraer de ellos un balance positivo. El fascismo, tal como recuerdo de muchas discusiones en Berlín en los años sesenta, no era solo una época que había terminado en 1945, sino que también fue algo que los democristianos y el ala derechista de los socialdemócratas estaban intentado restablecer *entonces* de una manera menos bárbara —«die formierte Gesellschaft» (sociedad planificada) de Ludwig Ehrhard y Rüdiger Altmann, las fuerzas policiales militarizadas de Berlín occidental, etcétera—. Sin embargo, el SPD se hizo con el control del gobierno nacional, se produjo una marcada liberalización y el movimiento de 1968 tomó cuarenta direcciones diferentes, una de ellas de carácter terrorista. En parte, debido a este cambio nacional (del cual 1968 es en buena parte responsable), el concepto genérico de fascismo perdió su fuerza intelectual entre los estudiosos y los académicos más jóvenes de la izquierda.

El segundo cambio importante que debe considerarse en este contexto es el desarrollo del feminismo. Este movimiento político-cultural de la izquierda también ha contribuido a socavar el paradigma clásico del fascismo. Dejando a un lado las obras de Wilhelm Reich, en la teoría del fascismo había poco espacio para temas como el género y la reproducción e, incluso, Reich tenía poco que decir sobre el vasto campo de la eugenesia reaccionaria. Las inspiraciones y luchas feministas han abierto nuevos y amplísimos campos de investigación sobre la realidad histórica del nazismo y de la sociedad alemana del siglo XX, temas que han superado los conceptos más viejos del fascismo tanto en un sentido empírico como teórico^[9].

8.- [Una nota textual se refiere a «Jones», pero no he podido encontrar la referencia].

9.- Las publicaciones feministas son demasiado numerosas para mencionarlas en su totalidad, pero entre las obras más representativas en inglés se encuentran Renate Bridenthal *et al.* (eds.), *When Biology Became Destiny*.

El tercer cambio político y cultural que ha actuado en la misma dirección ha sido la creciente concienciación pública del genocidio nazi, sobre todo del que afectó a los judíos. Este importantísimo hecho ha llegado a dominar la percepción pública de la historia de la Alemania nazi en un grado cada vez mayor con el paso de los años y, en cierta medida, la investigación académica ha seguido este cambio en la opinión pública.

En este punto, podría ser de gran utilidad intentar relacionar el declive de la teoría del fascismo con la controvertida cuestión de los intentos por «historizar» el Tercer Reich. Este esfuerzo puede llegar a ser doblemente útil, ya que el significado de la palabra «historización» solo se aclara cuando se le da un uso práctico. La mayoría de los teóricos del fascismo de los años sesenta y setenta *también* entendían el nazismo como un repositorio de posibles lecciones, advertencias e imposiciones sobre los acontecimientos económicos y políticos en un futuro próximo; el Tercer Reich era «aplicable». Esto dista mucho de las preocupaciones de los académicos que ahora desean «historizarlo». No pretenden negar las *implicaciones* morales, culturales y políticas que el nazismo ha tenido en el presente, pero reivindican su pertenencia al pasado. La «historización» se ha presentado como una idea novedosa, y amenaza con convertirse en una noción en la que do-

minan las reflexiones metodológicas y las sensibilidades morales, y lo hacen de forma que este concepto solo puede llevar a confusión^[10]. El declive de ese tipo de curiosidad histórica específicamente asociada a la teoría del fascismo me parece un ejemplo de «historización» —uno muy importante— que *se ha producido realmente*.

Sin embargo, esto no debería entenderse en modo alguno como el feliz triunfo de la torre de marfil sobre las seducciones de una historia políticamente comprometida. La historia feminista es una historia políticamente comprometida, pero su continua y creciente contribución a la investigación y la comprensión, en mi opinión, ha hecho mucho por historizar el nazismo, al ampliar enormemente las nociones que tenemos de este, y eso requiere ser descrito y explicado. Si ahora tenemos algunas nociones concretas de la sociedad alemana y el nazismo, se debe tanto al trabajo feminista como a la proliferación de estudios de casos locales. Además, la sociedad alemana es el verdadero objeto del análisis y la reflexión historizantes. No resulta paradójico que esto sea, en parte, el resultado de una determinada militancia en el presente —el progreso historiográfico se produce normalmente de esta manera—. Normalmente, pero no siempre, ya que el tercer cambio político y cultural señalado más arriba, la creciente preocupación pública por el genocidio, puede fomentar la pasión por la investigación, pero también puede dificultar el distanciamiento crítico, en lugar de favorecerlo. La teoría del fascismo adolecía tanto de una falta de distanciamiento crítico como de una falta de la visión global, ambas cualidades esenciales para una comprensión

Women in Weimar and Nazi Germany, Nueva York, Monthly Review Press, 1984; y Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987. En alemán, véase especialmente Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986. En las notas del texto original se mencionan otras dos obras que han tenido gran repercusión en el estudio de los aspectos sociales e ideológicos del fascismo: Klaus Theweleit, *Male Fantasies*, Minneapolis, Polity Press, 1987, 2 vols.; y Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, Batsford, 1987.

10.— Véase Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, Hodder Education, 1993, 3ª ed., Capítulo 9. [Trad. esp. *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004].



Jóvenes de la *Bund Deutscher Mädel* (Liga de la Muchachas Alemanas, rama femenina de las Juventudes Hitlerianas) en Berlín en 1930 (Foto: Bundesarchiv, autor desconocido).

historizada del nazismo. Los teóricos del fascismo pasaron por alto el antisemitismo, pero la solución no recae en la lectura de la totalidad de la historia alemana en términos de genocidio, ya que eso también contiene elementos de la «contemporaneidad del pasado» que pueden obstaculizar el debate moral crítico¹¹.

Esta digresión parcial apunta a la siguiente observación, que es que no se han propuesto nuevos paradigmas que ocupen el lugar de las teorías del fascismo. Puede ser que quienes desean historizar el nazis-

mo crean que podemos funcionar sin *ningún* paradigma de este tipo. Sin embargo, a juzgar por las ponencias del congreso y por otras novedades bibliográficas, existe algo así como un nuevo consenso en cuanto al enfoque de la investigación sobre el nazismo. La más nueva e interesante línea de investigación considera un axioma que el Tercer Reich fue único (en el sentido radical de la palabra), y concentra nuestra atención en la amplia gama de políticas biológicas nazis (también únicas), y en las instituciones inventadas para aplicarlas, a menudo en el nivel administrativo más bajo (que también da a primera vista una apariencia de unicidad). Así, pues, es imposible concluir este apartado sin señalar una paradoja: la postura anterior es la misma que Karl Dietrich Bracher ha expuesto

11.- Saul Friedlander, «Some Reflections on the Historicization of National Socialism», *German Politics and Society*, 13 (1988), pp. 9-21; véase también la correspondencia entre Friedlander y Martin Broszat, reeditada como «A Controversy about the Historicization of National Socialism», *New German Critique*, 44 (1988), pp. 85-126.

a grandes rasgos, pero insistentemente, desde 1970. Bracher ha argumentado repetidamente que el Tercer Reich fue único, revolucionario y totalitario, por la preeminencia absoluta que dio a las políticas biológicas^[12]. Dudo mucho que la influencia directa de Bracher haya sido importante, ya que en el debate entre funcionalistas e intencionalistas se ha alienado decididamente con estos últimos, incluso en la cuestión del incendio del Reichstag, mientras que la mayor parte de los nuevos investigadores se sienten mucho más en deuda con diversos planteamientos funcionalistas. Yo, tan solo puedo señalar esta paradoja, no resolverla. Sin embargo, merece ser constatada, porque es un indicio de lo mucho que cambian las cosas.

3. Evidentemente, estos dilemas no pueden resolverse de una manera clara y sencilla. El Tercer Reich seguirá sometido a reevaluaciones, y nuevas y no tan nuevas escuelas de interpretación continuarán cambiando unas respecto a otras. Una forma concreta de avanzar, aunque limitada, pueden ser las comparaciones sistemáticas —sobre todo con la Italia fascista; es decir, el tipo de trabajo que los exponentes de la teoría del fascismo olvidaron en gran parte durante los años setenta—. Una de las características más importantes de ese estéril episodio cultural que lleva el nombre de «Historikerstreit» es que las comparaciones fueron planteadas, hasta donde yo sé, tan solo en el caso de la Rusia de Stalin o de Pol Pot, y *no* con respecto a la Italia fascista, que, al fin y al cabo, había proporcionado un determinado modelo a la Alemania nazi, de la que había sido además una fiel aliada durante la guerra. Comparar (que no es lo mismo

que homologar) es una parte esencial del trabajo del historiador, pero hay que tener cuidado con las cosas que se comparan, y es un recurso distorsionador comparar la Alemania nazi con la Rusia estalinista, una sociedad que se encontraba en una etapa de desarrollo cultural y político completamente diferente, y que perseguía objetivos políticos radicalmente distintos. Esta parte negativa del argumento ha quedado perfectamente establecida por Jürgen Kocka, entre otros, pero la parte positiva, es decir, el argumento en favor de una comparación sistemática con la Italia fascista, se ha abandonado^[13].

La cuestión del fascismo ha resurgido bajo esta nueva forma. Las viejas teorías ofrecen poco en cuanto a puntos de partida, excepto, quizás, por la economía política de 1922 y de 1932-1933 (es decir, la toma de poder de los fascistas italianos y de los nazis, respectivamente). Estas teorías tendían a hacer que el nazismo se pareciera al fascismo italiano, sin saber cómo era realmente este último. Hoy en día, las comparaciones deben partir de cuestiones analíticas específicas, susceptibles de tener, en principio, respuestas empíricas. El objetivo no consiste en reconstruir una «teoría del fascismo» por medio de la acumulación minuciosa de elementos básicos comparativos, ya que hay una serie de objeciones cognitivas y metodológicas fundamentales que se oponen a la idea de que las teorías puedan ser construidas de esa manera. El propósito debe ser, más bien, establecer diferencias y similitudes específicas entre los dos regímenes y encontrar sus causas, manteniendo al mismo tiempo un estricto agnosticismo con respecto a la

12.- Karl Dietrich Bracher y Leo Valiani, *Fascismo e nazionalsocialismo*, Bolonia, il Mulino, 1986.

13.- Jürgen Kocka, «Hitler sollte nicht durch Stalin und Pol Pot verdrängt werden», en 'Historikerstreit' *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Múnich-Zúrich, Piper, 1987, pp. 132-142.

radical unicidad de uno u otro. Los temas que podrían desarrollarse al respecto son numerosísimos.

Esto podría ilustrarse con dos ejemplos tomados del congreso de Filadelfia. ¿Hubo un fuerte movimiento eugenésico en la Italia fascista? Sí, se hizo sentir muchísimo y fue muy profesional, pero tuvo que enfrentarse a la oposición del Vaticano (¡más poderoso en Italia que Galeno en Alemania!) y carecía de poder ejecutivo y administrativo^[14]. ¿Las denuncias jugaron un papel tan importante a la hora de reforzar el poder de las distintas fuerzas policiales fascistas como lo hicieron en el caso de la Gestapo? Es casi seguro que no, y esto redujo en gran medida el poder represivo de la dictadura fascista, que no pudo impedir, por ejemplo, la gran oleada de huelgas que se inició en Turín en marzo de 1943; pero conocer la razón de esta situación concreta exige un análisis y una investigación difícil y exhaustiva en la historia social y cultural tanto de Alemania como de Italia: ¿por qué el hecho de denunciar habría sido deshonesto en Italia, pero no en Alemania? No hay una única respuesta, pero la importancia de la pregunta es evidente^[15].

Este enfoque de la cuestión del fascismo y del nazismo no es totalmente nuevo. Wolfgang Schieder ha comparado recientemente las etapas de la toma del poder de los dos regímenes, y ha llegado a la conclusión de que fueron tremendamente similares.^[16] Macgregor Knox ha comparado

la relación entre la política interior y exterior de los dos regímenes, y ha llegado a la conclusión de que ambos utilizaron la política exterior para revolucionar los asuntos internos (se podría argumentar que la relación entre las dos esferas de la actividad estatal era, de hecho, la contraria, pero la metodología utilizada por el autor es impecable y sus conclusiones, muy estimulantes)^[17]. Paolo Pombeni ha realizado una excelente comparación sistemática entre los dos partidos, y ha concluido que sus funciones y estructura eran básicamente similares^[18]. Charles Maier ha comparado las economías nazi y fascista, y las similitudes superan a las diferencias^[19]. En un nivel inferior de investigación empírica, he intentado analizar una semejanza: la capacidad de la clase obrera italiana para iniciar una huelga general en marzo de 1943, un tipo de huelga que nunca tuvo lugar en Alemania^[20]. Creo que la diferencia tiene que ver, sobre todo, con la capacidad administrativa mucho mayor del régimen nazi, en comparación con el Estado fascista, tanto para destruir como para proporcionar bienestar.

Estos trabajos indican que el debate puede estar en una nueva fase. Cualquier afirmación menos prudente estaría fuera de lugar. La cuestión de la participación italiana en el genocidio —contra los judíos, en África y en los Balcanes— sigue siendo objeto de un acalorado debate. La mayoría de los historiadores y especia-

14.- Véase MacGregor Knox, «Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany», *Journal of Modern History*, 56 (1987), pp. 1-57.

15.- Robert Gellately, «The Gestapo and German Society. Political Denunciation in the Gestapo Case Files», *Journal of Modern History*, 60 (1988), pp. 654-694; Tim Mason, «Arbeiter ohne Gewerkschaften. Masserwiderstand in NS-Deutschland und in faschistischen Italien», *Journal für Geschichte* (1985), pp. 28-36.

16.- No he podido localizar esta referencia en una publicación reciente de Wolfgang Schieder, pero véase su

colección *Faschismus als soziale Bewegung. Deutschland und Italien im Vergleich*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983.

17.- Knox, «Conquest, Foreign and Domestic».

18.- Paolo Pombeni, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma partito del fascismo*, Bolonia: il Mulino, 1984.

19.- Charles Maier, «The Economics of Fascism and Nazism», en *Idem*, (ed.), *In Search of Stability*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 70-120.

20.- Mason, «Arbeiter ohne Gewerkschaften».

listas italianos piensan que esta cuestión separaba de manera decisiva el fascismo italiano del nazismo alemán. Pero el problema no se resuelve contando cadáveres. Lo que importa es el potencial genocida del régimen en cuestión, y cómo se interpretan desde esta perspectiva los diversos ejemplos de asesinatos en masa que se cometieron en nombre del fascismo. No cabe duda de que la persecución de los judíos se llevó a cabo en Italia con menos eficacia y entusiasmo que en cualquier otro país, excepto en Dinamarca. Sin embargo, la cuestión general sigue abierta, porque queda mucho por investigar y analizar. El hecho de que la mayoría de los italianos, de todos los colores políticos, se resistan a una comparación positiva entre «su» fascismo y el nazismo alemán es un fenómeno político e histórico de gran importancia; ahora bien, también puede ser un obstáculo para el desarrollo de la investigación histórica.

Ninguna de estas observaciones implica que el viejo concepto de fascismo pueda ser revivido, o que deba serlo. Por el contrario, aluden a un programa diferente de trabajo, que (solo, creo yo) puede identificar lo peculiar (o típica) que fue la vía alemana hacia la inhumanidad organizada. Si ahora podemos prescindir de gran parte de los contenidos originales del fascismo, no pasa lo mismo con la comparación. La «historización» puede convertirse fácilmente en una receta de provincialismo. Y los absolutos morales de Habermas, por muy impecables que sean desde el punto de vista político y didáctico, también comportan una sombra de provincialismo, en el sentido de que no reconocen que el fascismo era un fenómeno continental y que el nazismo constituía una parte peculiar de algo mucho más amplio^[21]. Pol Pot, la tortura de la rata y el destino de los armenios son cuestiones ajenas a cualquier debate serio sobre el nazismo; la Italia de Mussolini no lo es.

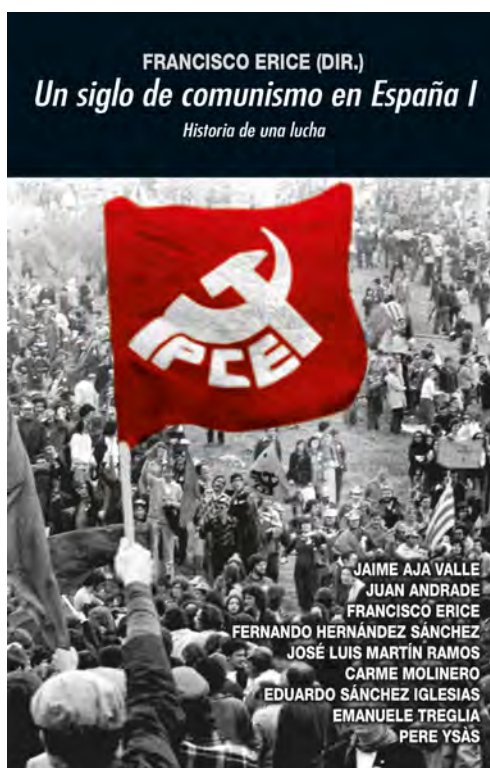
21.– Aquí se hace referencia a las contribuciones de Habermas a la «Historikerstreit»; véase *Historikerstreit* pp. 62-76, 95-97, 243-255, 383-387.

Cien años tras la bandera roja*

José Antonio Pérez Pérez
Universidad del País Vasco

El pasado mes de noviembre, la magistrada María del Carmen Casado, del juzgado número 30 de lo contencioso-administrativo de Madrid, suspendió de forma urgente la emisión del sello de Correos conmemorativo del centenario del Partido Comunista de España en respuesta a las alegaciones presentadas por la Fundación de Abogados Cristianos. En el escrito de este colectivo ultracatólico, se afirmaba que la impresión y distribución del sello, prevista para el día 14 de ese mismo mes, coincidiendo con el aniversario del nacimiento del PCE, suponía una «evidente violación del principio de neutralidad recogido en las Constitución» y recordaba, además, que exaltaba a «un partido político que había cometido crímenes y perseguido a miles de personas únicamente por razón de su fe». La inusitada y sorprendente suspensión temporal levantó cierta polémica en algunos medios y dio lugar a una serie de artículos en prensa, la mayor parte firmados por simples opinadores. Afortunadamente, también se publicaron algunos otros de historiadores académicos que sirvieron para arrojar un poco de luz sobre la trayectoria del PCE y explicar brevemente el sentido y la oportunidad del sello, dada la importancia del hecho que pre-

*Reseña de: Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Madrid, Akal, 2021, 504 pp.



tendía conmemorarse. Como era previsible, la medida tuvo un escaso recorrido. Tan solo unos días más tarde la misma jueza rechazó las alegaciones y el timbre pudo ser emitido sin mayores problemas. El asunto no pasó de la simple anécdota, pero puso en evidencia la incomodidad que sigue generando en algunos sectores el recuerdo de

un partido como el PCE. Curiosamente, la imagen del sello ha servido posteriormente como cartel de presentación de los dos tomos de *Un siglo de comunismo en España*.

En gran medida, podría decirse que la publicación de este trabajo supone la culminación de la iniciativa adoptada por hace ahora veinte años por la Fundación de Investigaciones Marxistas, cuando en noviembre de 2002 puso en marcha un proyecto del que bebe directamente este de ahora, para dar un impulso a las investigaciones sobre el comunismo español. El primer paso que dio la FIM entonces fue organizar una serie de encuentros con historiadores e investigadores más allá de su círculo más estrecho. Aquella idea terminó cuajando poco después en la celebración de dos congresos sobre la historia del PCE, celebrados en Oviedo (2004) y Madrid (2007), cuyas ponencias y comunicaciones aparecieron en dos publicaciones que sirvieron para difundir diversas líneas de investigación que con el tiempo han dado lugar a decenas de trabajos, entre artículos, libros y tesis doctorales.

El volumen de lo publicado durante los últimos años, especialmente tras el final de la dictadura franquista, es impresionante. Y en gran medida esto es así porque la importancia e influencia del comunismo fue muy superior al apoyo que consiguieron las formaciones que lo han representado en las urnas en España, al menos en los periodos en los que fue posible concurrir a unas elecciones. Sin su participación e implicación en las luchas sociales y políticas, desde la década de los veinte hasta los setenta del pasado siglo, es imposible comprender una parte fundamental de la historia de este país ni de los avances que se produjeron en numerosas facetas que tienen que ver con los derechos políticos y la justicia social.

Dos décadas después de aquella iniciativa adoptada por la FIM, *Un siglo de histo-*

ria del comunismo en España, presentada en dos volúmenes, reúne a los mejores especialistas sobre el tema, o al menos, a gran parte de ellos. La obra puede glosarse de forma conjunta, pero también individualmente. En este caso, nos centraremos en el primero de los tomos, un trabajo que se ha subtítulo *Historia de una lucha*, donde se aborda un recorrido cronológico por las distintas etapas del comunismo español, especialmente centrado en su fuerza central y más importante, el PCE. El resultado de un trabajo tan ambicioso es excelente. No es nada fácil coordinar y dirigir un proyecto de estas características, reunir a tal número de autores (nueve en este tomo y alrededor de cuarenta en el total de la obra) y lograr una obra tan sólida como este. La labor de los coordinadores y editores en este tipo de proyectos es fundamental. En muchas ocasiones el trabajo final suele limitarse a presentar una simple miscelánea de textos de calidad y temática muy desigual. No es el caso. El proyecto tiene unas bases sólidas y está perfectamente estructurado.

A pesar del subtítulo de este primer tomo, *Historia de una lucha*, el trabajo carece de cualquier sesgo de carácter hagiográfico y militante. Afortunadamente ese tiempo quedó atrás hace muchos años. Las investigaciones que hay detrás de cada capítulo destacan por su rigor y profundizan en aspectos determinantes, no solo de la historia del comunismo español, sino de la propia historia de este país, como la Guerra Civil, el franquismo o la transición hacia la democracia. José Luis Martín Ramos aborda el nacimiento del PCE y los primeros pasos de esta formación en un contexto tan complicado como el de los años veinte, tras el éxito de la revolución de 1917 y el final de la Gran Guerra. El autor traza un recorrido donde va dando cuenta de las dificultades que tuvieron los comunistas durante aquellos primeros años para convertirse en un

partido de masas, cuya trayectoria se vería condicionada en el plano internacional por el imparable avance del fascismo en Italia y Alemania, pero también por la proclamación de la Segunda República en España y la formación del Frente Popular.

Fernando Hernández Sánchez analiza un periodo crucial, que va desde el inicio de la Guerra Civil hasta 1953, una de las fases más importantes en la historia del comunismo español, donde el partido tuvo que enfrentarse a un reto fundamental: el de su propia supervivencia. El PCE fue uno de los más firmes defensores de la República tras el fallido golpe de estado de julio de 1936 y experimentó un enorme crecimiento orgánico en el terreno político en unos momentos especialmente críticos, logrando durante el primer año de la contienda las cifras más altas de afiliación. El autor trata en su capítulo algunos de los episodios más dramáticos y controvertidos del partido, como la siniestra sombra del estalinismo, la persecución contra los trostkistas del POUM o las matanzas de presos derechistas en Madrid. Asimismo, Hernández Sánchez profundiza en las consecuencias que tuvo para el PCE la derrota frente a los sublevados, el exilio, la resistencia armada que mantuvo al frente de la guerrilla y la durísima represión que sufrieron sus militantes.

Francisco Erice, director de la obra, analiza otra fase fundamental en la historia del PCE, la década más oscura, pero también la que terminó marcando un cambio decisivo para romper el aislamiento al que se vio sometido este partido durante los años más duros de la Guerra Fría. La Política de Reconciliación Nacional adoptada por la dirección de esta formación en 1956 fue, sin duda, una apuesta arriesgada, que, sin embargo, a largo plazo sería reconocida como el precedente de la propia transición a la democracia que se produjo en España veinte años más tarde. Pero también se abordan

en este capítulo episodios tan importantes como la implicación de los comunistas en la huelga de 1962, la detención y ejecución de Julián Grimau o la crisis (*el gran debate*) que se produjo en la dirección del PCE dos años más tarde con Fernando Claudín y Jorge Semprún como protagonistas más importantes de la disidencia interna.

Carme Molinero y Pere Ysàs escriben sobre el periodo que va desde 1965 a 1975, coincidiendo con la última década del franquismo, y lo hacen a partir del camino ya trazado en el capítulo anterior. Para ello, inscriben su análisis en los cambios que se estaban produciendo dentro del PCE, pero también en los en que se estaban operando en la propia sociedad española tras la aparición de los primeros conflictos laborales de importancia que tuvieron lugar a principios de los años sesenta. Ambos autores se inspiran en el título de la ponencia que presentaron en el Primer Congreso de Historia del PCE celebrado en 2004: «El partido del antifranquismo», una expresión que sintetizaba de un modo claro, conciso y contundente lo que fue aquella formación durante la dictadura, es decir, el referente y el protagonista fundamental de la lucha contra el régimen. A lo largo del capítulo Molinero e Ysàs analizan la capacidad de influencia que tuvo el PCE en los frentes de movilización más importantes del antifranquismo, desde el movimiento obrero hasta el estudiantil, pero también abordan la importancia que alcanzaron otras organizaciones de la nueva izquierda de inspiración comunista nacidas durante los años sesenta, algo fundamental para comprender los cambios que se fueron produciendo en España en el tramo final de la dictadura.

También Juan Andrade parte de esa consideración (la del PCE como el partido del antifranquismo) para destacar el papel decisivo que tuvo esta formación durante la transición hacia la democracia. Las re-

nuncias que tuvieron que hacer durante aquellos años los comunistas españoles, fueron, sin duda, la muestra más sólida de su decidida apuesta por la democracia tras la dura represión que sufrieron durante la dictadura. Sin embargo, este tránsito no estuvo exento de dificultades. El autor describe el complicado y vertiginoso recorrido del partido que pasó del apoyo a la Ruptura Democrática a la aceptación de la Reforma Pactada, un giro que culminó con su propia legalización, uno de los episodios más importantes y cruciales de toda la transición. Andrade reflexiona, además, sobre el significado e importancia que tuvo el eurocomunismo como estrategia nacional, democrática e institucional para los países del capitalismo avanzado, pero también subraya la crisis que se produjo en el PCE durante aquellos años y las consecuencias que tuvo, fundamentales para comprender su declive.

Precisamente sobre este último tratan los dos capítulos finales del libro. Emanuele Treglia escribe sobre la evolución del partido durante la época de Felipe González, un periodo que también estuvo marcado en el terreno internacional por la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la URSS, dos episodios que conmocionaron al comunismo. La arrolladora victoria de los socialistas en octubre de 1982 no hizo sino agudizar la crisis interna que vivía el PCE, que dio lugar a la sustitución de Santiago Carrillo por Gerardo Iglesias al frente del partido, un líder que sería relevado más tarde por el carismático Julio Anguita. Como recuerda el autor, a lo largo de este periodo la dirección del PCE apostó por la convergencia con otras fuerzas de la izquierda, sobre todo tras la ola de movilizaciones anti-OTAN que se produjo a mediados de la década de los años ochenta. Sin embargo, a pesar de las buenas expectativas generadas tras la formación de Izquierda Unida,

una coalición donde el PCE fue siempre la fuerza política más importante y organizada, esta no logró superar el techo electoral alcanzando por los comunistas en solitario en 1979, lo que terminó derivando en otra nueva crisis interna.

El libro se cierra con un capítulo dedicado al último periodo que transcurre entre 1996 y 2021. Como afirman sus autores, Eduardo Sánchez Iglesias y Jaime Aja Valle, resulta complicado analizar la huella que ha dejado el comunismo tras la desaparición de buena parte de los partidos políticos, experiencias estatales y corrientes culturales que se reclaman herederos de dicha tradición. La cuestión fundamental -así lo señalan ambos- se resume en una pregunta clave: ¿Cómo ha afrontado el PCE la crisis del movimiento comunista internacional en el siglo XXI? Sánchez y Aja abordan este problema a partir de la complicada situación que han atravesado los comunistas españoles durante este último periodo, marcado por una progresiva pérdida de peso dentro de la política nacional, las protestas del 15M y la irrupción de una nueva fuerza política como Podemos.

Quizás, como mero apunte, se echa en falta una reflexión a modo de epílogo sobre el periodo más reciente en la historia del PCE, caracterizado por el declive que se ha producido en el partido. Ciertamente, esta formación ha ido perdido peso en el terreno político y social a lo largo de los últimos años. Sin embargo, incluso desdibujado dentro de Izquierda Unida y subsumido más aún en Unidas Podemos, vive en los últimos años una situación paradójica, con dos ministros formando parte del actual gobierno, algo inédito en democracia, lo que ha contribuido, no a reforzar su presencia en la sociedad española, pero sí a hacerla mucho más visible y con capacidad de influencia, sobre todo gracias al protagonismo del Ministerio de Trabajo. Todo

ello, en medio de un enfrentamiento interno (uno más), como pudo constatarse en el último congreso del PCE, pero también con sus socios de UP, mientras los dos ministros comunistas mantienen una relación cordial con la parte socialista del Gobierno. En este caso, y más allá de las luchas intestinas, habría sido interesante, por ejemplo, abordar el papel que ha tenido el partido en la puesta en marcha de las políticas sociales durante los últimos años.

Al concluir la lectura del libro se constata el gran trabajo que hay detrás de esta publicación colectiva y lo mucho que he-

mos avanzado en el conocimiento sobre la historia del comunismo español, pero también sobre todo lo que ha supuesto el PCE en la propia historia de este país. Veinte años después de aquel primer congreso de Oviedo, como era de esperar, los historiadores han ido cambiando su perspectiva, han accedido a fuentes inéditas, han incorporado nuevas metodologías de trabajo y han revisado de forma crítica lo publicado hasta entonces para seguir profundizando en otras facetas; en definitiva, para formular nuevas preguntas y ofrecer nuevas claves interpretativas.

El comunismo en España visto desde la historiografía más actual*

Xavier María Ramos Diez-Astrain
Universidad Complutense de Madrid

El centenario de la fundación del Partido Comunista de España (PCE) ha tenido importantes repercusiones en la historiografía sobre el movimiento nacido de las ideas de Marx y Engels. Como es sabido, en torno a esta efeméride han proliferado numerosas obras que han renovado el grado de conocimiento existente sobre la materia y han analizado nuevos aspectos de la evolución de una corriente muy importante para la historia de la última centuria, poliédrica y nada susceptible a la valoración desde categorías simplificadoras, tan frecuentes durante la Guerra Fría y hoy en el panorama mediático y político.

Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes (dirigido por Francisco Erice y coordinado por David Ginard en Madrid, Akal, 2022) representa fielmente este espíritu de progresión historiográfica desde los análisis más estrictamente políticos —imprescindibles, pero insuficientes— hasta los estudios que ahondan en aspectos sociales y culturales de la experiencia comunista. Precisamente, a un recorrido lineal de la política del PCE se dedica el volumen que antecede a la obra presente, *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha* (dirigido por Francisco Erice y editado por David Ginard en

*Reseña de: Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, 2022, 923 pp



Madrid, Akal/Fundación de Investigaciones Marxistas, 2021). Se trata de un trabajo coral que nos muestra las lecturas más actualizadas de la historia del PCE. El primer volumen tiene una gran importancia, pero requiere de un segundo tomo que acompañe a la historia más política de esos otros enfoques metodológicos propios de la historiografía más novedosa.

Precisamente, es de lo que se ocupa *Un siglo... II*, que configura, junto con el primer libro, una amplia y esencial obra sobre el comunismo español. En este caso, tenemos un compendio de veintinueve capítulos, amén de la introducción, que hacen un total de 923 páginas. Supone reunir nada menos que a treinta y tres autores, algunos de los cuales estaban ya presentes en el volumen anterior (bastante más modesto en cuanto a la cantidad, que no a la calidad, de quienes aportan su pluma), otros son nuevos y, tomando en conjunto los dos tomos, constituyen el «estado mayor» de la historiografía sobre el comunismo en España.

Un siglo... II se parcela solamente en capítulos, pero el lector puede apreciar una división informal, no siempre lineal, en una serie de ejes temáticos. Primeramente, David Ginard i Ferón—un reconocido especialista en la materia— dedica un capítulo a la evolución de la historiografía española sobre el comunismo, abarcando hasta los trabajos más recientes—incluidas las obras pretendidamente históricas de personajes mediáticos de ultraderecha— y señalando una serie de ámbitos y enfoques en los que la historiografía todavía puede avanzar.

La memoria y la identidad podrían constituir el eje en torno al que giran sendas aportaciones de José Carlos Rueda Laffond y, nuevamente, Ginard. Rueda realiza un complejo ejercicio de revisión de la construcción de la memoria colectiva de los comunistas en España y sus repertorios simbólicos desde la «primera hora» hasta prácticamente el presente. La cuestión de la memoria está íntimamente ligada a la de la identidad, que a su vez tiene mucho que ver con la autorrepresentación de la militancia, a la cual, precisamente, consagra este segundo capítulo Ginard para el periodo comprendido entre 1930 y 1960. Es decir, al sentido que para los propios comunistas tenía la militancia y cómo esta noción de

militancia era modeladora de su identidad. Algo que entronca, como veremos, con el posterior capítulo sobre la disidencia ortodoxa.

La presencia del PCE en todo un conglomerado de luchas sociales ocupa —ya nos advierte el subtítulo de ello— la mayor parte del libro. A través de tres capítulos, rubricados por José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias, Joan Gimeno i Igual y Javier Tébar, y Sergio Gálvez Biesca, se reconstruyen cronológicamente los ejes de la política obrera de un partido que por definición tenía en el ámbito del trabajo uno de sus espacios de intervención prioritarios. El primero de los capítulos atiende al periodo comprendido entre la fundación del PCE y la muerte de Franco, mientras que los dos capítulos siguientes se ocupan de la relación partido-sindicato entre la muerte de Franco y la llegada del PSOE al poder, superponiéndose pero aportando enfoques diferenciados: si el capítulo de Gimeno y Tébar atiende a la significación entre 1975 y 1982, ante los cambios políticos y la conflictividad sociolaboral, de aquellos que tenían una doble posición (no exenta de contradicciones) como cuadros comunistas y sindicalistas, el de Gálvez recorre la definición de la política sindical del PCE entre 1977 y 1983. La organización del PCE en el ámbito del trabajo no se ciñó en exclusiva a la clase trabajadora urbana, sino que, como expone en un capítulo específico Cristian Ferrer, también actuó para organizar a los obreros del campo y a los pequeños propietarios (especialmente desde la Política de Reconciliación Nacional).

Fuera del ámbito laboral, el PCE también intervino en toda una gama de movimientos sociales. Hay dos capítulos dedicados a la presencia del PCE entre la juventud y los estudiantes. El primero, de Sandra Souto Kustrín, está centrado en el periodo de entreguerras, cuando las Juventudes Socialis-

tas Unificadas (JSU) constituyeron un serio exponente de una política que apostaba por la unidad antifascista de la clase obrera. El segundo, de Jordi Sancho Galán, se adentra en la lucha universitaria contra el franquismo. Estos capítulos son muy interesantes, pero se echa de menos en un volumen de estas características uno panorámico sobre la trayectoria de la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE), todavía pendiente de historiarse. El ámbito estudiantil conecta con la intelectualidad en un capítulo un tanto diferente de Manuel Aznar Soler, quien, a partir de las cartas y las memorias del posterior ministro de Justicia Enrique Múgica, de joven comunista, reconstruye la organización en 1954-55 de una serie de encuentros poéticos y de un Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que puso nervioso al Régimen y fue prohibido antes de llegar a celebrarse. La política del PCE entre la intelectualidad y el mundo de la cultura ocupa, además, otros cuatro capítulos. Mientras Felipe Nieto y Giaime Pala arrojan una perspectiva general sobre los intelectuales del PCE y del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) bajo el franquismo —concretamente en Madrid y Barcelona, donde se constituyeron comités de intelectuales específicos—, David Becerra Mayor repasa el caso concreto de los escritores comunistas en esa misma época. Aunque en buena medida el objetivo de ambos capítulos coincide, no ocurre lo mismo con el tratamiento de las cuestiones presentes: Nieto y Pala abordan la acción política del PCE entre la intelectualidad, mientras que Becerra pone el foco en la vocación de los escritores comunistas de crear una literatura comprometida con los oprimidos. La obra literaria de los comunistas en el exilio también tiene su sitio en este volumen, bajo la pluma de Mario Martín Gijón. Y, fuera del campo de las letras pero también en el ámbito cultural,

Xosé Antonio Prieto Souto y Jean-Paul Aubert analizan la «acción cinematográfica» de los comunistas durante la dictadura. Otros géneros también están presentes; concretamente, el radiofónico, aunque en este caso bajo los términos estrictamente clandestinos en los que Radio España Independiente operaba, a lo que Luis Zaragoza Fernández aporta el vigesimoprimer estudio de este libro.

La articulación de las militantes comunistas y la implicación en la lucha por acabar con la opresión de las mujeres centra cuatro de los capítulos de *Un siglo... II*. El primero es el de Mercedes Yusta Rodrigo, que examina diversas fórmulas desde aquella Agrupación de Mujeres Antifascistas nacida en 1934 hasta la fundación de la Unión de Mujeres Españolas en 1946, sin olvidar los primeros años de andadura del PCE, cuando los primeros intentos de dar espacios propios de organización a las mujeres comunistas fueron infructuosos. La situación de las comunistas bajo el franquismo es tratada en los capítulos de Irene Abad Buil y de Claudia Cabrero Blanco; en el primer caso, desde la perspectiva de lo que suponía «ser mujer y comunista» bajo un régimen profundamente anticomunista y patriarcal, con toda una gama de violencias, y, en el segundo caso, reconstruyendo la constitución de instrumentos «viejos y nuevos» (como el Movimiento Democrático de Mujeres) de solidaridad y para combatir a la dictadura, en cooperación con mujeres procedentes de otros ámbitos. El texto rubricado por Mónica Moreno Seco termina de redondear uno de los bloques mejor resueltos del libro al exponer ante el lector cómo se definió el PCE como «partido de la liberación de la mujer» tras la dictadura externa e internamente (no sin contradicciones entre las nuevas ideas y ciertas prácticas políticas).

El eje informal de las luchas del PCE quedaría incompleto si no fuera por la aparición de un capítulo de Ramón García Piñeiro sobre las guerrillas antifranquistas, principal vía de lucha en los primeros años de la dictadura, y de otro de Antonio Gómez López-Quiñones acerca de la relación de los comunistas con los cristianos, cuya evolución positiva desde la falta absoluta de entendimiento inicial fue capital en la lucha de los años finales del franquismo.

El cuarto eje que vertebra *Un siglo... II* es el de la represión del comunismo bajo la dictadura. Carlos Fernández Rodríguez se ocupa de estudiar su primera etapa, mientras que Santiago Vega Sombriá analiza el proceso de transformación de los mecanismos represivos desde la posguerra a un franquismo más institucionalizado.

Las problemáticas nacionales están presentes en las colaboraciones de Diego Díaz Alonso, Ignasi Bea y Josep Puigsech Farràs. El primero ofrece una panorámica extensa en el tiempo —de hecho, en ese sentido es el capítulo más amplio— sobre la sucesión de debates que se produjeron en el seno del PCE y de otros grupos comunistas acerca de la composición nacional de España y cómo debía actuarse políticamente entre la fundación del partido y la entrada del PCE en el Gobierno de España en 2020. Bea y Puigsech entran en un terreno mucho más concreto: el de la articulación del comunismo en Cataluña. No es una cuestión secundaria, pues para el caso catalán por primera vez se reconoció por parte del comunismo internacional la existencia de una excepción a la regla de «un país, un partido». No fue la situación del Partit Comunista Català (PCC, que se reclamó «moralmente» miembro de la Internacional Comunista, aunque no tuviera su reconocimiento), a cuya corta existencia dedica su capítulo Bea, pero sí la del PSUC, estudiado por Puigsech.

La experiencia del PCC nos conduce a

lo que identificamos como un sexto eje: la existencia en España de más partidos comunistas además del PCE, con diversos grados de importancia, a la que se dedican tres capítulos (aparte del de Bea) con diferentes cronologías. Para los años 1931-1939, Manel López Esteve repasa la historia del Bloque Obrero y Campesino, de Izquierda Comunista de España y del Partido Obrero de Unificación Marxista; tres organizaciones fuertemente discrepantes con el estalinismo (lo que habitualmente las ha simplificado bajo la categoría imprecisa de «trotskistas»). Por su parte, Eduardo Abad García resume, yendo varias décadas adelante, el surgimiento y la evolución de diversos grupos escindidos del PCE a los que califica de «disidencia ortodoxa», aparecidos a lo largo de tres olas con puntos de vista diferentes, pero bajo el común denominador de apelar a una identidad comunista —a su entender— traicionada por Santiago Carrillo y su grupo. Por último, previamente a un listado de siglas, la bibliografía del conjunto y un breve resumen biográfico de los distintos autores, Julio Pérez Serrano nos muestra la singladura de un conglomerado de grupos consejistas, trotskistas y maoístas que enarbolaban la representación de un comunismo singularmente distinto al que tenía su centro en Moscú o entroncaba con él.

El buen quehacer de todos los autores hace que, como señala en el prólogo el director del volumen, Francisco Erice, el comunismo español aparezca como «una realidad multidimensional y diversa, cuyo alcance y función» exija tener en cuenta los «contextos variables». *Un siglo... II* constituye un paso adelante muy notable en la historiografía del comunismo en nuestro país y la vincula sin aristas con las más avanzadas tendencias historiográficas sobre el fenómeno comunista que se están dando fuera de él. Hablamos de la historia desde abajo (aunque bien se ocupe Erice

de aclarar que no se plantea simplemente como tal «ni se centra en lo meramente experiencial»), de la historia sociocultural y, en buena medida, de un revisitado —no en todos los casos ni siempre de igual forma, claro, pero sí mayoritariamente— de un materialismo histórico despojado de las estrecheces propias de lecturas como las estalinistas o las althusserianas, que dejan paso aquí a una agradable y necesaria fluidez dialéctica a la hora de mostrar los vínculos entre el comunismo y la sociedad. La variedad de fuentes utilizadas —con documentos procedentes de numerosos archivos de ámbito nacional e internacional (en menor medida; siguen siendo un terreno por explorar), recursos hemerográficos, importantes testimonios orales, libros de memorias, epístolas, etc., y, por supuesto, una abundantísima bibliografía— redondea el papel fundamental que este libro tiene para el conocimiento de la historia del comunismo en España. *Un siglo... II* es por separado un libro de referencia, pero conjuntamente con el primer volumen se convierte en la obra más completa y actualizada sobre el movimiento comunista español.

Por mencionar algún aspecto mejorable, puede destacarse que la organización del libro —que, según indica Erice, es el resultado de «un plan de conjunto»— podría haber sido más coherente, pues los ejes que

hemos identificado no se corresponden con bloques definidos de capítulos, sino que éstos tienen una situación en el índice que no siempre parece seguir una lógica concreta. En cuanto al contenido, aunque es amplísimo, evidencia en sus ausencias las posibilidades que todavía existen para la investigación. Hay temas que podrían haber tenido más presencia, como el de la juventud o el de algunas realidades nacionales. Se echa de menos, asimismo, una mayor atención a la vertiente transnacional del movimiento comunista. Algunos de los asuntos abordados ofrecen una cronología amplia, desde el nacimiento del PCE hasta la monarquía parlamentaria, pero en otros el foco se pone exclusivamente sobre el franquismo, lo que refleja que éste sigue siendo el periodo más abundantemente estudiado, en contraposición respecto a otros ávidos de investigación (algo que ya señala Ginard en su balance historiográfico). El propio Erice informa de que escasean los textos de temática regional o local, o sobre el exilio.

Lo dicho, no obstante, sólo señala por qué caminos puede seguir discurriendo la labor investigadora y no resta valor a una magna obra de lectura obligada, por su carácter amplio y su calidad metodológica, para toda aquella persona que quiera estudiar el comunismo en España y en el mundo.

Un siglo de historia del PCE*

Víctor Manuel Santidrián Arias

Fundación 10 de Marzo

En el año del centenario del Partido Comunista de España, José Luis Martín Ramos publicó *Historia del PCE*, un «ensayo sintético que prioriza la interpretación sobre la descripción» (9). Bienvenida sea esta obra que acerca a lectoras y lectores, «sin necesidad de tener conocimientos especializados» (9), los primeros cien años de existencia de esa organización. Una magnífica obra de síntesis que, además, provoca el interés por acercarse a otras lecturas, muchas de ellas recogidas en la bibliografía, lo que siempre habla positivamente de un texto.

Historia del PCE es obra de un autor de largo recorrido que conoce muy bien la(s) época(s) y el objeto de su estudio, tanto por sus investigaciones —ahí está su amplia producción— como por trabajos ya publicados de otras autorías. Es una aproximación científica, sí, pero como nos dice Martín Ramos, el «neutralismo es una falacia» (10) cuando de ciencia hablamos. No en vano, abre el volumen con una dedicatoria a sus «compañeros del Comité de Estudiantes del PSUC, en 1966». Por ejemplo, esta militancia del también autor de *Rojos contra Franco*. *Historia del PSUC, 1939-1947* favorece las no pocas referencias a los comunistas catalanes que aparecen en el libro. Cabe añadir que un mejor conocimiento de la implantación del PCE en todos los territorios, lo que no es tarea de esta obra, servirá para matizar la interesante

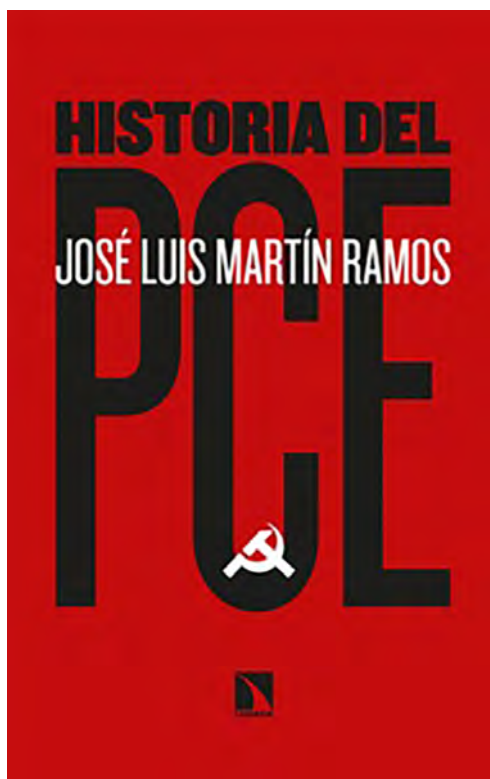


imagen de las matrioskas, acuñada por otros autores, utilizada para explicar el centralismo democrático: lo decidido en el Moscú de la Tercera Internacional (y también posteriormente) sería llevado a la práctica hasta en el más alejado radio comunista. Martín Ramos da algunos ejemplos de que ese automatismo no siempre lo fue.

El libro que nos ocupa está dividido en tres partes ordenadas con criterio cronológico: «El nacimiento de un partido nuevo»,

*Reseña de: José Luis Martín Ramos: *Historia del PCE*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021, 254 pp.

«De la soledad al Frente Popular» y «Entre democracia y socialismo». En cada una de ellas, el autor analiza múltiples aspectos de la acción política del PCE: desde sus orígenes hasta su desarrollo territorial, desde las citas congresuales hasta sus relaciones con la Internacional Comunista, desde la lucha contra la dictadura franquista hasta sus posiciones electorales. Y lo hace, lo que no es fácil, relacionando unos aspectos con otros. Aunque una lectura diacrónica de esos elementos sea objeto de nuevos trabajos, el autor marca en este libro las líneas generales de muchos de ellos. Sería interesante, por ejemplo, una investigación sobre el significado de la violencia política en la acción del PCE desde su nacimiento.

En la primera parte del libro, llamada «El nacimiento de un partido nuevo» —no de un «nuevo partido»—, el autor culmina con maestría el análisis minucioso del período anterior a la creación del PCE. Son numerosas las referencias al contexto internacional. No podía ser de otra manera en una organización que se definió como «sección española de la Internacional Comunista». Una Internacional tan poco conocedora de la situación política española en 1919, como lo habían sido las organizaciones obreras de 1917 respecto al marco internacional. Martín Ramos explica las polémicas en el movimiento obrero español sobre la Internacional Comunista, en un contexto marcado por «los fantasmas de la esperanza en la revolución, que nunca llegó a producirse, y los del miedo a ella, que resultaron los dominantes» (22).

Con la misma minuciosidad que está trabajando el primer capítulo, escribe Martín Ramos el segundo, «La batalla de las internacionales», por cuyas páginas pasa el trienio bolchevique, condicionado por la Revolución de 1917. Los comunistas no consiguieron arraigar en la UGT, de la que, poco después, fueron expulsados los «sindicatos rojos». Fue causa de una de las grandes debilidades

del naciente comunismo español: la falta de alternativa sindical. El debate en el movimiento obrero sobre su adhesión a la nueva Internacional, la Comunista, llegó a España a destiempo y con escasa información, lo que se convirtió en un tropiezo.

Si en 1920 se constituyó el Partido Comunista Español nacido de las Juventudes Socialistas —lo que para Martín Ramos «resultó contraproducente para el avance del ‘tercerismo’ dentro del PSOE» (38)—, en abril de 1921, como consecuencia del debate congresual del Partido Socialista, una parte de su militancia creó el Partido Comunista Obrero Español (Capítulo 3: «Ruptura final y fundación del PCE») que, después de un tortuoso camino hacia la unificación con el Partido Comunista Español, culminó con la creación del Partido Comunista de España (noviembre de 1921), caracterizado en sus primeros años por la «carencia de un grupo dirigente con autoridad y nervio organizativo y militante» (64). En nada ayudó el «giro sectario» de la Internacional, lo que impidió al PCE, que dio sus primeros pasos en la dictadura de Primo de Rivera, su conversión en un partido de masas, analizado en la segunda parte del libro: «De la soledad al Frente Popular».

El capítulo 4, «Geografía y acción del primer PCE», estudia la acción de la organización hasta la proclamación de la República. Las fuerzas iniciales del PCE no habían sido «desdeñables» (69), a pesar de todo, aunque fuera desequilibrada su implantación territorial, mucho mayor en el norte. Considera Martín Ramos que «no era un mal punto de partida» (71) que fue desaprovechado por los virajes de la IC, que explica con cierto detalle. El escenario español se caracterizó por la involución política, la crisis económica y la desmovilización obrera. Se produjo entonces un retroceso en el crecimiento de la organización debido a su «política errónea», a la «concepción mesiánica de la función de vanguardia» (75), a la «proyección simplista

de la experiencia y la política bolchevique» (92) o a las divisiones internas. Los comunistas intentaron sin éxito hacerse con el control de la CNT. La detención de Óscar Pérez Solís, secretario general, llevó a José Bullejos a ocupar esta responsabilidad, que mantuvo hasta 1932. El resultado fue el «aislacionismo absoluto» (93) de forma que «en 1930 el PCE tocaba fondo» (94) y despreciaba la República del 14 de Abril por burguesa. Sin embargo, el rumbo comunista fue progresivamente modificado desde 1931, lo que le permitió dar un «gran salto inicial» (capítulo 5). Es en este capítulo donde se analizan los años de la República en paz: el IV Congreso (1932), las cuestiones nacional y agraria, entre otras. El centro de gravedad del PCE se desplazó del norte al sur, a lo que no fue ajeno la sustitución de José Bullejos por José Díaz, un militante procedente de la CNT sevillana. La apertura del PCE a otras organizaciones de la izquierda fue complicada. Rechazó inicialmente las alianzas obreras que arroparon el movimiento insurreccional de Octubre de 1934, que fue «un error y un fracaso» (111). El VII Congreso de la Internacional Comunista allanó el camino, lo que en el plano sindical supuso la desaparición de la Central General de Trabajadores Unitaria, promovida por los comunistas, en un proceso que tuvo más de «absorción por» que de unificación con la UGT. El frentepopulismo, también respaldado por la IC, dio contenido concreto al concepto de la «revolución española». El movimiento comunista en España entraba, por fin, en la política de masas (151). El triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 fue una «victoria de la democracia» (119). El PCE adoptó un comportamiento «unitario», adjetivo que el autor prefiere al de «moderado» para calificar la política comunista (120).

Comienza el capítulo 6 («El Partido de la revolución popular») con la sublevación del 18 de julio, que hace que el análisis comunista convierta la democracia de 1931 en «de-

mocracia popular» (126). En muchas de sus páginas sobrevuela el debate sobre el «hegemonismo» del PCE a lo largo de la Guerra Civil, de la que saldrá una organización derrotada.

El capítulo 7, el primero de la tercera parte de esta *Historia del PCE*, recorre el periodo que va desde el final de la Guerra Civil hasta el XX Congreso del PCE (2017). No resulta fácil sintetizar en cien páginas casi setenta años de historia, pero Martín Ramos lo consigue. El capítulo 7 («Tiempo de resistencia») cuenta la historia de una organización poco preparada para afrontar el exilio, en el que viven dispersos las y los dirigentes, que tienen enormes dificultades para conectar con la militancia del interior, gran parte en las cárceles franquistas o en la clandestinidad. Son años de desorientación política, de la Unión Nacional Española, del aislamiento respecto a otras fuerzas de un exilio republicano que fue de un profundo anticomunismo. «Fueron los años más oscuros del PCE» (169), escribe Martín Ramos, en los que se produjeron muchos casos de «ejecución del depurado» (170). Fueron los años de la lucha armada, del maquis, «una historia épica y trágica, que pudo tener réditos de propaganda e incrementó la cultura militante» (171), pero de ninguna manera fue un éxito político.

Si el capítulo 7 acaba con esta reflexión sobre la guerrilla, el 8 («El Partido del anti-franquismo») se abre también con la lucha armada, en este caso con su progresivo abandono: la famosa entrevista de febrero de 1948 en la que Dolores Ibárruri, Francisco Antón y Santiago Carrillo recibieron de Stalin, «al parecer» (173), instrucciones sobre la política antifranquista. Afirma Martín Ramos, y creemos que lo hace con razón, que esas instrucciones no significaron el fin de la guerrilla: la documentación que recoge el envío de dinero para la lucha armada hasta principios de los años cincuenta así lo demuestra. Además, la dirección del PCE no pudo estar «desobe-

deciendo a Stalin durante tres años» (173). Aquella reunión supuso un cambio de táctica porque el georgiano recordó la necesidad de aprovechar las posibilidades legales de la dictadura, es decir, entrar en las organizaciones de masas, en el sindicato vertical. Poco después de esa entrevista, el PCE fue ilegalizado en Francia, lo que hizo que varios dirigentes tuvieran que marchar del país y otros pasar a la clandestinidad.

En 1954 el PCE celebró su V Congreso, el primero después de doce años. En la década de los cincuenta se produjo el choque entre dirigentes de distintas generaciones, que vivieron la muerte de Stalin, la firma de los pactos entre Estados Unidos y España o el ingreso de España en la ONU. Tras los sucesos estudiantiles de Madrid en febrero de 1956, el PCE hizo pública su declaración sobre la política de reconciliación nacional que supuso un «cambio estratégico a fondo» (182). La «política resistente» fue substituida por la de masas, que se mantuvo por encima de las rupturas que vivió la organización en los años sesenta (creación del PCE marxista-leninista, expulsión de Claudín y Semprún, y, más adelante, como consecuencia de la invasión soviética de Checoslovaquia, la de Eduardo García y Enrique Lister) y de los setenta. Esa política de masas se concretó en el desarrollo de los sindicatos democráticos de estudiantes y en el fenómeno de las comisiones obreras, entre otros movimientos, que hizo realidad las consignas de penetración en el sindicato vertical acuñadas en los años cuarenta.

El capítulo «¿Qué democracia?» se abre con la muerte de Carrero Blanco en atentado y pasa por la creación de la Junta Democrática y la apuesta eurocomunista. Martín Ramos analiza la Transición, un periodo que se revisita actualmente y que seguirá siendo revisitado en los próximos años. Reforma democrática, ruptura pactada, reforma pactada son conceptos que envuelven

la polémica política del PCE en estos años, en los que los resultados de las primeras elecciones significaron un «duro baño de realidad» (218). Nuevas convocatorias electorales, la debacle en los comicios de 1982, nuevas escisiones, la expulsión de Santiago Carrillo —que fuera durante tantos años secretario general— marcaron el devenir de una organización que fue perdiendo centralidad. Las siglas del PCE quedaron electoralmente ocultas detrás de las de Izquierda Unida; y las del PSUC, detrás de las Iniciativa per Catalunya.

Por la relativa proximidad entre los hechos narrados y la fecha de publicación del libro, sus últimas páginas tienen necesariamente más de noticia que de análisis histórico. En el Epílogo se refiere el autor a la conferencia política «Un Partido para la unidad popular: nuestras alianzas en la nueva fase política», celebrada de forma telemática en octubre de 2020, tiempo de pandemia cercano a la publicación de *Historia del PCE*. Por eso, la referencia es necesariamente breve: los análisis futuros servirán para completar esta etapa de un PCE que, por primera vez desde la Guerra Civil, está presente en el Gobierno.

Dos últimos apuntes para poner punto final a esta reseña. En primer lugar, hubiera sido de interés la inclusión de un anexo con algunos documentos o, por lo menos, los enlaces a aquellas páginas en los que se pueden encontrar en línea. Y, en segundo lugar, es necesario decir que, afortunadamente, *Historia del PCE* será matizada con las aportaciones de nuevas publicaciones; afortunadamente porque es una muestra de la buena salud de las investigaciones sobre la historia del Partido Comunista de España. Lo que, lejos de ser un demérito, es un logro de José Luis Martín Ramos porque su libro es ya, sin duda, un punto de referencia para quienes se quieran aproximar al Partido que nació hace cien años.

Comunistas contra Franco, de Carlos Fernández, Mauricio Valiente y Santiago Vega*

Sergio Riesco Roche
UCM

Década de 1940. En un grueso consejo de guerra del Tribunal Militar Territorial número 1, de esos miles que se conservan en el Archivo General e Histórico de Defensa en Madrid, aparece encartada una gran planilla cuadriculada. En ella, algún miembro de la Brigada Político-Social trata de tejer algo así como un organigrama, una densa red que permita a los perpetradores de la represión franquista encontrar sentido a una maraña de nombres. En ellos aparecen algunos militantes del Partido Comunista de España. Tachones, rectificaciones, nombres que se borran y se vuelven a escribir... El documento transmite la ansiedad que genera al victimario el no saber por dónde cogerlo.

Creo que este ejemplo ilustra a la perfección lo que significaba la militancia comunista en aquella época: cuando alguien caía, había otros dispuestos a tomar el relevo. De hecho, entre otras militantes, en ese consejo de guerra aparecía Manolita del Arco. Entre los y las que caían, más de uno, a sentar cátedra en la *Universidad de Burgos*, quizá el penal que mejor represente la transmisión de valores de resistencia entre los vencidos.

* Reseña de: Carlos Fernández Rodríguez; Mauricio Valiente Ots y Santiago Vega Sombria, *Comunistas contra Franco*, Madrid: Catarata, 2021, 192 pp.



En tiempos de competencia por parte de una historia líquida, embarrada entre banalidades y calumnias, el rigor científico y la difusión «a pie de calle» parecen más necesarias que nunca. Y ese parece uno de los grandes objetivos de este libro que trata de rendir homenaje en el año del centenario

del PCE a una parte que es casi el todo: la militancia.

Estructurado en seis capítulos, quizá la obra se exceda con un largo *proemio* que trata de justificar su creación. Si en el primero se trata de delimitar la cultura política que permea a la militancia, los cuatro centrales son un recorrido cronológico con los hitos históricos del partido tratando de dar voz a la militancia. El peso de los testimonios no parece depender tanto de la disponibilidad biográfica de algunos militantes, como de una búsqueda del equilibrio entre el relato y las aportaciones de los mismos. Por ello, el resultado es algo desigual.

Tomando la cuestión de la identidad como referencia, sobre todo en su capítulo inicial, el libro permite trazar una (breve) historia del partido que muestra cómo uno de los ejes axiales la solidez de la identidad. Basada en una cultura militante muy arraigada, se nos recuerda que los centros de trabajo, el barrio y la escuela fueron los principales espacios de socialización política. En todos ellos se transmitía una forma de hacer las cosas en eso que en el lenguaje de hoy llamamos actitudes cooperativas, sostenibles e igualitarias. Nada nuevo bajo el sol de los movimientos sociales, puesto que aunque cambien los medios y los marcos institucionales, los objetivos parecen no haberse modificado en profundidad.

En el capítulo 2 se lleva a cabo un repaso de los orígenes del partido hasta el final de la guerra civil. Se puede considerar el eje central de la narración la incorporación a la vida pública, muy en especial desde el congreso de 1932 y la labor de Balbontín como diputado pionero en tratar de que se oyera la voz de los comunistas en el parlamento. Si bien es cierto que se trata de una época para la que ya apenas podemos contar con testimonios directos, se echa en falta que no se analice el papel de la militancia en la guerra civil: ¿qué hacía atractivo al partido,

por qué elegirlo como forma de representación de unas inquietudes, de unos ideales, por qué fraguar un compromiso que no sólo no sería a corto plazo sino que se mantendría en el tiempo a pesar del huracán que se lo trató de llevar por delante? A nuestro juicio, no se trata de un tema baladí, puesto que más allá del significado del PCE en la guerra civil, al que se ha dedicado mucha y buena literatura historiográfica y testimonial, si el libro quiere hacer hincapié en el valor de la militancia, este tema merece mucha más atención para aquel momento tan notorio. El poder de movilización del partido en guerra fue decisivo para la creación de la identidad antifascista y resistente que pudo hacer frente a la dictadura en la manera en la que después lo llevaría a cabo.

Precisamente el capítulo 3, centrado en la dictadura, es el más extenso y de mayor importancia, puesto que da nombre al propio libro. En él se analiza con detenimiento la labor de esos *Comunistas contra Franco*. Uno de los aspectos más interesantes de la obra es la puesta en valor de ciertos elementos que conforman la mencionada cultura política y que quizá puedan pasar inadvertidos en el tamiz de la historia. Uno de ellos es, sin duda, la labor alfabetizadora que llevó a cabo el partido dentro y fuera de las cárceles. En esa línea, *Mundo Obrero*, *Reconquista de España*, *Juventud* o *Nuestra Bandera* desempeñaron una función muy relevante como forma de aprendizaje para un pueblo que tuvo que renunciar al esfuerzo educador de la II República de una manera tan violenta. Por desdramatizar un poco, es curioso ver algunos de aquellos procesos con nuestra mirada de hoy. Por ejemplo, las dificultades actuales de la enseñanza pública, tan laminada por el neoliberalismo desde el prisma de lo que significaba la educación y la alfabetización en las cárceles. Así, el libro nos recuerda el «gran modelo de cultura escrita clandestina» (p.

43) que se complementaba de forma imprescindible con una formación oral, a base de largos paseos por los patios de las cárceles o en eternas conversaciones entre los presos políticos que tanto valor le daban a la transmisión de conocimientos.

Otra perspectiva actual podría aplicarse a eso que hoy denominamos *redes sociales*: impresores, linotipistas y tipógrafos, la aristocracia de la clase obrera, debían ser protegidos para garantizar que el flujo de información de las publicaciones comunistas no se perdiera. Eso no significa que todo se hiciera desde un «asentimiento inconsciente». Hay espacio para el cuestionamiento de decisiones tomadas también por el partido en los años más duros del estalinismo.

Pero todo ello queda superado por los testimonios, en especial de mujeres que nos recuerdan la dureza de las torturas como las de la «Siberia» de los siniestros sótanos de la Dirección General de Seguridad. En una época como la actual, en los que la historiografía sería trata de entender el régimen de Franco desde la perspectiva de la «larga duración», tendemos a olvidar la constante que sirvió de amalgama a la dictadura y más allá: la de la represión y el anticomunismo.

En las palabras de Juana Doña recordando que la afiliación no conocía de «medias tintas» (p. 49); en la afirmación de Pilar Claudín de que «somos la construcción de todo nuestro atrevimiento» (p. 63) o en la de Vicenta Camacho —sin autocomplacencia— «somos los que más hemos expuesto y los que menos hemos recibido» encontramos varios de los momentos estelares del libro. Y lo son no sólo porque conmuevan, sino porque parecen darle la vuelta al objetivo del libro. Me explico: el hecho de dar voz a la militancia hace aún más necesario explicar a los neófitos y no iniciados, a las nuevas generaciones, la relevancia histórica de la resistencia y la lucha contra el franquismo.

Sin duda el capítulo 4, centrado en la (re)conquista de la democracia y los derechos sociales resulta un acierto desde el punto de vista cronológico. En lugar de hacer un corte entre los años de dictadura, la transición y el regreso de la democracia, este apartado toma como referencia la década de 1950 y en especial la contribución a la política de reconciliación nacional desde junio de 1956. En todo este periplo tiene gran importancia el dinámico tándem que componen la referencialidad del partido para el militante *versus* la inadaptación social en el seno del régimen franquista. En ese contexto cobran de nuevo relieve el papel de las mujeres, narrado de forma integrada en el texto y no con la condición de excepcionalidad, como entendemos que se debe llevar a cabo. La figura de María Luisa Suárez Roldán, formada en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza como su predecesora en las luchas jurídicas —la inolvidable Matilde Landa— sirve de hilo conductor para reforzar figuras olvidadas por lo trascendente de los debates estratégicos que la nueva sociedad española de la década de 1960 exigía. El *Movimiento Democrático de Mujeres* o *Nosotras*, la prensa comunista en femenino, ilustran de nuevo esa forma de vehicular la formación y la acción de la militancia de base.

A pesar del esfuerzo de los autores en abordar los momentos clave de la evolución del partido entre 1956 y 1977, parece faltar espacio para combinar de una forma más eficiente la explicación de las decisiones tácticas tomadas por el partido y su aceptación o rechazo por parte de esa militancia. Ahí se seleccionan testimonios de mayor calado teórico —aunque las opiniones de Berzosa aparecen repetidas en dos lugares diferentes del libro— como los muy auto-críticos de Salvador Jové, quien afirma que se arrastraban en la Transición demasiados debates sin cerrar (p. 143). Coincidiendo

con la idea, habrían sido de agradecer más testimonios no para que justificaran unas y otras actitudes, sino para entender más a fondo cómo se vivieron aquellos debates.

El capítulo 5 afronta la «reconstrucción y reinención» del partido. Resulta muy interesante cómo la militancia focaliza el debate en la sectorialización y en la territorialización resultantes de la consolidación de la democracia como una de las causas de la crisis de identidad y de afiliación. El tema de la disolución de las siglas durante la creación de Izquierda Unida, espinoso donde los haya, nos deja un poco con la sensación de que quizá se pudieran explicar más y mejor los dilemas a los que se enfrentó el partido. Esto no obsta para que se recuerde la notable presencia en los movimientos sociales que en torno a temas como la insumisión, el feminismo, el colectivo lgtbi o la memoria histórica, rodeadas de ese activismo que impregna una larga tradición de cultura política.

En un pequeño epílogo donde se pone de nuevo en valor la importancia de las ideas, no se nos dice si la obra tiene o no vocación de continuidad. El conjunto del libro cumple su función de homenajear a los militantes, pero se queda algo limitado por la falta de un proyecto de testimonios a largo plazo o incluso algo más ambicioso como

un «banco de memorias». A lo largo de la obra, el vector de doble sentido entre militancia y dirección queda más bien difuso. Por supuesto es complicado en un esfuerzo de síntesis, pero algunos ejemplos de armonías y desarreglos dejan con ganas de mucho más.

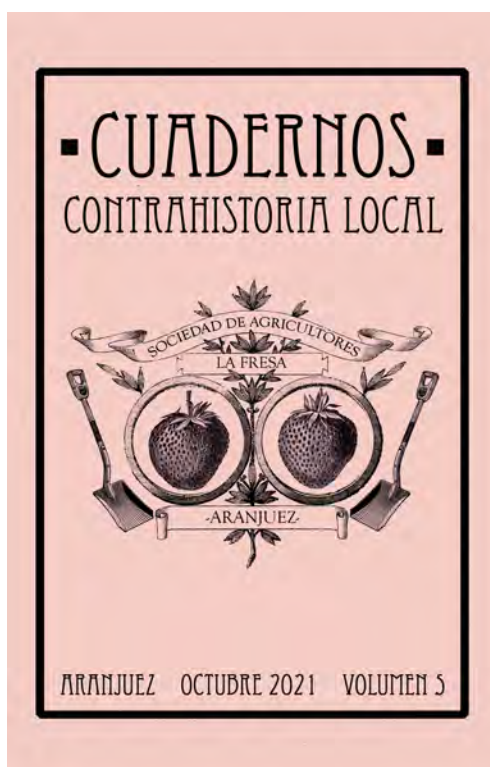
Comunistas contra Franco, un título necesario pero que no incluye el largo recorrido que se hace en la obra, nos recuerda algo: ante mensajes de maquillaje por parte del fascismo, sustanciados en la capacidad de adaptación del régimen de Franco a los diferentes tiempos para asegurar su supervivencia, conviene recordar con vehemencia el significado de actitudes constantes, de larga duración, como la de los comunistas. Coincidimos plenamente con los autores con que el más «pernicioso efecto» de la desmovilización en la transición fue «oscurecer una experiencia militante muy amplia» (p. 145). Sin duda, el mantener presente su memoria es toda una responsabilidad si queremos ganar el relato amenazante de quienes utilizan el adjetivo «comunista» como insulto. Este libro, sin duda, va en la buena dirección, pero ojalá tenga continuidad en posteriores obras o en una sistematización de la recogida de testimonios de una militancia imprescindible.

A ras del suelo*

Roberto Pradas Sánchez-Arévalo
Enseñanza Secundaria

El presente libro constituye un sólido estudio de historia local sobre la creación y evolución, desde 1929, de la Sociedad de Obreros Agricultores de Aranjuez La Fresa, un sindicato, con una importante composición comunista en la dirección, federado a la UGT. Se trata de una historia que nos recuerda el origen marxista de este sindicato.

Como sostiene la historiadora Sandra Fernández, suele hacerse depender la historia «local de la historia general como si aquella fuera, en efecto, un reflejo de esta última». Invertir los términos, partir de los casos locales para comprender la historia general, puede desentrañar otro tipo de mirada, una avalada por trabajos como los de Edoardo Grendi, que revelan cómo los «valores compartidos socialmente están estrechamente ligados al [...] territorio», o los de Raul Fradkin, que, en relación al problema «del poder y el conflicto social en el mundo rural», afirma que «observar el conflicto social y las formas de acción implica» observarlos a «ras de suelo» para poder «identificar sus fundamentos y los mecanismos que les permiten estructurarse» ofreciendo la posibilidad de un «análisis capaz de presentar los procesos históricos de construc-



ción de poder y la conflictividad social»^[1].

Esta mirada, en cierto sentido, está en el origen del propio enfoque social de la historia. Son conocidos los escritos de Marx en la Gaceta Renana, en 1842, sobre la novedosa consideración legal como «robo», en

* Reseña de: Curro Rodríguez, *De morro ante los fenómenos del tiempo. Sindicalismo y explotación de la tierra durante el periodo republicano en Aranjuez*, Cuadernos de Contrahistoria Local, vol. 5, Asociación Cultural La Casa Negra, Aranjuez, octubre 2021.

1.- Sandra Rita Fernández: «El revés de la trama. Contextos y problemas de la historia local y regional», *Revista Digital Estudios Históricos*, 1 (2009), <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/226301> (consulta: 25 de abril de 2022).

contra de la costumbre, de la leña que los campesinos recolectaban en los bosques. En Aranjuez, como nos recuerda Curro Rodríguez, antes que Jovellanos dirigiera sus críticas a los campos abiertos, se había prohibido rebuscar «los frutos del bosque, del monte o el sobrante sin recoger de la cosecha», e incluso se consideraron propiedad real las presas de caza, aunque estas no se encontraran dentro de un coto.

Rodríguez, ha querido, con su trabajo, concentrarse en el caso de Aranjuez, cuyas circunstancias como Real Sitio nos ofrecen un particular contexto que nos permite interesantes comparaciones con los modelos de la historia general. Angelo Torre considera que en «esta configuración resultan inapropiadas tanto la ecuación (micro = local) como la contraposición (pequeño vs. grande). Ambas olvidan que no se trata de objetos, sino de escala: lo local y lo micro no son ‘pequeños’, ‘se ven de cerca’»^[2]. Lo macro puede estudiarse desde lo local. En este sentido, «Romain Bertrand nos alerta sobre que la retórica de la talla de los objetos esconde algo fundamental: el metro está en la mano del historiador y no en la del actor. [...] Siempre se encuentra una salida para tal articulación cada vez que es tratada a nivel de la experiencia de los actores: ‘cuando el historiador o el sociólogo no delimita de antemano los ‘mundos vividos’ de los actores, sino que los deduce de las prácticas que los constituyen, dotándolos de una pertinencia para la acción’. [...] La definición de la escala, la delimitación del objeto, el compromiso contextual, la conceptualización adecuada, la instrumentalidad metodológica sobre el uso de las fuentes deben

ser el ámbito donde plantear la investigación, y donde se define el tema del espacio y el lugar»^[3]. Por ello, «es interesante poner de relevancia cómo todas estas formas de acción expresivas, que postulan esquemas de valores compartidos socialmente, están estrechamente ligadas al espacio, al lugar, al territorio; esto es, a referentes a menudo descuidados por la tradición historiográfica. [...] El espacio de los lugares también enfrenta el ejercicio de dominación desde la territorialidad en términos jurisdiccionales, estatales y administrativos [...]. Para la historia, las unidades espaciales no tienen sentido en sí mismas, sino en cuanto a las prácticas sociales y culturales, particulares y específicas, que se conjugan en ellas en una temporalidad»^[4].

En esta línea, el trabajo de Rodríguez se trata de una historia que contada localmente nos proporciona una mirada sobre las relaciones concretas en las que se desenvuelve la historia rural desde la crisis de la Restauración borbónica hasta la imposición de la dictadura franquista. Pero, nos dice el autor, para comprender, la reacción franquista hemos de remontarnos a los orígenes de un conflicto social que no hizo sino acrecentarse a raíz de la reestructuración, y la desposesión social, de la propiedad que supusieron las desamortizaciones. Aranjuez, en este contexto, supuso un caso tardío debido a su condición de Patrimonio Real pero finalmente, la desamortización de este patrimonio en 1869 condujo al reparto entre la oligarquía, excluyendo a sus trabajadores, de estos bienes como por ejemplo al general Prim o a los duques de Fernán-Núñez^[5].

Esta circunstancia, según un informe

2.- Sandra Rita Fernandez, «Escala, espacio, lugar: Reflexiones sobre la perspectiva regional/local», en *La ruralidad en tensión*, Juan Manuel Cerdá y Graciela Mateo (coordinadores), Buenos Aires, Editorial Teseo, 2019, pp. 5-6, <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/117845> (consulta: 25 de abril de 2022).

3.- *Ibíd.*, p. 8.

4.- *Ibíd.*, p. 10.

5.- C. Rodríguez, *De morro ante los fenómenos del tiempo...* pp. 43-45.

citado en el libro, había «dificultado la división de la propiedad, encontrándose actualmente fincas particulares de extensión mínima con algunas de superficie considerable» y «debido a esta particular segmentación de la propiedad rústica, el trabajo que en ella se realiza ha estado determinado por una elevada tasa de eventualidad, en oposición a lo que sucedía en otras regiones similares como Murcia o Valencia. Esto explica [...] el que sea esta una de las pocas zonas de regadío en las que se han presentado conflictos obreros en relación con la remuneración y distribución del trabajo»^[6].

De este modo, la mecanización en Aranjuez, debido a su particular combinación de tipos de propiedades, y cultivos de secano y regadío, y el gran número de jornaleros, provocaría un impacto que tampoco tiene paralelos en otras zonas de regadío. Rodríguez, constata en otros estudios que motines del pan, como los de febrero de 1897, «huelgas, sabotajes, inutilización de equipos y otras formas de resistencia, fueron utilizadas por un incipiente movimiento obrero consciente de que el maquinismo era un nuevo agente de la desposesión social». El movimiento obrero de Aranjuez participará en las importantes huelgas de 1916 y de 1917, unidos ferroviarios y jornaleros, comprobando el autor fuertes enfrentamientos con la Guardia Civil y una dura represión con la realización de consejos de guerra. Será, precisamente tras el «trienio bolchevique» cuando «la idea de los arrendamientos colectivos se haría «popular, recuerda Malefakis, entre los círculos católicos [...] como remedio al problema del subarriendo»^[7].

El problema para los jornaleros no son solo los subarriendos. La acción colectiva,

pero sobre todo el acceso a la posesión colectiva, de la tierra aparece como la única vía capaz de conjurar los inaccesibles arriendos y las desigualdades antropométricas entre clases sociales que demuestran el efecto de los salarios misérrimos causados por la concentración de la propiedad, el alto paro y la incipiente mecanización. En 1929, nacerá la Sociedad de Obreros Agricultores de Aranjuez La Fresa que, desde el comienzo verá en los arriendos colectivos una vía emancipadora para los jornaleros. Cuando, en 1931, el Ministerio de Trabajo legisle sobre «los contratos de arrendamientos colectivos a favor de las sociedades obreras», inmediatamente, aparecerá en Aranjuez una sociedad de arrendamientos colectivos.

Sin embargo, la imposibilidad real de llevar a cabo arriendos significativos obligaba a la mayoría de los jornaleros a depender de un trabajo asalariado que se veía amenazado por la mecanización. En otros trabajos el autor ha señalado la presión patronal para extender la mecanización. En junio de 1932 se celebró una reunión entre los principales fabricantes de maquinaria agrícola para tratar, según la prensa, la «situación insostenible» causada por la «actitud adoptada por los obreros» contra la mecanización del campo y constituirse en un grupo de presión ante el gobierno. Como ha sostenido Curro Rodríguez, no se trata solo de una desposesión económica, «el labrador o el jornalero, recipientes del saber tradicional y popular agrícola, habían comenzado a formar parte del conjunto de factores de atraso que atenazaban la economía agraria. El capital necesitaba de un nuevo lenguaje que pudiera ser traducido en términos de productividad, rentabilidad y crecimiento».

Contra el uso de maquinaria, aquel mismo mes de junio de 1932, se declaró una huelga en Aranjuez. Aquel año, los campesinos esperaban la Ley de Bases para la

6.- *ibíd.*, 61.

7.- C. Rodríguez, *De morro ante los fenómenos del tiempo*, p. 196.

Reforma Agraria, que se aprobará en septiembre. Una ley que resultará frustrante para estos. En Aranjuez, quizá por estas expectativas, «en septiembre de 1932 el administrador de [la finca] La Flamenca apuntaba en la correspondencia: los colonos no pagan ninguno»^[8]. Por otro lado, en esta localidad, el gobierno optó por arrendar a pequeños agricultores tierras del Patrimonio de la República. Sin embargo, las condiciones de mercado ofrecidas a los pequeños arrendatarios generaban malestar entre estos e impedirán el acceso a la masa jornalera que, organizados, protagonizarán numerosos conflictos hasta la importante huelga general de octubre de 1934.

Parecía que la solución solo podía pasar por el trabajo colectivo. En Aranjuez, como en otros lugares de España, el triunfo electoral del Frente Popular animó a los jornaleros a forzar los tiempos de la reforma agraria ocupando las tierras que se consideraban expropiables por el IRA. El 20 de abril de 1936 «un grupo de obreros agrícolas de Aranjuez comunican al Instituto de Reforma Agraria la ocupación de la finca de Villamejor, propiedad de don Fermín Muguero [...] Tenían funcionando una caja de resistencia para apoyar la ocupación». Un perito del IRA certificó que la finca se hallaba en «estado de abandono». Muguero, según el perito, «no está dispuesto a ceder la finca» a una colectividad, aunque aceptaría cedérsela al IRA que legalizó la ocupación e inició el procedimiento para indemnizar a Muguero^[9]. El libro rastrea, hasta donde los archivos cerrados y el desinterés de la propia UGT lo permiten, el caso de la indemnización hasta conducirnos a las formas locales en que se reclamaron los bienes de los sindicatos durante el expolio franquista.

8.- *Ibíd.*, 175.

9.- C. Rodríguez, *De morro ante los fenómenos del tiempo...*, pp. 137-155.

La lectura de este trabajo, en un momento en que la memoria franquista campa a sus anchas nos traslada de nuevo a la reunión convocada por el grupo de investigación Histagra en 2012 «con el encargo de responder a la pregunta de por qué una generación de investigadores dedicó sus esfuerzos durante los años setenta y ochenta a estudiar los problemas relacionados con la propiedad de la tierra. [...] Una dictadura franquista agónica y la transición a la democracia constituyen el telón de fondo [...]. Cerrar el paréntesis [de la Dictadura] obligaba a mirar el momento en que este se abrió y a retomar los hilos que quedaron entonces truncados. Esto implica, por un lado, que 1936 se convierte en el ineludible punto de llegada de la mayor parte de las investigaciones, o, [...] en una presencia latente que no es difícil adivinar tras los pliegues de los debates sobre la revolución burguesa, la transición al capitalismo o la conflictividad campesina»^[10]. En la actualidad, la herida sin cerrar de la memoria, nos indica que aún no hemos pasado página al franquismo, y estudios como este siguen siendo tan pertinentes como persistente es el franquismo sociológico entre ciertos sectores del país. Para percibir el presente, es ocioso ya repetirlo, es preciso observar su construcción histórica. Nuestro presente no es natural, no es una realidad inmutable, sino el producto de unos cambios históricos, muchas veces impuestos por los poderes hegemónicos en su beneficio.

10.- David Soto Fernández y José-Miguel Lana Berasáin, «La historia agraria contemporánea española en claroscuro», en David Soto Fernández y José Miguel Lana Berasáin (eds.), *Del pasado al futuro como problema. La historia agraria contemporánea española en el siglo XXI*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, p. 14, <https://academica-e.unavarra.es/xmlui/handle/2454/32698> (consulta: 25 de abril de 2022).

Los campos de concentración franquistas, el ejemplo de Camposancos*

Miguel Paz Cabo
ES Siete Colinas, Ceuta

La historia reciente de Europa nos lleva a sentir en carne propia el horror vivido en los campos de concentración alemanes. En España, sin embargo, la mayor parte de la población desconoce —o niega activamente— la existencia de campos de concentración. Obras como *Los campos de concentración de Franco* de Carlos Hernández de Miguel, que ofrecen una visión general, global y detallada de los campos de concentración franquistas, son fundamentales. Galicia y A Guarda se encontraban huérfanas de una investigación sólida y documentada sobre su pasado más reciente.

José Antonio Uris Guisantes, quien lleva años en el trabajo para recuperar la historia del campo de concentración de Camposancos, y Víctor Manuel Santidrián Arias, publicaron recientemente *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, editado por la Fundación 10 de Marzo dentro de su *Colección Testemuños*, del que este libro es ya el número 13.

Para cubrir ese vacío historiográfico al que hacíamos referencia, los autores, que utilizan la hemeroteca, archivos munici-

* Reseña de: José Antonio Uris Guisantes y Víctor Manuel Santidrián Arias, *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2021, 143 pp.



pales, militares, ministeriales y familiares, parten en el primer capítulo, de una clara explicación del sistema concentracionario franquista, desde sus orígenes hasta sus motivos y particularidades. El segundo capítulo está dedicado a las características propias del sistema de campos de Galicia. La singularidad propia de Galicia dentro de la realidad bélica española de 1936-1939 y

la postguerra, es un elemento fundamental para entender este *A porta do inferno*.

En el tercer capítulo, Uris y Santidrián nos traslada, casi físicamente, hasta el campo de concentración de Camposancos. Se inicia con una clara explicación histórica, cómo un edificio inicialmente dedicado a la importación-exportación termina convirtiéndose en un centro de terror, tortura y muerte. En ese recorrido hasta su inclusión oficial en la lista de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros de Guerra (ICCP), tuvo un papel fundamental la Compañía de Jesús, que adquiere el edificio en 1875. La compañía mantuvo la propiedad del edificio hasta la disolución de la orden en 1932. La devolución del colegio a los jesuitas por parte de los franquistas fue en un primer momento parcial, pues una parte del edificio fue utilizada para la instalación del campo de concentración desde los últimos meses de 1937, cuando el frente norte republicano empieza a caer (págs. 39 y 40).

El amplio conocimiento de Uris y Santidrián sobre el campo, y el uso de gran cantidad de documentación permite a los autores reconstruir el campo de concentración. Ejemplo de ello es una de las sesenta y tres imágenes reproducidas en el libro, un detallado plano que se muestra en la página 35, y con el que podemos ver la convivencia entre iglesia, Estado y Falange. Los jesuitas eran los encargados de dar misa en el campo, una misa primero obligatoria y luego simplemente meritoria para redimir penas. El uso de fuentes orales en la investigación ayuda a reconstruir los pequeños actos de resistencia que los presos pudieron llevar a cabo, como voltearse en medio de una misa (pág. 46).

El número de presos que pasó por Camposancos sigue siendo a día de hoy debatido. Algunas fuentes lo sitúan en 4.000 personas, mientras que otras lo elevan a 5.000 (pág. 48). El campo tenía oficialmente una

capacidad para 868 internos según los datos recogidos por Uris y Santidrián en el Ministerio del Interior, sin embargo, el número de presos y presas al mismo tiempo fue muy superior, hasta 2.937 a raíz de la Batalla del Ebro. El hacinamiento de presos provocó la aparición de parásitos que dificultaban la vida de los internos

Más allá de las cifras, la importancia de este campo de concentración reside en gran medida en su papel de clasificación, a lo que Santidrián y Uris otorgan gran importancia. Camposancos fue el filtro por el que los presos republicanos provenientes de diferentes frentes de guerra pasaron antes de que las autoridades golpistas decidieran su futuro. Así, la entrada y salida de hombres y mujeres fue continua. Camposancos fue, como recuerdan los autores, de esos campos donde sí hubo mujeres internas. Y este es un detalle importante, y que no deja de llamar la atención del lector, por hacer diferente este campo de A Guarda respecto a otros campos gallegos y españoles, donde lo habitual era que las mujeres fueran separadas de los hombres y trasladadas a otros centros, como sucede en el extremeño campo de concentración de Castuera, investigado por Antonio D. López Rodríguez.

Muchos presos que llegaban de Asturias trataban de obtener algún tipo de aval de las autoridades locales de origen. Pero no todos lo conseguían. Avelino Fernández, una de las fuentes orales seleccionadas por los autores explica como con las primeras denuncias también llegaron los interrogatorios en el llamado por los presos «pabellón de la tortura». La lectura de estos pasajes, de la palabra tortura en primera persona, se acompaña con fotografías que ofrecen viveza al relato (pág. 39).

Es sabido que muchos acusados fueron condenados a muerte por rebelión. En este presente que nos toca vivir de poder judicial secuestrado, los autores de *A porta do*

inferno dan voz a una figura tan interesante como desconocida, al gallego Francisco Javier Elola y Díaz-Varela, quien fue fiscal general de la República y afirmó antes de ser ejecutado que el Estado franquista jamás podría utilizar la categoría jurídica de rebelde contra los republicanos.

Así, *A porta do inferno* nos traslada desde la interesante microhistoria de un campo de concentración hasta la historia de un país. Sirve esto para explicar de forma sencilla elementos tan complejos como el sistema concentracionario español. Una sencillez que, sin restar un ápice de profundidad los autores consiguen a la perfección.

El libro no es solamente un ejercicio de investigación, también constituye un ejercicio de memoria democrática, pues los autores dedican 53 carillas (págs. 82 -134) a plasmar en negro sobre blanco los nombres

de cada una de las personas que pasaron por este campo. Junto a los nombres y de forma muy detallada podemos ver un estudio estadístico sobre todos los Consejos de Guerra celebrados en el Campo y las condenas impuestas en cada caso.

No se olvidaron tampoco los autores de dedicar tinta a los victimarios. De todos ellos, que no son pocos, destaca las «breves pinceladas biográficas» a la figura del capitán Luis Vicente. Un ejercicio valiente y digno de mención.

En definitiva, *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, es una obra que une todo aquello que el lector amante de la historia local puede demandar, pero también todo aquello que el lector especialista en la historia contemporánea más negra de nuestro país puede necesitar.

Juan Carlos Rodríguez y las lecturas de nuestra vida*

Maria Ayete

Universidad Internacional de La Rioja

Seis años después de la muerte de Juan Carlos Rodríguez —sin duda el mejor de nuestros pensadores marxistas y uno de los más destacados teóricos y críticos de la literatura española de las últimas décadas—, la editorial Akal publica su hasta entonces inédito *Freud: la escritura, la literatura*, un estudio dedicado, *grosso modo*, a analizar el modo en que el inconsciente ideológico se enlaza con el aparato psíquico, es decir, con el inconsciente libidinal.

De acuerdo con Rodríguez, la vida tiene dos lugares de existencia, uno transhistórico (horizontal) y otro histórico (vertical): el primero —el transhistórico— es el paso de la no-psiquis a la psiquis (en otras palabras, el paso de animal a persona); el segundo —el histórico— tiene que ver con esa persona en tanto que ser social, en tanto que animal ideológico. Dos inconscientes, el libidinal (Freud) y el ideológico (Marx). Para que nos entendamos: la pulsión sexual es transhistórica, por ejemplo, mientras que el amor es un invento histórico (varía según la formación histórica de la individualidad de la que estemos hablando). Si he usado los términos «primero» y «segundo» ha sido por razones puramente prácticas, una cuestión de mera inteligibilidad. Digo lo anterior porque la realidad es que el paso del animal

*Reseña de: Juan Carlos Rodríguez, *Freud: la escritura, la literatura (inconsciente ideológico e inconsciente libidinal)*, Madrid, Ediciones Akal, 2022, 351 pp.



sin psiquis al animal con psiquis (social/ideológico) está siempre ya dado, aunque no termina nunca, de ahí la marca, la herida llamada *Inconsciente* en nuestro cuerpo, que a veces dominamos (suturar) y otras nos domina (saturar). Dos formas del yo, entonces (que son en el fondo una): el yo libidinal y el yo histórico. ¿Independientes? No, por supuesto (son, decíamos, en el fondo una). ¿Por qué? Porque el yo libidinal —nos dice Freud— es tan solo humo, no existe

sino en proceso, o porque este yo libidinal —nos dice Rodríguez— está desde siempre ya atrapado por el yo histórico, *id est*, configurado por el inconsciente ideológico surgido de las relaciones sociales que le son propias a un modo de producción concreto (en nuestro caso, el del capitalismo)¹.

El proyecto de Freud no es otra cosa que el estudio de la maquinaria en virtud de la cual pasamos de animal a hombre/mujer, el estudio del yo psíquico y sus manifestaciones. Sin embargo —aquí no terminó de llegar jamás el padre del psicoanálisis—, no hay manifestación sin «expresión», y cualquier expresión está determinada desde ya por los inconscientes que la (nos) habitan (somos seres ideológicos, luego ni miramos, ni pensamos, ni hablamos desde/en el vacío...). El proyecto de Rodríguez en este ensayo es, por su lado, explorar cómo confluyen el yo libidinal y el inconsciente ideológico que lo atrapa, o sea, profundizar en la forma en que nos construimos como personas (el problema —o la imposibilidad— para decir «yo soy», las contradicciones...) a través de un recorrido por las teorías de Freud y un análisis de su epistolario privado, un modo este último de vislumbrar (y demostrar) el juego de espejos de estas dos realidades: los embates del inconsciente psíquico configurados por la presencia de la escritura del inconsciente ideológico.

Quien se pregunte qué pinta en todo esto la literatura acierta de lleno. A fin de cuentas, el título del ensayo es el que es, ¿no? *Freud: la escritura, la literatura*. Bien, la literatura pinta, sí, y pinta mucho, tanto en este libro como en la teoría general de Rodríguez. Que la última parte del ensayo esté dedicada a las cartas de Freud no es, en este sentido —ni en ningún otro— casual. La li-

teratura, tal y como la conocemos todavía hoy, es un invento burgués para presentar como ya resueltas las contradicciones entre la imagen del yo-soy libre que nos devuelve el espejo capitalista en el que no tenemos más remedio que mirarnos/identificarnos/reconocernos y las condiciones reales de existencia (la explotación). En una palabra: el terreno discursivo en el que tratamos de individualizarnos. No me extendo mucho: cada modo de producción (conocemos tres: el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo) segrega sus propios términos para aludir a sus condiciones particulares de explotación. En el esclavismo, esclavo/amo; en el feudalismo, siervo/señor; en el capitalismo, sujeto/Sujeto. Al contrario que en las dos primeras matrices, en el capitalismo, la diferencia entre explotados y explotadores se reduce al cambio de una letra minúscula por su versión mayúscula. ¿Por qué? Porque la libertad es la condición indispensable para que el capitalismo funcione, o sea, para que el sujeto se constituya como sujeto, así que todos somos libres (sujetos), solo que —ay, no lo vemos, pero...— unos explotadores y otros explotados. El capitalismo libera al siervo de su sujeción a la tierra, al amo y a Dios: el individuo abandona el campo para irse a la ciudad y trabajar para quien más le pague. La libertad que otorga el capitalismo es en este sentido *real*, en la medida en que supone una ruptura con el servilismo. No obstante, esta libertad tiene un doble filo (el *fantasma*), porque entra radicalmente en contradicción con el corazón del sistema capitalista: la explotación. El capitalismo, entonces, nos explota mientras nos dice que somos libres (libres para vender nuestra fuerza de trabajo —nuestra vida— al mejor postor, libres, en definitiva, para ser explotados). La literatura, en esta línea, ha servido (y sirve) como máquina reproductora (legitimadora) de la ideología dominante: no escribimos en/desde el va-

1.- En efecto, y como sostiene el propio Rodríguez, «el neurótico no habla en el vacío sino [...] sólo a través de las figuras del inconsciente ideológico establecido en cada momento, en cada coyuntura histórica» (81).

cío, sino en/desde un lleno, que es el del inconsciente ideológico (capitalista) que nos configura y que nos insta a *creernos* libres, luego es en la literatura donde quedan registrados los intentos de decir «yo soy», los intentos de salvar (de suturar) la contradicción libertad/explotación que nos atraviesa en tanto que sujetos capitalistas.

La complejidad de todo esto es, creo, más que evidente, a pesar de que huelga confesar la reducción (que es siempre una simplificación) a la que me obligan el espacio del que dispongo y el objetivo, primero y último, del género al que pretendo se adscriba este texto. A los lectores y lectoras cuya primera aproximación a la obra de Juan Carlos Rodríguez sea este ensayo les recomiendo encarecidamente prestar atención al estudio introductorio del profesor José Luis Moreno Pestaña, porque en poco más de cuarenta páginas consigue, haciendo gala de una lucidez envidiable,

por un lado contextualizar el pensamiento de Rodríguez y, por el otro, poner en órbita sus nociones fundamentales (modo de producción, radical historicidad, inconsciente ideológico...). A los y las ya iniciados/as no les aconsejaría nada distinto, en realidad, puesto que la vastedad y, sobre todo, apertura de una teoría filosófica y literaria como la desplegada por Rodríguez no está nunca exenta de ejercicios de este tipo.

Acercarse a Juan Carlos Rodríguez es siempre abrir ventanas a una manera *otra* de mirar, que no es sino una manera *otra* de leer. Esta publicación última nos invita a atender a los distintos horizontes de lectura de nuestra individualidad («lecturas de nuestra vida», las denomina él), que no son en el fondo sino caminos hacia un mismo fin, el del inconsciente ideológico que nos configura; el de la literatura como expresión excepcional (porque es íntima) de nuestra individualización.

De luces, sombras y brasas*

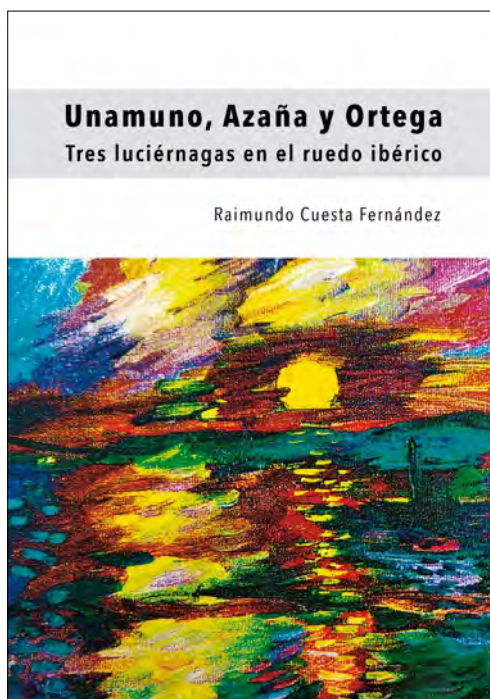
José María Rozada Martínez

Universidad de Oviedo

Dice el autor en las primeras páginas del libro que «Sin ningún propósito proselitista entrega su contenido a la navegación mental de los hipotéticos lectores o lectoras.» (p. 18). Pues bien, mi navegación ha sido la de quien lee para aprender, pero, al mismo tiempo, reconsidera lo que lee en función de lo que sabe. Y en este caso debo decir que sé más del propio autor que de los personajes protagonistas del libro, así que en todo momento me he situado entre él y su obra, siendo a esa travesía a lo que dedicaré estas líneas.

No me resultó difícil entender su deseo de que el libro «sea una suerte de hibridación de ensayo y obra histórica» (p. 17), toda vez que Raimundo Cuesta ha sido siempre respetuoso amante de la Historia y, al mismo tiempo, de la libertad como no sometimiento a tradiciones y servidumbres academicistas, represoras de un sujeto que, con su lenguaje e ideología, sin renunciar al rigor, pueda configurar un enfoque y estilo propios. Él ha enseñado Historia y escrito mucho sobre dicho trabajo, dando lugar a magníficos ensayos en los que su crítica no se detuvo jamás ante gremialismo alguno, ni siquiera el que sirve de soporte a las tradiciones que todavía se mantienen en amplios sectores de la corporación de

*Reseña de: Raimundo Cuesta Fernández, *Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico*, Madrid, Vision Libros, 2022.



profesores de instituto de la que él formó parte como catedrático. Además, su producción intelectual fue siempre desinteresada en lo que al medrar profesional/institucional se refiere. No es extraño pues, que en este libro se atreva a situarse entre lo subjetivamente narrativo y lo rigurosamente histórico, para volver sobre las biografías de tres personajes ya ampliamente biografiados, sobre los que existe «un corpus documental de dimensiones descomunales» (p. 331). El libro es fruto de la rebeldía del autor contra todo

tipo de estricto encasillamiento. No en vano, cuando escribió su propia autobiografía eligió al legendario Tersites, «poco grato a los poderosos», como heterónimo de sí mismo.

Lo que con esa independencia busca y consigue el autor en este libro es (tómese en el orden que se quiera): libertad para no someterse estrictamente a una metodología historiográfica o formato literario determinados; fidelidad a su propia trayectoria profesional; presencia de sí mismo como sujeto con ideología y compromiso social propios, y, lo que no es poco, el placer de escribir tan bien como le gusta y sabe hacerlo.

Pero, como él mismo insiste, nadie está hecho de una sola pieza ni sigue temporalmente una trayectoria intelectual y vital absolutamente rectilínea. De modo que en los últimos años ha ido moderando su crítica a la «literatura del yo», para concederle mayor espacio a la consideración de lo biográfico, aun aceptando que nunca se podrá entrar del todo en lo que es el «laberinto vital inexpugnable» de cada biografiado ni de nadie. Así que con todas las cautelas que cada poco nos reitera, lo biográfico está plenamente incorporado a la «caja de herramientas conceptuales» utilizadas en este trabajo. Bien es verdad que combinado con otras:

«He querido que este libro sea una suerte de hibridación de ensayo y obra histórica. Del primero he tomado el aire narrativo, desenvuelto y a menudo muy subjetivo de mis percepciones y juicios, mientras que de la tradición historiográfica he bebido, pero sin ese indecoroso apetito omnívoro de querer decirlo todo y leerlo todo» (p. 17).

Con este planteamiento, que se apunta en la Introducción del libro y al mismo tiempo se respira a lo largo de su lectura, el autor configura tres biografías plagadas de detalles minuciosos acerca de las vidas de Unamuno, Azaña y Ortega, juntamente con la inclusión de conceptualizaciones que permiten ir más allá de cada uno de ellos. No solo hay una permanente presencia del contexto, sino también sugerentes caracterizaciones creadas por el autor. Con respecto a lo primero, el libro constituye un muy interesante trabajo sobre la historia de nuestro país. En lo que respecta a lo segundo, señalando tanto a Ortega como al historiador francés François Dosse, el autor se propone

«... anclar el género biográfico en totalidades expresivas que permitan al lector o lectora hacerse cargo del significado fundamental del personaje estudiado sin incurrir en meandros y detalles fútiles [...] evitando la falsa horma de verdad del cientificismo y huyendo también del subjetivismo meramente literario» (p. 345).

Para ello utiliza tres «tipos-ideales» con los que caracteriza a cada uno de sus tres personajes: el «profético» para Unamuno, el «político» para Azaña y el «olímpico» para Ortega. Con estos el autor se propone marcar las diferencias existentes entre ellos en tanto que «intelectuales públicos».

En mi particular navegación como lector (como he dicho, autorizada por el autor), esta última caracterización común es la que más brisa ha puesto en mis velas, permitiéndome contemplar, mejor que lo había hecho hasta ahora, paisajes históricos de los que todos suponemos (ilusoriamente en mi caso) saber mucho; pero también acercándome a pensar so-

bre el presente inmediato, como diré más adelante.

Son muchas y muy interesantes las diferencias entre las tres luciérnagas puestas de manifiesto por el autor, pero la genial y muy literaria metáfora de su común «abrasamiento» en el tiempo y las circunstancias en las que les tocó vivir ha constituido para mí el mayor atractivo de la larga singladura a través de las 557 páginas del libro. He de decir que casi cada vez que me he encontrado en el texto con el verbo abrasar, he regresado de inmediato a la cubierta del libro para detenerme a sentirlo más que a pronunciarlo, ante al magnífico cuadro de la pintora Sol Cortines, en el que la luz, no ya de una luciérnaga sino del sol, parece iluminar y abrasarse al mismo tiempo en un paisaje tenebroso del que ha desaparecido incluso la ilusión del horizonte.

Lo que se abraza en Unamuno, Azaña y Ortega son «... sus ideas, sus valores y sus capacidades de orientación y de guía de la opinión colectiva» (p. 195); «los ánimos y las voluntades» (p. 474), y «sus muy diversos proyectos políticos» (p. 476). Y lo hace, sobre todo, en aquel «escenario de barbarie que trituraba y abrasaba a quien pasara a su lado» (p. 313), si bien afectó de manera desigual a cada uno de ellos dependiendo de las opciones de cada cual y, por tanto, del mayor o menor acercamiento al incendio social que supuso la Guerra Civil, sus causas y sus consecuencias. Unamuno, el intelectual profético, se abrasaría en un fuego interior alimentado por todas sus incongruencias (p. 168). Azaña, quien como intelectual político se comprometió directamente hasta el final, fue quien padeció la abrasadora conflagración desde dentro de la misma. Ortega, como intelectual olímpico, fue quien se acercó menos, llegando incluso a saltar al otro lado de la barrera, aunque luego

se iría «inmolando a fuego lento en las ulcerantes ascuas dejadas por la guerra y la dictadura» (p. 533). Diferencias entre ellos que no excluyen las destructoras frustraciones que los tres padecieron en sus adentros, a las cuales nos acerca Raimundo Cuesta cuando deja fluir el enfoque biográfico hacia la intimidad de sus personajes. Si bien conviene recordar una vez más que no pierde nunca de vista su intención de que veamos en el análisis del pequeño momento singular, el cristal del acontecer total, tal como nos advirtió ya en su propia autobiografía citando a Walter Benjamín.

Tres razones hay para recomendar la lectura de este libro. La primera de ellas, la historiográfica, porque supone un acercamiento tan riguroso como original a la vida de tres personajes notables en la Historia de España, pero también al contexto histórico en el que pensaron, escribieron y sufrieron «el crudo aprendizaje de la decepción, la asignatura más difícil de la vida» (p. 311).

La segunda, la de ayudar al lector a pensar el presente, cuando, afortunadamente sin incendio alguno abrasador de luces, volvemos a tener que posicionarnos sobre cuestiones como la «territorial», la creciente polarización política, la Constitución del 78, la «memoria histórica o democrática» y un largo etcétera de asuntos sociales y políticos. Aunque, efectivamente, no cabe establecer paralelismo férreo alguno, tanto el autor cuando escribió el libro (sobre todo si atendemos a sus juicios y adjetivaciones) como yo mismo cuando lo he leído, él en sus páginas y yo en las muchas notas que tomaba o me surgían, inevitablemente hemos llevado a cabo constantes reflexiones sobre el contexto sociopolítico actual. Debo decir que no siempre del todo coincidentes. Estimo que lo mismo ocurrirá con el lector intere-

sado en la realidad vigente, atreviéndome a añadir que puede ser así independientemente de que este sea de izquierdas o de derechas (permítaseme la simplificación), porque el libro contiene elementos potencialmente muy fértiles para pensar críticamente el presente, tanto si se está de acuerdo con el autor como si no.

La tercera razón es más bien una pasión, un auténtico placer: el que sentirá toda mujer u hombre que disfrute con «el rigor y la arquitectura de una prosa de estricta disciplina expresiva» (p. 248), que es lo que el autor admira en la escritura de Azaña y él mismo practica de manera envidiable en este libro como en toda su obra.

«La crisis del comunismo español. 40 años de 1982»

Eduardo Abad García

Universidad de Oviedo / UAB

Los días 27 y 28 de octubre de 2022 tuvieron lugar en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) las jornadas: «La crisis del comunismo español. 40 años de 1982». El acto fue organizado por el Centre de Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID) en colaboración con la Fundació de Investigacions Marxistes (FIM), contando también con el apoyo de la Facultat de Filosofia i Lletres de la UAB. Este evento resultó especialmente interesante al tratarse de la primera vez que se abordaba la cuestión de la crisis del PCE y PSUC de comienzos de la década de los años ochenta de forma monográfica. Como viene siendo un lugar común en estos casos, la «excusa» que servía de impulso para la celebración de estas jornadas no era otra que el 40 aniversario de 1982. Un «annus horribilis» para el comunismo español. El 28 de octubre de ese año se celebraban elecciones generales en España. Aquel acontecimiento supuso el derribamiento electoral del PCE y el inicio de la «era felipista», certificando el final de una época para los comunistas españoles. Por si fuese poco, en abril de ese mismo año nacía en Barcelona el Partit del Comunistes de Catalunya (PCC). Una escisión que confirmaba la atomización y crisis irremediable



del comunismo catalán tras el turbulento V congreso del PSUC celebrado en enero de 1981. Lo que podía aparecer como un conflicto muy localizado, era en realidad el epicentro de una crisis estructural de la que este movimiento no volvería a recuperarse totalmente hasta la fecha.

Las jornadas se estructuraron en cuatro mesas distribuidas en sesiones de mañana y tarde durante los dos días. Tras la presentación de rigor por parte de Carme Molineiro y quien estas líneas escribe llegó el turno de la primera mesa. Bajo el título «Transformaciones y disidencias en el movimiento comunista internacional» se agruparon las tres primeras conferencias que tenían como escenario el papel de los comunistas españoles en el plano mundial. El primero en intervenir fue Emanuele Treglia, profesor de la Universidad Complutense de Madrid (UCM) con una larga trayectoria en el estudio de las relaciones internacionales del partido. En su exposición, que llevó por título «Las crisis del PCE en el contexto de la crisis del movimiento comunista internacional», Treglia realizó un pormenorizado relato sobre la búsqueda de una tercera vía por parte del PCE, sus roces con la URSS y su posterior reconciliación. A continuación, le llegó el turno a la intervención de Georgy Filatov de la Academia de las Ciencias de Rusia, titulada «Las relaciones de la URSS y el PCE en los setenta y ochenta». Es necesario resaltar los encomiables esfuerzos cometidos por este historiador para sortear todas las trabas existentes y poder asistir presencialmente al encuentro. Afortunadamente, pudimos asistir de primera mano a los avances existentes en sus investigaciones sobre las relaciones del PCE con el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En su interesante intervención manifestó la predisposición soviética a no inmiscuirse en las cuestiones internas de los comunistas españoles. Sin embargo, los continuos ataques hacia la URSS activarían un cambio drástico de actitud para los años ochenta. No obstante, aún queda mucha información que extraer de los archivos soviéticos. Este investigador sólo ha podido consultar documentación hasta 1979 debido a la lenta desclasificación de

documentos del Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea (RGANI), donde se depositan los fondos del PCUS para los años posteriores a 1952. El último de la sesión fue Xavier María Ramos (UCM) quien nos ofreció un interesante repaso por complejas relaciones que tuvieron lugar entre Alemania Oriental y los comunistas españoles en su exposición titulada «Una ortodoxia flexible. El papel de la RDA en la crisis del comunismo español (1968-1989)». Según explicó el propio Ramos, la táctica de los germanorientales osciló en función de las coyunturas y de la evolución ideológica del partido. Su investigación utiliza una perspectiva transnacional que le está permitiendo extraer novedosas conclusiones mediante el cruzamiento de fuentes locales y otras provenientes de los antiguos archivos germanoorientales.

La sesión de la tarde del primer día se titulaba «turbulencias en el mundo sindical» y estuvo, logicamente, centrada en el mundo del trabajo. La mesa contó con dos ponentes. El primero de ellos fue Javier Tebar, veterano investigador del sindicalismo en España y, actualmente, profesor de la Universidad de Barcelona (UB). Tebar ofreció en «algunas claves sobre CC.OO en los años ochenta» varias reflexiones sobre cómo se trasladó al sindicato Comisiones Obreras (CCOO) la crisis que arrastraba el PCE-PSUC durante esta década a través de la problematización de algunos de los grandes escenarios de esta crisis. Por último, le tocó el turno a Víctor Peña, doctorando en la Universidad de Cádiz, que se encuentra próximo a defender su tesis. En esta ocasión el investigador ofreció en «La crisis del comunismo catalán y la CONC» algunas reflexiones sobre como afectó la escisión del PCC al contexto de las comisiones obreras catalanas.

La jornada del viernes comenzó con una mesa que llevaba el evocador título «mili-

tar en tiempos de crisis». Bajo tres diferentes miradas se cubrieron distintos aspectos de cómo afectó a la militancia la crisis acontecida durante esta etapa en el PCE y el PSUC. Por mi parte, bajo el título «Resistir es vencer. Reflexiones sobre el papel de la militancia en la disidencia ortodoxa del comunismo español» abordé los problemas metodológicos que ofrece el fenómeno de la disidencia ortodoxa, recalcando la necesidad de optar por una «perspectiva desde abajo» y de situar la cuestión de la identidad como núcleo central. La segunda intervención corrió a cargo de Laura Cruz, investigadora vinculada a la Universidad del País Vasco. En esta comunicación, a todas luces muy sugerente, la autora analiza desde los parámetros de las emociones y la perspectiva de género, la crisis de militancia sufrida en el PCE. Para ello, Cruz realizó una lectura crítica de la clásica novela *Asesinato en el Comité Central* en una ponencia titulada «¿No os duele el Partido?»: contradicciones y emociones militantes ante la crisis del Partido Comunista de España de 1982». Para finalizar la sesión, el profesor Giaime Pala de la Universidad de Girona presentó su conferencia «La crisis de militancia en el comunismo catalán durante la Transición», donde diseccionó con mucha maestría las principales claves de la crisis del *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC) durante los años finales de la Transición. En su opinión, un conflicto muy marcado por los giros en la política interna del partido.

Como colofón, la última mesa se titulaba «Memorias de un pasado convulso» y contó con dos ponentes de máxima categoría que abordaron los conflictos y posibilidades de la memoria comunista. El primero en tomar la palabra fue el catedrático de la Universidad de Oviedo Francisco Erice, quien bajo el título «La memoria comunista durante la Transición posfranquista y la crisis del PCE

(1972-1982): conflictos, rupturas y continuidades» esbozó las principales líneas de inflexión que se articularon en torno a las políticas memorialística del comunismo español a lo largo de los años setenta y principios de los ochenta. Su investigación se acercó al vacío que existía en el estudio de la memoria colectiva del comunismo español durante la crisis posterior la Transición, un contexto de renovación eurocomunista y de resistencia ortodoxa donde la memoria tuvo un papel muy importante. Por último, Joan Tafalla expuso en su ponencia titulada «La memoria orgánica del PCC. Experiencia del Arxiu Josep Serradell» un certero análisis sobre las dinámicas de memoria que envolvieron todo el conflicto de la disidencia ortodoxa en cataluña en el proceso de formación y primeros años del PCC. Además, también expuso brevemente los avances en la catalogación del Arxiu Josep Serradell, que alberga los antiguos fondos de militantes y dirigentes del antiguo partido, ofreciendo grandes posibilidades para el avance de los estudios del comunismo catalán, español y mundial.

Cuarenta años después de esta efeméride, estas jornadas han servido para juntar a los mayores expertos sobre este fenómeno, someter sus hipótesis a debate y, especialmente, para reflexionar colectivamente sobre las repercusiones globales de una crisis tan poliédrica y llena de matices como lo fue la del comunismo español. Parece claro que a partir de la segunda mitad de los setenta se sentaron las bases de un período convulso en el que se determinó la configuración del mundo actual. Los partidos comunistas de Europa occidental experimentaron frenéticas transformaciones políticas, culturales e identitarias. Desaparecido el monolitismo anterior, surgieron nuevos imaginarios y se desarrollaron nuevas dinámicas en las relaciones internacionales. Los partidos comunistas en particular, y las

izquierdas en general, tuvieron que hacer las cuentas con sus señas de identidad y con sus postulados teóricos tradicionales, haciendo frente a distintos movimientos internos que desde la heterodoxia o la ortodoxia demandaban profundos cambios en la organización. Además, otro acierto de estas jornadas ha sido la forma dinámica de trabajar, más parecida a la de un Workshop o seminario, que permitió ahondar en los distintos puntos de vista sin los tan presen-

tes límites horarios de los macrocongresos. Gracias a esta metodología empleada y a los relativamente amplios márgenes para el debate, pienso que se ha logrado avanzar mucho en la construcción de una red académica de estudios del comunismo español en los setenta y ochenta que avance en la elaboración de unas conclusiones que tengan en cuenta todos los factores de esta crisis y nos permitan entenderla de forma integral.

Hacer sonar la Historia. Sobre «Comunismo en España: voces para un siglo»

Luis Zaragoza Fernández

Doctor en Periodismo y licenciado en Geografía e Historia

«Radio España Independiente Estación Pirenaica», lo he escrito en varias ocasiones, fue esencial en la historia del Partido Comunista de España durante casi cuarenta años. Pero, entre todas sus contribuciones (al encuadramiento, a la organización, a la coordinación, a la propaganda, a la movilización...), hay una que no se ha destacado lo suficiente: su importancia en la preservación de unos fondos sonoros que son únicos entre los exiliados. Estoy cada vez más convencido de que, sin Radio España Independiente, no sólo el papel del PCE en el antifranquismo habría sido distinto (dada la posición de privilegio que le otorgó disponer de un medio de comunicación que ningún otro grupo de la oposición pudo, supo o quiso conseguir), sino también su archivo.

Esos fondos sonoros me interesaron mucho mientras realizaba mi tesis doctoral, precisamente sobre la emisora (mis elogios hacia ella están, pues, teñidos de una parcialidad evidente y lo asumo). Reflejaban ambientes, actitudes, caracteres, tensiones o entusiasmos durante décadas de clandes-

tinidad y exilio sin la mediatización de la palabra escrita. Por citar sólo un ejemplo de los más conocidos, no es lo mismo leer los discursos que Dolores Ibárruri pronunció el 17 y el 20 de abril de 1963 con motivo del consejo de guerra y el fusilamiento de Julián Grimau, aun con toda la belleza del texto, que escucharlos en su propia voz, llena de matices (de la ternura a la indignación) y también, por cierto, de interferencias en la línea telefónica que unía Moscú con Bucarest (lo que otorga si cabe más dramatismo a esas grabaciones).

En esas cintas abiertas (porque entonces los fondos aún no estaban digitalizados) encontré informes interminables y soporíferos (algunos, dicho sea de paso, concebidos para su emisión por La Pirenaica, lo que hoy nos resultaría inimaginable), pero también escuchas a la policía que grabaron en España algunos militantes desde mediados de los años sesenta (que muestran, por ejemplo, la obsesión enfermiza de los responsables por hacer detenciones ante cualquier mínima concentración que se produjera en las fechas más señaladas), o

canciones que se compusieron (o se adaptaron, según los casos) para animar protestas y mover conciencias, o discusiones en el Comité Central o el Ejecutivo donde a veces brillaban más las navajas que los argumentos (el «proceso» a Claudín y Semprún no es el único ejemplo, aunque sea el más famoso).

Por lo tanto, conocía las indudables posibilidades, pero también los evidentes peligros, de realizar un programa de radio sobre el centenario del PCE, que es lo que me propuso el director de «Documentos RNE», el programa en Radio Nacional de España en el que trabajo desde 2020. Indudables posibilidades, porque no sólo podríamos contar con el Archivo Histórico del PCE (y hay que agradecer en este punto la colaboración y la paciencia de Patricia, su actual responsable), sino también con el de RTVE (uno de los más grandes del país, sin duda). La combinación de ambos fondos podría brindarnos, como así fue, un material de trabajo que nos permitiría reconstruir la historia de una de las ideologías más importantes del siglo XX en nuestro país a través de las voces de sus protagonistas. Evidentes peligros, porque me parecía imposible, aun desplegando mi mayor capacidad de síntesis, resumir en 53 minutos un siglo de organizaciones, líderes, conflictos, giros estratégicos, represiones, euforias y desencantos..., sin caer en un excesivo trazo grueso.

Más de una vez le comenté a Miguel Ángel Coletto, el director del programa, que éste sería un guion ingrato, mucho más que otros, porque los «muy cafeteros» (entre los «pro» y los «anti») siempre destacarían más lo que faltaba que lo que había: que si hace más hincapié en Paracuellos que en las guerrillas, que si se hace más hincapié en las guerrillas que en Paracuellos, que si se habla poco del «oro de Moscú», que si se revive otra vez el mito del «oro de Moscú»,

que si se da una imagen muy favorable de los comunistas, que si se da una imagen muy desfavorable de los comunistas... Tengo que decir a este respecto que las críticas tras la emisión del programa (al menos si se atiende a ese microcosmos que es Twitter, donde todas las pasiones se exageran y donde buena parte de la sociedad no entra) me han sorprendido de manera agradable: los que no han estado de acuerdo con el contenido no lo han dicho, o por lo menos a mí no me han llegado sus críticas.

El reto era no tener que recurrir a historiadores que explicaran las diferentes etapas, sino acudir todo lo posible a los testimonios de dirigentes y militantes de las organizaciones comunistas (no sólo del PCE) y al de quienes las combatieron. Pero haría falta un hilo que los hilvanase. Para conseguirlo, y precisamente ante la falta de expertos, me pareció que lo más adecuado sería recurrir a un narrador convencional, aséptico, pretendidamente objetivo o distanciado, como es el habitual de «Documentos RNE». Era necesario crear una figura en la que yo, como guionista, pudiera echarme a la espalda la interpretación del siglo de comunismo en España que no había pedido a los demás historiadores. Una figura que me permitiera un mayor grado de implicación para realizar determinados comentarios, por ejemplo. Esa figura la proporcionó Rafael Alberti, que en uno de sus poemas más políticos evocó al famoso fantasma que recorría Europa según el Manifiesto comunista. En realidad (y esta opinión es seguramente una de las más discutibles de las que he defendido aquí y en el propio programa), en este país, durante la mayor parte de este siglo, el comunismo ha sido sobre todo eso, un fantasma, algo por lo que muchos mataron y murieron, es verdad, pero que en la práctica fue un conjunto de ideas que sirvieron para infundir miedos, y también esperanzas, en la imagina-



Militantes comunistas durante la manifestación del 1º de Mayo en Madrid en 1936
(Foto: Archivo Histórico del PCE).

ción de la gente, pero que apenas tuvieron una concreción práctica. Ese fantasma, recreado después en la parte técnica a través de la distorsión de mi propia voz, fue para mí uno de los aspectos más arriesgados de esta apuesta de por sí arriesgada.

Después vino el trabajo diario de recopilación de testimonios (no sé cuántos cortes de esos archivos ya digitalizados pedimos al AHPCE, y cuántos a los documentalistas de nuestro propio archivo). Y pasó lo que me temía: que una enorme cantidad de material (en bastantes casos inédito en una radio española) se iba a quedar fuera de esos 53 minutos que debíamos hacer. Así que decidimos contar la misma historia de forma más amplia, más reposada y con muchos más documentos sonoros. Fue un experimento también para el equipo de «Documentos RNE», que no había realizado hasta el momento una serie concebida para el formato podcast (con sus propios

códigos narrativos) y destinada, por tanto, no a su inserción en una parrilla de programación, sino a su distribución en internet. El resultado fueron cinco capítulos de unos veinte minutos de duración (más el capítulo 0, de presentación de la serie).

En el capítulo 1 asistimos al parto de los primeros partidos comunistas, en medio de espantosas convulsiones. Vemos cómo el PCE, el partido más importante, tardó años en arraigar en la sociedad española (empezó a hacerlo en vísperas de la guerra civil), y cómo en esos años iniciales se fueron configurando tanto los rasgos de la cultura militante de los comunistas, como los rasgos de la propaganda anticomunista. La sombra de ambos puede decirse que se extiende hasta hoy. El segundo capítulo aborda la guerra civil, el período de mayor influencia política, económica, social y militar del PCE; los años en los que se forjó tanto su leyenda heroica, como su leyenda negra: la creación

del PSUC, la defensa de Madrid, el «oro de Moscú», los «niños de Rusia», las sacas de Paracuellos, las Brigadas Internacionales, el Quinto Regimiento, las luchas entre antifascistas, el golpe de Casado... El tercero trata los años más duros de la represión, de la venganza de la dictadura franquista: años de cárceles, de clandestinidad, de torturas, de fusilamientos, de guerrillas...; años de exilio y de dispersión de los dirigentes, de luchas de poder, de desconfianzas, de delaciones, en un clima que llegó a ser realmente asfixiante. En el cuarto nos encontramos a un PCE que renueva su estrategia y sus dirigentes, que lanza su tan nombrada «política de reconciliación nacional», que no puede (aunque lo intenta) cumplir su sueño de derribar la dictadura mediante una huelga general, pero que poco a poco va creciendo en las fábricas, en las universidades, en las asociaciones de vecinos, en los colegios profesionales (la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» de la que tanto habló Carrillo)... Y vemos también la aparición de partidos maoístas, trotskistas, guevaristas..., que pensaban que, con su nueva estrategia, el PCE había dejado de ser revolucionario. Y en el quinto hablamos de la adaptación a la democracia que hoy tenemos y que no llegó como los comunistas la habían soñado. Pese a sus concesiones y a su adhesión al consenso constitucional y a los Pactos de la Moncloa, o según algunos precisamente por esta política tan moderada, el PCE perdió la hegemonía de la izquierda, sus bases se desmovilizaron, sus tensiones internas

estallaron, e inició una decadencia que la creación de Izquierda Unida sólo pudo parar de manera parcial y temporal, aunque, curiosamente, en estos últimos años el comunismo ha vuelto a aparecer en el debate público, sobre todo para el insulto.

El resultado está ahí, para quien lo quiera escuchar y valorar. Por mi parte, sólo puedo decir que se ha realizado de forma honesta, así que los errores que puedan encontrarse (espero que pocos) pueden achacarse a muchas cosas, pero no a la mala fe. Eso sí, debo confesar que el trabajo me dejó una sensación extraña en una cuestión concreta. Varios de los documentos que se incluyen (la autocrítica de José Antonio Uribe ante el V Congreso del PCE en 1954, por ejemplo) los descubrí por casualidad, escuchando cortes en busca de otros testimonios. Por mucho tiempo que dedique a una investigación, siempre tengo la sensación de que lo más interesante va a estar en el siguiente corte por escuchar o en la siguiente página por leer (supongo que es una sensación bastante general). Así que no puedo evitar preguntarme cuántos otros testimonios hubieran podido enriquecer aún más el programa? ¿Cuántos audios apasionantes, emocionantes, esclarecedores, terribles... andarán escondidos, por ejemplo, en las cintas que todavía aparecen catalogadas como «sin definir» en los fondos sonoros del PCE? Aún quedan «terrae incognitae» por explorar, con la posibilidad de que sean desiertos, pero con la esperanza de que sean oasis. La tarea de hacer sonar la historia sigue abierta.

Julián Antonio Ramírez: la Unitarian Service Committee y la memoria de historias del exilio en Francia

Carlos Fernández Rodríguez
Historiador

La figura del comunista Julián Antonio Ramírez Hernando es bastante conocida. Este donostiarra, de familia oriunda burgalesa, tras el estallido de la Guerra Civil española, se afilió al PCE, colaborando como corresponsal en varios periódicos y en la Sección de Información y Propaganda en el seno del Comisariado General del Ejército del Ebro. Tras pasar a Francia y ser internado en varios campos de concentración, Ramírez participó en la comisión cultural de ellos y conoció a la que sería su mujer Adela Carreras, conocida como Adelita del Campo. Fue miembro de la Resistencia francesa en las FFI y al terminar la Segunda Guerra Mundial, trabajó como periodista en publicaciones como *Lucha* y *Mundo Obrero* y combinó sus trabajos para el PCE, con actividades como actor, traductor y colaborador en el teatro radiofónico, llevándole a ser redactor y locutor de Radio París, hasta 1975 que regresó a España.^[1]

Uno de los acontecimientos menos conocidos de su etapa francesa fue la relación mantenida con la organización estadounidense *Unitarian Service Committee* (USC) creada en 1940 por Robert Dexter, a imi-

tación de otros organismos religiosos cuáqueros y cuyos recursos económicos procedían principalmente de las donaciones de asociaciones religiosas. Esta organización humanitaria protestante ayudó a los exiliados españoles en Francia para salir de los campos de concentración, con asistencia sanitaria, a conseguir visados de emigración hacia el continente americano y con centros de distribución de ropa y alimentos (el propio Ramírez se benefició personalmente con varios botes de leche en polvo y algunas prendas de vestir).^[2]

A finales de 1945, los responsables de la USC en Francia se pusieron en contacto con la cúpula dirigente del PCE en Francia (hubo una relación cercana entre la USC con comunistas y socialistas españoles en territorio francés, debido a las cuestiones de auxilio humanitario) con el fin de conseguir una serie de reportajes y propaganda sobre la situación calamitosa y de miseria que estaban viviendo los emigrantes, incluyendo a los refugiados políticos, en Francia, tras su salida masiva del país huyendo de la represión franquista. La realidad era sobrecogedora con familias separadas, con per-

1.- Julián Antonio Ramírez, *Íci París, Memorias de una voz de libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 2003 y Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu, Archivo Julián Antonio Ramírez y Adelita del Campo, AJARAC, 115.

2.- Aurelio Velázquez Hernández: «The Unitarian's Service Committee Marseille Office and the American networks to aid Spanish refugees (1940-1943)», *Culture & History Digital Journal*, v.8, 2 (2019), pp.48-58.

sonas hambrientas, enfermas y hacinadas en campos de concentración. El objetivo de esas crónicas era hacer unas campañas de difusión entre los medios de comunicación norteamericanos (prensa y radio, incluido Canadá y quizás América Latina) para que se conociera el pésimo estado en el que se encontraba la emigración española y de esta manera que la población ayudara económicamente a la causa humanitaria. El alcance programado por parte de los responsables de la USC era nacional queriendo llegar a todo tipo de anunciantes y empresas de publicidad para que aportaran el mayor dinero posible. El planteamiento de la distribución de las campañas no tendría límites de carácter racial o religioso, alcanzaría a todas las nacionalidades y llevaría a cabo una política de no discriminación.^[3] La dirección del PCE aceptó la proposición por dos motivos: primero por la campaña internacional beneficiosa que podría realizarse en favor de los exiliados españoles y en contra del régimen dictatorial de Franco y en segundo lugar, porque a la organización comunista también llegaría una pequeña ayuda económica de la USC.

La persona encargada de realizar los informes y los reportajes sobre los casos reales de refugiados españoles, algunos políticos, para analizar las malas condiciones de vida y de pobreza que padecían, fue Julián Antonio Ramírez. Por aquellos momentos vivía en Toulouse y empezó a realizar por encargo del Partido unas reseñas biográficas para un libro sobre José Vitini Flórez, fusilado en Madrid el 25 de abril de 1945, miembro de las FFI y que pasó a España como máximo responsable de la guerrilla urbana comunista en la capital española (finalmente Ramírez no llegó a escribirlo, también por orden de la dirección en París,

3.- Andover-Harvard Theological Library, Unitarian Service Committee, Case Files, 1938-1951, bMS 16004, Box Five, Folder 8, Case Stories, Spanish, 1947.



Carné de Julián Antonio Ramírez como redactor de Mundo Obrero (Fuente: Biblioteca Valenciana AJARAC 115).

ya que con posterioridad hubo indicios, por otra parte infundados, de que Vitini había declarado más de la cuenta en los interrogatorios policiales y esto provocó más detenciones de camaradas).^[4]

El encuentro entre Ramírez con los responsables de la USC en Toulouse

A finales de 1945, Ramírez tuvo una primera reunión con los dirigentes de la organización norteamericana en la sede de Toulouse. Lo primero que les entregó fue un extenso informe sobre la problemática general de la emigración española y de las ayudas recibidas hasta ese momento. En ese escrito, Ramírez indicaba la dificultad de realizar estudios estadísticos sobre los refugiados por la gran dispersión existente, por los retornos de población a España, por el ingreso de refugiados en los batallones de trabajadores extranjeros, por las fugas constantes y los cambios forzosos de identidad ante su situación irregular en el país y por el desinterés del gobierno francés en censar a los refugiados, a pesar de

4.- Julián Antonio Ramírez, *Ici Paris*, p.292 y Carlos Fernández Rodríguez, *La Lucha es tu vida*, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2008, pp.285-290.

varios intentos realizados. Facilitaba unos datos aproximados según fuentes privadas de unos 500.000 españoles que entraron en Francia y que, tras todos los puntos indicados con anterioridad, más la gran cantidad de muertes producidas, incluidas en Alemania, era para finales de 1945 de entre 80.000 y 100.000, siendo el 75% hombres y el resto mujeres, sin contabilizar a los niños.

Ramírez hizo seis divisiones en este informe para valorar la cuestión:

→ Niños: Indicaba la mala situación moral y física de ellos, teniendo que vivir una madurez ilógica para su edad. Para Ramírez, la solución pasaba por la creación de unas colonias-guarderías con personal cualificado y con conocimientos en la psicología infantil, utilizando unos métodos de enseñanza más modernos.

→ Mujeres: hacía una clasificación entre viudas de guerra de España, viudas de guerra en Francia y las esposas de maquis enviados a España (calculaban en torno a 500), las cuales apenas recibían ayuda del Gobierno francés. Indicaba que la institución *Joint Anti-Fascist Refugee Committee* les entregó dinero de donaciones.

→ Heridos: calculando unos 2.000, con gran cantidad de discapacitados. Su solución sería la de recibir una atención sanitaria en hospitales especiales con equipos ortopédicos. La única asistencia y material sanitario era recibido a través de los cuáqueros y del Comité de Ayuda al Inmigrante.

→ Exdeportados: ejemplificando los españoles que estuvieron en mano de los alemanes, como mano de obra o en campos de concentración (unos 18.000). Los supervivientes

recibieron una escasa ayuda económica de Francia, estando en unas pésimas condiciones físicas y psicológicas, teniendo que ayudarles en su recuperación como personas y que pudieran encontrar trabajo, con unas familias desestructuradas.

→ Ropa: la escasez de indumentaria era latente en toda Europa. La necesidad de reponer sus existencias y sobre todo con el calzado era urgente para los republicanos exiliados.

→ Enfermos: calculaba en más de 3.000 españoles los que estaban afectados por varias enfermedades, sobre todo de tuberculosis. Las perspectivas de los pacientes eran nulas y en sus propias palabras: «llevando cuatro años sin más futuro que la muerte».^[5]

A principios de 1946, Ramírez viajó desde Toulouse a París para entrevistarse con los responsables de la USC en la capital francesa. Los altos gastos de alojamiento, en un buen hotel y de manutención, durante la estancia parisina de Ramírez (no llegó a dos semanas) corrieron a cargo de la anterior organización. Julián Antonio estuvo haciendo entrevistas y documentándose entre la militancia comunista residente en París para realizar sus escritos, principalmente de mujeres comunistas y de sus hijos, pero también de otras familias republicanas exiliadas.^[6] Para Ramírez era importante dar a conocer no solo la mala situación en la que se encontraban las y los españoles, sino también destacar la memo-

5.- Andover-Harvard Theological Library, Unitarian Service Committee, Case Files, 1938-1951, bMS 16004, Box Five, Folder 8, Case Stories, Spanish, 1947.

6.- Universidad de Alicante, *Devuélveme la voz*, Julián Antonio Ramírez Hernando, conversaciones con Francisco Moreno Sáez y Juan Martínez Leal, I: 30-07-1999: memoria oral.

ria colectiva e individual de la militancia comunista, en el seno de las dificultades por las que atravesaron antes de su exilio y las que padecían en su estancia en Francia. Para ello era fundamental recopilar sus vivencias, recuerdos y declaraciones, sobre todo el de las mujeres. Una resistencia, la femenina, tan importante como la de sus compañeros, no sólo como madres, sino también como compañeras y luchadoras y a pesar de estar estigmatizadas socialmente, de la represión vivida, de las detenciones, de la cárcel, del exilio y de su permanencia en los campos de concentración, no dejaron de combatir, en momentos de clandestinidad y de ilegalidad, en su organización política. Juan Antonio Ramírez también lo vio así, recorriendo sus espacios vitales y evocando sus actividades y sus reminiscencias, en defensa del legado de la lucha de las mujeres y la de sus camaradas comunistas, como una manera de reconocimiento, en los escritos que tenía que entregar a la USC.

Los reportajes sobre las mujeres españolas exiliadas

Los dos primeros textos redactados por Ramírez en inglés, como medio de difusión propagandística de los exiliados españoles, fueron los casos de dos mujeres comunistas, Nieves Castro Feito y Esperanza Blanco. La primera era asturiana y dejó escrita su historia de vida y sus recuerdos en un libro autobiográfico.^[7] Ramírez visitó a Nieves (ya la conocía de los primeros meses de la guerra en España, en el frente Norte). Nieves, como era conocida, vivía en pequeña y cochambrosa buhardilla, sin luz eléctrica, junto a sus dos hijas y a su marido desempleado y asmático. Ella estaba enfer-

ma con una angina de pecho, a pesar de haber estado durante un tiempo en un centro de reposo que la USC tenía en la localidad francesa de Lourdes. Nieves quería “volver a vivir” y para ello debería conseguir un trabajo digno para cuidar de sus hijas. Ramírez indicaba en su texto que Nieves trabajaba incansablemente desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche cortando pescado en una pescadería. No obstante, con esas dolencias, no podía trabajar, lo que provocaba que no entraran ingresos en la familia.

La vida de Esperanza Blanco no era mucho mejor que la de su camarada. Viuda de un combatiente republicano durante la Guerra Civil, tuvo que hacerse cargo de cuatro hijos pequeños, con los que pasó a Francia. Una vez allí fueron internados en varios campos de concentración donde dos de sus hijas enfermaron de tuberculosis. Debido a ello la hija mayor estuvo ingresada en un sanatorio y la segunda de ellas, a pesar de ser buena estudiante, no pudo seguir sus estudios, por falta de dinero. Esperanza fue una de aquellas valientes comunistas que se opusieron, en el campo de concentración de Argelès sur Mer, a que las autoridades de Vichy obligaran a los internos antiguos brigadistas internacionales a ir como mano de obra esclava al norte de África para la construcción del tren transahariano. A pesar de recibir castigos por ello, no dejó de luchar cuando salió en libertad contra los nazis, dentro de la Resistencia francesa y como responsable de un comité clandestino comunista en la comarca francesa de Combronde (Ramírez la conoció en este cargo cuando él era miembro de las FFI). Esta historia fue conocida a través de una carta que la propia Esperanza le escribió a Juan Antonio para que pudiera utilizarla en sus manuscritos.

Ambos textos fueron escritos de una manera clara, breve y bien redactada, utilizando un lenguaje oportuno para plasmar

7.- Nieves Castro, *Una vida para un ideal: recuerdos de una militante comunista*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1981.

la realidad vivida por sus protagonistas, con el fin de intentar llegar a ciertos sectores de la opinión pública estadounidense e internacional. Había que conmoverles, inquietarles y que abrieran sus ojos ante la complicada supervivencia que estaban atravesando los refugiados españoles. Una vez conseguido el propósito, tenían que conseguir donaciones económicas para la organización religiosa y, en consecuencia, para los necesitados republicanos. Un ejemplo de la literatura utilizada por Ramírez, la encontramos en el siguiente párrafo:

«Indagar sobre la angustia que agobia hoy a los refugiados españoles en Francia es una tarea fácil, a pesar de su carácter doloroso. Porque la miseria de los españoles en este país no se esconde. No se refugia en rincones remotos, lejos del alcance de la vida cotidiana. Al contrario, sale a encontrarte a cada paso. Si vives en un entorno español nunca lo perderás de vista. Aparece por la mañana con el desayuno que tiene que compartir con un amigo necesitado y termina la velada con la petición de que alguien comparta con él tu cama, porque no tiene casa, ni refugio. La extrema necesidad te asedia por todos lados. La vida pierde todo color y atractivo y tiene un sello de enigmática montaña»^[8].

El reportaje más extenso y elaborado de los enviados por Ramírez fue la historia protagonizada por él mismo y por varias mujeres (entre otras Nieves Castro y Esperanza Blanco) en conmemoración del día de la madre de 1946, dedicado a las mujeres republicanas españolas. Haciendo mención a sus historias de vida y manifestaciones, escribió un guion de radio, similar a los que luego realizaría y teatralizaría en Ra-

dio París. En este escrito, Ramírez sería el narrador, el cual utilizaría una música de fondo de guitarra, combinando el flamenco, con música de instrumentos de viento, con efectos sonoros y con una de las canciones más conocidas de la resistencia contra los nazis, «Los soldados de la turbera»^[9].

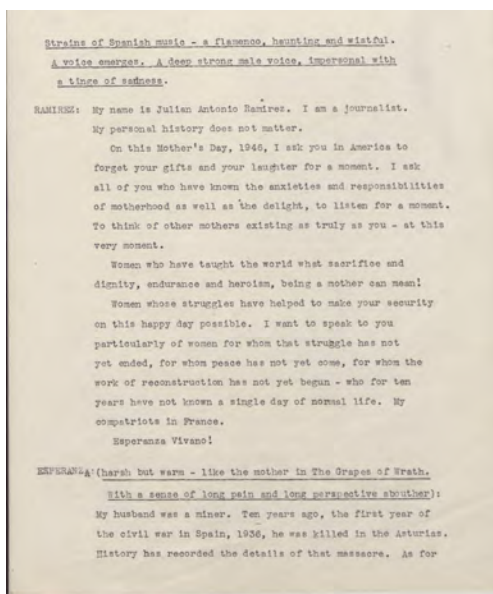
Ramírez iniciaría su locución llamando la atención a los americanos que por un momento deberían olvidarse de su buena situación y las mujeres, que habían sido madres, se pusieran en la desesperante existencia que atravesaban otras en territorio francés:

«¡Mujeres que le han enseñado al mundo el sacrificio y la dignidad, la resistencia y el heroísmo que puede significar ser madre! Mujeres cuyas luchas han ayudado a hacer posible su seguridad en este feliz día. Quiero hablarles en particular de las mujeres por las que la lucha aún no ha terminado, por las que todavía no ha llegado la paz, por las que todavía no ha comenzado la obra de reconstrucción, que desde hace diez años no conocen ni un solo día de vida normal. Mis compatriotas en Francia».

Tras las intervenciones de las protagonistas, las cuales describían sus vidas y dramas resumidas cronológicamente desde la salida de España, el narrador intercalaba frases directas y dramáticas para conmover a las mujeres estadounidenses, mencionando aquellas famosas fotografías publicadas en revistas y periódicos de la tragedia del exilio: un padre con muletas llevando a su hijo a la espalda, una mujer tambaleándose con el colchón en su lomo, una niña sin brazo andando por la nieve... todos ellos con unos rostros que reflejaban el frío, la derrota y el hambre. El autor del texto alu-

8.- Andover-Harvard Theological Library, Unitarian Service Committee, Case Files, 1938-1951, bMS 16004, Box Five, Folder 8, Case Stories, Spanish, 1947.

9.- <https://holocaustmusic.ort.org/es/places/camps/music-early-camps/moorsoldatenlied/> (consulta: 28 de febrero de 2022).



Primera hoja del guion radiofónico escrito para la USC (Fuente: Fondo Andover-Harvard Theological Library).

día al paso por los campos de concentración insalubres, sin agua potable, provocando a las víctimas enfermedades y desnutrición, sin ser atendidas y muchas de ellas sacadas de los campos para trabajar como mano de obra esclava para los nazis.

El guion radiofónico seguía con la entrada de voces represivas de las autoridades alemanes y colaboracionistas de Vichy en el campo de Argelès para informar de la situación de los brigadistas internacionales en dicho recinto y su salida forzosa hacia el norte de África como esclavos para la construcción del tren transahariano. Ramírez utilizaría los gritos de varias mujeres de fondo como señal de protesta por la decisión tomada contra los internacionalistas. Esto valdría como el inicio de las protestas y el intento de desarmar a los guardias del campo como modo de lucha, a pesar de las represalias y torturas que sufrirían con posterioridad. El narrador y las protagonistas conversaban de las enfermedades contraí-

das, del inicio de la lucha en la Resistencia, del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la dura realidad en la que quedaban las mujeres españolas (hambrientas, desempleadas, sin vivienda y al cuidado de sus maridos e hijos heridos y enfermos). No pedían caridad, sino unas condiciones mínimas vitales (trabajo, recursos médicos, ropa...).

El documento escrito cuyo objetivo era su emisión, terminaba citando la disminución a la mitad de las ayudas del USC. Esta necesitaba más fondos económicos, para mantener abiertas sus sedes francesas, un hospital en Toulouse y dos residencias o casas de acogida. Los últimos párrafos fueron utilizados para hacer un llamamiento al pueblo de los EE. UU, por el hecho de que se olvidaran por un momento del mundo de ostentación y gastos en el que vivían. Les indicaba que pensarán y reflexionarán en otros problemas y en otras personas. ¿De qué manera? Ayudando con dinero para ropa, alimentación y medicinas destinada a los más de 100.000 españoles exiliados en Francia, de los que un tercio eran mujeres y no pertenecían a organismos internacionales de ayuda como la Cruz Roja ni la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación (UNRRA).

La contestación de los responsables de la USC

Hasta mayo de 1946, Ramírez envió desde París y Toulouse cuatro o cinco reportajes de los encargados por la *Unitarian Service*. Desde las oficinas de la organización en Francia remitieron los escritos a la sede central en Boston, siendo recibido por Katy Alpert, directora de investigación del organismo humanitario. Tras una primera valoración pensaron en la posibilidad de que el guion radiofónico sobre las mujeres republicanas españolas sirviera como llamamiento para la conmemoración del Día

de la Madre en EE. UU. Para ello, decidieron enviarlo a su vez al sistema de radio-difusión de Columbia Broadcasting System (CBS), concretamente a la asistente de Norman Corwin, guionista y productor de varios programas de radio con mucho éxito en esta cadena.^[10] Corwin pasó los reportajes a su equipo de redacción de programas especiales comandado por Robert Heller, con Robert Landry como editor de guiones, Roy Langham como escritor de radio y Mr. Rider de programas especiales. Todo ello bajo la supervisión de la directora de charlas y asuntos públicos de la CBS, entre 1937 y 1958, Helen Sioussat. Aparte de la decisión o no de emitir los reportajes, tenían claro el matiz de recaudación de fondos de los escritos, por lo que también la CBS debía tener en cuenta la determinación del Consejo de Publicidad de la emisora situado en Nueva York. En el caso de la aceptación de la campaña, hubieran realizado notificaciones a todas las estaciones de radio de la cadena y a todas las empresas de publicidad que trabajaban para ellos en todo el país.^[11]

Sin embargo, el dictamen fue el rechazo por parte de la cadena norteamericana y en consecuencia por la USC, pero no en su totalidad. Por un lado, el Consejo de Publicidad indicó que realizar unos programas de esas características para obtener fondos no era rentable a nivel nacional y en directo, señalando que se podía realizar en medios



Foto de una mujer española refugiada en Lyon (Francia) con sus hijos (Fondo Andover Harvard Theological Library bMS 16076/2).

radiofónicos indirectos de dramatización y teatralización, viendo si los resultados económicos obtenidos eran rentables. Por otro lado, el equipo de guionistas y de programas especiales indicó que la calidad de la redacción de los reportajes era muy buena y que tenían interés, pero que las historias narradas tuvieron el calificativo de muy suaves y poco dolorosas, ya que para llegar e impactar a los oyentes y que estos ayudaran económicamente, necesitaban más dolor y sufrimiento, con historias más sangrientas y cruentas.

La decisión tomada por la CBS fue trasladada al director asociado de la USC Howard Lee Brooks y al directivo Edward Darling, quienes a su vez se lo transmitieron a Katya Alpert. Ésta envió un informe a los responsables de su organización en la sede de Toulouse y estos convocaron a Julián Antonio Ramírez para indicarle que no rechazaban una posible publicación y emisión de los reportajes, pero tenía que cambiar el conte-

10.- Norman Corwin (1910-2011) fue un escritor, guionista, productor y profesor de periodismo y escritura estadounidense. Estuvo al frente de varios programas de radio como *"This is war"*, de propaganda bélica con multitud de temas e historias. La transmisión del 8 de mayo de 1945 con motivo del final de la Segunda Guerra Mundial tuvo una audiencia de más de sesenta millones de oyentes. En <https://www.otrcat.com/p/columbia-presents-corwin> y https://nyplorg-data-archives-production.s3.amazonaws.com/uploads/collection/pdf_finding_aid/radiowriters-guild.pdf (consulta: 1 de marzo de 2022).

11.- Andover-Harvard Theological Library, Unitarian Service Committee, Alpert, Katya, research director, Correspondence, 1946-1947, bMS 16024, Box Four, Folder 1,



Foto de mujeres refugiadas republicanas españolas con sus hijos en Francia (Fondo Andover Harvard Theological Library bMS 16076/2).

nido de los mismos, haciéndolos más duros y trágicos para que impresionaran más a la población norteamericana en el intento de conseguir más dinero. Ramírez respondió que lo que le pedían era escribir relatos de ficción e inventados y eso sería desvirtuar la realidad, por lo que estuvo en total desacuerdo con lo que le plantearon. A continuación, el comunista vasco contó lo sucedido a la dirección de su partido, diciendo que él no escribiría novelas y sucesos irrea-

les, negándose a las peticiones de los estadounidenses. Los dirigentes españoles en Francia aceptaron su decisión y Julián Antonio se dedicó a trabajar durante dos años en la tirada del periódico *Mundo Obrero*, hasta que en 1948 se produjo una redada de comunistas españoles en territorio francés, tras la cual, tuvo que esconderse durante un tiempo. Desde ese momento, Ramírez compaginó sus labores para el PCE, con otros trabajos como actor y traductor^[12].

12.- Julián Antonio Ramírez, *Ici París*, pp.291-292.

Las huérfanas, el serrín y la cruz

Francisco Navarro López

Universidad Carlos III de Madrid

El franquismo desde el mismo inicio de la guerra comprendió que para poder perpetuarse en el poder debía despertar y promover entre el pueblo la creencia de su legitimidad. De ahí que fue configurando un entramado simbólico con el que poder sostener su validez. Según Max Weber, la autoridad es el poder aceptado como legítimo por aquellos que se someten a ella. Es por ello por lo que, los insurrectos aplicaron la máxima de Weber al inspirar convertir el poder en autoridad^[1]. Este arsenal simbólico debía de ser lo suficientemente duradero y eficaz para dominar los sentimientos sociales y poder así sostener las ideas que sujetaban al nuevo régimen impuesto^[2].

El fascismo creó un componente mítico para establecer la creencia de que eran movimientos ungidos que guiaban hacia la salvación de la patria a través de la regeneración y la transformación que imponían mediante la seducción y de la violencia. Por tanto, «la muerte se convirtió en un espacio ideal para la transmisión de mensajes políticos, de afirmaciones identitarias y de luchas en las que se buscaba legitimidad y poder»^[3].

Fiestas, ritos y mitos fascistas, fue una dimensión estética de la política de enorme potencial para el franquismo, con su carácter emotivo, expresivo y catalizador capaz de cohesionar y movilizar a las masas en un contexto donde «las causas nacionalista y católica, iba acumulando mártires y precisaba de ensalzarlos para desplegar su narrativa de la victoria»^[4].

En este sentido, la Guerra Civil fue identificada como una acción necesaria para salvar la unidad nacional y la fe católica, excluyendo a los perdedores de la guerra y deslegitimando al periodo republicano. Es por ello por lo que, las víctimas de los vencidos fueron olvidadas y estigmatizadas, quedando la inmensa mayoría de sus cuerpos aún en cunetas y fosas comunes. En cambio, el franquismo sí que actuó intensamente sobre aquellas víctimas que cayeron de su lado, homenajeándolas constantemente, reparándoles económicamente y estableciendo una Causa General para el esclarecimiento de su muerte y la condena de sus verdugos. La simbiosis Estado-Iglesia Católica, trajo consigo una memoria nacional católica distorsionada, en la que

1.- Max Weber, *Economía y Sociedad*, Madrid, F.C.E., 1993, pp.170-175.

2.- Zira Box Varela, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 22.

3.- Joseba Louzao Villar, reseña de *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*,

de Jesús Casquete y Rafael Cruz (eds.), en *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 145, Madrid, julio-septiembre (2009), p. 202.

4.- Esther Almarca Núñez-Herrador y Rafael Villena Espinosa, «Las tarjetas postales como registro de la memoria», *La Tadeo Dearte*, 5, (2019), p. 184.

criminalizaron y eliminaron a los vencidos en cada acto de conmemoración en honor a los denominados Caídos por Dios y por España.

En esta coyuntura, se desarrollaron toda clase de representaciones patrióticas; misas, conferencias, proyecciones de películas y documentales, aniversarios, calles, etc., y en especial, el culto fúnebre a los caídos, que surge durante la Guerra Civil como instrumento de legitimación y cohesión de los rebeldes. Aunque, solamente quedaba reservado a los que perecieron luchando en sus filas o habían sido ajusticiados en el lado republicano^[5].

Los nuevos gobernantes rememorarón de forma constante el recuerdo de la violencia enemiga y de sus víctimas, los mártires de la Cruzada. Al mismo tiempo que se instalaban todas estas representaciones de exaltación franquista, quisieron acabar con todo vestigio republicano, incluyendo la supresión de aquellos apelativos de corte izquierdista, liberal o democrático que existía en los rótulos de las calles, cambiándolos por las denominaciones de aquellas autoridades civiles y militares destacados en la sublevación. Hay que recordar que los movimientos obreros no se entendían sin la lucha en la calle, por lo que debían ocuparla y transformarla. Es por ello, que los dirigentes facciosos consideraban que el espacio público debía de ser purgado, debiendo recristianizar aquellos lugares que habían sido gangrenados por el ideal republicano^[6].

5.- Hugo García Fernández, «Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura», *Ayer*, 76, (2009), p. 174.

6.- Miguel Ángel del Arco Blanco, «Las cruces de los caídos: instrumento nacionalizador en la cultura de la victoria», en Miguel Ángel Arco Blanco, Carlos Fuertes Muñoz, Claudio Hernández Burgos y Jorge Marco Carretero, (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, p. 75.

De esta forma, completaban la ordenación del espacio excluyente. En las principales plazas y vías del territorio que había caído bajo el control de los insurrectos, implantaron los nombres de los mitos recién creados tras el golpe de Estado y a la propia guerra. Entre ellos, Franco, José Antonio Primo de Rivera, Mola, Calvo Sotelo, etc.^[7] Del mismo modo, se introdujeron nuevas festividades en el calendario; el Día del Caudillo (1 de octubre), el Día de los Caídos (29 de octubre) o el Día del Dolor (20 de noviembre, fecha en la que asesinaron al líder de la Falange).

En este contexto, se establecieron en cada ciudad, pueblo y aldea en poder de los sublevados, un elemento simbólico que sobresalía por encima de todos dentro de la política de honrar a los mártires y héroes, Caídos por Dios y por España, dada la fundamentación nacionalcatólica del nuevo régimen que estaba empezando a definir las estructuras del nuevo Estado^[8].

Con el objetivo doble de exaltación del nuevo Estado y de poder perpetuar la memoria de aquellos muertos en combate pertenecientes al bando sublevado, así como legitimar la traición al régimen republicano, se instalaron en cada población a partir de 1938, lo que se conoce como cruz de los caídos. España quedó sembrada de monumentos a la Victoria y a los Caídos del bando faccioso.

El culto a los caídos, propio de la religión política falangista y ataviada con buenas porciones de religión tradicional católica, se convirtió en una insignia notable del ritual ideológico del franquismo,

7.- Francisco Navarro López (coord.), *Aguilar de la Frontera, un pueblo en la retaguardia de la Guerra de España (1936-1939)*, El Ejido, Letrame, 2017, p. 29.

8.- Esther Almarcha Núñez-Herrador y Rafael Villena Espinosa, «Las tarjetas postales como registro de la memoria», *La Tadeo Dearte*, 5, (2019), p. 184.

«los caídos eran muertos distintos, con autoridad y con rango sobre las generaciones venideras. Donde había una cruz, no había solamente un caído, sino una promesa y un mandato que había que cumplir»^[9].

Tal como llegó a afirmar Reinhart Koselleck, «el declive de la interpretación cristiana de la muerte dejó el campo libre a interpretaciones puramente políticas y sociales»^[10]. Lo que supo explotar el fascismo español.

De este modo, se impuso un deber y un modelo a seguir para aquellos combatientes pertenecientes al bando sublevado que debían de aspirar a ese glorioso martirio. Esta idea movilizadora perteneciente a las familias franquistas católicas y tradicionalistas, fue una manera eficaz para conseguir la movilización y la convicción que llevaría a la victoria de las tropas franquistas. Pero eso sí, solamente los caídos por Dios y por España podrían ser homenajeados, dejando fuera a los otros españoles derrotados y humillados, por lo que los monumentos a los caídos fueron verdaderos monumentos de exclusión al representarse solo los ideales de los vencedores de la contienda^[11]. Uno de los ejemplos que más polémica y alcance ha tenido en la actualidad tras su derribo, ha sido la Cruz de los Caídos de Aguilar de la Frontera.

El 1 de abril de 1938, a propuesta de la Alcaldía de este pueblo cordobés, cargo que ocupaba Francisco José Tutón de Mena tras la imposición de una gestora, se propuso la instalación de una cruz destinada a perpetuar la memoria de los caídos en combate por el bando golpista, tal y como se estaba

procediendo en todos los pueblos y ciudades controladas en aquel momento por los facciosos. Para su ubicación se seleccionó el Llanete de las Descalzas. Pocos días después, los miembros de la Comisión municipal Gestora del Ayuntamiento aguilarense, hicieron suya dicha proposición, aprobándose por unanimidad en la sesión plenaria del 4 de abril.

«A la Comisión Municipal Gestora. Uno de los modos que es indudable que de manera más elocuente pueden perpetuar la gloriosa memoria de los Caídos por España, es la erección de una Cruz, símbolo sagrado de nuestra Redención que nos acompaña y cobija desde la cuna al sepulcro. Nada como ello puede evocar en todo instante el profundo y piadoso recuerdo que podemos y debemos guardar a la bendita memoria de quienes tan generosamente dieron sus vidas por la Causa de la Civilización, y no ha de quedar Aguilar de la Frontera, pueblo de gloriosas y seculares tradiciones, a la zaga de ese deber, tan preferente como sagrado. Por ello el alcalde que suscribe, creyendo plenamente que con ello interpreta el común sentir de la Ciudad, propone cuanto sigue. Primero: El Ayuntamiento de Aguilar de la Frontera acuerda construir una Cruz monumental destinada a perpetuar la memoria de los Caídos por España. Segundo: esa Cruz se levantará en el lugar conocido por «Llano de las Descalzas», punto céntrico de la población y a la sombra de cuyos muros ha de encontrar ese monumento de toda la religiosidad y la veneración que su sagrada evocación exige. Tercero: Cuantos gastos se ocasionen con esas obras, serán satisfechas con cargo al Presupuesto municipal y consignación apropiada, y caso de que esta no existiese, por la Intervención municipal de fondos, se procederán a la habilitación de los créditos precisos [...]»^[12].

9.- Cristina Gómez Cuesta, «La construcción de la memoria franquista (1939-1959): Mártires, mitos y conmemoraciones», *Studia historica, Historia contemporánea*, 25, (2007), p. 111.

10.- Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso*, Buenos Aires, Prometeo, 2011, p. 17.

11.- M. Á. del Arco Blanco, «Las cruces de los caídos», p. 67.

12.- Acta Capitular 4 de abril de 1938, leg. 148.01, Archivo Histórico Municipal de Aguilar de la Frontera (en adelante AHMAF).

El emplazamiento escogido no se hizo por casualidad, tal y como ocurrió en la inmensa mayoría de los casos, se erigieron en las inmediaciones de alguna iglesia^[13], con la intención de que estuviese consagrada por esta. La Plaza de la Iglesia de las Descalzas está situada en la principal vía de la población, disponiendo de un amplio y representativo espacio público que permite su visualización a distancia, con una finalidad propagandística, lo que obligaba a la sumisión del individuo que se veía a sí mismo empequeñecido frente a las nuevas autoridades franquistas y a sus dictámenes^[14].

Al igual que la mayoría de las que se levantaron en todo el territorio controlado por los facciosos, y teniendo en cuenta las instrucciones de la Comisión de Estilo en las Conmemoraciones de la Patria, y más adelante, en el órgano que reemplazó a esta Comisión; la Dirección General de Arquitectura y Propaganda, se conforma de una simple construcción de cemento armado que carece de valor artístico alguno, tratándose de un sencillo y sobrio hito compuesto por una cruz como elemento principal del monumento, acompañada de una placa en memoria de Primo de Rivera.

Así fueron levantados estos monolitos, con materiales perdurables que asegurasen la pervivencia como símbolo de una nación de ideal nacionalcatólico, que se presumía eterna, pretendiendo transmitir sobriedad, espiritualidad y a la vez sobrecogimiento. Por eso no es extraño que se optase por la monumentalidad clasicista como estilo predilecto, en la línea del fascismo italiano

y nazismo alemán^[15]. Al fondo de la cruz, se elevó en ángulo una enorme celosía de madera pintada de azul fuerte, con el objeto de resaltar la cruz para que se viese bien a larga distancia.

Nada más finalizar la guerra, desde el Pleno del Ayuntamiento se determina la colocación de dos placas de mármol; una lápida que se adherirá a la fachada del Ayuntamiento con una leyenda que reflejaba fielmente el último parte de guerra, y una segunda placa constando los nombres de los «hijos de este pueblo muertos en la Cruzada» colocada justo en el borde del lado derecho de la puerta que mira al sur de la iglesia de la Descalzas, que acompañaría a la Cruz de los Caídos^[16].

Esta sencillez se hizo patente y uniforme en este tipo de construcciones en todo el país, «huyendo de composiciones barrocas, obeliscos y figuras humanas, otorgando un protagonismo absoluto a la figura de la cruz»^[17]. Es por ello, que la cruz debía de ser el elemento central y casi único, sin dejar de tener en ningún momento una idiosincrasia clasista y monumental, identificando al nuevo Estado y pretendiendo ser el símbolo de la unión entre lo terrenal y lo espiritual, conexionando ambos universos para que se identificase que venerar la cruz era reverenciar la dictadura. Aquellas construcciones que no incluyeran la cruz no podían ser validadas por el régimen^[18].

Es así como la Plaza de las Descalzas se convirtió en un espacio de conmemoración nacionalcatólica en el que los golpistas se vieran reconocidos perennemente.

13.- Véanse otros casos de la provincia cordobesa. Por ejemplo, Plaza de la Iglesia (Fernán Núñez), Plaza de Santa Ana (Bujalance), Iglesia de San Agustín (Montilla), Parroquia Jesús Nazareno (Puente Genil), Parroquia de la Asunción (Dos Torres), Iglesia de San Juan (Hinojosa del Duque) o Parroquia de El Salvador (Pedroche).

14.- Mónica Vázquez Astorga, «Los monumentos a los caídos: ¿un patrimonio para la memoria o para el olvido?», *Anales de Historia del Arte*, 16, (2016), p. 294.

15.- M. Á. del Arco Blanco, «Las cruces de los caídos», p. 63.

16.- Libro de Actas de la Comisión Gestora, sesión ordinaria 13 de abril de 1939, leg. 148.2, AHMAF.

17.- José Luis Ledesma Vera y Javier Rodrigo Sánchez, «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)», *Ayer*, 63, (2006), pp.236-237.

18.- M. Á. del Arco Blanco, «Las cruces de los caídos», p. 73.



Flechas y Pelayos en el acto de la Bendición de la Cruz de los Caídos de Aguilar de la Frontera, junio de 1938 (Fuente: *Diario La Voz*).

Como elemento principal dentro de un conjunto de diferentes piezas que configuraba el culto funerario y patriótico implantado por el Movimiento, la cruz, se instaló en tan solo dos meses después de haberse aprobado su levantamiento desde el nuevo consistorio municipal.

El 19 de junio de 1938, recién erigido dicho monumento franquista, se procedió al acto de bendición por parte del capellán local Pedro Benítez, en el que participaron las nuevas autoridades civiles y militares de la ciudad, acompañados por medio centenar de Flechas y Pelayos, así como una treintena de niñas que procedían del Comedor del Auxilio Social. Al término de la ceremonia, tras sonar los acordes de los himnos Cara al Sol y Oriamendi, fueron izadas las banderas nacionalsindicalistas y la del requeté. Seguidamente, se procedió a completar con el otro himno de rigor de los golpistas; la

Marcha Granadera^[19]. Acto seguido se leían los nombres de los caídos y se colocaban flores a los pies del monumento. La función nacionalcatólica finalizó con el desfile de la organización juvenil local de La Falange (Flechas y Pelayos)^[20].

19.- Marcha que se interpretaba tradicionalmente en algunas unidades pertenecientes a los ejércitos de la Monarquía Hispánica. A partir del reinado de Carlos III, el 3 de septiembre de 1770 fue declarada Marcha de honor junto con otros toques militares. La costumbre y el arraigo popular la erigen en himno nacional, sin que exista ninguna disposición escrita. El 27 de agosto de 1908 una real orden dispuso que las bandas militares ejecutasen la *Marcha real española* y la llamada de infantes, sin que fuese publicado en la Gaceta de Madrid o en la Colección Legislativa de España, publicaciones oficiales en las que se recogían todos los reales decretos. Tras el golpe de Estado de julio de 1936, la Marcha Granadera, junto con otros himnos, no faltaba en cada acto oficial realizado por el franquismo. Tras el decreto de 17 de julio de 1942, la Marcha Granadera fue declarada himno nacional.

20.- Azul, *órgano de la Falange Española de las J.O.N.S.*, 25 de junio de 1938, pp.2-14.

Detrás de esta sacralización, había que sumar una finalidad cruel y de humillación, porque buena parte de los niños y niñas que formaban parte de las organizaciones falangistas, como las niñas que estaban siendo instruidas por la Sección Femenina de La Falange y Acción Católica, eran huérfanas descendientes de aguilarenses republicanos y asesinados por los mismos que levantaban monumentos para poder perpetuar la exaltación del Nuevo Régimen y a los que habían caído por defender el derribamiento del orden republicano.

Este fue el caso de las hermanas Isabel y Josefina López González, vecinas de la calle Altozano. Al poco de estallar la sublevación, a su padre, que era guardia municipal se lo llevaron para asesinarlo. El delito presuntamente por haber puesto una multa en su día a una persona equivocada por no llevar la documentación en el coche. En aquella época, se podrían contar con los dedos de las manos el número de automóviles registrados en el pueblo. Todos ellos pertenecientes a la clase pudiente. La persona que denunció al padre de las hermanas López González fue un compañero conocido como *el Aguilarito*. El día que se lo llevaron, su mujer quiso entregar una gabardina a su marido, pero sus captores y asesinos se le impidieron, «para donde va no le hará falta».

Posiblemente lo más repugnante que les obligaban a hacer a los huérfanos aguilarenses hijos de asesinados republicanos, como el caso de estas hermanas, en especial en las celebraciones nacionalcatólicas o en diferentes conmemoraciones patrióticas que tenían lugar en la Cruz de los Caídos, fue obligarlas a situarse hincadas de rodillas a rezar por las almas de los caídos del bando franquista. Mientras que sus padres que fueron asesinados no sólo estaban sus cuerpos ocultos en cunetas, sino que también le condenaban al olvido de sus propios progenitores.



Huérfanas del Comedor de Auxilio Social en la Bendición de la Cruz de los Caídos de Aguilar de la Frontera, junio de 1938
(Fuente: *Diario La Voz*).

Era frecuente ver las siluetas de restos de serrín en las rodillas de estos niños y niñas, porque la superficie que rodeaba la cruz estaba provista de este material que se esparcía por todo el terreno para evitar que la gente se llenase los pies de barro en los días lluviosos. He de destacar que todos los niños huérfanos uniformados llevaban encima escapularios de la Virgen del Carmen, reflejo del proceso de recristianización que las autoridades eclesiásticas locales llevaron a cabo sobre estos^[21].

La humillación de obligar a rezar a los familiares republicanos junto a la Cruz de

21.- Testimonio de Carmen Soto, vecina de la calle Altozano nacida en 1933, 4 de mayo de 2021.

los Caídos por las almas de los difuntos pertenecientes al bando franquista no fue un hecho aislado que se dio en Aguilar de la Frontera. Existe constancia documental que realizaban lo mismo con otros niños uniformados de la Falange; en la Cruz de los Caídos de los Palancares (Cuenca), en la inauguración del campamento falangista^[22]. Lo mismo les hacían a los detenidos en Posadas (Córdoba), que después de maltratarlos a golpes, rapados y obligados a ingerir aceite de ricino, fueron forzados a postrarse ante la Cruz de los Caídos de aquella localidad a rezar por los muertos de los vencedores de la guerra, con el mismo fin, el de denigrarlos como personas y arrancarles su dignidad^[23].

«[...] van unas cuantas noches que se dedican a sacar de sus domicilios a los individuos que les parece, llevándolos al Cuartel de la Falange, donde después de maltratarlos les hacen ingerir sustancias que producen mucho dolor e irritación en los intestinos, siendo después pelados a trasquilones por el municipal Pedrera, dándose también el caso de que algunos de ellos le tienen

ordenado vayan a la Cruz de los Caídos en construcción, se hinquen de rodillas y oren quince minutos en pleno día»^[24].

Las niñas pasaron a formar parte del grupo controlado por las monjas del hospital, que estaba ubicado en el colegio de La Milagrosa, un centro que auxiliaba a niñas necesitadas sufragado por la Diputación de Córdoba. En este colegio en el que estaban a cargo de Sor Modesta y Sor Agustina, comían y recibían educación según los preceptos educativos y religiosos del Nuevo Régimen.

La fatalidad de un buen número de mujeres aguilarenses, hizo que no tuvieran más remedio que dejar a sus hijos a los sublevados porque no tenían cómo mantenerlos, ya que les habían asesinado a sus maridos, hecho que en aquella época las condenaban directamente a la miseria, y por miedo a represalias de lo que quedaba de sus familias. Estos eran los denominados en la posguerra como los Niños del Auxilio Social. Con sus padres asesinados, en la cárcel o en el exilio, no tuvieron más opción que el recurso de la beneficencia franquista^[25].

22.–«Inauguración del Campamento de los Palancares», *Revista de Grandes Ferias y Fiestas de San Julián de Cuenca*, Madrid, Diana, 1944. Biblioteca Pública «Fermín Caballero», Cuenca.

23.–Diligencias previas. Leg.197.Nº 7.031.DP12.020/1939. Archivo Territorial Militar Tribunal Segundo de Sevilla.

24.–Solicitud dirigida hacia el gobernador militar de Córdoba por José Garrido Ortega el 29 de abril de 1939, con el fin de parar las atrocidades que un grupo de falangistas y municipales de Posadas estaban perpetrando con los detenidos. Información facilitada por el investigador Julio Guijarro (véase referencia anterior).

25.–F. Navarro López, (coord.), *Aguilar de la Frontera, un pueblo en la retaguardia*, p.30.

De «superagentes» a torturadores. La voz de las víctimas del franquismo y la Brigada Político Social

Pablo Alcántara Pérez
Historiador

La importancia de los testimonios orales en la memoria histórica

La historia oral ha jugado un papel fundamental para las investigaciones de Historia Contemporánea y para dar un relato a episodios de represión política y genocidio. No es casual que el surgimiento de esta disciplina se dé en EE.UU tras la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, con la Oficina de Historia Oral, para dar «voz a los sin voz». Esta ha servido para poder contar de primera mano violaciones graves de derechos humanos y poner cuerpo a las prácticas represoras realizadas por las dictaduras durante el siglo XX^[1].

España no se iba a quedar atrás en cuanto a la importancia de los testimonios en la construcción de memoria colectiva. Gracias a estos relatos orales de personas que sufrieron, entre 1936 y 1975, la represión de la dictadura franquista, se ha conseguido reconocer a las «víctimas del franquismo» tal y como señala la investigadora Montoto Ugarte^[2].

1.– María Laura Gili, «La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado» en Yoli Martini, Graciana Pérez Zavala y Yanina Aguilar (coord.), *Las sociedades de los paisajes áridos y semiáridos del centro-este argentino: Río Cuarto*, Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto, 2009, pp. 443-448.

2.– Marina Montoto Ugarte, «Las víctimas del franquismo

La idea con este artículo es señalar cómo, a través de la voz de estas víctimas en los últimos años, no sólo se ha logrado reconocerlas como son socialmente, sino también señalar y responsabilizar a sus verdugos. Me centraré sobre todo en los miembros de la Brigada Político Social (BPS), la policía política del franquismo.

Los «superagentes» de la Brigada Político Social en la Transición.

Los años de la Transición, frente a lo que defiende cierta historiografía, fueron años convulsos, de importante movilización social y de altas cotas de violencia política y policial. En algunos de estos episodios violentos, los antiguos miembros de la Brigada Político Social (BPS), la policía política de la dictadura franquista, jugaron un papel crucial para mantener la paz social e impedir cualquier tipo de movilización. Desde los medios de comunicación de la derecha se optó por aupar y elogiar a estos policías como miembros perfectamente enmarcables dentro del aparato policial democrático. El caso más paradigmático fue el de Pilar Urbano, con sus artículos a principios de 1977 para *ABC* elogiando al policía Ro-

en «la querrela argentina»: luchas por el reconocimiento y nuevas desigualdades», *Papeles del CEIC*, 1 (marzo, 2017), pp. 4-5.

berto Conesa, que participó en importantes episodios de represión del franquismo (como la detención de las Trece Rosas) y al que llamó «Superagente» tras la liberación de Oriol y Villaescusa de manos de los GRAPO. Desde las instituciones políticas y el Gobierno se optó por la vía del apoyo a estos agentes (siendo uno de los mayores defensores el ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa) y desde el Parlamento, por el «pacto de silencio» entre las fuerzas políticas de derecha e izquierda, en aras del «consenso», con leyes como la de Amnistía, defendida por la mayoría del arco parlamentario^[3].

Sin embargo, desde la sociedad civil y algunos medios de comunicación y organizaciones políticas de izquierdas sí que se atrevieron a denunciar, tanto mediática como jurídicamente, las torturas que habían sufrido a manos de la policía política. Periódicos como *Diario16* y revistas como *Cambio16*, *La Calle* o *Interviú* se aventuraron a sacar testimonios de víctimas del franquismo ya en aquellos años. También aparecieron artículos de policías condenados por torturas, como el jefe de la Brigada de Investigación de Tenerife José Matute, por el asesinato a golpes del obrero comunista Antonio González Ramos^[4].

Ante estas acusaciones, agentes como Manuel Ballesteros, jefe de Policía en Bilbao, llegó a declarar en una rueda de prensa que no había realizado malos tratos durante el franquismo. Ante dicho testimonio, varias de sus víctimas (Vicente Vergara, Ángel Guardia, Francisco Camaraza y José

Luis Monsó) declararon en la revista *Interviú* que este policía les había golpeado, sumergiéndoles la cabeza en los lavabos, dándoles palizas en la cara, en el estómago y en las partes íntimas. Incluso les dieron corrientes eléctricas^[5].

Todo esto fue cortado casi de cuajo tras el golpe de Estado del 23-F en aras del «borrón y cuenta nueva hacia el futuro». Además, algunas de esas voces, como la del periodista Gregorio Morán, fueron acalladas mediante consejos de guerra y multas administrativas, por denunciar en artículos a personajes como Roberto Conesa. Durante los años ochenta, con los gobiernos del PSOE, se mantuvo una cierta ambigüedad calculada, poniendo en el mismo plano a víctimas y verdugos. De hecho, en 1985, varios torturados por el franquismo escribieron una carta a Felipe González pidiendo la dimisión de Jesús Martínez Torres, comisario general de Información y antiguo miembro de la BPS, explicando las torturas que habían sufrido. Sin embargo, José Barrionuevo, ministro del Interior en aquellos años, lo mantuvo en su puesto y declaró que aquello era «un invento de los terroristas de ETA»^[6].

Los testimonios de las víctimas de la Transición: los torturadores de la BPS.

Esta política de igualación de víctimas y victimarios, de considerar a los antiguos miembros de la BPS como policías democratas, tuvo su punto culmen con los pri-

3.- Gregorio Morán, «Superagente Conesa: esta es su vida», *Diario16*, del 24 de abril al 2 de mayo de 1977 y Pilar Urbano, «El rescate de Oriol y Villaescusa» *ABC*, 16 de febrero de 1977, pp. 48 y 49, Xavier Casals, *La Transición Española. El voto ignorado de las armas*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018, pp. 320-330.

4.- Pedro Costa y José Luis Morales, «Canarias: juicio a un comisario», *Interviú*, 20 de octubre de 1977, pp. 16-19.

5.- Fernando Arias, «Testimonios contra Ballesteros y Solsona», *Interviú*, 6 de octubre de 1977, pp. 8-11.

6.- Pablo Alcántara Pérez, *La Secreta de Franco*, Espasa, Madrid, 2022, pp. 288-290; Francisco Espinosa Maestre, *Lucha de historias, lucha de memorias. España 2002-2015*, Aconcagua, Madrid, 2015, pp. 96-108, Fernando Jauregui, Miguel Angel Menéndez, *Lo que nos queda de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, pp. 175-181, Eduardo Pons Prades, *Los años oscuros de la Transición*, Belacqva, Barcelona, 1987, pp.295-301.



La portada de ABC del 16 de febrero de 1977 destaca la actuación del comisario Conesa.

meros gobiernos del PP en los años 2000 y la condecoración del torturador Melitón Manzananas, ajusticiado por ETA en 1968, con la Gran Cruz de la Real Orden del Reconocimiento Civil a las Víctimas del Terrorismo y entrega de 23 millones de pesetas a su familia. Dicha distinción generó diversas críticas entre organizaciones nacionalistas y de izquierdas, como el PNV e IU. El Gobierno contestó que se estaban ajustando a la norma para condecorarlo^[7].

En esos años se produce lo que los ex-

pertos e historiadores señalan como el «despertar de la memoria», con la primera apertura de fosas comunes de fusilados del franquismo con métodos científicos, la creación de asociaciones como la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) o el Foro por la Memoria. Sin embargo, no sería hasta 2007, con la promulgación de la Ley de Memoria Histórica, el intento de juicio al franquismo del juez Garzón y sobre todo, con la Querrela Argentina contra los crímenes del franquismo en 2010, cuando aparecen de nuevo voces hablando de las torturas producidas por la policía política franquista^[8].

Varias son las vías por las que se producen los testimonios de las víctimas de la BPS. Por la vía judicial, como declaramos anteriormente, la Querrela Argentina ha supuesto un tremendo impulso. Ocho agentes fueron los denunciados por violación de derechos humanos^[9]. Uno de ellos, Antonio González Pacheco, fue llamado a declarar por la jueza argentina María Servini de Cubría. Sin embargo, la Audiencia Nacional se negó a extraditarlo, aunque el agente se vio obligado a declarar ante sede judicial. Todo ello, por los testimonios de sus víctimas en el país sudamericano^[10].

Trece fueron las personas que pusieron su testimonio de sufrimiento y malos tratos ante la justicia argentina, muchas de ellas

8.- Julia Olaso, *La represión y las luchas por la memoria en Argentina y España*, Madrid, Catarata, 2016, pp. 160-169.

9.- Sus nombres eran: Antonio González Pacheco, Jesús González Reglero, Ricardo Algar Barrón, Jesús Martínez, miembros de la BPS en Madrid, Félix Criado Sanz, agente franquista en Bilbao, Pascual Honrado de la Fuente, policía asturiano, Jesús Solsona, miembro de la BPS en Valencia, Atilano del Valle, policía en Barcelona.

10.- Pedro Águeda, «La Audiencia Nacional rechaza la extradición de Billy el Niño a Argentina», 30 de abril de 2014, [eldiario.es](https://www.eldiario.es/politica/audiencia-nacional-billy-nino-argentina_1_4908376.html) https://www.eldiario.es/politica/audiencia-nacional-billy-nino-argentina_1_4908376.html (consulta: 16 de junio de 2022) y Mario Amorós, *Argentina contra Franco*, Madrid, Akal, 2014, pp. 35-37.

organizadas en La Comuna, una asociación de expresos del franquismo y víctimas de la dictadura. José María «Chato» Galante, militante antifranquista en la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y primer presidente de La Comuna, que fue detenido cuatro veces entre 1969 y 1975, declaró que dicho agente le dejó la cabeza abierta, le hicieron un pasillo donde le golpeaban entre varios agentes. Que estuvo detenido más de las 72 horas que imponía la normativa. Que lo desnudaron y lo esposaron a un radiador. Que lo colgaron de una barra por la altura de las rodillas, golpeándole con porras en los glúteos, pies y genitales. El represaliado Miguel Ángel Gómez indicó ante la jueza que tras ser detenido por la celebración de la manifestación del 1º de mayo de 1973, «la DGS estaba llena de presos políticos. A todas horas se escuchaban gritos y golpes sistemáticos. Una tarde, un grupo de «sociales» capitaneados por Antonio González Pacheco, se amotinaron, entrando en los cuartos de interrogatorio con sus pistolas y amenazándonos con que nos iban a matar». También en la judicatura se escucharon testimonios de la represión sexualizada contra la mujer por parte de la policía secreta. Como en el caso de Silvia Carretero Moreno, que cuando la detuvieron esperaba un hijo y los agentes la amenazaron verbalmente «sabemos que estás embarazada porque tienes los pechos muy grandes, nos importa tres cojones si abortas»^[11].

La Querella Argentina, como bien afirma la investigadora Montoto Ugarte, ha supuesto el reconocimiento de la realidad y discursos de las víctimas, su visibilización. Gracias a ello sus testimonios han aparecido en los medios de comunicación y en

documentales. En dicho formato, las voces de las víctimas se expanden más allá de la cuestión judicial y se humanizan y ponen cara para una mayoría social. Pero también se pone cara a los verdugos.

Además de reportajes en prensa escrita (como el artículo que realizó *Interviú* a Luis Miguel Urbán, padre del eurodiputado Miguel Urbán, torturado por la BPS en Madrid) y en radio (como el testimonio de José Errejón, padre del diputado Iñigo Errejón en la cadena SER) la gran novedad en los últimos tiempos han sido los testimonios en los medios audiovisuales.

El caso más paradigmático es el documental *El Silencio de Otros*, dirigido por Almudena Carracedo y Roberto Bahar, ganador del Goya a Mejor Documental en 2019. En dicha película se retrata la lucha de las víctimas del franquismo contra la impunidad de los crímenes de la dictadura, a través de la Querella Argentina. En él podemos ver a Chato Galante. En esta ocasión escuchamos mucho más allá de las torturas que sufrió y contó ante la jueza. Le seguimos hasta la casa de la persona que le golpeaba en comisaría, Antonio González Pacheco «Billy el Niño», donde declaró «que está obligado a vivir a escasos metros de la persona que me torturó». Al ver las fotos del agente, explicaba que «disfrutaba infundiendo dolor». También le podemos ver en la antigua cárcel de Segovia, donde pasó varios meses por su militancia política. De igual manera aparece Felisa Echegoyen, militante de la LCR y querellante. Sentada frente a la cámara cuenta lo que le hizo sufrir la secreta:

«Ya estaba preparada para irme, cuando llamó la Policía. Billy el Niño me metió un pañuelo en la boca y ahí vinieron los golpes. Y llegamos a la Dirección General de Seguridad. Nadie sabía que estabas ahí, desaparecías»^[12].

11.- Poder Judicial de la Nación, Auto para resolver en la presente causa Nro. 4591/2014 caratulada «N.N. s/ genocidio», Buenos Aires, 18 de septiembre de 2013 <https://memoriahistorica.org.es/querella-argentina/> (consulta: 16 de junio de 2022)

12.- Almudena Carracedo y Roberto Bahar, *El Silencio de Otros*, Madrid, El Deseo, 2018.



Chato Galante entrevistado en el documental *El silencio de los otros*.

También se han realizado reportajes donde se ha señalado a los verdugos, como el que hizo el programa Equipo de Investigación, del canal *La Sexta*, donde se da un repaso a la vida de González Pacheco, visitan su pueblo natal, narran las torturas que realizó y se le intentó entrevistar, sin éxito. Aparece Luis Carreño, militante de la LCR y denunciante de González Pacheco, donde indicaba las torturas que la policía franquista hacía, como el quirófano, donde se ataba al preso a una mesa y se le aplicaban golpes, como la colgadura o la bañera, donde metían al detenido la cabeza en agua con heces. Luis cuenta que siendo estudiante de Arquitectura le detuvieron, le pusieron una zamarra muy gruesa para generarle calor y sed, a la vez que le daban golpes, que le dejaron mal la planta de los pies y una costilla rota^[13].

Por último, está la cuestión de cómo han abordado este tema los investigadores y los historiadores. Tras este impulso de la socie-

dad civil, desde la investigación periodística y universitaria se ha querido también aportar desde lo académico. Tesis doctorales como la de Marina Montoto Ugarte sobre la construcción social de la «víctima» en la Querrela Argentina, libros como el de Mario Amorós sobre este tema, *Argentina contra Franco*, o el libro de Mario Martínez Zauner sobre militancia antifranquista, *Presos contra Franco*, recogen los testimonios de aquellos militantes antifranquistas que denuncian a sus verdugos.

En mi propia experiencia como historiador e investigador, a través de mi tesis doctoral sobre la BPS y mi libro *La Secreta de Franco* he recogido decenas de entrevistas a luchadores antifranquistas de diferentes organizaciones políticas. Mi interés principal era recoger cómo se organizaban políticamente, su papel en la movilización contra la dictadura y por supuesto, las detenciones y torturas que sufrieron a manos de la policía política. Dichas entrevistas duraban una o dos horas. La mayoría de los entrevistados entraban a analizar todo tipo de detalles. Por ejemplo, Chato Galante me llegó a explicar (y publiqué en mis trabajos) los diferentes tipos de tortura que

13.- Equipo de investigación, «El manual de torturas que utilizaba Billy el Niño y la policía franquista», *La Sexta* en <https://www.youtube.com/watch?v=wUg4Q3Amdzc> (consulta el 10 de agosto de 2022)



Reportaje de *El Mundo* sobre muerte de Billy el Niño. *El Mundo*, 7 de mayo de 2020.

les realizaban, como pegarte con un paño en el cuerpo o con un casco en la cabeza para que no quedaran marcas, colgarte de una barra, esposar los tobillos a las manos y el electros-hock. También Felisa Echegoyen me contó cómo se quedó paralizada por los golpes de González Pacheco y compañía^[14].

Todos estos testimonios, aparecidos por diversos medios, han logrado que, al menos socialmente, las víctimas sean reconocidas como tales. Y que sus victimarios también sean vistos como lo que son. Se ha pasado de la total indiferencia y un silencio impuesto, como cuando murió el agente franquista Roberto Conesa en 1994 a retirarle las medallas (con las que recibía un extra en su pensión del 50%), a Antonio González Pacheco, aunque ya después de muerto y condenar su actividad como torturador. Todo ello, entre otros aspectos, por el testimonio de las víctimas de la BPS^[15].

14.- Pablo Alcántara Pérez, *La Secreta de Franco*, pp. 223-225.

15.- Gregorio Morán, «En los escondrijos de la memoria» *La Vanguardia*, 9 de abril 1994, p. 21 y Andrés Gil, «El Congreso aprueba desclasificar las medallas, premios y condecoraciones de Billy el Niño», 11 febrero 2020.

Conclusión

Como hemos podido observar, la memoria y la historia oral ha jugado un papel fundamental para señalar a los verdugos y victimarios del franquismo, como la BPS, que durante los años de la Transición y hasta los primeros 2000, eran considerados como agentes democratas o condenados como mucho al olvido o a la indiferencia, pero sin señalar el papel que jugaron en la represión de la dictadura.

A través de la Querella Argentina contra los crímenes del franquismo, se han abierto varias vías por las cuales las víctimas de la violencia franquista se expresan. Por la vía judicial, la de los medios de comunicación, la de la autoorganización y la de la investigación. Todas ellas han permitido que se conozca lo que les ocurrió, visibilizar su lucha y que se señale a quienes les torturaron. Con estos testimonios, no sólo se ha conocido a las víctimas del franquismo, sino también a sus verdugos.

eldiario.es (consulta el 12 de agosto de 2022).

José Antonio Ramírez Milena. El *Niño* de las Juventudes Comunistas que llegó a alcalde

Antonio Segovia Ganivet
Universidad de Granada

José Antonio Ramírez Milena, conocido como *el Niño de Albolote*, nació en esta localidad granadina en 1955. Empezó a militar en el PCE a finales de 1969 con tan sólo catorce años. Su trayectoria demuestra la importancia de las Juventudes Comunistas (UJC) y de las Comisiones Obreras Juveniles (CCOOJJ) como escuelas de cuadros. José Antonio logró, con su compromiso y entrega, pasar de la militancia y dirección de las organizaciones juveniles del PCE en Granada a ser el primer alcalde democrático de Albolote por el PCE en las primeras elecciones municipales de 1979.

Fruto de la progresiva influencia de CCOO en Granada, a finales de la década de los sesenta el PCE granadino insiste en la conveniencia de crear un grupo estrictamente juvenil que desarrollase acciones distintas a las de los mayores, con la intención de que éstas fueron más visibles, o como se denominaban en aquel momento, más abiertas. La intención era articular un movimiento amplio aprovechando la situación cada vez más difícil de la juventud obrera, que estaba aproximándose al sindicato habida cuenta de los problemas a los que se enfrentaba. Un grupo de jóvenes de Albolote ingresan en las UJC en 1969 lo que al mismo tiempo supone la creación de las CCOOJJ, por lo que la primera célula del



José Antonio Ramírez Milena, en la actualidad durante una entrevista en radio hablando de su faceta de poeta y escritor (Archivo personal de Ramírez Milena).

PCE en la localidad la componen individuos con edades comprendidas entre los 14 y los 18 años. José Antonio, *el Niño*, era, con catorce años, el de menor edad de todos.

La aparición de las CCOOJJ respondía a la creación de una vanguardia que desarrollase acciones públicas más abiertas que, protagonizadas por los militantes más jó-

venes, aseguraran el relevo generacional y la transmisión de reivindicaciones propias de la juventud. El Comité Ejecutivo del PCE en su resolución de 1969 definía a las CCOOJJ como un espacio con autonomía propia, con la novedad de la creación de los «comandos»: «su participación en los ‘comandos’ —que son una emancipación de la lucha de masas— es una forma muy eficaz de contribuir al combate general por la democracia»^[1]. *El Niño* y sus camaradas granadinos organizan varios comandos en la Semana Santa de 1970 aprovechando que TVE transmitía las procesiones desde Granada. El comité del PCE insta a las CCOOJJ a desplegar una operación de reparto de octavillas, divulgación de eslóganes y reivindicaciones políticas con el objetivo de que apareciesen en televisión y en directo para el conjunto del país. Una operación enmarcada dentro del proceso de consecución del convenio colectivo de la Construcción que se estaba preparando y su negociación, y así aprovechar la colocación de las cámaras dispuestas para intentar que sus acciones fueran captadas en directo:

«El grupo que asumió la acción éramos los militantes más jóvenes, que vehiculando nuestra actividad como miembros de la organización juvenil de Comisiones Obreras, teníamos que lanzar octavillas y desaparecer lo antes posible para evitar que nos cogiera la policía, con la mala suerte de que cogen a uno de los compañeros y desde él llegan a los demás. Al final cayeron unos 25 camaradas, de los que unos 10 fueron condenados a multas y cárcel por el Tribunal de Orden Público. A mí me detienen al día siguiente. Tenía 15 años, y fueron directamente a donde trabajaba, un taller metalúrgico, y camino de la comisaría no dejaban

de insultarme, y nada más entrar se lían a darme guantazos hasta no sé cuándo, cabreados porque no les decía nada»^[2].

El Niño se libró de la cárcel por su edad. Los militantes de las CCOOJJ granadinas fueron la vanguardia para las acciones más comprometidas y arriesgadas. La acción de la Semana Santa de 1970 costó cárcel y sanciones económicas a diez de los veinticinco detenidos, con penas de los tres a los seis meses y multas que van de las diez mil pesetas a las veinticinco mil^[3]. Natividad Bullejos fue la única mujer que participó en una acción llevada a la práctica por 25 jóvenes de entre 15 y 25 años, encargándose después de organizar la colecta solidaria entre el PCE y CCOO para pagar las fianzas, y acompañando a madres y hermanas a prisión^[4]. Unos meses después, *el Niño* participa en la huelga de la construcción, conflicto que marca un antes y un después en Granada, con el alto coste de tres trabajadores muertos por las fuerzas del orden.

La organización de la huelga corrió a cargo del PCE y de CC OO, en una campaña previa al 21 de julio en la que los comunistas hicieron un llamamiento «puerta a puerta», movimiento en el que participó José Antonio en su localidad y que demostró la capacidad de movilización de las masas trabajadoras que en ese momento tenían el PCE y CCOO. El día del «Crimen de Granada», como titulaba Mundo Obrero, *el Niño* estaba cerca de uno de los asesinados:

«[...] vi llegar a mí a un compañero ensangrentado, Antonio Huertas Remigio, mientras otros intentaban llevarlo a la facultad

1.- «Resolución del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España», *Mundo Obrero*, 10, 24 de mayo de 1969, p.3.

2.- Entrevista a José Antonio Ramírez Milena, Albolote, 24 de junio de 2019.

3.- Tribunal de Orden Público (TOP), Sumario 229/7º, Sentencia nº285/71.

4.- Entrevista a Natividad Bullejos Cáliz, Maracena, 2 de septiembre de 2020.

de medicina que estaba cerca para que le atendieran, aunque ya estaba muerto y claro, son hechos que te marcan, que nunca he podido olvidar, más cuando nuestra actitud y reivindicaciones hasta el ataque policial se hacían sin ninguna violencia ni actitud de provocación»^[5].

El triple crimen quedó impune, nunca ha sido investigado en profundidad. Aquella mañana llovieron piedras, pero sobre todo llovieron balas que matan. Era la primera vez desde la Guerra Civil que los granadinos se lanzan a la calle a protestar de manera tan masiva. De los aproximadamente cien heridos que dejó de saldo la desproporcionada represión, al menos diez eran vecinos de su pueblo, a los que el comité local del PCE ayudó recaudando fondos entre los vecinos, acción solidaria en la que participó José Antonio.

En 1972, *el Niño* es nombrado responsable provincial de la UJC, lo que a la vez supone su entrada como miembro en el Secretariado del Comité Provincial del PCE. En diciembre de 1973, los comunistas granadinos tomaron el acuerdo de «agitar» toda la ciudad y parte de la provincia en una labor de información y aclaración de la situación. Una acción llevada a cabo por los comandos juveniles, y que trataba de visibilizar el significado del proceso contra Camacho y los demás compañeros: «[...] el día 11 salieron tres comandos de unas treinta personas cada uno, que pintaron por completo la ciudad, a las 7 de la tarde del mismo día, se hace una tirada de panfletos, llamando a la acción al día siguiente. En total las tiradas han sumado más de 20 mil panfletos»^[6]. Estas acciones se completaron con el boicot a dos mercados, la paralización de varias em-

presas de la construcción y una manifestación de mujeres^[7]. Las UJC, con *el Niño* al frente, hicieron la labor de zapa de una de las movilizaciones más intensas hasta ese momento.

Ante tan fulgurante carrera, desde la dirección provincial, en 1974, le proponen ir a la Escuela de Cuadros del Partido en Bucarest. Para ello, según relata:

«dejo de trabajar durante dos o tres meses para tratar de despistar sobre mi ida a la Escuela, y digo, a quien quiera oírme, que me voy a Barcelona para buscar trabajo, pero donde me voy es a París al encuentro con la dirección del Partido y la Escuela. Ya allí, conozco a Ignacio Gallego, que es el dirigente ejecutivo del Partido que me atiende, y con su orientación y usando la ruta de Frankfurt, nos desplazamos hasta Bucarest, donde a las afueras se encuentra la nueva Escuela de cuadros políticos del Partido».

Allí pasó seis meses, tenía diecinueve años y nunca había salido de Albolote:

«De repente me encuentro en ciudades como París, Frankfurt, Bucarest y eso, junto de los estudios que realizamos, me cambia. En la Escuela estudiábamos cultura general, literatura, historia política y del movimiento obrero, economía, las políticas partidarias y otras materias que era necesario conocer para preparar mínimamente a un posible cuadro dirigente del Partido. Al regreso debo esperar en París algún tiempo, ya que no está claro si me buscan en Barcelona pues durante el tiempo estado en la Escuela se les pregunta a mis padres por mí, pero ni ellos ni nadie da conmigo».

La única persona que conocía su verda-

5.- Entrevista a José Antonio Ramírez Milena, Albolote, 24 de junio de 2019.

6.- AHPCE, «Manifiestos y Octavillas», Nacionalidades y regiones, Andalucía, Caja 82, Carp. 2.

7.- AHPCE, «Informes», Correspondencia, Caja 82, Carpeta 4, 15 de enero de 1974, p.3.

dero paradero era su mujer, que nunca reveló a nadie esa información. Sus familiares en Cataluña, a los que sus padres preguntaban, buscaban en hospitales y en todas partes llegando a la policía haciendo oficial ante ella su «desaparición». *El Niño* hubo de esperar y guardar más precauciones que el resto de los cuadros en la Escuela para volver y pasar la frontera permaneciendo tres meses en Montreuil, bajo la protección de su alcalde comunista, hasta su regreso a Granada^[8].

Recién llegado de Bucarest, en 1975 protagoniza, junto a 35 compañeros, el «Encierro de la Curia»^[9], otra de las acciones emblemáticas de la oposición antifranquista granadina, que utilizó el recurso de meterse en las iglesias como forma de protesta para visibilizar públicamente la situación de los trabajadores ante el problema del paro y la imposibilidad de afrontar las necesidades básicas por el aumento de la carestía de la vida. *El Niño* y los 35 trabajadores encerrados en la Curia eran la mayoría militantes del PCE y de CCOO, y entre ellos se encontraban algunos sacerdotes obreros como Antonio Quitián, Ángel Aguado y José Godoy. El encierro comienza cuando un centenar de trabajadores, acompañados por los líderes sindicales se plantaron ante el delegado de sindicatos con el objetivo de hacerle propuestas contra el paro. Ante las muestras de ignorancia, decidieron encerrarse en el santo edificio. Es *el Niño* con su intervención, el que arenga a las masas para el encierro: «Encargamos al *Niño* que leyera con fuerza el escrito y levantara los ánimos y provocara el acuerdo de marchar a Sindicatos para su presentación. Del desarrollo de la gestión en Sindicatos saldría

la decisión del encierro»^[10]. El encierro supuso una movilización plural que respondía sobre todo a la precariedad de las zonas marginales de Granada y al incremento del paro que estaba afectando considerablemente a los jóvenes. Así lo cuenta *el Niño*:

«después de la reunión con los del Vertical decidimos que una parte de la gente procedente de los pueblos y de Granada nos encerráramos y que otra, estuvieran fuera movilizándolo a la gente en las calles, además de tratar de abastecernos con alimentos para mantener el encierro, cosa que no habíamos podido hacer para no delatar al propio encierro. Dentro de la Curia nos quedamos 35 compañeros. A las 4 de la tarde ya estábamos cercados por la policía. La reivindicación principal del Encierro atiene a varios ámbitos: el laboral, el social, el de obtener fondos para el paro obrero»^[11].

Cercados por la policía con un despliegue sin precedentes^[12], la movilización en el exterior de la catedral logró los efectos que se pretendían, cuando estudiantes de la Universidad de Granada se encargaron de abastecer de alimentos a los encerrados y un movimiento de mujeres se encargó de recorrer las obras de la ciudad logrando que los trabajadores fueran al paro en solidaridad con los compañeros encerrados. Tres días después, un gran número de policías armados y un número indeterminado de policías de paisano entraron en la Curia sin permiso del arzobispo, llevándose esposados a todos los allí presentes. *El Niño* fue multado con 250.000 pesetas, y es procesado al tener antecedentes policiales. La BPS de Granada informaba sobre *el Niño* tras su

8.- Entrevista a José Antonio Ramírez Milena, Albolote, 24 de junio de 2019.

9.- La Curia es el Palacio Arzobispal de Granada, residencia del arzobispo de la Diócesis granadina.

10.- AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Andalucía, Jacq. 950,

11.- Entrevista a José Antonio Ramírez Milena, Albolote, 24 de junio de 2019.

12.- *Ideal de Granada*, 1 de mayo de 1975, p.15.

detención que «tiene antecedentes por actividades subversivas y distribución de propaganda ilegal, también es calificado agitador que representa una seria amenaza para la paz pública»^[13]. Pasará dos meses en la cárcel, viéndose beneficiado junto al resto de compañeros de la amnistía por la proclamación del rey a la muerte de Franco^[14].

Dos años después encabeza y lidera junto a sus compañeros del PCE y una amplia representación popular de alboloteños, la movilización quizás más importante de la localidad de toda su historia, cuando en el mes de abril de 1977, más de mil vecinos deciden manifestarse para que, la que fuera Casa del Pueblo durante la II República, fuese utilizada como espacio público a disfrute del pueblo. El diario *El País* se hizo eco de la noticia dada la magnitud que a nivel local tuvo la manifestación:

«Unos mil vecinos de la localidad granadina de Albolote, situada a ocho kilómetros de la capital, se reunieron en asamblea, durante la tarde de ayer, en la plaza del pueblo para discutir públicamente los aspectos legales que plantea la reclamación de la que fuera casa de pueblo. La casa del pueblo de Albolote había sido construida en 1931 con la aportación económica y el esfuerzo físico de los alboloteños como sede social de una asociación llamada «Hijos del trabajo de Albolote»^[15].

Durante los días de la movilización, *el Niño* fue objeto de una de las amenazas más graves que se recuerdan en aquellos entornos en el período de la Transición, cuando un jeep de la Guardia Civil paró a su altura mientras paseaba y seis guardias con las metralletas en las manos lo rodean,

y ponen las bocas de las armas en su cabeza: «quietecito estos días, no montes ninguna bronca, que si eres capaz de hacer lo que estás haciendo a plena luz del día y en presencia de la gente, que de noche y sin nadie no vuelven a verme», y reafirmando la amenaza con un cerrojazo y cargando el arma. Aquel proceso de devolución del edificio para el pueblo, que los vecinos consideraban público, estaba enmarcado en una apropiación ilegal ocurrida los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil en la que aparecían como dueños de la Casa del Pueblo una familia cuyo padre fue concejal del primer Ayuntamiento del por entonces nuevo estado franquista. A las alturas de 1977, estas familias andaban contestando a las peticiones de devolución que les hacía el resto del pueblo ofreciendo una resistencia a la entrega apoyándose en las autoridades para mantener su estatus de legítimos propietarios. Finalmente, la presión social y política, sostenida por los comunistas, hizo efecto y se recuperó el edificio antes de la legalización de CCOO y del PCE^[16].

Para las elecciones municipales de 1979, *el Niño*, cabeza de lista por el PCE, promueve junto a sus camaradas la campaña del «boca a boca», «ya que la cercanía a las personas fue nuestra fuerza de movilización y como obtuvimos el recíproco compromiso con la gente del pueblo y lo que posibilitó nuestros resultados electorales»^[17]. Ramírez Milena, ya alcalde de Albolote por el PCE, hubo de multiplicarse con su equipo para crear y arreglar las infraestructuras urbanas necesarias, mejorar escuelas o promocionar la cultura, en un contexto que estaba prácticamente todo por hacer y por modernizar. Todo ello, a realizar en unas precarias condiciones económicas de-

13.- Archivo Histórico Gobierno Civil de Granada, AHGG, «Generales de Orden Público, Granada Capital», Caja 1809.

14.- AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Andalucía, Jacq. 950.

15.- «Albolote: los vecinos exigen la devolución de la Casa del Pueblo», *El País*, 8 de abril de 1977.

16.- Entrevista a José Antonio Ramírez Milena, Albolote, 24 de junio de 2019.

17.- *Ibidem*.



José Antonio Ramírez Milena celebrando su nombramiento como alcalde de Albolote, tras las primeras elecciones municipales de 1979 (Fuente: Archivo Histórico Municipal de Albolote).

bido a la escasa dotación financiera de la que disponían los primeros ayuntamientos en 1979. Durante el período de alcaldía, de 1979 a 1986, acometió junto a su equipo de gobierno numerosas reformas, como terminar con la situación de pueblo colonizado de El Chaparral, y convertir sus propiedades en públicas, ya que todavía pertenecían al IRYDA y que tras enconadas luchas logró firmar las escrituras de cesión de todos los espacios públicos del antiguo pueblo de colonización. La educación en Albolote era un problema grave, como en la mayoría de las zonas rurales de España, por lo que promovió e impulsó la creación de dos colegios y se acondicionaron los pabellones del colegio en la pedanía de El Chaparral. Los primeros ayuntamientos democráticos tuvieron que hacer frente a una situación de deterioro y falta de dotación de infraes-

tructuras de las zonas rurales a las que los gobiernos franquistas habían abocado al olvido durante décadas, encontrándose los primeros alcaldes democráticos unos desvencijados espacios rurales, tal y como recuerda José Antonio:

«¿Qué cosas nos encontramos?, nos encontramos un pueblo donde hay asfaltadas dos calles, barrios enteros que son lodazales y sin luz, sin servicios básicos, el pueblo estaba repleto de vertederos, una situación calamitosa. ¿A que nos tenemos que dedicar todos esos primeros años? A dotar de infraestructuras al pueblo, a renovar las pocas redes de agua y de saneamiento que hay, a dotar donde no hay, a hacer habitables las calles, con luces, con darros, con aceras, con asfalto, a tratar de construir colegios»^[18].

18.- *Ibidem*.

El Niño, como la mayoría de los primeros alcaldes democráticos de las zonas rurales, tuvo que reconstruir su olvidado pueblo, haciendo en poco tiempo lo que no fueron capaces de hacer en mucho los alcaldes franquistas que le precedieron.

El caso de José Antonio Ramírez Milena responde al cambio de rumbo sobre el origen de la fuerza de gravedad social que empezó a recaer desde finales de los sesenta en los jóvenes. Fuerza a la que aportó el PCE, la transformación de la tradicional rebeldía de la juventud en lucha organizada contra el régimen franquista, respondiendo a las reivindicaciones más sentidas e inmediatas de los jóvenes. La vinculación de los jóvenes comunistas granadinos al PCE a partir de las CCOOJJ, logró que éstos actuaran con perfiles y características propias conformando una identidad predispuesta a la disidencia con unos códigos de comportamiento asociados a la rebeldía propia de los jóvenes y con unos referentes que les permitieron socializarse colectivamente en tanto que jóvenes en conexión con las experiencias de sus contemporáneos de otros países^[19]. Para entender la politización intensiva del ciclo que comienza a finales de los sesenta desde el análisis de distintas generaciones, pero de la misma clase social, deviene relevante la relación entre vieja y joven militancia y cómo muestran estos últimos la autonomía en el campo de fuerzas del antifranquismo en el intento de investirse con la energía social procedente

del espacio juvenil que empezó a dotarse y a enunciarse como movimiento propio. *El Niño* pertenecía a la *Promoción Lenin*, una campaña de reclutamiento dirigida a captar nuevos militantes que contrarrestaran los efectos de la represión y que fomentara la creación de nuevos comités sobre todo en las zonas rurales «para fortalecer al Partido para que éste pueda cumplir con éxito su histórica misión de vanguardia»^[20]. Los jóvenes comunistas granadinos, mediante acciones y no palabras, definían lo que la libertad exigía en España^[21], un concepto, el de libertad, que para su generación era fundamental. Las expresiones, opiniones y propuestas, las visibilizaron como acciones de activismo político, desarrolladas en espacios que demandaban responsabilidades a aquellos que estaban en el poder exigiendo una representatividad en la que dejaban de pensarse súbditos para comenzar a definirse en términos de ciudadanía^[22]. En Granada, *el Niño* y los jóvenes comunistas utilizaron elementos propios de una juventud en diferencia abierta con el mundo viejo, mostrando su cohesión social y generacional para ensamblar su sentido de pertenencia a una cultura política de compromiso intenso y así tener la conciencia de hacer cosas que los mayores no hacían. Cuando llegó a la alcaldía de su pueblo con 24 años, ya se había hecho mayor políticamente, aunque seguía siendo *el Niño* para sus vecinos.

19.- Germán Labrador, *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*, Madrid, Akal, 2017, p.71.

20.- «Promoción Lenin», *Mundo Obrero*, 2 de septiembre de 1969, p.5.

21.- «Acciones y no palabras. Declaración de las Comisiones Obreras Juveniles», *Nuestra Lucha* (Granada), 4 (abril de 1970), Archivo personal de José Antonio Ramírez Milena.

22.- Pamela Radcliff, «Associations and the Social Origins of the Transition during the Late Franco Regime», en Nigel Townson, (ed.), *Spain Transformed: The Late Franco Dictatorship, 1959-1975*, Houndmills 2007, Palgrave, pp.140-162.

AUTORES

Secciones: Dossier, Autor Invitado y Entrevista

Joan J. Adrià i Montolio. Doctor en Historia por la Universidad de Valencia (1990) y profesor de instituto jubilado. Estudioso del primer franquismo, participó en el denominado «proyecto Valencia», que culminó en el libro *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra* (1999), editado por Ismael Saz y Alberto Gómez Roda. También es coautor, junto a Ramiro Reig y Josep Maria Jordán, de *L'atzarosa vida d'Enrique Blat. Un empresari republicà del Camp de Túria* (1879-1951). Y junto a Amparo Castillo de *La fàbrica dels sacs de Ríos: una industria del passat lliurà (1929-1974)*.

Amparo Castillo Mas. Socióloga y politóloga especializada en género y políticas sociales. Premio Presen Sáez de Descatllar en el año 2018 por el trabajo final de máster «La fábrica de Ríos: un espacio de mujeres», es coautora del libro *La fàbrica dels sacs de Ríos: una industria del passat lliurà (1929-1974)*. Actualmente, es doctoranda en Estudios de Género (2019-2023) en la Universidad de Valencia bajo la dirección de la profesora Ana Aguado, indagando en el papel de las trabajadoras industriales de Llíria como motor del cambio social en el siglo XX.

Clarisa Enguñados Lajara. Licenciada en Derecho por la Universidad de Valencia, colegiada en el ICAV. Es asimismo delegada de protección de datos, mediadora titulada por la Universidad Católica San Vicente Mártir, máster universitario en Intervención Interdisciplinar de Violencia de Género por la Universidad Internacional de Valencia y titulada como Agente de Igualdad por la VIU y por la Universidad Europea Miguel de Cervantes. Técnica especialista en Prevención de Violencia de Género por esta misma universidad, se ha especializado en el tratamiento con menores ante la violencia de género. Además, es técnica superior en Formación y Orientación Laboral por la Universidad Antonio Nebrija.

Diego L. Fernández Vilaplana. Profesor de Geografía e Historia en un centro de educación secundaria de Alcoi (IES Andreu Sempere). Licenciado en Periodismo, hace muchos años, por la UAB y Diploma de Estudios Avanzados en Comunicación Interdisciplinar por la UV. Tras obtener el título de Máster en la España Contemporánea por la UNED, en la actualidad cursa estudios de doctorado en la UA. Compatibiliza la investigación sobre el «Petrólio» (la insurrección anarquista de 1873) con la organización de su efeméride, a las puertas del 150 aniversario, y la recuperación de la memoria del movimiento obrero local.

Steven Forti. Profesor contratado doctor en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Doctor en Historia por la UAB y la Università di Bologna (2011), ha sido también investigador del Instituto de Historia Contemporánea de la Universidade Nova de Lisboa entre 2014 y 2022. Sus investigaciones, centradas en los fascismos, los nacionalismos, los populismos y las extremas derechas, están orientadas hacia la historia política y del pensamiento y las culturas políticas del siglo XX y comienzos del siglo XXI, con particular atención a la Europa del periodo de entreguerras y de la Posguerra Fría desde la perspectiva de la historia comparada y transnacional. Sus últimas publicaciones son *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla* (Siglo XXI de España, 2021) y, con Francisco Veiga et alii, *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols* (Alianza, 2019).

Magdalena Garrido Caballero. Doctora y profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Murcia. Entre sus líneas de investigación, destacan los estudios sobre el exilio, las relaciones internacionales, culturales y de género en época contemporánea (España-Unión Soviética/Rusia), la represión, protesta social, las transiciones políticas e historia comparada. Entre otras publicaciones, es autora de: *Compañeros de viaje. Historia y memoria de las asociaciones de amistad* (2009); *Rusia tras la perestroika: propaganda política, cultura y memorias del cambio* (2011); «De la Revolución de Octubre al estalinismo: Vanguardias, cultura proletaria y ‘realismo socialista’» (R. Escavy., E. Hernández y C. Sánchez, *Cien años de lingüística rusa*, 2018); «‘Las constituyentes’. Mujeres por la igualdad en la Transición Política» (A. Selma, *El impacto de género en una sociedad cambiante: una visión multidisciplinar*, 2021).

Marcos Cesar de Oliveira Pinheiro. Doctor en Historia Comparada por la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ). Profesor Adjunto de Historia de la Educación en la Universidad de Estado de Rio de Janeiro (UERJ). Miembro del Grupo de Estudios de Historia de la Educación Local (EHELO/FEBF/UERJ). Profesor de Historia de la Educación Fundamental de la Red Pública Municipal de Enseñanza de Rio das Ostras. Miembro do Instituto Luiz Carlos Prestes.

Martín Rodrigo y Alharilla. Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universitat Pompeu Fabra, miembro del GRIMSE (Grupo de Investigación en Imperios, Metrópolis y Sociedades Extraeuropeas) así como de la Unidad Asociada UPF-CSIC Grupo de Estudios de Asia-Pacífico. Es también miembro correspondiente extranjero de la Academia de Historia de Cuba. Investigador Principal del proyecto colectivo de investigación «Memoria y lugares de memoria de la esclavitud y el comercio de esclavos en la España contemporánea», financiado por el MICINN. Sus dos últimos libros publicados han sido: como autor, *Un hombre, mil negocios. La controvertida historia de Antonio López, marqués de Comillas* (Ariel, Barcelona, 2021) y como coautor y editor, *Del olvido a la memoria. La esclavitud en la España contemporánea* (Icaria, Barcelona, 2022).

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es